

1 Ann Cleeves

UNA VERDAD
OCULTA



Lectulandia

UNA VERDAD OCULTA

ANN CLEEVES

Ann Cleeves es la autora que se esconde detrás de la serie Vera, que emite La 2 de TVE, protagonizada por la popular actriz Brenda Blethyn. Ha escrito treinta novelas y es la creadora de la inspectora Vera Stanhope, una protagonista emblemática que ha conquistado a los lectores y que ha convertido su serie policíaca en un éxito internacional publicado en veinte países y que le ha valido numerosos premios.

Empezó a escribir cuando ella y su marido, de profesión guardabosques, se instalaron en una región en la que había poco más que hacer que observar los pájaros. Actualmente vive en North Tyneside.

LOS ESCENARIOS DE LA NOVELA



Julie bajó tambaleándose del taxi y se quedó mirando cómo se alejaba. Se detuvo un momento frente a la verja para recuperar la compostura. Teniendo en cuenta todos los sermones que había echado a sus hijos, era preferible no entrar en casa con aspecto de haber bebido. Las estrellas giraban y se hundían en el firmamento, y estuvo en un tris de vomitar. Pero le daba igual. Había sido una buena noche, la primera que salía con las amigas desde hacía siglos. Aunque tenía claro que no eran las amigas lo que la había hecho tan especial, y se dio cuenta de que tenía una enorme sonrisa tonta en la cara. Por suerte estaba oscuro y nadie la veía.

En la puerta volvió a detenerse y rebuscó dentro del bolso, entre los perfiladores de ojos, los pañuelos de papel manchados de carmín y las monedas sueltas, buscando la llave. Sus dedos encontraron el pedazo de papel arrancado de una esquina de la carta del bar. Un número de teléfono y un nombre.

«Llámame pronto.» A continuación, un corazoncito. El primer hombre al que tocaba desde que Geoff se había marchado. Todavía sentía los huesos de la columna de él bajo sus dedos mientras bailaban. Qué pena haber tenido que marcharse tan temprano.

Cerró el bolso y escuchó. Nada. Estaba todo tan silencioso que oía el zumbido de la música de la noche como una presión en los oídos. ¿Era posible que Luke estuviera durmiendo? Laura dormía como un tronco, pero en cambio su hijo no parecía haberle cogido nunca el truco. Incluso ahora que había dejado los estudios y no tenía por qué levantarse temprano, normalmente estaba despierto antes que ella. Julie abrió la puerta y escuchó de nuevo mientras se quitaba los zapatos, que la estaban matando desde que había salido del metro hacía horas. Por Dios, no bailaba así desde que tenía veinticinco años. Había silencio. Ni música, ni televisión, ni pitidos de ordenador. Qué suerte, pensó.

Qué puta suerte. Quería dormir y tener sueños sensuales. En la calle se puso en

marcha un motor.

Encendió la luz. El brillo le hirió la cabeza y se le revolvió el estómago de nuevo. Dejó el bolso y subió rápidamente la escalera para ir al baño, tropezando

por el camino. No tenía ninguna intención de vomitar sobre la moqueta nueva del vestíbulo. La puerta del baño estaba cerrada, y vio una rendija de luz por debajo. De la rejilla de ventilación salía un lejano burbujeo que indicaba que se

estaba llenando la bañera. No podía ser más propio de él. Le costaba horas convencer a Luke para que se duchara por la mañana, y entonces él decidía tomar un baño en plena noche. Llamó a la puerta, pero ya sin prisas. El malestar

había pasado.

Luke no respondió. Debía de estar de mal humor. Julie sabía que no era culpa

suya y que tenía que ser paciente, pero a veces, cuando se ponía tan raro con ella, le daban ganas de estrangularlo. Cruzó el rellano para ir a la habitación de

Laura. De repente, al ver a su hija se puso sentimental y recordó que tenía que

hacer el esfuerzo de pasar más tiempo con ella. Los catorce eran una edad difícil

para una niña, y últimamente Julie había estado tan pendiente de Luke que Laura

casi le parecía una desconocida. Se había hecho mayor sin que Julie se diera cuenta. Estaba boca arriba, con los cabellos de punta muy negros sobre la almohada, roncando ligeramente con la boca abierta. Era un mal momento para

su alergia. Julie vio que la ventana estaba abierta y, a pesar del calor que hacía, la cerró para que no entrara el polen. Por detrás de la casa la luz de la luna bañaba

el campo donde habían recortado la hierba.

Volvió al baño y golpeó la puerta con la mano plana.

—Oye, ¿vas a estar toda la noche ahí dentro o qué? —Al tercer golpe, la puerta se abrió. No estaba cerrada con pestillo. Olía a un aceite de baño, fuerte y dulzón, que Julie no reconoció como suyo. La ropa de Luke estaba pulcramente

doblada sobre la taza del váter.

Siempre había sido guapo, incluso de niño. Mucho más atractivo que Laura,

lo que no parecía justo. Eran los cabellos rubios y los ojos oscuros, las pestañas

largas y negras. Julie lo miró, sumergido bajo el agua de la bañera, con los cabellos levantados, como frondas de algas, hacia la superficie. No le veía el cuerpo a causa de las flores. Flotaban en el agua perfumada. Solo las corolas, sin

tallos ni hojas. Grandes margaritas silvestres, las que crecían en los campos de maíz cuando ella era pequeña. Amapolas hinchadas, con los pétalos rojos ya translúcidos. Y flores azules enormes, que ella había visto en jardines del pueblo

pero que no sabía cómo se llamaban.

Julie debió de gritar. Lo oyó como si fuera otro el que hubiera hecho el ruido.

Pero Laura siguió durmiendo, y Julie tuvo que sacudirla para despertarla. Los ojos de la niña se abrieron de repente, enormes. Parecía aterrada y Julie se puso a murmurar, consciente de que estaba mintiendo.

—No pasa nada, cariño. No pasa nada. Pero tienes que levantarte.

Laura sacó las piernas de la cama. Estaba temblando, pero no despierta del todo. Julie la rodeó con un brazo y la sostuvo mientras bajaban la escalera dando

traspies.

Se quedaron así, abrazadas, en la entrada de la casa de la vecina, y su propia

silueta recortada en la pared por la farola hizo pensar a Julie en personas en una

alocada carrera de tres patas. Una salida por los pubs de las que hacían los estudiantes. Se apoyó en el timbre hasta que las luces de arriba se encendieron,

se oyeron pasos y tuvo a alguien con quien compartir la pesadilla.

A Felicity Calvert le angustiaba haberse vuelto tan obsesiva con el sexo. En una ocasión, en la sala de espera del médico, había leído en una revista que los chicos adolescentes pensaban en el sexo cada seis minutos. Entonces le costó creérselo. ¿Cómo podían llevar una vida normal esos jóvenes —ir a la universidad, ver una película, jugar al fútbol— si estaban distraídos tan a menudo? Y su propio hijo ¿qué? Viendo a James jugar en el suelo con su Lego, era imposible imaginar que en unos pocos años estaría igualmente obsesionado.

En cambio ahora pensaba que un intervalo de seis minutos entre fantasías sexuales era un cálculo más bien conservador. Al menos en su caso. Hacía un tiempo que, hiciera lo que hiciera, la acompañaba una conciencia de su cuerpo y sus reacciones, un fondo inquietante, de vez en cuando placentero, en las rutinas de la vida cotidiana. Para alguien de su edad parecía poco apropiado. Era como si se hubiera presentado en un funeral vestida de rosa.

Estaba en el jardín recogiendo las primeras fresas. Levantó la red con cuidado y metió la mano debajo, entre la malla y el lecho de paja. Todavía eran pequeñas, pero serían suficientes para la merienda de James. Probó una. Estaba caliente por el sol y era muy dulce. Miró el reloj y vio que era casi la hora del autobús escolar. Diez minutos más y tendría que lavarse las manos e ir calle abajo a buscar a su hijo. No lo hacía siempre. El niño decía que era lo bastante mayor para ir caminando a casa solo y, por supuesto, era cierto. Pero hoy llevaba el violín y se alegraría de verla porque le ayudaría a cargar con sus cosas. Por un momento se preguntó si vendría el viejo conductor de autobús o el joven con los brazos musculosos y la camiseta sin mangas, y volvió a mirar el reloj. Solo dos minutos desde la última vez que había pensado en el sexo. Volvió a tener el pensamiento de que a su edad era ridículo.

Felicity tenía cuarenta y siete años. Tenía marido y cuatro hijos. Tenía un nieto, por el amor de Dios. Faltaban pocos días para que Peter, su marido,

cumpliera sesenta. Las burbujas de lascivia salían a la superficie aleatoriamente, cuando menos se lo esperaba. No había hablado de ello con Peter. Por supuesto que no. Él no era el objeto de su deseo, ni mucho menos. Últimamente casi nunca hacían el amor.

Se levantó y caminó por el césped hacia la cocina. Fox Mill estaba en el terreno de un antiguo molino. Era una casa grande, construida en los años treinta, un retiro costero para un propietario de barco de la ciudad. Y con sus líneas suaves y curvas, y el canal del molino fluyendo a un lado, parecía un barco. Un gran barco *art déco*, varado muy fuera de lugar en aquella tierra de cultivo y llana, con la proa apuntando al mar del Norte y la popa mirando a las

colinas de Northumberland que despuntaban en el horizonte. Un porche largo ocupaba un lado a modo de cubierta, poco práctico en un lugar donde casi nunca hacía suficiente calor para sentarse fuera. A Felicity le encantaba la casa. No se la habrían podido permitir jamás con un sueldo de profesor, pero los padres de Peter murieron poco después de que él y Felicity se casaran y todo su dinero fue a parar a él.

Felicity dejó el cesto de las fresas sobre la mesa y se miró la cara en el espejo del recibidor, pasándose los dedos por los cabellos y retocándose el carmín. Era mayor que las madres de los amigos de James, y detestaba la idea de que pudiera sentirse avergonzado.

En la calle los saúcos estaban en flor. Su fragancia le hizo rodar la cabeza y se le quedó pegada a la garganta. A ambos lados de la calle el maíz estaba madurando. La cosecha era demasiado densa para tener flores, pero en el campo de su propiedad, cerca de la casa, había ranúnculos, tréboles y vezas. El asfalto lleno de baches brillaba en la distancia con la neblina del calor. El sol lucía sin parar desde hacía tres días.

Aquel fin de semana era el cumpleaños de Peter, y Felicity estaba planificando lo que podían hacer. Los chicos vendrían el viernes por la noche. Para ella eran los chicos, aunque por lo menos Samuel fuera tan mayor como ella. Si

el tiempo se mantenía así, el sábado podrían hacer un pícnic en la playa, y una excursión a las islas Farne para ver frailecillos y araos aliblanco. A James le encantaría. Miró el cielo con los ojos entornados, intentando intuir la llegada de un frente frío, la más mínima nube en el horizonte. No había nada. Consideró que quizá haría suficiente calor para bañarse y se imaginó las olas rompiendo contra su cuerpo.

Cuando llegó al final de la calle, no vio el autobús por ninguna parte. Subió a la plataforma de madera donde antiguamente se dejaban las lecheras de la granja para que las recogiera el camión de la leche. La madera estaba caliente y olía a alquitrán. Se echó hacia atrás y de cara al sol.

En dos años, James iría a la escuela secundaria. Felicity temía ese momento.

Peter quería que fuera a la escuela privada de la ciudad, a la misma que había ido él. Felicity había visto a los chicos con sus americanas de rayas en el metro. Le parecían muy seguros de sí mismos y ruidosos.

—Pero ¿cómo va a ir hasta allí? —había objetado ella. No era su auténtico motivo. No creía que un ambiente competitivo fuera bueno para James. Era un niño lento y soñador. Se las arreglaría mejor trabajando a su ritmo. La escuela del pueblo de al lado sería mejor para él. Incluso el instituto de Morpeth, donde habían estudiado sus otros hijos, le había parecido exigente.

—Yo lo llevaría y lo recogería —le respondió Peter—. Como habrá muchas actividades después de la escuela, estará ocupado hasta que yo termine de trabajar.

Esto la había puesto incluso más en contra del plan. El tiempo que pasaba con James cuando volvía a casa de la escuela era especial. Sin eso, le parecía que era como perder a su hijo.

Oyó el autobús gruñendo en la subida y se sentó más erguida, entornando los ojos contra el sol para ver cómo se acercaba. El conductor era Stan, el viejo. Lo

saludó con la mano, disimulando su decepción. Normalmente, en aquella parada se apeaban tres niños: las mellizas de la granja y James. Aquel día bajó primero una desconocida, una chica con sandalias de tiras de piel y un vestido rojo y amarillo sin mangas, con el corpiño ajustado y la falda de vuelo. A Felicity le encantó el vestido, la caída de la falda y la exuberancia de los colores —

últimamente los jóvenes preferían el negro o el gris, incluso en verano—, y cuando vio que la chica ayudaba a James a bajar del autobús cargado con las bolsas y el violín, le cayó simpática de inmediato. Las mellizas cruzaron la calle

y subieron por el camino de la granja, el autobús se fue y los tres se quedaron, un tanto incómodos, junto al seto.

—Es la señorita Marsh —dijo James—. Trabaja en nuestra escuela.

La chica llevaba un cesto grande de paja colgado del hombro con una tira de piel. Alargó una mano, que era muy morena, larga y huesuda. El cesto le resbaló del hombro y Felicity vio que contenía carpetas y un libro de la biblioteca.

—Lily. —Tenía una voz transparente—. Soy estudiante. Son mis últimas prácticas de maestra. —Sonrió como si esperara que Felicity se alegrara de conocerla.

—Le he dicho que podía venir y quedarse en nuestra casita de invitados —

dijo James, y se puso a caminar, tan tranquilo, sin preocuparse por cuál de las dos mujeres cargaba con sus cosas.

Felicity no supo qué decir.

—¿Le ha comentado que busco un sitio para vivir? —preguntó Lily.

Felicity negó con la cabeza.

—Vaya por Dios, qué vergüenza. —Pero no parecía muy avergonzada.

Parecía considerablemente segura de sí misma, como si el incidente le pareciera

divertido—. Venir de Newcastle cada día sin coche ha sido una pesadilla. El director preguntó en asamblea si alguien sabía de un alojamiento. Pensábamos en un hostel o alguien que quisiera alquilar una habitación. Y ayer James dijo que usted tenía una

casita para alquilar. Esta tarde he intentado telefonarla, pero no ha contestado nadie. Su hijo me ha dicho que probablemente estaría usted en

el jardín y que viniera de todas formas. Creí que lo habría hablado con usted. Era difícil decir que no...

—Oh, sí —convino Felicity—. Puede ser muy insistente.

—Oiga, no se preocupe. Hace una tarde preciosa. Iré caminando al pueblo, y sale un autobús a las seis de vuelta a la ciudad.

—Déjame que lo piense —dijo Felicity—. Ven a tomar el té.

Habían tenido inquilinos en la casita otras veces, pero nunca había funcionado. Al principio les fue bien tener una fuente de ingresos extra. Incluso con el dinero de los padres de Peter los pagos de la hipoteca habían sido una pesadilla. Después, con tres hijos de menos de cinco años, habían pensado que podían utilizarla para una niñera o una canguro. Pero tuvieron quejas por el frío y por un grifo que goteaba y por la falta de comodidades modernas. Tampoco se sentían cómodos teniendo a un desconocido viviendo tan cerca de la familia.

Habían vivido la responsabilidad del inquilino como un estrés añadido. Aunque ninguno de ellos fue especialmente molesto, siempre había sido un alivio verlos marchar. «Nunca más», había dicho Peter después de que se fuera el último inquilino, una canguro sueca muerta de añoranza. Felicity no estaba segura de querer tener a otra mujer joven tan cerca de casa, aunque solo fuera por cuatro semanas, hasta el final del trimestre.

Sentados a la mesa de la cocina, con la brisa del mar agitando la cortina de muselina de la ventana abierta, Felicity Calvert pensó que probablemente dejaría que la joven se quedara si era eso lo que quería. A Peter no le importaría mucho si era para un período corto.

James se sentó con ellas a la mesa, rodeado de tijeras, recortes de papel y cola. Bebía

zum de naranja y estaba haciendo una tarjeta de felicitación para su

padre. Era algo elaborado, con fotos de Peter sacadas de álbumes antiguos y pegadas como un *collage* alrededor de un gran sesenta hecho con cinta y purpurina. Lily lo admiró y preguntó por las fotografías más antiguas. Felicity percibió el placer de James por el interés de la joven y sintió una punzada de gratitud.

—Si vives en Newcastle —dijo—, imagino que no utilizarás la casita los fines de semana.

Creyó que ese podía ser otro punto favorable para exponérselo a Peter. «Solo estará aquí durante la semana. Y trabajas hasta tan tarde que ni te enterarás de que está.»

La casita estaba después de un prado lleno de flores silvestres. Además del jardín, era el único terreno que poseían. Vista desde la casa, la construcción parecía tan pequeña y baja que costaba creer que alguien pudiera vivir allí. Había

un sendero trillado en el campo, y Felicity se preguntó quién habría estado allí

después de que hubiera crecido la hierba. Probablemente James. Lo utilizaba como estudio cuando tenía amigos con quienes jugar, aunque tenían la casita cerrada y no recordaba que él le hubiera pedido la llave últimamente.

—Llamarla casa de invitados hace que parezca algo más de lo que es —dijo

—. Es solo una habitación arriba y otra abajo, con un baño en la parte de atrás.

Es donde vivía el jardinero cuando se construyó la casa. Antes creo que era una pocilga o un cobertizo.

La puerta estaba cerrada con un candado. La abrió y dudó, sintiéndose

incómoda de repente. Le habría gustado haber podido echar un vistazo a la casa

antes de invitar a una desconocida a verla. Debería haber dejado a Lily en la cocina mientras ella comprobaba en qué estado estaba todo.

Pero aunque enseguida notó la humedad, estaba bastante ordenada. La

chimenea estaba vacía, aunque no recordaba haberla limpiado después de que su

hija menor y su marido estuvieran allí por Navidad. Las cazuelas colgaban de sus ganchos en la pared y el hule de la mesa estaba limpio. Se estaba agradablemente

fresco después del calor del prado. Abrió la ventana.

—Están cortando la hierba en la granja —dijo—. Se huele desde aquí.

Lily había entrado. Era imposible saber lo que le parecía el sitio. Felicity

había esperado que se enamorara de la casa y se ofendió. Fue como si hubiera rechazado un ofrecimiento de amistad. Acompañó a la chica al pequeño baño.

Señalando que la ducha era nueva y las baldosas se habían cambiado

recientemente, se sintió como un agente inmobiliario deseoso de hacer una venta. ¿Por qué me comporto así?, pensó. Ni siquiera estaba segura de querer que la joven se quedara.

Lily habló por fin.

—¿Podemos mirar arriba? —Y fue hacia la estrecha escalera de madera que

llevaba arriba directamente desde la cocina. Felicity experimentó el mismo malestar que había sentido al pararse en la puerta de la casita. Le habría gustado

haberlo revisado antes.

Pero, de nuevo, todo estaba más ordenado de lo que se esperaba. La cama todavía estaba hecha, el edredón y las mantas de recambio dobladas pulcramente

al pie. Había polvo en el armario pintado y el tocador, así como en los marcos de

las fotografías familiares que había encima, pero ninguno de los trastos y porquerías que normalmente quedaban después de la estancia de su hija. En el alféizar de la amplia ventana había un jarrón con rosas blancas. Uno de los pétalos había caído, y ella lo recogió distraídamente. Seguro que Mary ha estado

aquí aunque no se lo haya pedido, pensó Felicity. ¡Realmente es un sol! ¡Tan discreta y eficaz! Mary Barnes iba a limpiar un par de veces por semana.

Pero cuando estaba cerrando el candado, Felicity calculó que las rosas no podían haber estado allí desde hacía más de unos días, y Mary, una mujer sin imaginación, nunca habría pensado en un detalle semejante sin que le mandaran

hacerlo.

Se quedaron un momento fuera de la casita.

—¿Y bien? —preguntó Felicity—. ¿Qué te ha parecido? —Percibió una nota

de falsa alegría en su propia voz.

Lily sonrió.

—Es preciosa —dijo—. En serio. Pero tengo mucho en que pensar. Le diré algo la semana que viene.

Felicity tenía la intención de acompañarla, al menos hasta la parada de autobús del pueblo, pero Lily se volvió y echó a caminar por el prado. Felicity no fue capaz de gritarle algo o correr tras ella, y se quedó mirando hasta que la figura roja y amarilla desapareció entre la hierba alta.

Julie no podía parar de hablar. Sabía que parecía tonta, pero se le escapaban las palabras, y la mujer gorda encajada en el sillón Delcor que Sal había comprado de rebajas el año anterior se limitaba a escuchar. No tomaba notas, ni hacía preguntas. Solo escuchaba.

—Fue un bebé fácil. No como Laura. Después de Luke, ella fue un auténtico *shock*. Una señorita muy exigente que o dormía o lloraba o tenía un biberón en la boca. Luke era... —Julie calló, intentando encontrar la palabra adecuada; la inspectora gorda no la interrumpió y le dejó tiempo para pensar—... tranquilo, plácido. Estaba todo el día despierto, mirando las sombras del techo. Un poco lento a la hora de hablar, pero para entonces ya tenía a Laura y la trabajadora social estimó que era por eso. Que ella era tan vivaracha que me robaba todo el

tiempo y me absorbía toda la energía, de modo que Luke se quedaba sin nada.

No tenía por qué preocuparme, dijo la trabajadora social. Se pondría al día en cuanto fuera a la guardería. Geoff todavía vivía con nosotros, pero trabajaba mucho fuera. Es yesero. Hay más dinero en el sur y se fue a trabajar para una de

esas agencias y acabó en Canary Wharf... Era demasiado, con dos niños de menos de tres años y sin un hombre en casa.

Entonces la mujer sí reaccionó, asintiendo apenas con la cabeza para demostrar que lo entendía.

—Lo llevé a la guardería de la escuela del pueblo. Al principio no quería ir y tuvieron que arrancármelo de encima, y cuando volví al cabo de una hora todavía lloraba. Me rompió el corazón, pero pensé que era lo mejor para él.

Necesitaba compañía. La trabajadora social dijo que hacía bien. Y al final se acostumbró. Pero siempre me miraba con esos ojos. Sin hablar, pero como

diciendo: «No me obligues a ir, mamá. Por favor, no me obligues». —Julie estaba sentada en el suelo, con las rodillas dobladas hacia la barbilla, abrazándose las piernas con fuerza. Miró a la inspectora, que seguía observando

y esperando. Se le ocurrió pensar que aquella mujer, grande y fuerte como una roca, podía haber vivido una tragedia. Por eso era capaz de estar sentada sin hacer aquellos

estúpidos ruiditos comprensivos que habían hecho Sal y el

médico. Aquella mujer sabía que nada de lo que pudiera decir la haría sentir mejor. Pero a Julie no le importaba la tristeza de la inspectora, y la idea se esfumó. Volvió a su narración.

—Fue por entonces cuando Geoff regresó de Londres. Dijo que estaba cansado del trabajo, pero me enteré por su compañero de que se había peleado con el capataz. Es un buen trabajador, Geoff, y no le gusta que le hagan perder el tiempo. Fue una mala época para él. No es de los que saben estar sin hacer nada, y estaba acostumbrado a ganar dinero. Me hizo la cocina nueva y reformó el baño. No se creería cómo estaba la casa cuando nos mudamos. Pero entonces se acabó el dinero...

Sal había preparado té. En una tetera, no con bolsas en tazas como lo hacía siempre ella. Julie se estiró hacia la bandeja y se sirvió otra taza. No es que le apeteciera, pero le dio tiempo para pensar lo que quería decir.

—No fue una buena época. Geoff no estaba acostumbrado a los críos.

Cuando trabajaba en Londres, solo podía venir un fin de semana largo al mes.

Entonces era una novedad tenerlo aquí. Estaba muy encima de ellos y les traía regalos. Todos nos comportábamos la mar de bien. Y todas las noches salía al club a beber con sus amigos. Cuando volvió para siempre no podía ser así. Ya se

lo imagina. Ropa de bebé secándose en el radiador y juguetes por el suelo.

Pañales sucios... A veces perdía la paciencia, sobre todo con Luke. Laura reía y

jugaba con él. Luke parecía vivir en su mundo. Geoff nunca le pegó. Pero le gritaba y, Luke se asustaba tanto que cualquiera habría dicho que le habían golpeado. Yo también gritaba a todas horas, pero sabían que no significaba nada.

Se salían con la suya de todos modos. Con Geoff era diferente. Incluso yo me asustaba.

Calló un momento, pensando en Geoff y su temperamento, en la oscuridad

que se cernía sobre la casa después de uno de sus arrebatos. Pero no podía estar

callada mucho rato y las palabras empezaron a salir de nuevo.

—Luke no dio problemas en el parvulario. Incluso parecía que le gustara ir.

Quizá se había acostumbrado porque la guardería estaba en el mismo edificio.

En primero tenía una maestra estupenda, la señora Sullivan. Era como una abuela para ellos, se los sentaba en las rodillas cuando les enseñaba a leer. Me dijo que Luke tenía problemas; nada del otro mundo, pero que sería mejor que le

echaran un vistazo. Quería que fuera a un psicólogo. Pero yo no tenía dinero, o

la lista de espera era demasiado larga, y nunca llegué a hacerlo. Geoff dijo que lo único que le sucedía a Luke era que era un vago. Después nos dejó. Dijo que lo

sacábamos de quicio. Que le minábamos la moral. Pero yo sabía perfectamente

que se había liado con una enfermera del hospital. Acabaron viviendo juntos.

Ahora están casados.

Volvió a callar un momento. No porque se hubiera quedado sin nada que

decir, sino porque necesitaba recuperar el aliento. Creía que Geoff siempre había

sabido que a Luke le sucedía algo. Se veía por la desconfianza con que miraba al

niño mientras jugaba. Simplemente no quería reconocerlo.

Eran las ocho y media de la mañana. Todavía estaban sentadas en casa de la

vecina, en el salón de Sal. En el exterior pasó el cartero, mirando al policía apostado frente a la puerta de la casa de Julie. Los niños reían y se perseguían calle abajo, camino de la escuela.

La inspectora gorda se echó hacia delante, no para presionar a Julie para que

siguiera, más bien para mostrarle que estaba dispuesta a esperar, que tenía todo

el tiempo del mundo. Julie bebió un poco de té. No le contó a la mujer de qué

modo miraba Geoff a Luke. En lugar de eso, avanzó un año en el relato.

—Las pataletas empezaron cuando tenía unos seis años. Le daban sin más, y

no había forma de controlarlo. Mi madre decía que era culpa mía por mimarlo demasiado. Ya no estaba en la clase de la señora Sullivan, pero ella era la única

con quien podía hablar realmente en la escuela y decía que era frustración. No podía explicarse como Dios manda, y aunque se esforzara por aprender a leer y escribir, de repente todo era demasiado para él. Una vez empujó a un chico que se burlaba de él. El otro tropezó y se abrió la cabeza en el patio. Vino una ambulancia, y ya se puede imaginar cómo fue la espera cuando fui a recoger a los niños aquella tarde, todas las demás madres señalando y cuchicheando. Luke estaba muy afectado. Quería ir a visitar al chico al hospital, y eso que, si lo piensas, fue el otro el que empezó burlándose de él. Se llamaba Aidan. Aidan Noble. Su madre se lo tomó bien, pero su padre vino a casa a desahogarse.

Gritando en nuestra puerta para que se enterara toda la calle.

»El director me mandó llamar. El señor Warrender. Era un hombre bajo y rechoncho, con un pelo fino y escaso, de ese que no cubre toda la calva. Lo vi el otro día en la ciudad y al principio no lo reconocí, porque se ha puesto un tupé.

No fue antipático. Me preparó un té y todo eso. Me dijo que Luke tenía problemas de comportamiento y que no estaban seguros de poder tratarlo en la

escuela. Me sentí avergonzada. Me eché a llorar. Entonces le conté lo que me había dicho la señora Sullivan sobre que Luke se sentía frustrado y que si

hubieran insistido para que Luke viera a un especialista antes podría ser que no hubiese llegado a ese punto. Y parece que el señor Warrender me escuchó, porque Luke vio a alguien. Le hicieron pruebas, y dijeron que tenía dificultades

de aprendizaje, pero que podría quedarse en la escuela con un poco de apoyo. Y

eso fue lo que sucedió.

Julie volvió a callar. Quería que la mujer gorda entendiera cómo se había sentido, el alivio de saber que las pataletas y los cambios de humor no eran culpa

suya. Su madre se había equivocado en eso. Luke era especial, diferente, lo había sido desde el principio. Nada de lo que Julie pudiera haber hecho habría alterado esa realidad. Y la mujer parecía entender lo importante que había sido,

porque por fin se permitió hablar.

—Así que no estaba sola.

—No sabe —dijo Julie— lo bien que me hizo sentir.

La mujer asintió. Pero ¿cómo podía saberlo, si no había tenido hijos? ¿Cómo podía saberlo nadie, si no habían tenido un hijo con problemas de aprendizaje?

—Podía soportar que algunas personas hablaran de nosotros, y también los cuchicheos a la puerta de la escuela sobre la ayuda especial que le daban, porque todo había salido a la luz y la mayoría de la gente era muy amable. Hubo un maestro de apoyo que vino solo para ayudarlo. Y a Luke le fue bien. Vaya, que nunca sería un genio, pero se esforzó y adelantó en la lectura y la escritura, y en algunas cosas era bueno. Como cualquier cosa relacionada con ordenadores, que la aprendía realmente deprisa. Fueron buenos años. Laura también había empezado a ir a la escuela y yo tenía un poco de tiempo para mí. Encontré un trabajo a tiempo parcial en la residencia de ancianos del pueblo. Mis amigas no entendían por qué lo disfrutaba tanto, pero me gustaba. Me hacía sentir útil, supongo. A Geoff nunca le interesó ver a los niños, pero con el dinero se portó bien. Quiero decir que nunca pasaba nada especial, ni vacaciones ni noches locas, pero nos las arreglábamos.

—Pero no debió de ser fácil —dijo la inspectora.

—Bueno, fácil no fue —concedió Julie—. Pero me apañaba. Luke empezó a tener problemas de nuevo cuando entró en el instituto. Algunos chicos vieron que era vulnerable y se aprovecharon. Le provocaban para que se portara mal en clase. Siempre era a él al que pillaban. Empezó a hacerse mala fama. Usted debe de saber cómo va. Debe de verlo todo el rato. Avisaron a la Policía cuando lo pillaron robando en unas obras. Tuberías de plástico. ¿Qué iba a hacer con ellas?

Alguien le había ofrecido unas libras por llevárselas, pero no se trataba de eso.

Quería caerle bien a la gente. Toda la vida lo habían marginado. Quería tener amigos.

Lo entiende, ¿verdad?, pensó Julie. No sabía cómo se las habría arreglado sin sus amigas. Al más mínimo problema con Geoff corría al teléfono para hablar con ellas. Les contaba lo preocupada que estaba por Luke cuando estaba

enfermo. Y se presentaban al momento con una botella de vino. Deseosas de cotillear, sin duda, pero también de apoyarla.

—Tuvo un buen amigo —siguió—. Un chico llamado Thomas. Se conocieron cuando Luke empezó en el instituto. Era un poco gamberro. No paraba de meterse en líos con la Policía, pero cuando hablabas con él entendías por qué. Su padre había estado en la cárcel casi todo el tiempo mientras él era un niño, y su madre nunca parecía estar muy pendiente de él.

»Nunca habría elegido a Thomas para amigo de Luke, pero tampoco era un mal muchacho. Y parecía gustarle pasar el rato en casa. Al final prácticamente vivía con nosotros. No molestaba. Estaban arriba, en la habitación de Luke, mirando vídeos o metidos en el ordenador, y mientras estaban allí no robaban,

¿no? Ni se peleaban, como muchos de sus compañeros. Y se llevaban la mar de bien. A veces los oías reír por una tontería y a mí me encantaba saber que Luke tenía un amigo.

»Entonces Thomas murió. Se ahogó. Unos chicos estaban haciendo el gamberro en el muelle de North Shields. Se cayó y no sabía nadar. Nuestro Luke también estaba. Se lanzó al agua e intentó salvar a Thomas, pero fue demasiado tarde.

Julie calló. En la calle pasó un tractor con un remolque con un montón de balas de heno.

—Luke no quiso hablar de ello. Se encerraba en su habitación durante horas.

Pensé que necesitaba tiempo, ¿sabe?, para superarlo. Para pasar el luto. Dejó de ir a la escuela, pero tenía quince años entonces y no iba a hacer los exámenes, así que lo dejé en paz. Había hablado con la señora que dirige la residencia y me dijo que quizá le encontraría algún trabajo cuando cumpliera dieciséis, ayudando

en la cocina. Había venido a trabajar conmigo algunas veces y los ancianos le habían tomado cariño. Pero debí darme cuenta de que necesitaba ayuda. No era

normal la forma como se comportaba, pero Luke nunca fue normal en realidad, ¿verdad? Así que, ¿cómo iba a saberlo?

»Dejó de lavarse y de comer, y se quedaba despierto toda la noche. A veces oía su voz, como si hablara con alguien en su cabeza. Fue entonces cuando fui al médico. Él hizo que lo ingresaran en Saint George's. El hospital psiquiátrico, ya sabe. Dijeron que estaba muy deprimido. Estrés postraumático. Detestaba

visitarlo allí, pero era un alivio no tenerlo en casa. Me sentía culpable de pensar así, pero es la verdad.

—¿Cuándo volvió a casa? —preguntó la mujer gorda. Su primera pregunta.

—Hace tres semanas, y parecía estar mejor. De verdad. Triste todavía, claro, por la muerte de Thomas. A veces se echaba a llorar solo de pensar en él. Y seguía viendo al médico como paciente externo. Pero no estaba loco. Ni mucho menos. Esta es la primera noche que salgo desde hace meses. Lo necesitaba, pero no habría salido de haber pensado que no estaba bien. Nunca habría creído que haría algo así.

La mujer se echó hacia delante y tomó la mano de Julie y la tapó con su manaza.

—No fue culpa suya —dijo—. Luke no se suicidó. —Miró a Julie para asegurarse de que la escuchaba, que lo entendía—. Estaba muerto antes de que lo metieran en la bañera. Lo asesinaron.

Estaban sentados a la mesa de la cocina, desayunando. El sol, bastante elevado en el cielo, rebotaba sobre la vajilla amarilla del aparador y se reflejaba en el techo. Peter estaba untando mantequilla en una tostada y hablando, quejándose por un informe que había enviado a la Comisión Británica de Aves Raras y había sido rechazado. Felicity aparentaba comprensión, sin seguir del todo el hilo de la charla. Tenía mucha práctica. Cuando era joven, Peter estaba convencido de estar destinado a la grandeza. Lo habían descrito como el mejor científico joven de su generación. Ahora, cerca de la jubilación, se había dado cuenta de que el mundo de la historia natural no reconocía sus capacidades. Expresaba su desilusión de una forma que a Felicity le parecía grosera y fea, con comentarios sarcásticos sobre otros empleados del departamento, y su falta de rigor, y despreciaba a otros observadores de aves como simples buscadores de pájaros raros, diciendo que no valoraban la importancia de trabajar en tu zona. Felicity comprendía de donde procedía su decepción. Deseaba con todo su corazón que se reconociera su talento. Sería maravilloso que encontrara un ave rara espectacular cerca de casa. O que le promocionaran dentro de la universidad. Pero sus quejas la irritaban. De vez en cuando se sorprendía a sí misma preguntándose si de verdad era un hombre tan importante como había creído cuando se casaron. Entonces lo miraba, veía la ansiedad y la tristeza en su cara y se sentía desleal. Le acariciaba el rostro con el dedo o lo besaba mientras estaba en medio de una frase, provocándole una sonrisa inesperada que lo hacía parecer veinte años más joven.

—¿A qué hora llegan los demás? —preguntó, interrumpiendo sus pensamientos. Parecía ilusionado. Como si el mal humor se hubiera disipado. Felicity sospechó que estaba más ilusionado por ver a sus amigos que por ella. Ella ya no ejercía ese efecto en él.

Felicity había estado pensando en Lily Marsh, la estudiante de magisterio, y en si aceptaría la oferta de alojamiento. Felicity se daba cuenta de que no habían hablado de dinero. Tal vez ese había sido el problema, el motivo de que Lily se hubiera marchado tan precipitadamente. Quizá al ver la casita, tan pintoresca, aunque un tanto rudimentaria, Lily había pensado que el alquiler sería inalcanzable para ella. Al fin y al cabo, solo era una estudiante. Felicity se preguntó si debería mandar una nota a la escuela con James, algo agradable pero muy preciso, mencionando una suma que no la desanimara. Estaba redactando la carta mentalmente cuando Peter habló.

Desvió sus pensamientos al tema que los ocupaba. La comida de cumpleaños de Peter. Un ritual. Los mismos tres amigos invitados año tras año.

—Les he dicho que cenaríamos a las ocho, previo paseo al faro. —El paseo al faro también era un ritual.

Oyó la furgoneta del cartero en la calle y después los sobres que caían en el suelo del recibidor. Dejó a Peter con su tostada y fue a recogerlos. Todas las cartas eran para él. Reconoció la letra de sus hijos en tres felicitaciones. Dejó las cartas sobre la mesa delante de él. Peter las guardó en su maletín sin abrirlas.

Siempre lo hacía así, siempre las guardaba para abrirlas en el trabajo. Felicity se había llegado a preguntar si tenía algo que ocultar; en un momento de fantasía se imaginó a otra mujer, una familia secreta. Pero simplemente se había convertido en un hábito. Lo hacía sin pensar.

Después de cerrar el maletín, se levantó. Hubo un frenesí de actividad; Peter había prometido a James que lo acompañaría al autobús y se quedó al pie de la escalera gritándole para que se apresurara. Había bolsas que recoger, y estuvieron a punto de dejarse el almuerzo. Felicity se dio cuenta de que no había llegado a escribir la nota para Lily Marsh. Estuvo a punto de gritar algo a James cuando se dirigía al coche: «Dile a la señorita Marsh que me llame por lo de la

casita». Pero Peter querría saber de qué hablaba, y ahora no podía retrasarlo.

Además, podía ser que no le gustara la idea. Tendría que venderle el plan cuando las cosas estuvieran menos tensas. Apartó a Lily Marsh de sus pensamientos. Por fin el coche se alejó y la casa quedó maravillosamente silenciosa.

Se sentó a tomar otro café e hizo una lista para la tienda de la granja. Tenía las comidas del fin de semana planificadas en la cabeza. Había un pastel, naturalmente, ya horneado y glaseado. Era una pena que los tres hijos mayores vivieran demasiado lejos para probarlo. Para cenar esa noche serviría un guiso de ternera, sabroso y contundente, aderezado con aceitunas y vino tinto. Lo tenía hecho en la despensa y solo necesitaría calentarlo. De repente cambió de idea.

Hacía demasiado calor para la ternera. Si Neil en la granja tenía un par de pollos, prepararía aquel plato español con limones partidos y romero y ajo. Sería mucho más ligero, deliciosamente aromático y mediterráneo. A Samuel le gustaría.

Podía poner una mesa larga fuera en el porche y lo acompañarían con arroz blanco y una gran ensalada verde, y fingirían estar rodeados de naranjos y olivos.

A veces, cuando hablaba con otras madres que entraban y salían rápidamente de su casa para dejar a sus hijos o para recoger al suyo, se preguntaba si se estaría perdiendo algo por no tener un empleo remunerado. Parecían atónitas cuando se enteraban de que se quedaba en casa todo el día. Pero ¿qué podía haber hecho? Antes del matrimonio no había llevado una vida muy plena. No tenía títulos, ya penas poseía capacidades prácticas. Además, Peter dependía de

que ella estuviera allí, tranquila y descansada, para cuidarlo cuando volvía de sus desilusiones en el trabajo. Sin duda necesitaba que no le hiciera la competencia.

¡No se podía imaginar cómo habría sido su vida si ella hubiera sido una abogada o una empresaria de éxito! La idea la hizo sonreír.

El aire en la tienda de la granja era fresco; la puerta al patio estaba abierta y dejaba entrar el olor a vaca y hierba. Era la primera cliente. Neil todavía estaba llenando la nevera. El mostrador enorme de madera, el cuchillo de carnicero, los

demás cuchillos largos y afilados todavía estaban limpios. Pesó los pollos y se los metió en el cesto.

—No son de gallinas de granja. —Sabía que a Felicity le interesaría—. Son de gallinero, no enjauladas. Notará la diferencia.

—El cerdo de la semana pasada era estupendo.

—Ah —dijo—. La cocina es lo más importante, señora Calvert. Y la cría. Yo solo lo corto.

Otro ritual. Como Peter llevándose las cartas al trabajo cada día y los mismos tres amigos invitados a su cumpleaños. Aquella conversación entre ellos tenía lugar cada semana. Le llevó la bolsa de verduras al coche y le guiñó un ojo porque le había añadido gratuitamente unas tiras de salchichas al cesto.

—Tengo entendido que hoy tienen una celebración especial para el cumpleaños del doctor Calvert.

Felicity se preguntó, como siempre, cómo podía saber tanto el carnicero de sus asuntos.

Cuando abrió la puerta el teléfono estaba sonando y Felicity entró corriendo, dejando todo fuera. Era Samuel Parr.

—Quería saber si necesitabas que lleve algo concreto esta noche. ¿Un pudín?

—No —dijo ella—. En serio. Nada.

Sonreía sin querer. Samuel siempre la ponía de buen humor. Él también estaba siempre en el fondo de su cabeza.

Más tarde, cuando el pollo se estaba cociendo y la casa se había llenado del olor a limón y aceite de oliva y ajo, el teléfono sonó de nuevo. Felicity estaba sentada fuera con el periódico y otra cafetera, disfrutando de la última hora de silencio antes de coger el coche para ir a Hepworth. James tenía club de ajedrez

después de la escuela y ella tenía que ir a recogerlo. Una bruma de calor cubría

los campos hacia el mar y en la distancia el faro parecía temblar, incorpóreo.

Cuando oyó el teléfono, entró apresuradamente. Iba descalza. Las losas del porche estaban tan calientes que casi quemaban y las baldosas de la cocina estaban frías. Las sensaciones físicas en contraste bajo sus pies la excitaron, le hicieron perder el aliento de repente.

Estaba segura de que quien llamaba sería uno de sus hijos, pero cuando descolgó se cortó la comunicación. Marcó el número de recuperación de llamada y le dijeron que esta procedía de un número oculto. Últimamente había pasado varias veces. Se preguntó si debería mencionárselo a Peter. Había habido un par de robos en la zona. Tal vez las llamadas eran para comprobar si la casa estaba vacía. Pero sabía que no se lo diría a Peter. El trabajo de su vida era protegerlo de asuntos desagradables y preocupaciones.

Se terminó el café, mirando hacia el mar. Planeó darse un baño utilizando un poco de aquel aceite tan caro que había comprado en Fenwick's en su última excursión a la ciudad, para relajarse antes de que llegaran los invitados.

—¿Le apetece dar un paseo? —dijo la inspectora gorda. Se levantó, y Julie pensó en lo fuertes que tenían que ser los músculos de sus piernas para impulsar

de una vez todo ese peso fuera del sillón. Mirándola, cabía pensar que se necesitaría una grúa para levantarla, una de esas enormes que se alzaban sobre el

río en la ciudad de Wallsend. Y Julie presintió que no solo su cuerpo era así. La

inspectora era una mujer fuerte. Una vez decidida por algo, nada la haría cambiar de rumbo. Por alguna razón, la idea le pareció reconfortante—. Creo que le sentaría bien un poco de aire fresco —añadió la mujer.

Julie debió de mirarla con perplejidad, de la forma que miraba Luke a veces, cuando no entendía del todo lo que le estaban diciendo.

—Pronto vendrán a llevarse el cuerpo de Luke —dijo la inspectora

afectuosamente. Se llamaba Vera. Se lo había dicho a Julie cuando habían empezado a hablar, pero no se había acordado hasta ahora—. Seguro que los vecinos estarán husmeando. He pensado que preferiría no estar aquí. O quizá prefiera ver cómo se lo llevan. Como usted quiera.

Julie pensó en el cuerpo sumergido en el agua y se sintió mareada. No quería pensar en ello.

—¿Adónde iríamos?

—Donde usted quiera. Hace un día precioso para pasear por la playa. Puede traerse a Laura.

—A Luke le gustaba la playa —dijo Julie—. Un verano fue a pescar. Mi padre le regaló una caña vieja. Nunca pescó nada. Pero así no se metía en líos.

—Pues no hay más que hablar.

Habían metido a Laura en la cama en la habitación de invitados de Sal. La inspectora subió con Julie a preguntar a la niña si quería salir con ellas. Julie pensó que Vera era una metomentodo. Había conocido a gente así. Personas ávidas de meterse en los asuntos de los demás. Quizá era lo que se necesitaba

para ser una buena inspectora. Sospechó que Vera quería saber cosas de Laura.

Si salían a pasear, haría hablar a Laura de sí misma. Pensaría que la niña estaba abandonada, que Julie había dedicado todo su tiempo a Luke.

Laura seguía durmiendo.

—No quiero despertarla —dijo Julie rápidamente—. La dejaremos aquí con Sal.

—Lo que usted prefiera. —La voz de Vera era tranquila, relajada, pero Julie se dio cuenta de que estaba decepcionada.

No vio a nadie mirando cuando salió por la puerta principal de Sal hacia el coche de Vera, pero sabía perfectamente que todos estaban observando. Con un drama como ese en la calle, Julie habría hecho lo mismo, desde el dormitorio que daba afuera, la nariz pegada a las persianas. Cualquier drama en el que no interpretara el papel principal.

Vera aparcó el coche detrás de las dunas, en Deepden. A un lado del camino había una pequeña reserva natural. Un observatorio oculto de madera que daba a un estanque y un par de pasarelas hechas con tablones. A lo lejos, un bungalow donde se quedaban los observadores de aves, con el jardín tan descuidado que apenas se veía la casa. En el lado que miraba al mar una tira de hierba, salpicada de flores amarillas, y a continuación la cordillera de dunas. Habían llevado a los críos allí algunas veces, cuando Geoff estaba de humor para jugar a las familias felices, y les había encantado. Julie tenía una imagen de Luke en la cabeza, con unos ocho años, suspendido en el aire mientras saltaba desde una de las montañas de arena. Quizá tenían una foto y era eso lo que recordaba. Lo veía muy claramente. Los tejanos cortados y deshilachados, la camiseta roja, la boca muy abierta, en parte por miedo, en parte por placer.

A pesar del sol, no había muchos más coches aparcados allí. Era jueves por la mañana y los niños todavía tenían clase; solo los jubilados activos y sus perros tenían la suerte de disfrutar de ese tiempo. Julie tuvo un pensamiento repentino.

—Tendría que estar trabajando. En la residencia. Mary me espera.

—Sal la ha llamado a primera hora. Mary ha buscado a otra persona para hacer su turno. Le manda un abrazo.

Aquello hizo que Julie se parara de golpe y causara un pequeño

desprendimiento de arena que resbaló más allá de sus pies. Mary Lee, la propietaria de la residencia, no era una mujer sentimental. No era propio de ella

mandar abrazos.

—¿Han hablado con mis padres?

—Anoche, en cuanto llegué. Querían venir. Usted dijo que prefería estar sola de momento.

—¿Ah, sí? —Julie intentó recordar, pero tenía la noche borrosa. Como

aquella vez que habían ido a la despedida de soltera de Bev y había acabado en

urgencias con una intoxicación etílica. Aquella misma sensación de irrealidad, imágenes mezcladas y sombras intermitentes.

Siguió caminando y llegaron al punto más elevado de las dunas; empezaron a

deslizarse hacia la playa. Se había quitado las zapatillas de deporte, las había atado por los cordones y colgado al hombro. Vera llevaba sandalias y no se había

tomado la molestia de descalzarse. En el coche se había puesto un gran sombrero

flexible blanco y unas gafas oscuras. «El sol y yo no nos llevamos bien», había

dicho. Parecía un poco loca. Si Julie la hubiera visto en Saint George's cuando

visitaba a Luke, la habría tomado por una de las pacientes. Sin duda.

Estaban en el extremo meridional de un largo tramo de playa de unos seis kilómetros. En el extremo septentrional giraba hacia un estrecho promontorio donde estaba el faro, casi fuera de la vista debido a la niebla.

—No debía de ser fácil vivir con Luke —dijo Vera.

Julie se detuvo de nuevo. Soplaba aquella brisa salada que solo se encuentra

cerca del mar. Tres diminutas figuras a lo lejos: dos hombres mayores y un perro

que corría detrás de una pelota, meras siluetas porque la luz era demasiado brillante.

—Cree que lo he matado yo —dijo.

—¿Lo ha hecho? —Debido al sombrero y las gafas, era imposible saber qué pensaba la inspectora.

—No. —Entonces las palabras, todas esas palabras que no había podido contener desde que había encontrado el cuerpo, se secaron. No podía explicar que nunca jamás habría hecho daño a Luke, que se había pasado los últimos dieciséis años protegiéndolo del mundo. Abrió la boca, se sintió como si se ahogara con arena seca—. No —repitió.

—Por supuesto que no —dijo Vera—. Si hubiera alguna posibilidad de que lo hubiera hecho, estaría hablando con usted en la comisaría, con la grabadora encendida y su abogado sentado al lado. De otro modo el juez no aceptaría lo que me ha contado como prueba. Pero tenía que preguntarlo. Podría haberlo matado. No hacía mucho que había muerto cuando usted llegó a casa.

Físicamente, cabía la posibilidad. Y no es raro que el asesino sea un miembro de la familia. —Calló, y entonces repitió—: Tenía que preguntarlo.

—Entonces, ¿me cree?

—Ya le he dicho que sí. Podría haberlo matado. Si él la hubiera puesto furiosa y, no hubiera podido soportarlo más. Pero nos lo habría dicho. Además, usted creía sinceramente que se había suicidado. Cuando llegué, pensaba que se había suicidado y se culpaba a sí misma.

Hablaban sobre la arena dura que la marea había dejado atrás. Julie se arremangó los vaqueros un par de vueltas y dejó que el agua le cubriera los pies. La inspectora no podía seguirla sin mojarse las sandalias. Miró hacia el mar para que Vera no viera que estaba llorando.

—Alguien lo mató —dijo Vera. Julie apenas podía oírla. Aunque el mar estuviera demasiado en calma para tener olas, se escuchaba el sonido de succión

de la marea al retirarse—. Alguien lo estranguló, y después lo desnudó. Llenó la bañera y lo puso dentro, y esparció las flores en el agua.

Julie no estaba segura de si debía contestar, y no dijo nada.

—¿Tenía las flores en la casa? —preguntó Vera.

Julie se volvió a mirarla.

—Nunca tengo flores en casa. Laura es alérgica al polen. Le pone los ojos llorosos.

—¿Y en el jardín?

—¿Está broma? No crece nada en nuestro jardín. Mi padre viene a cortarnos la hierba, pero no tenemos plantas. Atrás solo hay sitio para el tendedero.

—Por lo tanto el asesino trajo las flores. Para entendernos, diremos que es un asesino. La mayoría de asesinos son hombres. De todos modos, no nos cerramos a ninguna posibilidad. ¿Por qué traería flores? ¿Significa algo para usted?

Julie sacudió la cabeza, aunque algo se estaba revolviendo en su memoria, algún recuerdo.

—Llevaron flores al lugar donde Thomas falleció. Las lanzaron al río. Los vecinos de la urbanización donde vivía con su madre. Incluso personas que no lo

conocían o a quienes no les caía bien. Como una forma de dar el pésame. De decir que entendían que era una gran pérdida. Que murió porque unos chicos estaban haciendo el tonto. Luke también fue. Le compré unos narcisos en

Morrisons.

—Flores para recordar y mostrar pesar —dijo Vera—. Universal.

Julie no estaba segura de entender qué había querido decir.

—¿Está diciendo que quien mató a Luke lo sentía por él?

—Podría ser.

—Pero si lo sientes, si lo sientes antes, si para eso eran las flores, ¿por qué matarlo? Es como si hubieran obligado a alguien a allanar mi casa y matar a mi

hijo.

—No allanaron su casa —dijo Vera.

—¿Qué?

—No hay signos de que forzaran la entrada. Ninguna ventana rota. Nada parecido. Es como si Luke le hubiera dejado entrar. O Laura.

—Tuvo que ser Luke —dijo Julie con tristeza—. Se dejaba convencer por cualquiera. Le daba dinero a cualquiera que pidiera en la calle, si tenía. A cualquiera que hubiera llamado a la puerta con una excusa, lo habría dejado entrar. Laura es más sensata.

—¿Laura y Luke se llevaban bien?

—¿Qué está insinuando? —Estaba más enfadada que cuando había creído que la inspectora la estaba acusando a ella de asesinato—. Laura es una niña, tiene catorce años.

—Hay preguntas que son necesarias —dijo Vera—. Usted no es tonta. Lo entiende. —Calló un momento—. Se da cuenta de que tendré que hablar con ella. Ahora no está en condiciones, pero cuando lo esté... Es mejor que sepa cómo estaban las cosas entre ellos antes de empezar. ¿Es posible, por ejemplo, que Luke le hiciera confidencias? Si estaba preocupado por algo, ¿ella lo sabría?

—No estaban tan unidos —dijo Julie—. No era fácil para ella tener un hermano así. Él acaparaba toda la atención. He intentado que ella también se sintiera especial, pero él era el que me preocupaba. Debió de ser violento para ella cuando empezó en el instituto. Todos sabían que él se metía en líos. Todos lo insultaban. Eso no significa que le deseara ningún daño.

—No —dijo Vera—. Por supuesto que no.

Dos adolescentes bajaron las dunas corriendo hacia la playa. Eran gamberros, era evidente con solo mirarlos, por cómo se lanzaban arena a patadas y decían palabrotas. Tenían más o menos la edad de Luke, seguramente estaban faltando a clase. Julie apretó los labios, haciendo esfuerzos para no gemir.

—¿Qué taxi utilizó anoche para venir de la ciudad? —La pregunta salió sin más. Julie sabía que Vera intentaba distraerla, y se lo agradeció.

—Foxhunters, Whitley Bay. Lo reservamos por anticipado. El taxista dejó primero a Lisa y a Jan. Yo fui la última parada. —Calló—. Lo confirmará.

Estuve en casa solo unos minutos antes de llamar a la puerta de Sal. Si fue hasta el final de la calle para dar la vuelta, quizá me vio en la puerta.

—Me interesa más si vio a alguna otra persona en la calle. ¿Usted vio a alguien? Julie sacudió la cabeza.

—Tómese su tiempo —dijo Vera—. Podría haber algo. Pruebe a revivirlo dentro de su cabeza, como una película. Descríbamelo. Desde que el taxi paró.

Y así en la playa ancha y vacía, con las gaviotas chillando sobre su cabeza y la marea succionándole los pies, Julie cerró los ojos y sintió el mareo que la había asaltado al bajar del taxi.

—Estaba borracha —dijo—. No tanto como para caerme al suelo, pero no estaba sobria. Todo me daba vueltas. ¿Sabe a qué me refiero? —Porque estaba segura de que Vera se había emborrachado alguna vez. Sería una buena persona con quien emborracharse.

—Lo sé. —Esperó un momento—. ¿Oyó algo raro?

—Nada en absoluto. Me fijé en lo silencioso que estaba. Normalmente hay tráfico en la calle principal que cruza el pueblo. Siempre está ahí, y ya ni lo oyes. Anoche no había nada. Cuando abrí la puerta al menos. —Frunció el ceño.

—Pero ¿más tarde? ¿Cuando la puerta estaba abierta?

—Un coche se puso en marcha en la calle.

—¿Puede ser que fuera el taxi, que daba la vuelta?

—No. Fue un motor que se encendía, que aceleraba. Es un ruido diferente al

de un coche que ya está en marcha, ¿no?

—Muy diferente —dijo Vera.

—Debía de estar aparcado calle abajo, cerca del cruce con la carretera que entra en el pueblo. El ruido venía de allí.

—Entonces, debió de pasar por delante en el taxi al llegar.

—Por fuerza.

—¿No se fijó en nada? ¿Un coche desconocido? ¿Que no pertenecía a ninguno de los vecinos? —Su voz sonó tan estudiada e informal que Julie supo que era importante.

—No —dijo—. No creo que me fijara. —Pero volvió a cerrar los ojos y se concentró. Habían venido por el puente de arco, y ella se había inclinado para decir al taxista que redujera la velocidad porque casi habían llegado «Hay un giro pronunciado a mano derecha, justo en la esquina.» Y al mismo tiempo estaba sacando el monedero del bolso, para ahorrarse ese incómodo último momento de rebuscar para pagar. Lisa y Jan ya le habían dado más que su parte y sabía que tenía dinero suficiente. No venía nadie en el otro sentido y el taxista había parado en la calle sin tener que aparcar. Y había un coche. Casi en la esquina. Aparcado frente al bungalow donde vivía el señor Grey. Se había fijado porque el señor Grey no conducía desde que le habían diagnosticado párkinson, y todos sabían que su único hijo vivía en Australia. Se acordaba porque se había preguntado si el coche sería del médico, si se trataba de algún tipo de urgencia. Y se había vuelto a mirar si había luces encendidas, pensando en el cotilleo que le podría contar a Sal. Pero la casa estaba a oscuras. Y además era un coche pequeño. No de los que suelen conducir los médicos.

Todo esto le contó a Vera.

—No sé qué marca era.

—No se preocupe. Nos da algo con que trabajar. Alguno de sus vecinos

podría haberlo visto.

Los gamberros pegaban patadas a un balón, haciéndolo rebotar con fuerza en la arena mojada, de modo que una ducha de barro les caía sobre la ropa. Sus madres los matarán, pensó Julie.

—A casa —dijo Vera—. ¿Preparada?

Julie estuvo a punto de decir que no quería volver nunca más a casa.

—Laura estará despierta. La necesitará. —Vera se puso a caminar hacia las dunas, sin dejar otra opción a Julie que seguirla.

Cuando llegaron a la calle, fue como si la viera por primera vez. Una parte de ella seguía en la playa, con el sonido de las gaviotas y todo aquel espacio. Le costaba pensar en aquello como su casa. Una calle sin salida que terminaba en campos de cultivo. Antes estaba la pila de desechos de la cantera, pero ahora todo eran campos hasta la playa. Bungalós de personas mayores a un lado de la calle, todos con su rampa y su pasamanos. Una hilera de adosados en el otro lado, antes del ayuntamiento y ahora de propiedad privada. Julie reflexionó:

¿Habría pasado esto si hubiéramos vivido en otro sitio?

Vera le pidió que le mostrara el lugar exacto donde había visto el coche la noche anterior. Julie lo intentó de veras, pero no se podía concentrar. No dejaba

de pensar en cosas que podía haber hecho para evitar la muerte de su hijo. Se podía haber mudado, o no haber salido con las chicas, o haber metido a Luke en

una escuela especial, un internado donde le habrían vigilado como era debido.

Vera paró suavemente frente a la casa. Seguía habiendo un policía en la puerta, pero Julie sabía que Luke ya no estaba.

Cuando Vera llegó a casa aquella noche, había un gavián planeando sobre el tejado. Las alas redondeadas estaban inclinadas para captar las corrientes térmicas y el último sol lo iluminaba, de modo que brillaba como madera pulida,

tallada en un tótem. Los gavilanes apenas estaban regresando a aquella parte de

Northumberland. Comunes en el oeste del país, los aparceros les habían

disparado a placer, habían pisado sus huevos y habían puesto cebos

envenenados. Vera sabía que había uno en una finca vecina con tendencias asesinas. A ver si se atreve. A ver, pensó.

Dentro, la casa estaba mal ventilada y desordenada. Hacía veinticuatro horas

que Vera no pasaba por allí. Abrió ventanas, recogió ropa sucia del suelo del dormitorio y la metió en la lavadora del cobertizo. Después intentó recordar si había algo comestible en la nevera. Desde la muerte de su padre, Vera había vivido sola, y sabía que ya viviría siempre así. No merecía la pena plantearse si

sería capaz de sobrevivir a una relación. Había habido alguien una vez que la tenía despierta por la noche, soñando, pero no había llegado a ninguna parte.

Ahora era demasiado tarde para lamentarse. Aunque eso no le impidiera hacerlo, a altas horas de la noche, con un whisky en la mano.

Sacó una cerveza de la nevera, la abrió con un abridor y bebió directamente

de la botella. Aunque no se hubiera tomado la molestia de comprar comida, siempre tenía alcohol en la casa del antiguo jefe de estación. Bebía demasiado.

Al menos con demasiada regularidad. Emocionalmente dependiente, se decía a sí misma. No adicta. Se fue con la cerveza al cobertizo y hurgó en el congelador.

Su padre guardaba allí los animales y las aves para disecar; con un congelador más pequeño le bastaría. En el fondo encontró un envase de plástico de estofado

de ciervo. La carne se la había regalado el mismo aparcerero que odiaba las aves

de rapiña, pero Vera la había aceptado sin escrúpulos. En las montañas había que

mantener la farsa de que te caían bien tus vecinos. Nunca se sabía cuándo podías

necesitar que te remolcaran para salir de una zanja en un día de nieve. Había pasado una tarde de domingo lluviosa cocinando la carne, utilizando muchas hortalizas para que estuviera tierna, hojas de laurel del jardín y vino tinto. Creía que se lo había comido todo, y encontrar una porción le proporcionó un breve momento de alegría, un placer sin complicaciones del tipo que se experimenta raramente en la edad adulta.

Mientras se paseaba por la casa, no dejaba de pensar en el caso Armstrong.

Como una actriz, se metía en la piel de los personajes, los vivía. Ya tenía una idea de Luke Armstrong. Las palabras de Julie le habían dado vida y, de todos modos, había conocido chicos como él. Sobre todo en los calabozos de la Policía

o en reformatorios juveniles. El sistema les había fallado, como habría fallado a

Luke de no haber tenido una madre como Julie luchando por él. Luke había sido

un chico que se había esforzado. Todo había sido difícil para él: la escuela, las

relaciones y las cosas aburridas de la vida cotidiana. Debía de ver la vida a través de una niebla de incomprensión. No había llegado a entenderla del todo. Debía

de ser un chico fácil de manipular. Unas palabras amables, la perspectiva de una

recompensa simple y habría recibido a un desconocido como un salvador. Vera

lo habría entendido si hubiera muerto en una pelea de pub. Se lo imaginaba enfureciéndose cada vez más, estallando al final con la frustración de un crío.

Incluso un tiroteo en la calle habría tenido cierta lógica. Traicionaría a alguien sin querer, y una muerte como esa podría ser un terrible error o un mensaje para

otros.

En cambio, aquel asesinato no tenía ninguna lógica. La forma como habían

colocado amorosamente a Luke en la bañera, con aceites perfumados y flores, casi implicaba respeto. A Vera, que tenía más imaginación de la que su aspecto

sugería, le hacía pensar en un sacrificio. Un chico guapo. Ritual y reverencia. Y

probablemente había algún tipo de referencia literaria. Hacía muchos años de las

clases de literatura, pero la imagen era potente. El suicidio de Ofelia. Y ¿cuántos de los amigos gamberros y contactos de Luke habían leído *Hamlet*?

Todavía no tenía ni idea de cómo era Laura. Su madre decía que era alegre y

locuaz. ¿Era creíble que la niña hubiera dormido mientras ocurría todo? El estrangulamiento, la bañera llenándose. ¿Sabía siquiera el asesino que ella estaba en casa?

Vera intentó imaginar qué había pasado. Alguien se había presentado en la puerta con un ramo de flores. ¿Le había dejado entrar Luke? ¿Lo conocía? ¿Y

entonces qué? La Policía Científica no había sabido concretar dónde había tenido lugar el asesinato. ¿Al pie de la escalera? En ese caso, ¿habían cargado

con Luke escaleras arriba, hasta el baño? Vera no se lo podía imaginar. No tenía sentido. Quizá el asesino le había pedido a Luke que le dejara usar el baño y el

chico lo había acompañado arriba. Entonces el asesinato debió de tener lugar en

la habitación contigua a la de Laura. Vera se estremeció ligeramente, imaginando

a la niña todavía dormida mientras el chico moría tan cerca de ella.

Comió en una bandeja, sentada frente a una ventana abierta. Sus vecinos más

cercanos eran unos *hippies* ya mayores que buscaban una vida mejor. Tenían una pequeña parcela, un par de cabras, una vaca para ordeñar, media docena de gallinas, un pequeño rebaño de ovejas de una raza rara. No utilizaban pesticidas,

desdeñaban el comercio agrícola y su campo de heno estaba lleno de malas hierbas. Vera olía el heno. Había una bandada de pardillos piquigualdos

alimentándose con las inflorescencias. Vera había descorchado una botella de merlot e iba por la segunda copa. Estaba más contenta de lo que lo estaba desde

hacía meses.

Últimamente su trabajo había sido más bien rutinario, aburrido. Aquello era

diferente y un reto, algo en que pensar cuando pasaba la noche sola, algo mejor

que una función sombría en Radio 4 para ocupar su mente. Por Dios, pensó.

Menudo carcamal estoy hecha. Se sentía un poco culpable disfrutando tanto con

la muerte de un pobre adolescente. Le gustaba Julie, y pensaba que no podía haberlo hecho mejor con el chico. Pero nada de eso le impedía disfrutar del caso,

de los insólitos detalles de la escena del crimen. Pocos placeres más tenía en su

vida. Se quedó frente a la ventana abierta hasta que oscureció y la botella de vino estuvo casi vacía.

Al día siguiente reunió al equipo y les habló de Luke como si lo hubiera conocido.

—Conocéis el tipo. Un poco lento. Le hablas y no estás seguro de que te haya entendido. Lo repites y te sigue quedando la duda. Pero no era un mal chico. Buen corazón. Generoso. Bueno con los ancianos de la residencia donde

trabaja su madre. Al borde del conflicto. No lo suficientemente listo para meterse en líos por sí mismo, pero tampoco lo bastante para mantenerse al margen cuando los amigos lo arrastraban. Y en todo caso, solo faltas menores...

»Luke fue testigo de un ahogamiento. Joe tiene los detalles y os los pasará.

Por supuesto, puede ser una casualidad, pero es la mejor pista que tenemos por el momento. —Calló—. La única.

Sin demora, Joe Ashworth se puso a repartir unos folios. De repente, Vera se

preguntó si no lo trataba demasiado como al favorito de la maestra. ¿Le sentaría mal? El problema era que Joe era uno de los pocos miembros del equipo en quien podía confiar absolutamente. Sabía que haría las cosas bien. A lo mejor aquello decía más de ella que de los demás.

Siguió.

—El chico que se ahogó después de la pelea en el muelle de North Shields era Thomas Sharp. Uno de los Sharp. Una familia famosa de la que todos hemos oído hablar. El padre es Davy Sharp, que en este momento está cumpliendo tres años de condena en la cárcel de Acklington. No hubo proceso después del accidente. Parece que hubo consenso en que se trató de una gamberrada que se

fue de las manos. Es posible, por supuesto, que nada de esto sea relevante, pero preguntad por ahí. ¿Estaba Luke involucrado con personas de las que su madre

no sabía nada? ¿Alguien intenta mandar un mensaje con el fin de infundir miedo?

Volvió a callar. Le gustaba tener público, pero prefería que hubiera alguna reacción. Nadie contestó.

—¿Y bien? —insistió—. ¿Alguien ha oído algo?

Todos negaron con la cabeza. Parecían atontados, demasiado bien alimentados, demasiado acalorados. La sala estaba mal ventilada, pero le sorprendió su falta de entusiasmo. ¿No era para eso para lo que se reunían? No se le ocurrió pensar que le pudieran tener un miedo cerval, que incluso los que bravuconeaban en la cantina de la comisaría eran demasiado tímidos para comprometerse con una opinión que a ella le pudiera parecer una tontería.

—La escena del crimen —dijo—. Ya sabréis que era un poco insólita. Al

chico lo estrangularon y lo colocaron en una bañera llena de agua. Sobre su cuerpo se esparcieron flores. Por suerte, Julie no vació la bañera cuando encontró a Luke. La policía científica se pasó horas recogiendo el agua y guardándola. Podría contener algo. Están analizando el aceite de baño. Incluso podríamos encontrar un cabello del asesino, con un poco de suerte. Pero no podemos depender de esto. Necesitamos saber de dónde salieron las flores. ¿Se

recogieron en campos y jardines del pueblo o el asesino las compró?

Necesitamos saber exactamente qué eran, y después que alguien haga la ronda de las floristerías para comprobarlo. No me parecieron de la clase que se encuentra en un ramo estándar. Mayoritariamente flores silvestres, diría yo.

¿Dónde las recogieron? ¿Hay algún botánico cerca que pueda echar una mano?

Joe, ¿puedes preguntar en la universidad?

No esperó a que le respondiera.

—La pregunta más importante es por qué. ¿Por qué el gesto? Parece un

riesgo, una complicación innecesaria. Es casi como si el asesino quisiera llamar

la atención, montar un espectáculo imponente. Julie había salido con las amigas

en Newcastle, pero nadie sabía con exactitud a qué hora volvería. Casi se topa con el asesino. Laura, la hermana, estuvo en la casa todo el rato. Durmiendo como un tronco, por lo que parece. Su madre dice que podría dormir bajo un bombardeo. ¿Es eso significativo?

Se levantó una mano vacilante. A Vera le gustaba que el público reaccionara,

pero podía ser cruel si la interrumpían, como un humorista con los espectadores

cargantes. Con este se comportó.

—¿Sí?

—¿Significa que el asesino conocía a la familia? ¿Sabía que Laura tenía un sueño profundo y que Julie había salido? No sale a menudo, ¿verdad?

Vera asintió.

—Tal vez. O que hacía un tiempo que vigilaba la casa, esperando una oportunidad.

Otra mano.

—¿Sí?

—¿Podría haber sido la hermana? ¿Una pelea que se les fue de las manos?

Vera recapacitó un momento.

—Te los puedes imaginar peleando —dijo—. Un chico como él. Debía de ser

una pesadilla tenerlo como hermano, sobre todo a la edad que tiene ella. Esa edad en la que quieres ser como todos los demás. Lo último que deseas es un chalado en la familia. También podría haberlo ahogado. Si estaba en la bañera,

no se habría necesitado demasiada fuerza para mantenerlo sumergido. Pero fue estrangulado, y después colocado en el agua. No me imagino a una niña de catorce años haciendo eso. Es delgaducha. Vivaracha. No creo que oculte nada,

sin embargo. ¿De dónde habría sacado las flores? La madre confirma que no había en la casa. Creo que podemos olvidarnos de la hermana, a menos que surja

algo. ¿Estamos todos de acuerdo?

Hubo algunos asentimientos poco convencidos. Vera siguió.

—El padre, sin embargo, es harina de otro costal. Parece que siempre le costó tener que tratar con Luke. Él y Julie se separaron hace años, pero ha mantenido el contacto con la familia. Nada formal. Llama cuando le apetece.

Los hijos van a su casa de vez en cuando. Si mató al chico, explicaría por qué no

había señales de allanamiento. Luke lo abriría la puerta, sin duda. Julie dice que el chico siempre lo ponía furioso. Se podía imaginar un escenario en que el chico

lo provocara tanto como para asesinarlo, estrangulándolo.

—Pero tendríamos el mismo problema para explicar lo de las flores —dijo Ashworth.

—Es posible. A menos que fuera lo bastante listo como para darse cuenta de que sería sospechoso y supiera que este tipo de escenificación elaborada nos haría mirar hacia otro lado. Razón de más para conseguir más detalles sobre las flores. Si estaban disponibles en el pueblo, las podría haber cogido después del asesinato.

Ashworth se mostraba escéptico.

—Tendría que tener mucha sangre fría. Imaginarse la escenificación, salir a buscar las flores, volver a entrar en la casa. Alguien podría haberle visto.

—Es lo que parece, ¿no? ¿Alguna alegría del puerta a puerta? ¿Se vio a alguien en la calle?

Supuso que ella misma volvería más tarde al pueblo. No es que fuera lo más correcto que ella se presentara en las casas. Al menos según su jefe. En su última evaluación había mencionado una mala disposición a delegar. Su papel era estratégico, había dicho el jefe, la gestión de la información. Pero a ella le gustaba palpar lo que pasaba en el vecindario. No todo el mundo era bueno en eso.

Miró los rostros inexpresivos, esperando que alguien contestara. ¿Y alguien todavía se pregunta por qué no me entusiasma delegar?, pensó.

Por fin habló Ashworth. El favorito de la maestra otra vez. Aunque se imaginaba que lo llamaban cosas peores cuando ella no estaba.

—Nadie vio nada fuera de lo normal, según el equipo que hizo el puerta a puerta.

—¿Qué hay del coche que Julie recuerda haber visto en la calle el miércoles por la noche?

Joe miró sus notas.

—Por lo visto, a las nueve no estaba. Una mujer había ido a buscar a su hija a los Scouts. Dice que se acordaría.

Nadie dijo nada más. Hubo un momento de silencio. Vera estaba sentada en el borde de una mesa, gorda e impasible como un Buda. Incluso cerró los ojos un momento, como si meditara. Se oía el ruido lejano del resto del edificio: un teléfono sonando, un estallido de risas. Abrió los ojos de nuevo.

—Si no ha sido el padre jugando a hacer el imbécil —dijo—, tenemos que pensar en lo que significa esa escena del crimen. Era como una obra de teatro. O

una de esas instalaciones artísticas. Ovejas muertas. Montones de excrementos de elefante. La clase de arte en que el significado es más importante que lo que

se ve o que la capacidad que se necesita para hacerlo. Necesitamos saber qué quería decir este artista. ¿Alguien tiene alguna idea?

Todos la miraron, como ovejas muertas. Y esta vez no podía culparlos. Ella tampoco tenía ninguna idea.

Era viernes por la tarde y el tráfico era denso en la carretera de doble sentido de Newcastle a la costa. La gente había salido antes de trabajar para disfrutar del sol. Las ventanillas bajadas, la música alta, el fin de semana ya había empezado.

El padre de Luke Armstrong vivía justo al lado de la carretera de la costa, en una de las nuevas y extensas urbanizaciones de las afueras de Wallsend. Vera sabía que no era su cometido hablar con él. Debería dejar el trabajo de campo al resto del equipo. ¿Cómo iban a aprender si no? Pero esto era lo que se le daba bien. Se imaginó a Julie Armstrong encerrada en Seaton con su hija y sus recuerdos, y consideró que no podía dejar que ninguna otra persona volviera a pasar por algo así.

La casa era un adosado de ladrillo rojo. Tenía un pequeño jardín delante, separado del de los vecinos por un seto de lavanda, una entrada asfaltada, un garaje integrado. Los promotores habían aprovechado cada centímetro de aquella

tierra donde había habido tres minas de carbón, pero la urbanización no estaba mal si a uno no le molestaba vivir en comunidad. Había sido diseñada en forma

de parcelas en torno a callecitas sin salida, de modo que los niños podían montar

en bicicleta sin correr peligro. Los árboles plantados en los jardines empezaban a

madurar. Había canastas colgadas fuera de las casas, coches relucientes en las entradas. No hay motivos para despreciarlo, pensó Vera.

No estaba segura de que Geoff estuviera en casa. Cuando había llamado

había saltado un contestador, pero no había dejado ningún mensaje. Prefería pillarlo desprevenido. Avanzó con el coche lentamente para encontrar la casa que buscaba. Eran las tres y los niños más pequeños volvían de la escuela primaria de la esquina. Las madres que esperaban en el parque parecían rosadas

y aturcidas después de una tarde al sol. Vera estaba en la entrada, con el dedo en

el timbre, cuando Armstrong entró en el jardín. Llevaba de la mano a una niña

apenas lo suficientemente mayor para ir a la escuela. Una monada de niña de

anuncio: rizos rubios, pecas, ojos marrones enormes, vestida con la bata de cuadros

roja de uniforme.

—¿Sí? —dijo. Una sola palabra, pero dicha con ese tono de agresividad que había asustado a Julie.

Antes de que Vera pudiera dar explicaciones, la puerta de la casa se abrió.

Una mujer esbelta en el umbral. Llevaba una bata, parpadeó deslumbrada por el sol, pero no parecía avergonzada de que la vieran así. Sabía que seguía estando guapa.

—Kath trabaja de noche —dijo Armstrong furiosamente—. Yo termino antes los viernes y puedo recoger a Rebecca. Así Kath puede dormir una hora más.

—Lo siento, guapa. —Vera se dirigió a la mujer, no a él—. No lo sabía. —

Levantó la identificación para que ambos pudieran verla—. ¿Puedo pasar?

Se sentaron en la pequeña cocina, dejando a Rebecca en la sala con un zumo,

una galleta y la programación infantil en la tele. Kath puso agua a hervir y se excusó para ir a vestirse. Cuando Vera se disculpó de nuevo por haberla despertado, le quitó importancia.

—Cuando hace tan buen tiempo, es imposible dormir. Radios en los jardines,

y los niños jugando fuera. Además, esto es importante. Pobre Luke. —Se quedó

un momento en el umbral y después subió. Oyeron cómo se movía: pasos, un armario que se abría, la ducha.

Se sentaron en los taburetes de la barra del desayuno. Vera sospechó que debían de tener un aspecto ridículo. Dos gnomos con sobrepeso en taburetes de

sapo.

—¿Pasaba Luke mucho tiempo aquí? —preguntó.

—Bastante, antes de caer enfermo. Más que Laura. Creía que a ella le haría

ilusión cuando Kath tuvo a la niña. Una hermanita. Pero no le hizo ninguna gracia. Luke se portaba mejor con Rebecca, incluso cuando era un renacuajo.

—¿No había estado aquí desde que salió del hospital?

—No. Kath quería que viniera a pasar el fin de semana, pero yo no estaba seguro...

—¿Temía por la niña?

—No que le fuera a hacer daño. Más bien que, si se comportaba de un modo

raro, ella no lo entendiera. —Hizo una pausa—. Nunca supe cómo tratar a Luke

cuando vivía en casa. El orgullo, dice Kath. Quería un chico que fuera fuerte, competitivo, bueno en los deportes. Como yo pero mejor. Supongo que me

avergonzaba porque era diferente de los demás chicos.

Vera pensó que había cambiado desde que había dejado a Julie. Kath debía de ser una influencia civilizadora. O quizá ella simplemente le había enseñado a

fingir lo que no era.

—Solía perder los nervios con él.

El hombre levantó la cabeza, asombrado. Era un padre angustiado. Ella no debía hablarle así.

—Fue una mala época —dijo—. Había perdido mi trabajo, no tenía dinero,

Julie y yo no nos llevábamos bien. Después intenté comprenderle mejor.

Entonces aquel chico con quien había hecho amistad se ahogó, y Luke se

hundió. Nadie conseguía llegar a él.

—¿Fue a visitarlo al hospital?

—Fuimos los dos, Kath y yo. No estoy seguro de haber podido afrontarlo

solo. Las primeras veces se veía a la legua que estaba realmente drogado. No creo que se diera cuenta siquiera de que estábamos allí. Pero incluso entonces parecía asustado. Se sobresaltaba cada vez que alguien se le acercaba por detrás.

Cuando estuvo mejor lo sacamos una tarde. Una pizza y un paseo por Morpeth.

Ya estaba más charlatán, pero todavía muy agitado. No dejaba de decir que era

culpa suya, que aquel chico se hubiera ahogado. Fuimos al puente, sobre el río,

¿sabe?, junto a la iglesia, y se puso fatal. Temblando, llorando. Cuando logramos que se calmara, ya estábamos de vuelta en el hospital.

—¿Dijo por qué tenía miedo? ¿Alguien le hizo responsable de la muerte del chico?

—Nunca fue capaz de explicarse muy bien, ni siquiera antes de la crisis. Le preguntamos, pero las preguntas lo ponían aún peor.

—¿Fue a verlo un par de veces después de que saliera del hospital?

—Sí, y parecía estar mejor. Julie decía que no le gustaba salir de casa. Pero parecía más él mismo.

—Su hermana se alegraría de que hubiera vuelto a casa.

Armstrong se inclinó sobre la barra del desayuno. Tenía las manos secas y callosas, y las uñas cortas.

—Sí, puede. —Guardó silencio, contemplándose las uñas—. Pero no era fácil para ella. A veces le costaba llevarse bien con Luke. Quizá tiene demasiado de su padre para hacer concesiones. Quizá estaba harta de que él acaparara toda la atención de su madre.

Oyeron una puerta que se cerraba arriba, más pasos, y apareció Kath.

Llevaba puesto el uniforme y se había recogido los cabellos.

—¿Puedo? ¿O prefiere hablar con Geoff a solas?

—Pase, por favor —dijo Vera—. Estoy a punto de llegar a la parte dura. Me irá bien un poco de sentido común femenino. Que impida que su hombre pierda los estribos.

—¿A qué se refiere?

—He de preguntarles a los dos dónde estaban cuando Luke fue asesinado.

Esto no significa que crea que alguno de los dos tuvo algo que ver con su muerte.

Pero debo preguntarlo. ¿Lo comprenden?

—Por supuesto —dijo ella.

—¿Geoff?

Él asintió de mala gana.

—Yo estaba trabajando —dijo Kath—. En el ala de ginecología del hospital Royal Victory. Éramos tres. Fue una locura. Un par de ingresos de urgencia. No tuve tiempo ni de hacer la pausa. Geoff estuvo aquí toda la noche, cuidando a Rebecca.

—¿Siempre trabaja de noche?

—Sí, desde que volví a trabajar después de tener a Rebecca. Nos conviene.

Geoff trabaja por su cuenta. La mayor parte de su trabajo se lo da un constructor de Shields, Barry Middleton. Geoff hace la yesería y la carpintería. Barry está bien considerado y el trabajo es estable, pero Geoff puede organizarse bien con los horarios de la familia y las vacaciones escolares. Tiene a Rebecca a punto para ir a la escuela cuando llego, y los viernes va a recogerla. Es casi su hora de ir a la cama cuando me marchó al hospital por la noche. Ninguno de los dos tiene una gran vida social, pero nos aseguramos de que Rebecca nos vea mucho a los dos.

—¿Se despertó su hija la noche que Luke fue asesinado?

La pregunta iba dirigida a Geoff, pero también esta vez fue Kath la que contestó.

—¡No se despierta nunca! Es un milagro. Duerme toda la noche desde que cumplió seis semanas. Una vez en la cama no la oyes hasta las siete de la mañana siguiente.

Hubo un silencio incómodo. Kath se dio cuenta de las implicaciones de sus palabras mientras hablaba.

—Pero nunca la dejaría sola —exclamó—. Ya ha visto cómo se porta con ella. No se iría nunca, dejándola sola.

—¿Geoff?

—No la dejé —dijo. Vera se daba cuenta de que se estaba conteniendo, para demostrarles, a ella y a Kath, que podía, que ya no perdía los estribos—. No podría ni llegar al final de la calle sin imaginarme cosas. Que se incendiara la casa. Que se pusiera enferma. No lo haría. Además, podía ir a ver a Luke en cualquier momento. ¿Para qué esperar a la noche?

—Muy bien —dijo Vera—. Ahora que está aclarado, podemos seguir. —

Aunque de aclarado nada. En realidad, no. Podía haber buscado a alguien para que vigilara a Rebecca. O, si estaba lo bastante desesperado, podía haberla dejado sola, por muchos aspavientos que hiciera frente a su esposa. Pondría al equipo a hablar con los vecinos al día siguiente. Por si había pedido a alguien que hiciera de canguro, o si alguien había visto el coche saliendo de la entrada.

Respiró hondo—. ¿Se les ocurre alguien que quisiera matar a Luke? Julie dijo que no tenía enemigos, pero una madre siempre piensa que sus hijos no pueden

hacer nada malo. Necesito algo para trabajar. Algún lugar donde empezar.

Del salón llegó la vocecita de la niña cantando alguna rima de la televisión.

Vera no entendía mucho de niños, pero pensó que no era habitual tener a uno tan

poco exigente. Era un hogar muy diferente del de Seaton, donde Luke había crecido. Este era tranquilo y ordenado. La familia vivía siguiendo una rutina.

Julie necesitaba un poco de agitación en su vida para soportar la cotidianidad.

Vera permaneció observando a los adultos, esperando a que hablaran.

—Luke podía sacarte de tus casillas —dijo Armstrong—. No lo hacía a

propósito. Es que no entendía lo que le decías. Le pedías que hiciera algo y te miraba como si el tonto fueras tú por esperar que lo entendiera. Imagino que esto

pudo crearle algún problema. Algunas de las personas que frecuentaba estaban acostumbradas a ser tratadas con respeto.

—¿Como los Sharp?

—Puede ser.

—¿Culpaban los Sharp a Luke por la muerte de su hijo?

Fue como si Armstrong necesitara tiempo para pensárselo.

—No me relaciono con ellos —dijo por fin—. No le sabría decir. Pero no son famosos por su paciencia, eso no. Y nuestro Luke ponía a prueba la paciencia de un santo. Si uno de ellos le hubiera preguntado por lo que pasó la noche que Thomas murió, Luke no habría sido capaz de responder. Se habría estresado, aturullado. No le habrían salido las palabras y se habría quedado mirando fijamente. Como he dicho, esto podía sacarte de tus casillas. Aunque no creyeras que Luke fuera responsable, te ponía furioso.

—No tan furioso como para ir a su casa y estrangularlo —dijo Kath.

Armstrong se encogió de hombros.

—No se me ocurre nadie más que pudiera querer matarlo.

—¿Les habló alguna vez Luke del accidente?

—No del accidente en sí —dijo Kath—. Vino poco después de que pasara.

Habló de todas las flores que se lanzaron después al río. De lo bonitas que eran.

Había ido con Julie y parecía muy conmovido. Salió una foto en la primera plana del *Chronicle*. Me la trajo para que la viera.

Rebecca apareció en la puerta de la cocina. Se quedó allí tímidamente, intrigada con la desconocida.

—¿Te importa hacer el té, Geoff? —dijo Kath—. Tengo que prepararme para ir a trabajar.

Acompañó a Vera hasta la puerta de la casa. En la cocina Geoff había puesto la radio, y él y Rebecca cantaban una canción pop.

Vera tenía docenas de preguntas. Quería saber cómo se habían conocido Kath y Geoff. ¿Qué había visto en él? ¿Cómo había visto al padre afectuoso en potencia bajo la patanería y la ira? Pero probablemente eso sería fisgar y no era de su incumbencia, y se contentó con un único comentario.

—Me habían dicho que su marido tenía mal carácter —dijo—. Nadie lo diría

ahora.

Kath permaneció un momento en silencio, buscando el pomo de la puerta.

—Es feliz —dijo—. No hay motivo para que esté enfadado.

Vera pensó que había sonado un poco simplista. Demasiado bueno para ser verdad. Pero no insistió. Tenía otro compromiso, para ver a otra persona.

En la bañera, con la ventana un poco abierta, el agua abundante y muy caliente, Felicity se puso a recordar el pasado. No era muy dada a la introspección, y no sabía qué podía haberla causado. Quizá el sexagésimo cumpleaños de Peter.

Los cumpleaños tenían a veces ese efecto. O un estado de ánimo menopáusico.

Conocer a Lily Marsh la había inquietado. Estaba celosa de la juventud y la vitalidad de la joven, de su piel firme y vientre plano, y había envidiado su independencia.

Felicity se había casado demasiado pronto. Había conocido a Peter en una fiesta. Entonces era estudiante universitaria, apenas llevaba seis semanas de carrera. Sus padres habían intentado convencerla para que solicitara plaza en una

universidad más lejos de casa, pero a ella ya la asustaba bastante la perspectiva de vivir en una residencia. Necesitaba la seguridad de saber que la vicaría estaba a una hora de distancia, una ruta de escape. Su padre era sacerdote, tranquilo y

relajado en su enfoque de la teología, pero estricto en la bondad. De hecho, Felicity se aficionó a la vida universitaria, a las amistades y a las noches en vela, y especialmente a los hombres. Vio que podía ser atractiva para ellos. Les gustaba su timidez, quizá incluso veían en su comportamiento recatado un

desafío. Pero ella no estaba segura de cómo debía reaccionar con ellos.

Deambulaba, perpleja y un poco perdida. Alicia en el país de las maravillas intelectuales.

Un día estaba en una fiesta en una casa de estudiantes en Heaton. Había suelo de madera sin pulir y telas de algodón de la India en las paredes, música

desconocida y el olor fuerte a hierba que se le grababa sin saber siquiera lo que era. Recordaba que hacía mucho frío, a pesar de la cantidad de gente que había en la sala. Habían tenido la primera helada fuerte de otoño y no había ninguna

clase de calefacción. Fuera, las hojas caídas mojadas se amontonaban heladas sobre el asfalto.

¿Qué hacía Peter allí? Realmente no era su ambiente, y estaba por debajo de su dignidad codearse con estudiantes. Pero allí estaba, vestido con pantalones de

pana y un jersey de lana hecho a mano, completamente anacrónico, como si se hubiera escapado de una novela de Kingsley Amis. Bebía cerveza de una lata y parecía desgraciado. Aunque estuviera fuera de lugar en la fiesta de estudiantes,

era un personaje familiar para Felicity, al menos un tipo familiar. En la parroquia había hombres solitarios que se acercaban a la iglesia porque allí se sentían seguros de no ser rechazados. El último vicario había sido extremadamente tímido. La madre de Felicity se burlaba de él a sus espaldas, y las solteras de mediana edad del pueblo se habían puesto a competir por su afecto con cazuelas

de cordero y pan de jengibre especiado.

Pero cuando empezó a hablar con Peter, Felicity descubrió que no tenía nada

que ver con los jóvenes cristianos debiluchos que había conocido en el

campamento de verano, o con el vicario bonachón. Era brusco y arrogante, y muy seguro de sí mismo a pesar de la ropa grotesca.

—Había quedado con alguien —dijo con rabia—. Pero no se ha presentado.

Menuda pérdida de tiempo.

Felicity no podía saber si la persona que no se había presentado era mujer u

hombre.

—Tengo que corregir trabajos.

Entonces Felicity se dio cuenta de que no era un estudiante maduro. No le había parecido que fuera trece años mayor que ella. Quedó inmensamente

deslumbrada por su estatus. Siempre la habían atraído los hombres con

autoridad, la idea de que otro tomara el control, de educarla e informarla. Tenía

muy poca experiencia con los hombres y estaba convencida de que lo haría todo

mal. Mejor dejar que tomara las riendas otro que sabía lo que hacía.

Le preguntó titubeante sobre su trabajo, y él se puso a hablar con tanta energía y entusiasmo que se quedó cautivada, aunque no entendiera ni una palabra. Se fueron al vestíbulo, donde no había tanto ruido, y se sentaron en la

escalera. No se podían sentar de lado porque tenían que dejar sitio para las personas

que subían al baño, así que él se sentó más arriba y ella se instaló a sus pies.

La conversación no fue unilateral. Él le preguntó sobre ella y escuchó cuando le describió su casa y a sus padres.

—Soy hija única, y supongo que he estado muy protegida.

—Todo esto debe de ser un *shock* para ti —dijo él—. Me refiero a la vida estudiantil.

Ella no quería decir que en realidad estaba disfrutando del ruido, del caos y de la libertad de la universidad. Él parecía contento con la idea de que ella era vulnerable y le pareció grosero contradecirlo. Incluso se mostró tolerante con la fe religiosa de Felicity, como si fuera apropiada para alguien con su escasa experiencia. Como si fuera una niña de seis años que hubiera confesado que creía en el ratoncito Pérez.

—Hasta yo pienso que no todo se puede explicar con la ciencia —dijo él, y fue entonces cuando la tocó por primera vez, acariciándole el pelo como si quisiera asegurarse que no estaba quedando como una imbécil. De verdad que no. Y ella le agradeció su comprensión.

Se marcharon cuando la fiesta estaba en pleno apogeo. Él se ofreció a acompañarla a la residencia. Tomaron el autobús y después caminaron hasta Town Moor. Hacía un frío terrible, y todo estaba blanco y plata, el vaho atrapado en los huecos y saliendo de sus bocas. La luna se veía blanca e hinchada.

—Parece demasiado pesada —dijo ella—. Como si fuera a caer sobre la tierra.

Se esperaba un breve sermón sobre la gravedad y los planetas, pero él se paró a mirarla y le tomó la cara con las manos enguantadas.

—Eres encantadora —dijo—. No había conocido a nadie como tú.

Más tarde Felicity se dio cuenta de que probablemente era cierto. Peter había ido a una escuela solo para niños, después a la universidad, donde todas sus energías

habían ido dirigidas al trabajo académico. Tal vez había soñado con las mujeres, tal vez lo habían obsesionado, introduciéndose en su conciencia cada seis minutos. Sin duda habría tenido encuentros sexuales. Pero no se había permitido distracciones. Hasta entonces. Mientras caminaban, él le pasó un brazo por los hombros.

Frente a la residencia, él la atrajo y la besó, y le acarició el pelo, esta vez no suavemente, sino con un movimiento de frotación violento que le transmitió a ella lo frustrado que se debía de sentir. Aquella presión sobre sus cabellos y su cráneo fue la única expresión de deseo que se permitió. Ella percibió la pasión contenida, pinchando e hirviendo dentro de él como electricidad.

—¿Quieres que quedemos para almorzar? —preguntó—. ¿Mañana?

Al aceptar, Felicity se sintió como si tuviera el control. Era ella la que tenía el poder.

Él se marchó, y en ese momento apareció una amiga.

—¿Quién era?

—Peter Calvert.

La amiga se quedó impresionada.

—He oído hablar de él. Dicen que es muy inteligente, ¿verdad? Casi un genio.

Él la llevó a almorzar a Tynemouth, con su coche. Ella había esperado ir a algún local de la ciudad, algo cerca de la universidad. El coche y el restaurante

del hotel lleno de hombres de negocios la situó aparte de sus amigos estudiantes.

Costaba poco impresionarla. Después subieron por la orilla del río hasta la abadía y contemplaron South Shields desde el agua. Pasearon a la orilla del Tyne

y él le señaló una gaviota mediterránea. Llevaba encima unos prismáticos. A ella

le pareció raro, porque su disciplina era la botánica. Entonces no entendía el alcance de su pasión dominante.

—¿Tienes que volver ya? —preguntó—. ¿Tienes clase? —Le agarró la mano, dibujó en su palma con el dedo. El sol brillaba y aquel día no necesitaba guantes—. No quiero llevarte por el mal camino.

—¿Ah, no?

Él le sonrió.

—Bueno, un poco. Toma el té conmigo.

Su piso no estaba lejos, en North Shields, una buhardilla con vistas a Northumberland Park. Dos hermanas ancianas vivían en el resto de la casa. Una de ellas estaba en el pequeño jardín cuando llegaron, limpiando el césped de hojas con el rastrillo. Los saludó amablemente con la mano, y volvió a lo suyo sin mostrar mayor interés por Felicity. El piso estaba muy ordenado y Felicity se imaginó que Peter lo había limpiado expresamente. Estaba lleno de libros. En una pared había un mapa a gran escala del Instituto Cartográfico que mostraba la zona de su estudio de campo, y la entrada estaba obstruida por un telescopio montado en un trípode. Había un salón con una cocina atestada y un baño y una puerta que se imaginó que tenía que ser del dormitorio. La puerta del dormitorio ejerció tal fascinación sobre ella que mientras Peter preparaba el té no pudo dejar de mirarla. Tenía molduras, y la veta de la madera se veía a través del esmalte blanco. Tenía un pomo de latón redondo. Se preguntó si el dormitorio también estaría ordenado, si habría cambiado las sábanas por si las moscas. Le habría gustado espiar, pero él volvió con una bandeja y el té. Había tazas y platos que no eran del mismo juego y rebanadas de *plumcake* de frutas con mantequilla.

Aquella tarde fueron al dormitorio e hicieron el amor. La primera vez para ella, y no precisamente algo para contar a la familia. Hubo mucho lío con un Durex, que él parecía saber usar tan poco como ella, y debieron de equivocarse terriblemente, o hubo algún problema, porque poco después ella descubrió que estaba embarazada. Debió de ser aquella primera vez. Más tarde aprendieron a ser más competentes. El sexo también fue mejor. Pero incluso aquella tarde ella tuvo un atisbo, una pista de algo maravilloso, y era más de lo que esperaba.

Poco después llevó a Peter a conocer a sus padres, antes de saber que estaba embarazada. Era un día húmedo y frío y, aunque solo era la hora de almorzar, mientras conducían entre los árboles vieron luces encendidas en la sala y un fuego.

—Siempre era así cuando llegaba a casa de la escuela —dijo ella—.

Acogedor.

Él nunca hablaba mucho de sus padres. Se dedicaban a los negocios, con gran entusiasmo. Él la hacía sentir como si su actitud hacia su familia fuera sentimental e irreal.

Su madre había preparado un guiso de verduras, el plato preferido de

Felicity, y pan hecho en casa. Después de almorzar tomaron café y pastel de chocolate y se sentaron junto al fuego. Al principio, Peter estuvo callado. Fue como si se sintiera fuera de lugar, como ella en la universidad. Estaba tanteando.

Una vez frente al fuego, se relajó. Felicity se sentía extrañamente cansada.

Escuchaba la conversación como si estuviera medio dormida. Peter hablaba de su trabajo y su padre hacía preguntas, no por simple educación —Felicity distinguía cuándo estaba siendo solo educado—, sino porque estaba interesado.

Estupendo, pensó Felicity. Se llevan bien. Entonces debió de quedarse dormida,

porque se despertó con un sobresalto cuando un tronco cayó y saltó una chispa

sobre la alfombra. Su madre sonrió comprensivamente e hizo un comentario

sobre fiestas desmadradas. Felicity sintió el mismo cansancio en la primera etapa

de todos sus embarazos.

Casarse fue idea de Peter. Sus padres no los presionaron para hacerlo. De hecho, no parecían muy convencidos de que tanta prisa fuera prudente. «Hace muy poco que os conocéis.» Probablemente la habrían ayudado a abortar si ella

lo hubiera decidido. Peter le pidió hablar con sus padres a solas. Hubo otro viaje

a la vicaría, y los tres hablaron en la cocina mientras ella dormitaba otra vez con un libro en el salón. Sentía que el asunto estaba fuera de su control. No tenía energía para tomar una decisión.

Volviendo a Newcastle, le preguntó a Peter de qué habían hablado.

—Les he dicho que quise casarme contigo desde el primer momento en que te vi.

A ella le pareció la cosa más romántica que había oído en su vida, y la boda siguió adelante.

Felicity estaba tan absorta en sus recuerdos que el ruido de la puerta

cerrándose abajo la hizo sobresaltar de sorpresa. El agua de la bañera estaba tibia. Se levantó y se envolvió en una toalla, salió al rellano y gritó mirando abajo.

—¡Peter! Estoy arriba.

No hubo respuesta. Miró por encima de la barandilla, pero no había señales

de él. Bajó la escalera, todavía envuelta en la toalla, dejando un rastro de pisadas húmedas. La casa estaba vacía. Supuso que había imaginado el ruido de la puerta

al cerrarse, pero la sensación de que la casa había sido invadida permaneció con

ella el resto del día.

La prisión de Acklington estaba costa arriba y casi camino de la casa de Vera.

No había sido fácil organizar una visita a Davy Sharp tan tarde. Las mañanas eran el horario oficial de visita —abogados, agentes de libertad condicional, policías—, y la rutina carcelaria era rígida. Había sido necesario pedir favores y

enfadarse por teléfono antes de que aceptaran. Vera aparcó y caminó hacia la puerta. Había una niebla de calor sobre los campos llanos que llegaban al mar.

Todo estaba en silencio. El sol aún brillaba y Vera sintió el sudor grasiento en la frente y la nariz mientras se acercaba al edificio. El agente en la puerta la saludó por el nombre, aunque ella no lo reconoció. Era simpático e hizo comentarios sobre el tiempo mientras ella le entregaba el móvil y firmaba para registrarse.

—Si no llueve pronto, tendremos problemas —dijo—. El calor los afecta. Es

una pesadilla en los talleres. Alguien perderá los estribos pronto, y tendremos suerte si no hay una revuelta.

Vera esperó en una sala de visita a que le trajeran a Davy Sharp. Todo el calor del día parecía atrapado en el pequeño espacio cuadrado y el sol seguía filtrándose por una ventana alta. Sabía que la cárcel era gélida en invierno, con el viento que soplaba directamente desde Escandinavia. Hizo un esfuerzo para

concentrarse. Había hablado antes con Davy Sharp. Podía ser taciturno y poco comunicativo, o encantador. Lo consideraba un actor, o un camaleón.

Interpretaba cualquier papel que necesitara. Siempre era difícil saber cómo reaccionar ante él. Era importante reconocer que era más listo de lo que dejaba

entrever. Y todo el tiempo los pensamientos de Vera volvían a la cerveza, recién

salida de la nevera, la condensación resbalando por la parte exterior del vaso.

Tenía la imagen en la cabeza desde que había salido de la casa de Geoff Armstrong.

Se oyeron pisadas de botas en el pasillo, llaves colgando de una cadena, y la

puerta se abrió. Davy llevaba una camisa azul y blanca a rayas, vaqueros,

zapatillas de deporte. Cruzó el umbral sin hacer el menor ruido. Había sido el agente el que lo había hecho. Se quedó de pie, con las llaves en la mano, y asintió con la cabeza en dirección a Vera, sin mirarla realmente, sin hablar. Vera

entendió que estaba enfadado por el cambio de rutina, por verse obligado a sacar

a un preso, acompañarlo desde su bloque, mientras todos los demás agentes, sus compañeros, estaban en la oficina, tomando el té, divirtiéndose. Salió, se sentó en una silla recta y miró al infinito. Vera cerró la puerta, tomó conciencia del olor a cuerpos calientes, esperó que viniera de Davy y no de ella. Sacó un paquete de cigarrillos del bolso, le ofreció uno. Él lo tomó, lo encendió rápidamente e inspiró.

—Sabe por qué estoy aquí —dijo Vera. Ahora todos tenían televisión en la celda, habría visto las noticias, incluso si la noticia de la muerte de Luke no le había llegado por otras vías.

—El chico que era amigo de nuestro Thomas. ¿Es eso?

Vera no dijo nada, intentó apartar la imagen de la jarra de cerveza de su mente.

Él se echó hacia delante. El cigarrillo ya estaba medio consumido. Sacudió la ceniza en el cenicero de lata. Era un hombre delgado y anodino. Si uno lo encontrara por la calle, pasaría de largo sin mirarlo dos veces. Era una ventaja.

Había crecido en una familia en la que robar era una forma de ser. Tristemente célebre. En Shields, las madres decían a los hijos que se portaban mal: «Si sigues así, acabarás como los Sharp». Él se especializaba en fraude con tarjetas de crédito. Le iba de maravilla que la gente no recordara su cara. Vera nunca había tenido ni idea de lo que pensaba el hombre. Sin embargo, no podía ser tan bueno en lo que hacía. Se había pasado una tercera parte de su vida adulta en la cárcel. Quizá estaba más cómodo dentro.

La miró con los ojos entornados.

—No pensaré que tuvimos algo que ver...

—Luke se culpaba por la muerte de su hijo. He pensado que quizá usted también lo culpaba.

—Fue un accidente. —Apagó el cigarrillo. Vera vio que le temblaban las manos, se preguntó si formaba parte de su interpretación. Deslizó el paquete sobre la mesa hacia él, esperó a que sacara el siguiente cigarrillo.

—¿Llegó a conocer a Luke?

—Mientras Thomas estaba vivo, no. —Le concedió una pequeña sonrisa—.

No he estado mucho en casa últimamente. Me dejaron ir al funeral de mi hijo.

Conocí al chico de los Armstrong allí. Pero Thomas me había hablado de él, cuando venía de visita. Parecía que fueran auténticos amigos. Tal para cual. Y no

los más listos precisamente. Es la impresión que saqué de mi hijo. Estábamos contentos de que fuera amigo del chico de los Armstrong. No queríamos que Thomas siguiera mi camino. Nunca habría sido bueno en el oficio, y nunca sobreviviría en un sitio como este.

—¿Habló con Luke en el funeral?

—Sí. Unos minutos. No me dejaron quedarme para los sándwiches y la cerveza.

—¿Qué le dijo?

—Que lo sentía. Que había intentado salvar a Thomas. Se veía que era sincero. Estaba hecho polvo. Lloró como un crío durante todo el servicio, apenas le salían las palabras cuando hablaba conmigo.

—¿Estaba su madre?

—¿La rubia alta? Sí. Thomas también había hablado de ella, de lo bien que se portaba con él. Le di las gracias.

—¿Entonces estaba dentro cuando Thomas murió?

—En prisión preventiva.

—Pero seguro que intentó averiguar qué había ocurrido.

—Hablé con algunas personas.

—¿Y?

—Por una vez no se equivocaron. Los chicos habían bebido haciendo el gamberro. Thomas se cayó. Como he dicho, un accidente. —Calló—. Ojalá

pudiera culpar a alguien. Pero no puedo.

—¿Tenía Thomas otros amigos?

—En realidad, no. Había muchachos con los que había jugado cuando era pequeño, un chico más mayor en la calle que lo vigilaba, pero Luke Armstrong fue su único amigo de verdad justo antes de morir.

Se quedaron un momento en silencio. Fuera, el agente debió de moverse en la incómoda silla. Oyeron las llaves tintineando en su cinturón.

—¿Algo más? —preguntó Sharp por fin.

—¿Tiene alguna idea de quién podría querer a Luke Armstrong muerto?

El hombre sacudió la cabeza.

—Nadie que yo conozca estrangularía a un chico.

Vera sabía que no era verdad, pero lo dejó pasar.

—¿No trabajaba para usted? ¿No estaba utilizando a los chicos? —Pensaba en algo de poca importancia, como hacer de mensajeros a cambio de unas libras.

—Ya le he dicho que no conocía a Luke Armstrong hasta que lo vi en el funeral de mi hijo y que no quería a Thomas metido en mis negocios. Además, no habría confiado en ninguno de los dos. Ni para que fueran a comprarme una bolsa de patatas. No eran de fiar.

—Es que parece una casualidad. Los dos muertos. ¿No podría ser alguien tratando de mandar un mensaje?

—Las casualidades existen —dijo él con tristeza.

Vera lo miró con atención, intentando deducir si había algo más detrás de aquellas palabras, pero su cara era impasible.

—Podría hacer correr la voz —dijo Vera—. Que la gente sepa que está interesado.

Al principio fue como si Vera no hubiera dicho nada. El hombre siguió

mirando fijamente adelante. Después hizo un asentimiento casi imperceptible.

—Lo haré.

—Y me lo comunicará si se entera de algo.

Él asintió de nuevo.

Vera sentía que se olvidaba de algo, que quedaba una pregunta por hacer.

Permanecieron un rato mirándose. Vera se preguntó si debía mencionar las flores esparcidas en el agua de la bañera donde habían encontrado a Luke. ¿Era posible que tuvieran algún significado para él? Pero habían conseguido ocultar ese dato a la prensa, y no quería que fuera de conocimiento público. Al final empujó el paquete de tabaco hacia él por encima de la mesa sin decir nada. Esperó a que lo guardara en el bolsillo de sus vaqueros para abrir la puerta y llamar al agente.

—Está bien. Hemos terminado.

Mientras esperaba en la puerta para firmar la salida, intentó imaginar el rostro de Sharp, alguna expresión que le hubiera visto, algún mensaje que tratara de enviar. Pero no lo logró. En su memoria los rasgos eran borrosos. Ni siquiera estaba segura de poder distinguirlo en una rueda de identificación.

Había apagado el móvil antes de entregarlo al agente de la puerta. Volviendo al coche, lo encendió. Ningún mensaje. Ninguna llamada perdida. No habían avanzado desde la noche que Luke murió. Había aparcado el coche en la sombra y el sol estaba más bajo. Apagó el aire acondicionado y bajó las ventanillas.

Lejos de la costa las carreteras estaban silenciosas y, ascendiendo hacia las colinas, su ánimo mejoró. En casa había una nevera llena de cerveza y mañana volvería a la investigación renovada y descansada.

Su móvil sonó en el momento en que aparcaba frente a la casa del antiguo jefe de estación. Al principio no lo oyó, porque el tren de Edimburgo rugía en dirección norte. El tren de Virgin, no el de GNER. Un destello rojo. Volvió a sonar después de

que pasara el tren.

A James le encantaba el ajedrez. Clive, uno de los amigos de Peter, le había enseñado a jugar, y quizá porque lo consideraba un pasatiempo de mayores se había apasionado con él. Le hacía sentirse mayor. Peter no solía tener paciencia

para jugar con él, pero ahora James ya ganaba siempre a Felicity. Ella lo esperaba frente a la escuela, mirando el reloj de vez en cuando. Le había dicho a

su hijo que no tardara en salir porque tenía una comida especial que preparar, y

aun así fue el último en cruzar el patio. Debería alegrarme de que sea tan relajado, pensó.

Camino de casa el niño no paró de hablar de la partida que había jugado, y

ella tuvo que interrumpirlo para preguntarle por la estudiante que había ido a ver

la casita de invitados.

—¿Te ha dicho la señorita Marsh si quería vivir aquí? —le preguntó mientras tomaban el camino de la casa.

—No —dijo, tan vagamente que Felicity entendió que seguía pensando en otras cosas—. Hoy no la he visto.

Felicity intuyó que probablemente la respuesta era que no. Era una pena.

Habría sido divertido tener a una joven como vecina durante unas pocas

semanas, hasta el final del trimestre. Entonces tuvo que aparcar junto al seto porque un Land Rover salía del camino, y se olvidó de todo.

Felicity esperaba que Peter llegara antes aquella noche, pero de hecho llegó

más tarde de lo normal. Había empezado a sentir una punzada de preocupación;

la carretera desde la ciudad era un punto negro famoso por sus accidentes. Pero

llegó antes de que pudiera desarrollar una ansiedad grave, y el alivio la volvió afectuosa. Lo abrazó y lo besó en el cuello y los párpados y lo siguió arriba, y se sentó en la cama mientras él se cambiaba de ropa. Entonces oyó coches en la entrada y tuvo que bajar corriendo a recibir a los invitados, y de repente el vestíbulo se llenó de voces y risas masculinas. Le gustaba que Peter tuviera

amigos. En la universidad no se relacionaba con nadie socialmente. Y a ella siempre le habían gustado los chicos, el galante Samuel, el tímido Clive, el lascivo Gary. Le gustaban los cuerpos en forma, endurecidos por las caminatas

por los montes, y la forma como la admiraban. Sabía que pensaban que Peter era

afortunado de tenerla. Clive la adoraba especialmente. A ella la halagaba que la

siguiera con los ojos por toda la habitación. Le gustaba que se ruborizara cuando

le prestaba atención. Sin embargo, cuando estaban los cuatro juntos no podía evitar sentirse excluida. Ellos no tenían nada en común aparte de su interés por

la historia natural, pero aquella pasión era absoluta y ella no podía compartirla.

Eran muy educados con ella. Samuel había traído el borrador de su último cuento.

—He pensado que te interesaría. Sabes que valoro tu opinión. —Los besó a

todos por turno, disfrutando del momentáneo contacto de su mano sobre un hombro musculoso, una espalda fuerte. Cuando los labios secos de Samuel

tocaron su mejilla, sintió un estremecimiento de excitación.

—Pasad al jardín —dijo—. Prepararé té.

Pero Peter, que estaba de un humor agitado, dijo que no quería té. Querían cerveza, y todos la siguieron a la cocina para coger una, enredando con ella, que

quería preparar la comida. Peter se lo estaba pasando en grande. Felicity no estaba segura de Samuel —a veces era difícil saber lo que pensaba—, pero el resto eran auténticos devotos de Peter. Creían que era el hombre más inteligente

que conocían, y que se había visto relegado en el trabajo por culpa de la política.

Sus informes eran rechazados por la Comisión de Aves Raras solo por celos mezquinos. Aquella era su ocasión para demostrarle cuánto lo apreciaban. Cuán

leales eran. Y él se crecía con su atención, se volvía encantador y generoso.

Sirvió las bebidas y presidió la corte.

En aquel punto los mandó al faro, lejos de ella. Se sentía atrapada, como si no pudiera respirar.

—Id —dijo—. Pondré la mesa y os alcanzaré más tarde.

Normalmente podía con ellos en grupo, disfrutaba teniéndolos en casa, pero aquel día estaban siendo demasiado para ella.

Samuel se ofreció a ayudar, pero Felicity también lo rechazó y se plantó en la puerta de la cocina para despedirlos, una fila desordenada y alegre, con su hijo saltando alrededor como un cachorrillo todavía no educado. Los miró hasta que subieron los escalones, desaparecieron de la vista y estuvo segura de que se había librado de ellos.

Puso la mesa en el porche, tomándose su tiempo, abrigando los vasos con un trapo a medida que los sacaba de la bandeja, aunque estaban recién salidos del lavavajillas y no había ninguna necesidad. El sol todavía calentaba, pero la luz era más suave. Se sirvió una buena copa de vino blanco de la botella que quedaba en la nevera, se sentó en una de las sillas de la mesa larga y miró hacia

el jardín.

Finalmente consideró que debía reunirse con ellos. Lo había prometido. Pero no los seguiría por los escalones y el borde del campo de maíz. Tras recoger a

James en la escuela, se había puesto un vestido sencillo de lino, sin mangas, largo hasta los pies. Tenía una raja a un lado que le permitía caminar, pero no saltar vallas con dignidad. Tomaría el camino que cruzaba el prado, junto a la orilla del río. Tardaría un poco más, pero sabía que ellos tampoco volverían enseguida del faro. James querría explorar las charcas entre las rocas en busca de

cangrejos. Los adultos lo animarían, y después se sentarían a charlar con la luz suave de la última hora de la tarde. Cuando llegara estarían dispuestos a regresar.

Fue hacia el prado, pero volvió para comprobar que había cerrado la casa.

Más allá de la casita el campo se hundía hacia el riachuelo. En invierno el terreno era pantanoso y de vez en cuando se inundaba. Un camino público discurría por la orilla opuesta, y había una plancha a modo de puente para cruzar

el río. Al pasar por la casita comprobó que la puerta estuviera cerrada. Todavía no estaba convencida del todo de que se hubiera imaginado al intruso en la casa.

Estaba cerrada. Se le ocurrió que aquel podría haber sido otro argumento en la campaña para convencer a Peter de que dejara vivir allí a Lily; sería un disuasivo

para los ladrones tener la casita ocupada. Cerca del riachuelo la hierba era más corta y crecía en intervalos irregulares. Parecía como si alguien hubiera pasado una guadaña, pero no se podía imaginar para qué. Se quedó un momento quieta en medio del puente, mirando el agua. Había oído decir que las nutrias habían vuelto a la zona y, aunque no tenía ni idea de qué señales debía buscar, siempre se paraba allí, con la esperanza de ver una.

Allí el agua del riachuelo estaba calmada y muy plácida. Había vacas en el campo, sueltas después de haber sido ordeñadas. Habían pisoteado la orilla, y Felicity salió del camino un momento para evitar el barro. Había una pequeña valla de hierro forjado con un pestillo y al otro lado el paisaje cambiaba. La hierba estaba cortada por los conejos. Había arbustos rasposos de espino y moras. El lecho del río era arenoso, poco profundo, ancho, y olía a sal. El faro

estaba frente a ella. Aunque no podía ver a los demás le pareció oírlos, una risa que podía haber sido la de Gary, James gritando para llamar la atención. Miró el reloj. Ya eran las ocho y media. Normalmente Peter detestaba cenar tarde, pero esa noche no le importaría tanto. Sabía que se lo estaría pasando bien.

Los encontró en la torre de vigilancia, que estaba en el lado orientado al mar del faro. Antiguamente había sido un puesto de observación de los guardacostas. Ahora lo usaban los observadores de aves para ver aves marinas. Estaban todos sentados en fila en el banco, contemplando la bahía. A pesar de que era la peor época del año para las aves marinas, la torre de vigilancia los había atraído.

Otros hombres se relajaban en el pub, pero allí era donde ellos se sentían más cómodos. Mientras subía los peldaños de madera oyó retazos de la conversación.

Se paró y escuchó.

—No sé qué tiene la contemplación del mar —dijo Gary—. ¿Se puede estar más relajado? Es zen, o algo así.

Felicity sonrió. ¿Qué sabría Gary del zen? Él sabía de sistemas de sonido y

música rock y acústica. Pero ¿de zen?

Nadie contestó inmediatamente. Clive se echó hacia delante, como si algo le hubiera llamado la atención en el horizonte. Tenía unos prismáticos que su madre le había comprado cuando tenía doce años, pero su visión era legendaria.

Entonces habló Peter. Con pedantería, como si estuviera frente a una clase de alumnos. Sopesando todas las palabras.

—Se trata de la posibilidad, ¿no? Posibilidad y azar. El carácter aleatorio del universo. Podemos quedarnos aquí cuatro horas y no ver nada más que unas pocas pardelas de la Mancha. Entonces el viento cambia. Un frente

meteorológico se desplaza. Y de repente hay más pájaros de los que podemos contar.

Clive se movió en el asiento. Bajó los prismáticos. Felicity creyó que iba a decir algo profundo. A veces lo hacía. Pero solo señaló dos frailecillos que se dirigían al norte y volvió a contemplar el mar.

Felicity subió a la torre. James saltó del banco y fue hacia su madre, haciendo una mueca. Ella vio que estaba aburrido e inquieto.

—¿Nos podemos ir a casa?

—¿Por qué no vas a ver las charcas en las rocas? Pero no te alejes...

Samuel también se levantó.

—¿Por qué no volvemos todos? Debe de ser la hora de cenar.

Felicity le sonrió. Podía ser un hombre tan amable...

—Hace un tiempo precioso. Y es el cumpleaños de Peter. Disfrutémoslo un rato.

Cuando James se puso a gritar lo primero que pensó Felicity fue que el ruido irritaría a Peter, y estaba de tan buen humor que eso era lo último que ella deseaba. A James le gustaba montar números. Probablemente había encontrado

un cangrejo vivo o una medusa atascada por la marea.

—No os preocupéis —dijo—. Voy a ver qué pasa. Y luego quizá será mejor

que volvámos.

Pero los gritos no cesaban y le entró el pánico, imaginándose un terrible accidente; que James había resbalado y se había cortado con una roca afilada, que se había roto algo... Al principio no lo vio. El ruido era incorpóreo. Era como si su hijo hubiera desaparecido en el aire, y eso le produjo más pánico todavía. Se apresuró entre las rocas, sintió que se le descosía el dobladillo del vestido al resbalar. Y entonces, se topó con él, se lo encontró a sus pies. Había

una hondonada profunda con una charca poco honda en el fondo y él estaba allí, aparentemente ileso.

Lo primero que vio Felicity fueron las flores. Estaban esparcidas por la superficie del agua, cerca del borde donde estaba su hijo, con la boca abierta, rígido. Había amapolas y ranúnculos, margaritas silvestres y tréboles rosas.

Alguien tenía que haberse metido en el agua y haberlas colocado

cuidadosamente en la superficie. Eso al menos fue lo que le pareció. No había brisa. No creía que las flores pudieran haber ido a parar tan lejos si las hubieran lanzado desde la orilla. Formaban un círculo irregular. Entonces vio, en medio de las flores, la tela azul de la falda y el pelo de color maíz. El estanque era tan poco hondo que el cuerpo flotaba justo bajo la superficie, y el agua levantaba la

tela fina y agitaba los cabellos. Pero la hondonada era profunda y la escena en conjunto estaba en la sombra. Era como mirar una pintura desde muy lejos.

—James —dijo—. Sube. Ven aquí conmigo, cariño. —No creía que pudiera

bajar, y por encima de todo quería que dejara de gritar. Su voz pareció despertarlo de un hechizo y se volvió y subió hacia ella. Su madre lo abrazó, mirando por encima de su cabeza la figura del estanque.

Si Lily hubiera llevado el vestido del día anterior, Felicity la podría haber reconocido, pero estaba convencida de que aquella era una desconocida. Se quedó rodeando a su hijo con los brazos, paralizada. Sabía que tenía que hacer

cosas. Había visto series de médicos en la televisión, médicos que bombeaban el

pecho y soplaban aire en la boca. Pero todo aquello parecía muy fuera de su alcance. Se le ocurrieron objeciones menores y absurdas. Si llevara vaqueros, lo

probaría. Si llevara unos zapatos cómodos.

Luego llegaron los demás. Y no parecían más capaces de actuar que ella.

Tuvo la terrible tentación de reírse viendo cómo los cuatro observaban la cuenca de la roca. Entonces James se separó de ella y la miró a la cara.

—Mamá —dijo, con la voz más controlada, solo un poco inestable, como si se esforzara por respirar—. ¿Qué hace la señorita Marsh en la charca?

Y fue entonces cuando Felicity vio claramente que era Lily.

Estaban todos sentados a una mesa larga en el porche de Fox Mill. Estaba oscuro y la escena estaba iluminada por unas luces de colores que Felicity había colgado antes en el exterior de la casa y por una vela gruesa, casi consumida.

Gary se sentía muy raro. Le parecía estar en un plató. Una ópera. Toda la velada había tenido aquel toque de melodrama. Se imaginaba a un tipo gordo entrando y cantando a voz en cuello, con los brazos extendidos hacia el jardín oscuro. A veces se encargaba del sonido de la ópera en el City Hall. Algunos fragmentos le gustaban, pero era todo tan exagerado que no podías fingir que era real, ¿no?

Estaba borracho. Últimamente había hecho un esfuerzo por reducir la bebida.

No era como en los viejos tiempos, cuando Emily acababa de dejarlo. Entonces, el único momento en que estaba completamente sobrio era cuando salía a observar pájaros. Pero aquella noche tenía una excusa. El cumpleaños de Peter.

Y verse involucrado en un asesinato. Se imaginó el cuerpo, expandido como una estrella de mar, justo por debajo del agua, cubierto de flores. Le hacía pensar en

un *collage*, algo que podrías ver colgando de la pared de la Baltic Art Gallery, en Gateshead. Trocitos de red y encaje cortados, algas y conchas. Hermoso. Si te gustaban esas cosas. Buscó su copa y la llenó de vino tinto, contento de que no le temblara la mano y de no haber derramado nada.

Felicity sirvió la cena y fue increíble, como siempre. Una gran cazuela de pollo que olía a limón y hierbas. No conocía a nadie que cocinara como ella.

Desde que conocía a Peter, pensaba que eso era lo que quería, no solo la comida, por supuesto, sino la familia, la esposa. Era lo que se imaginaba cuando se había declarado a Emily. Ahora empezaba a preguntarse si era demasiado bonito para ser verdad. Era como si formasen parte de un espectáculo. La familia Calvert en casa. Podría encargarme del sonido, pensó, y se imaginó colocando el micro en

la parte superior del sencillo vestido negro que llevaba Felicity. Su piel todavía estaría caliente. Estaría lo bastante cerca para oler su perfume, el champú que utilizaba. Pensaba que todos habían tenido sueños con Felicity, sobre todo cuando era más joven. Incluso ahora a todos les gustaba. A veces pillaba a Clive mirándola, con la boca ligeramente abierta. Se preguntaba si Clive había estado alguna vez con una mujer. Gary se había ofrecido a llevarlo a la ciudad un par de veces, pero Clive siempre se negaba. Tal vez prefería las fantasías con Felicity a la realidad.

Era tarde para cenar, incluso para él que estaba acostumbrado a comer a horas raras. Habían tenido que esperar a la Policía en el faro, explicar quiénes eran, dar su nombre y su dirección. Después, volver a casa caminando. Frente a

él, en la mesa, James, el hijo de Felicity, estaba casi dormido sobre la comida. El chico se despertó en un cierto punto para hablar de la chica fallecida.

—¿Qué crees que le ha pasado?

—No lo sé —dijo Felicity—. Algún accidente terrible.

Gary sabía que eso no era verdad. Todos los adultos sabían que no había sido un accidente. Las flores indicaban que aquella muerte había sido intencionada.

—Si hubiera venido a vivir a la casita —dijo James de mal humor—, habría podido ayudarme con los deberes.

Gary no sabía qué se ocultaba tras aquel comentario, y estaba demasiado

borracho para darle vueltas. Felicity convenció a James de que se fuera a la cama. Le pasó un brazo por los hombros, casi lo llevó a rastras a la casa, y los

hombres se quedaron solos. Detrás de ellos, un búho ululó desde alguno de los altos robles de la calle. Las sombras oscuras de los murciélagos volaban dentro y

fuera de la luz. Otras ocasiones, otros cumpleaños, este era el momento que más

le gustaba a Gary. Ellos cuatro sentados después de comer, relajados de una forma que no conseguía con nadie más, a veces en silencio, a veces siguiendo una

conversación sobre viejas glorias o haciendo planes para el futuro: viajes al extranjero, el libro definitivo sobre las aves del condado. Aquella noche, sin embargo, predominaba el malestar. Era como si la joven muerta estuviera en la mesa con ellos, goteando agua de mar y exigiendo ser recordada.

—¿A qué se refería James? —preguntó Samuel—. ¿La chica fallecida iba a vivir aquí?

—No —dijo Peter—. Ha sido una tontería del niño.

Y cayeron en un silencio incómodo.

Felicity volvió y recogió la mesa. Trajo una bandeja de quesos y les ofreció café. Peter abrió otra botella de vino. Felicity se sentó a su lado. Samuel volvió a la chica fallecida y preguntó de qué la conocía James, pero esta vez se dirigió a Felicity.

—Se llamaba Lily Marsh —dijo ella—. Era una estudiante de magisterio en prácticas en la escuela de James. —Estaba a punto de seguir cuando la interrumpió un grito tan fuerte que la sobresaltó. Gary sintió que se le aceleraba el pulso y se preguntó si era lo bastante mayor para sufrir un infarto. Volvió a pensar que debería beber menos. No tenía ganas de morir. Ahora no.

—¡Hola! ¿Hay alguien en casa? —La voz era grave y brusca. Gary no tenía claro si era de hombre o de mujer. Apareció una silueta en la puerta vidriera que daba al porche. Una mujer. Alta y gruesa, pero con falda. Había encendido la luz de la sala y estaba recortada a contraluz—. No deberían dejar la puerta principal abierta de esta manera —siguió, hablando con el tono gruñón de una maestra dirigiéndose a unos idiotas—. Aunque estés en casa, nunca sabes quién puede entrar.

Todos la miraron, todavía estupefactos. Bajó hacia ellos, hasta la mesa. La vela le iluminó la cara. Hizo una pausa antes de volver a hablar. Gary pensó que era otra persona de esas a las que les gusta el drama.

—Inspectora Vera Stanhope. Policía de Northumbria. Investigadora jefe del caso de la mujer que han encontrado esta noche. —Tiró de la silla donde había estado sentado James y se sentó con cuidado. Era una silla de director con armazón de madera. La tela chirrió. Gary observó con atención, esperando un sonido de desgarró. Quizá también ella lo esperaba. Era el tipo de mujer capaz de protagonizar una comedia. Pero la tela resistió y Vera siguió animadamente, dirigiéndose a Felicity—. Tengo entendido que la conocía. A la joven que ha muerto. ¿No estaba diciendo...?

Felicity respondió, vacilante al principio. No dejaba de mirar a Peter. Gary no estaba seguro de lo que estaba pasando. Felicity repitió la frase que había empezado antes de la teatral entrada de Vera Stanhope.

—Se llamaba Lily Marsh. Era estudiante de magisterio en la escuela de mi hijo, la escuela primaria de Hepworth. Vino ayer en el autobús con él. Por lo visto, James le había dicho que podía vivir en vuestra casita hasta el final del trimestre. Sin consultárnoslo, por supuesto.

—No me lo habías dicho —dijo Peter.

—No había nada que decir. Echó un vistazo a la casita y se marchó.

—Entonces ¿le dijo que podía quedarse? —preguntó Vera Stanhope.

—Creo que ninguna de las dos tomó una decisión. Ni siquiera sé si le gustó la casita. Dijo que se lo pensaría. —Felicity miró a Peter. Gary vio que le estaba suplicando que no montara una escena, que no se pusiera arrogante y pomposo.

Gary quería una barbaridad a Peter, pero se podía poner más pomposo que nadie

—. Naturalmente, si la chica hubiera decidido que le interesaba, lo habría hablado contigo para decidir si la alquilábamos o no. A James le caía muy bien.

—¿Alguno de los demás conocía a Lily Marsh? —La mujer miró alrededor de la mesa. Gary sospechó que podía hacer sentir culpable a cualquiera aunque no hubiera hecho nada malo—. Por lo visto era una chica atractiva. No la habrían olvidado así como así.

Hubo murmullos de negación, sacudidas de cabeza.

—Cuéntenme cómo hallaron el cuerpo. El chico la encontró primero, y entonces fueron a mirar. ¿Había alguien más?

Clive levantó la mano de la mesa. Como si fuera un niño, pensó Gary. Un niño tímido y nervioso.

—Había una familia en la hierba, junto al río. Un padre y dos niños, creo. Jugando al fútbol.

—¿Algún coche aparcado junto al faro?

Clive respondió de nuevo.

—Uno de esos Renault grandes. Granate. No recuerdo la matrícula, pero era del año pasado.

—¿Cómo es posible que se acuerde de algo así?

—Me fijo en cosas —dijo Clive a la defensiva—. Detalles. Soy así.

—¿Qué hacían en la torre de vigilancia? No es precisamente la mejor época del año para observar el mar, y la marea ya estaba baja.

—¿Qué sabe usted de observar el mar? —Se le escapó a Gary sin poder evitarlo.

Ella lo miró y se rio.

—Mi padre era un gran aficionado a los pájaros. Supongo que algo se te pega. Se te mete en la sangre. A veces me llevaba a la costa. Aunque le gustaban más las colinas. Era un obseso de las aves de rapiña. —Calló unos segundos—.

¿Fue eso lo que les llevó a reunirse? ¿La observación de aves?

—Sí. —Gary se preguntó si realmente ella quería saberlo, y cómo lo

explicaría él. Siempre le habían interesado los pájaros. Desde que vio un ejemplar viejo de *El libro del observador de aves* en la biblioteca de la escuela cuando tenía diez años, había sido una especie de obsesión o compulsión. Con la

música también le había pasado, pero no de la misma manera. La música había

sido algo social, algo que hacer con amigos. Al principio, la observación de pájaros había sido una pasión secreta. Había empezado coleccionando huevos.

Más tarde, en el instituto, conoció a Clive Stringer. No tenían nada más en común, y ahora no podía recordar la conversación casual que los había unido.

Debió de hacer algún comentario que delató su interés. Normalmente tenía cuidado con lo que decía. No quería que lo que hacía los fines de semana fuera de conocimiento público en el instituto. Tenía una reputación que mantener. Fue una revelación que alguien sintiera lo mismo que él por el mundo natural. Clive y él habían empezado a salir a observar pájaros juntos. A sitios donde podían ir en autobús. El estanque de Seaton. Saint Mary's Island. El cementerio de Whitley Bay.

Y un día, sentados en el refugio de Seaton, esperando que apareciera una bandada de correlimos de Temminck, conocieron a Peter Calvert. El famoso

doctor Calvert, que había escrito artículos para *British Birds* y había sido presidente de la Comisión de Aves Raras. Vestía de negro, con traje, corbata y camisa blanca. No el equipo habitual del observador de pájaros. Quizá los había

visto mirarlo y creyó que necesitaba explicarse. Quizá fue por eso por lo que empezó a hablar con ellos. Les dijo que venía de un funeral. La esposa de su mejor amigo. Los demás habían ido a la casa a tomar algo, pero él no había podido. Todavía no.

Entonces les propuso que fueran sus ayudantes. De manera informal. Sin ser

consciente de que para ellos era la propuesta más emocionante del mundo. Había

otro ayudante, dijo Peter. Samuel Parr. Él se encargaría de ellos. Era la esposa de Sam la que había muerto, y él necesitaría algo con lo que distraerse. Además, en

el equipo de Deepden necesitaban savia nueva. Después de eso, Gary y Clive habían subido por la costa casi todos los fines de semana al Observatorio de Aves de Deepden, durmiendo en catres en el dormitorio de la casita,

levantándose al amanecer para poner redes y anillar pájaros. Se hicieron todos amigos.

Gary se dio cuenta de que la inspectora lo seguía mirando.

—¿Y bien? ¿Qué hacían en la torre de vigilancia si no estaban observando el mar?

—Siempre existe la posibilidad de que pase algo volando—dijo—. Pero habíamos ido a caminar. Es el cumpleaños de Peter. Lo hacemos todos los años.

—¿Un ritual?

—Sí. Algo así. —Gary se preguntó por qué nadie más se sumaba a la conversación. ¿Por qué lo habían dejado solo?

Vera seguía mirándolo. Tenía las piernas estiradas frente a ella, con los pies grandes y bastante mugrientos a la vista dentro de las sandalias.

—¿Cómo se llama?

—Gary Wright.

Vera sacó un cuaderno del bolso grande y blando, pasó una página, miró los garabatos escritos. Gary pensó que lo hacía para impresionar. Ya conocía los hechos, probablemente había deducido quién era tan pronto como se había sentado a la mesa.

—¿Vive en Shields?

Gary asintió.

—¿Está seguro de que no conocía a la chica? Es que me parece que es usted un fiestero. Tiene un historial. Un par de advertencias por beber y desorden público, una condena por posesión...

Gary levantó la cabeza, sobrio de repente.

—De eso hace años. No tiene derecho...

—Esto es una investigación de asesinato. —La voz de Vera fue taxativa—.

Tengo todo el derecho. ¿Está seguro de no haberse cruzado nunca con ella?

—No la recuerdo. La ciudad está llena de estudiantes.

—¿No la conoció a raíz de su trabajo?

—No mezclo el trabajo con el placer. —No entendía por qué lo había elegido a él, sintió un pánico irracional. El efecto apaciguador del vino lo había abandonado—. Me tomo en serio mi trabajo.

—Cuénteme lo que hace.

—Soy ingeniero de sonido. Autónomo. Puedo hacer desde una función de ópera en el City Hall hasta la media maratón del Great North Run. Me encargo del sonido de un par de grupos y voy de gira con ellos.

—Cuánto glamur.

—No tanto. Clubes de folk, pequeños centros de arte. Los mismos músicos mediocres cantando las mismas canciones aburridas. Una noche en un Travelodge antes de descargar la furgoneta en algún lugar igualmente olvidable.

—Hasta que no empezó a hablar no se había dado cuenta de lo mucho que le desagradaba. Tomó una decisión que había estado madurando desde hacía una semana—. Lo voy a dejar. El trabajo autónomo. He estado trabajando bastante para el Sage Music Centre, en Gateshead, y me han ofrecido un trabajo fijo. Un sueldo, vacaciones pagadas, una pensión. De repente me resulta atractivo.

—¿O sea que va a sentar la cabeza? ¿Por qué ahora?

—La edad —dijo—. Supongo que es eso. Las comidas a altas horas de la noche en ciudades pequeñas han perdido la gracia.

—¿No es por una mujer, entonces?

Dudó un momento, y luego pensó: ¿Y a ella qué le importa?

—No, inspectora —dijo—. No es por una mujer. Y seguro que no por Lily Marsh.

Se preguntó si utilizar el nombre era un error. ¿Implicaba un conocimiento previo? Pero Vera Stanhope no insistió y volvió su atención a los demás comensales. Gary sintió un cierto alivio por haber sido el primero. Tomó un sorbo de su copa, sorprendido al ver que seguía casi llena. Ahora le tocaba a él

hacer de público. Vera estaba a punto de hablar cuando le sonó el móvil. Se levantó, se alejó de ellos para contestar y se quedó en el extremo del porche totalmente en la sombra. Ellos se pusieron a hablar para demostrar que la conversación de la inspectora no les interesaba, pero cuando volvió se callaron.

—Lo siento —dijo animadamente—. Debo irme. Pero no se preocupen.

Tengo sus direcciones. Hablaré con todos ustedes en otro momento.

Pero se quedó quieta, sin moverse.

Felicity se levantó.

—La acompañaré a la puerta.

—¿Les interesa saber cómo murió? —preguntó Vera, mirándolos a todos.

—Creí que se había suicidado —dijo Felicity, alterada—. Era tan teatral, tan escenificado.

—La estrangularon —dijo Vera—. Es difícil estrangularse a una misma.

La miraron en silencio.

—Una última pregunta. ¿El nombre de Luke Armstrong les dice algo?

Nadie contestó.

—Entiendo que no, entonces —dijo Vera, con irritación—. Resulta que a él también lo estrangularon. No muy lejos de aquí. —Los miró, esperando una respuesta—. Y los casos tienen elementos en común. No quiero que hablen de esto. Con nadie, ni mucho menos con la prensa. Espero que lo entiendan.

Tampoco hubo respuesta, y Vera siguió a Felicity a la puerta. Observándola,

Gary, que había tenido un par de roces con la ley, pensó que nunca había visto una policía como ella.

Vera Stanhope volvió a la escena del crimen. Era un dolor de cabeza trabajar en ella, según dijo el investigador de la Policía Científica. No tenían tiempo para hacerlo como era debido. Habían hallado el cuerpo con la marea baja. Tenían cuatro horas antes de que esa franja costera estuviera completamente cubierta. Y

aunque fuera verano la luz había empezado a bajar justo cuando habían llegado.

Vera aparcó junto al faro y vio que casi habían acabado. Se habían llevado el cuerpo y el mar había entrado en la hondonada y había cubierto la charca. Se preguntó si habrían tenido tiempo de recuperar todas las flores; se las imaginó flotando en el mar del Norte, enredadas en la hélice del ferri al continente.

Billy Wainwright, de la Policía Científica, seguía allí, cargando su bolsa en el maletero. Era un hombre pálido y delgado, y parecía no haber envejecido en los últimos veinte años, desde que lo conocía Vera. Pensó que tenía una de esas caras que siempre parecen juveniles. Bajó del coche y fue hacia él. Incluso ahora, a primera hora de la madrugada, el aire era denso y suave. El haz del faro pasaba sobre sus cabezas.

—¿Algo raro?

—Una mujer joven. Estrangulada. Expuesta en un lugar público a plena luz del día. Flores esparcidas sobre su cuerpo. Eso ya es bastante raro, diría yo. ¿Qué más quieres?

—¿Habría sido a plena luz del día?

—Por fuerza. Piensa en la marea. Y no puede ser que estuviera mucho tiempo allí. El lugar debía de estar lleno de gente durante el día, con el tiempo que hemos tenido. Sé que es un día laborable y que las vacaciones escolares no han empezado, pero aun así el sol siempre trae gente a la costa. Apostaría a que no la pusieron allí mucho antes de que la encontraran.

Tampoco tan público, pensó Vera. Tenías que estar justo al borde de la

hondonada para verla. Pero meterla allí... Eso era otra cosa. Alguien tenía que haberlo visto. Y el asesino debía de querer que la vieran antes de que la marea se llevara toda su escena elaborada. ¿Cómo se habría sentido si James Calvert no se hubiera aburrido y hubiera salido a explorar?

—¿Sabes cuánto llevaba muerta antes de que la sumergieran?

—Lo siento, para eso tendrás que esperar a la autopsia. John no ha podido hacer mucho con una escena como esta. Cuando llegó tuvimos que pensar en sacarla de aquí.

—¿La harán esta noche?

—Espero que no. Al menos no antes de que tenga tiempo de comerme una pizza. Estaba sentado frente a un *vindaloo* cuando me han llamado. Me muero de hambre. —El apetito de Billy era una broma recurrente. Era delgado como un poste, pero voraz. Vera sopesó un momento la injusticia de la genética—. Lo dejaremos para mañana por la mañana —siguió—. Estoy esperando a que me

llamen del Wansbeck.

Como si lo hubieran oído, sonó su móvil. Se apartó de Vera para hablar.

Había rumores de que tenía una relación con una técnica forense nueva en el Wansbeck General, y Vera, que era una amante del cotilleo y lo consideraba una moneda de cambio, se guardó la información sobre la conversación cuchicheada

para transmitirla a Joe Ashworth. Su sargento fingiría que no lo quería oír, pero

Vera sabía que le interesaría. Se preguntó qué estaría haciendo Joe. Habían localizado a los padres de Lily Marsh en un pueblo cerca de Hexham y Joe se había ofrecido para comunicarles que su hija había fallecido. Había dicho que no

quería que lo hiciera cualquiera. Él también era padre. No podía ni imaginar lo que era perder a un hijo, pero creía que estaría más preparado para hacerlo que cualquier otro de su equipo.

Wainwright terminó su conversación y volvió con ella. Incluso en la

oscuridad Vera percibió una despreocupación estudiada que le provocó deseos de

decirle que no se comportara como una marioneta. Estaba casado. Bastante felizmente, pensó. La técnica joven se sentía sola y jugaba con él. Por otro lado, no era asunto suyo, y no era precisamente la mejor candidata a asesora de relaciones. —John prefiere hacerlo cuanto antes —dijo—. Por la mañana está ocupado.

¿Pongamos en una hora?

—De acuerdo. Allí estaré.

Se quedó allí, apoyada en el capó del coche, escuchando las olas que rompían bajo la torre de vigilancia, hasta que él se alejó.

Su pensamiento volvió al grupo sentado en el exterior de aquella extraña casa blanca que parecía tan fuera de lugar en el campo de Northumberland.

Había ido a visitarlos porque no tenía nada mejor que hacer mientras el equipo de la escena del crimen trabajaba. Habían encontrado el cuerpo, estarían todos juntos aquella noche y después se dispersarían. El primer agente en llegar a la escena lo había confirmado. Calculó que podía verlos mientras todavía

estuviesen en la zona, por si habían visto algo raro. Quizá esperaba que describieran un coche parecido al que Julie había visto en la calle la noche que

habían matado a Luke. En cualquier caso, habían despertado su interés. No era solo que hubiera una relación con la joven difunta. O que los hombres le recordaran a su padre, sentado en la cocina de su casa con un puñado de colegas

después de una excursión ilícita a los nidos de aves rapaces en las montañas.

Algo durante la conversación le había hecho sentir que necesitaba investigarlos más a fondo. Una pedantería que la había irritado y le había supuesto una especie de desafío. Intentó decidir cuál de ellos la había puesto de mal humor, pero no pudo identificar el origen de su malestar. Al final subió al coche y siguió a Wainwright por el camino hasta la carretera.

John Keating, el forense, era un hombre originario del Ulster de cincuenta y pico años cuya actitud franca y directa asustaba a la mayoría de los agentes más jóvenes de Vera. La única vez que la inspectora lo había visto mostrar alguna

emoción en una autopsia fue cuando estaba investigando la muerte de un niño de tres años. Y hablando de un partido de *rugby* con un sargento galés. Había jugado en sus años mozos y todavía tenía la nariz aplastada. Le preparó un café en su despacho antes de cambiarse para la autopsia.

—¿Cuáles son tus primeras impresiones?

—La estrangularon —dijo—. Pero eso ya lo sabes.

—¿Parecidos con el chico de los Armstrong?

—No he tenido tiempo de examinarla a fondo en la escena. Imagínate tu peor pesadilla para una escena del crimen, y era esa. Unas horas más y el cuerpo habría sido arrastrado al mar.

—Entonces no habríamos visto las flores, ni lo habríamos vinculado al caso

Seaton. —Volvió al punto que la había torturado en el faro—. ¿Es eso lo que quería el asesino? ¿Fue un ritual privado? ¿O apostaba a que descubrieran el cuerpo antes?

—¡Oye! A mí no me mires. Trato con cadáveres, no con mentes vivas.

Vera observó la autopsia a través del cristal, no porque fuera pusilánime, sino porque era consciente de su tamaño y le preocupaba estorbar. Había muchas personas alrededor de la mesa de acero inoxidable: técnicos, el fotógrafo, Billy

Wainwright.

Desenvolvieron el cadáver de la funda de polietileno y con el *flash* continuo de las fotografías empezaron a desvestir a Lily Marsh. Le quitaron la falda azul

de algodón y la blusa blanca bordada. Vera vio que llevaba sujetador y bragas blancos a juego. Pero no precisamente virginales. El sujetador era muy escotado,

con encaje transparente. Las bragas tenían lacitos rojos a cada lado, entrepierna

de seda roja. Mientras Billy Wainwright embolsaba todos los artículos, Keating

iba comentando lo que hacía, mirando a Vera de vez en cuando para saber si había notado la importancia de lo que decía: «La ropa no muestra señales de alteración. No hay indicios aparentes de agresión sexual».

A menos que la vistiera después, pensó Vera. Esperemos al resultado del

frotis vaginal antes de llegar a una conclusión. Pero no había indicios de agresión sexual en Luke, y ya estaba segura de que los casos estaban relacionados.

Keating continuó.

—No hay abrasiones. No hay laceraciones. Saquemos fotografías de los ojos y los párpados, por favor. Notemos las petequias.

Vera se había fijado, las había visto en la escena del crimen: las hemorragias como cabezas de alfiler causadas por la obstrucción de las venas en el cuello. El signo clásico de estrangulación.

—No es una estrangulación de manual —decía Keating—. No hay marcas de dedos. Fijémonos en la línea alrededor del cuello. No ha roto la piel, o sea que no ha sido con alambre, a menos que estuviera forrado de plástico. Una cuerda fina, quizá.

Y eso también era igual que en el caso Armstrong.

Vera observó mientras él seguía su examen externo, vio cómo Billy tomaba muestras —un rastro de carmín que había sobrevivido a la inmersión en agua salada, raspado de uñas, una muestra de vello púbico—, pero su cabeza hervía de teorías e ideas. ¿Qué podía relacionar a aquellos dos jóvenes tan diferentes?

Keating empezó su disección, y sus pensamientos seguían a la carrera.

Cuando acabó, se sentó con ella de nuevo en su despacho. Fuera, empezaba a

hacerse de día. Pronto llegaría el personal del hospital del primer turno. Había más café. Galletas de chocolate. Se dio cuenta de que estaba hambrienta. No recordaba la última vez que había comido.

—No creo que tenga mucho para darte —dijo—. No hay nada que sugiera que fuese agredida antes de ser estrangulada. Había sido activa sexualmente, pero no en fecha reciente. No está embarazada y nunca ha tenido hijos. —Calló un momento—. Tenía todo esto por delante. Qué pena.

—No se defendió —dijo Vera—. ¿Conocía al asesino?

—No necesariamente. Podía haberla sorprendido.

—Podría haber sido una mujer.

—Oh, sí —dijo—. Físicamente, una mujer podría haberlo hecho.

Pero Vera podía ver que en realidad no creía que una mujer fuera la asesina.

Era un hombre caballeroso y anticuado. Las mujeres que perdían la oportunidad de parir eran dignas de compasión. Supongo que se compadece de mí, pensó.

La prensa no había localizado todavía a los padres de Lily Marsh, o si lo había hecho estaba mostrando más contención de la habitual. El joven agente que les esperaba dijo que no había habido llamadas, ni visitas aparte del párroco de la iglesia del pueblo y la hermana de la señora Marsh.

—Creo que aún no lo han asimilado —dijo—. Por la forma como habla la madre, es como si la chica se hubiera marchado una temporada y pudiera aparecer en cualquier momento.

La pareja era mayor de lo que Vera esperaba. Phyllis tenía cuarenta y cuatro años al nacer Lily y su marido era cinco años mayor.

—Habíamos perdido la esperanza, inspectora. Fue como un milagro.

«Todavía hay esperanza para mí, entonces.» Pero Vera sabía que nunca tendría hijos. Y el deseo de tenerlos casi había desaparecido.

Los padres de Lily vivían en una bonita casa adosada. Vivían allí desde que se casaron. Phyllis lo explicó mientras preparaba el té.

—Está pagada. Pensamos que sería algo que podíamos dejar a nuestra hija.

No tenemos más ahorros. —Por segunda vez en una semana, Vera escuchaba a una madre desconsolada hablando demasiado, alimentando pensamientos y

recuerdos con palabras. Cuando llegaron Vera y Joe, el marido, Dennis, estaba en el pequeño invernadero en el jardín de atrás. Dejaron que se escapara allí después de las presentaciones. Phyllis saludó a Joe Ashworth como si fuera un

amigo, pero a Dennis le costaba más que a su mujer mantener la serenidad. Tenía una expresión vacía y desorientada.

—Después saldré a hablar con usted —dijo Vera—, en cuanto haya tomado el té.

A través de la ventana de la pequeña salita lo veían sentado en una caja vuelta del

revés, mirando al infinito.

—Siempre ha tenido dificultades con los nervios —dijo Phyllis.

Vera creyó intuir una pizca de resentimiento en sus palabras. Ahora que ella necesitaba más apoyo que nunca, su marido se estaba hundiendo, seguía exigiendo ayuda de ella.

Los tres se sentaron con sus tazas y platos. Phyllis se disculpó por haber olvidado el azúcar, aunque ninguno de ellos tomaba, y se levantó para ir a buscarlo a la cocina. Era una mujer menuda y enérgica, frisando en los setenta.

Se peinaba con una permanente rígida.

—Siempre me preocupó que uno de nosotros dos muriera antes de que Lily fuera independiente —dijo—. Nunca se me pasó por la cabeza que ella pudiera morir primero. —Tenía que hablar de que Lily estaba muerta, o no podría creerlo.

La sala estaba repleta de recuerdos de la hija. No paraba de levantarse para señalarles alguno de ellos. El diploma de ballet y el de claqué, el de piano.

—Llegó hasta quinto curso y dejó de ir a clase. Demasiado trabajo en la escuela. Pero seguía tocando la mar de bien. Quería retomarlo. Decía que le sería

útil para enseñar. —Había fotos en la repisa de la chimenea, en el alféizar de la ventana, encima del piano vertical. Lily en una fiesta de cumpleaños, con cinco o

seis años, sonriendo frente a una tarta en forma de erizo. Las fotos oficiales de la escuela. A los catorce, Lily ya era tan atractiva que debía de hacer volver las cabezas por la calle. Incluso con una sudadera de la escuela y sin maquillaje. Eso

era algo que tenía en común con Luke Armstrong. Los dos eran guapos. En la conversación, Vera escuchaba esperando algo que le ofreciera una relación, pero

parecía no haber ninguna. Entonces, en una foto ampliada y enmarcada colgada

en la pared, vio a Lily con la toga y el birrete alquilados del día de la graduación, la cabeza echada hacia atrás, una sonrisa inmensa.

—Ahí parece que lo estaba pasando bien —dijo Vera—. ¿Le gustaba ser

estudiante?

—Le encantaba —dijo Phyllis—. Todo. Yo estaba muy contenta por ella. No es que me gustara que se fuera lejos, naturalmente. La echaba de menos una barbaridad. Pero aquí no había mucho más para ella. Ni hermanos. Apenas quedan jóvenes en el pueblo. Y su padre, con sus cambios de humor... Él quería que ella viviera en casa, que fuera cada día en autobús, pero yo sabía que eso no funcionaría. Y le dije: «Alégrate de que no haya acabado en Kent o Exeter». Eran universidades de su lista. «Ha llegado la hora de que tenga libertad.» Y al final lo entendió.

—¿Trabajaba mientras estaba en la universidad? —preguntó Vera—. Hoy en día casi todos los estudiantes trabajan, ¿no?

—Trabajaba durante las vacaciones. Y los sábados cuando tenía clases. Tenía un piso en la ciudad con dos chicas más. En West Jesmond. Un piso precioso. Yo no sabía cómo se lo podía permitir, pero por lo visto era del padre de una de las otras chicas. Lo había comprado como una inversión y se lo alquilaba a ellas. La ayudábamos en todo lo que podíamos. Dennis cobró algo de indemnización de la obra donde trabajaba cuando cerró y teníamos algunos ahorros.

—¿Dónde trabajaba durante las vacaciones? —preguntó Vera.

—En Robbins, aquella tienda de ropa elegante cerca de Monument.

Vera asintió para que Phyllis viera que sabía a qué se refería. No había entrado nunca, pero había mirado el escaparate. Mucho lino y blusas blancas perfectas. Chaquetas a doscientas cincuenta libras.

—Me habría gustado que encontrara algo en Hexham, en uno de los hoteles quizá. Así, al menos, podría haber venido a casa en verano. Pero, como decía ella, tenía que pagar el alquiler para no perder el piso, y aquí nunca le pagarían tan bien como en Robbins. Además, le gustaba vestir bien. Ya tenía estilo incluso

cuando era pequeña. Y tenía descuento en la ropa que compraba allí. Me trajo algunos regalos de cumpleaños preciosos... —Le empezó a temblar la mano, la taza se agitó en el plato. Ashworth se levantó y se lo cogió. Phyllis sacó un pañuelito de algodón de la manga y se echó a llorar—. Creíamos que ahora volvería —dijo, todavía temblando entre lágrimas—. En el fondo era una chica de campo, y hay muchas escuelas de pueblo buscando maestras. Me hacía ilusiones. Que se casara con un buen chico. Que vivieran cerca. Algún lugar donde pudiera ir en autobús, al menos. Un nieto antes de que fuera demasiado mayor para disfrutarlo. —Respiró hondo—. No me hagan caso. Digo tonterías.

—Volvió a callar, contuvo un sollozo—. Descubran quién la ha matado.

Vera le hizo un gesto casi imperceptible a Ashworth para que se encargara de las preguntas. Tenía más tacto en su dedo meñique que ella en todo su cuerpo.

Vera ya se había hecho una idea de la familia. Una hija única con unos padres mayores, una madre sobreprotectora, un padre depresivo. No era de extrañar que Lily no fuera a casa en vacaciones y calmara la mala conciencia comprando ropa con descuento de Robbins para los cumpleaños de su madre. ¿Cómo culparla?

Pero Vera necesitaba detalles, y Ashworth se los sacaría a Phyllis sin hacer añicos su fantasía de Lily como hija devota.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a Lily? —preguntó—. Debía de ser difícil para ella escaparse de la universidad a menudo, supongo. Es un curso intensivo, el de magisterio. Exigente académicamente, y eso sin contar las prácticas.

La línea correcta de interrogatorio, consideró Vera. Sin insinuar ninguna crítica a Lily. Porque entonces Phyllis se negaría a hablar.

—Estuvo aquí en el fin de semana de Pascua —dijo la mujer.

—¿Lo pasaron bien?

—Muy bien. Fue como en los viejos tiempos. Vino a la iglesia conmigo el domingo. Fue uno de aquellos días soleados con brisa. Con todos los narcisos en flor.

—¿Desde entonces no había podido volver a verla?

—Quería venir por las vacaciones de medio trimestre —dijo Phyllis rápidamente—. Pero tenía que hacer un trabajo. Necesitaba quedarse cerca de la biblioteca.

—Claro. —Ashworth sonrió—. Los exámenes finales. Debía de estar sobrepasada. —Calló un momento—. ¿Cómo la vio durante las vacaciones de Pascua?

—Cauta. Le habían dado las prácticas que ella quería. En una escuela pequeña de la costa. Estaba claro lo que pensaba. Estaba buscando la experiencia adecuada para volver aquí.

Y Vera vio que era de ahí de donde había salido el sueño. El buen chico y el nieto. La casa calle abajo. Lily había hecho algún comentario sobre sus prácticas de maestra y Phyllis había inventado el resto.

—¿No trajo a alguien por casualidad aquella vez? ¿Un novio?

—No. Siempre le decía que podía traer amigos, pero siempre venía sola.

—¿Le habló de algún chico? Una chica guapa como ella..., tiene que haber habido alguien...

—No quería fisgonear —dijo Phyllis.

—Por supuesto que no.

—A esa edad les gusta tener secretos, ¿no? No te cuentan nada.

—Pero desde Pascua, ¿estuvieron en contacto? ¿Por teléfono?

—La llamo cada semana. El domingo. Es más barato. No esperábamos que nos llamara ella, con los gastos que tiene.

—¿La llamaba al fijo o al móvil?

—Al móvil. Así no tenía que estar esperando.

—¿Cómo le parecía que estaba?

—Muy bien. Contenta. Incluso ilusionada.

—¿Sabe por qué estaba tan contenta? ¿O siempre era así?

—No, siempre no. Todos tenemos días malos, ¿no? Después estuve pensando

en qué la podía haber animado tanto. Le pregunté si había encontrado algún trabajo para septiembre. «Tengo cosas en perspectiva», dijo. Parece tonto, pero

se notaba que sonreía mientras lo decía. Pensé que quizá había solicitado un puesto por aquí. Cerca de casa, quiero decir. Quizá, incluso, había hecho una entrevista. Pero no quiso contar nada. Como para no darnos esperanzas. Y que no nos desilusionáramos.

Hubo un momento de silencio. En el invernadero, Dennis Marsh sacó una

lata de tabaco del bolsillo de la chaqueta y se puso a liar un cigarrillo. Phyllis frunció el ceño. Probablemente el tabaco liado le parecía una vulgaridad, algo que no se hace delante de los invitados. Ni siquiera cuando tu hija acaba de morir.

Ashworth se inclinó hacia delante, volvió a captar su atención.

—¿Lily hizo alguna vez prácticas en el instituto de Whitley?

—No, era especialista en primaria. No iba a institutos.

—Por lo tanto ¿no habría dado clase nunca a un chico llamado Luke

Armstrong? ¿Nunca se lo mencionó?

—¿Por qué? ¿Es el que la ha matado? —Las palabras salieron con tal fuerza y furia que ambos se sorprendieron.

—No —dijo Ashworth con calma—. Ni mucho menos. A él también lo asesinaron. Hay cierto parecido.

Vera los dejó solos entonces. Phyllis estaba preparando más té, aguantando el

tipo con la conversación ritual, calentando la tetera, buscando galletas. Le habría gustado Joe Ashworth como yerno, Vera podía verlo. Incluso podía estar

pensándolo cuando le animó a coger otra pasta de higos. Había una puerta cristalera en la cocina que daba al jardín y Vera salió por allí y la cerró, aislándose de la conversación, sabiéndose cobarde, pero incapaz de resistirlo más.

Dennis debió de oírla llegar, pero no levantó la cabeza cuando ella apareció

en la puerta del invernadero. Vera cogió una silla de jardín de plástico y se sentó fuera, de cara a él. Tenía el rostro demacrado y derrotado de los hombres que había visto en celdas o durmiendo en la calle. Phyllis lo salvaría de eso, al menos. Procuraría que se duchara y se afeitara, que se cortara las uñas, que se

pusiera ropa limpia.

—Hábleme de Lily. —Vera plantó los pies con fuerza en el suelo.

—Nunca debería haber tenido hijos —dijo.

Vera tuvo ganas de decir que ella siempre había pensado que los hijos estaban muy sobrevalorados, pero sabía que no era eso lo que él quería oír.

—No creo que nadie piense que ha hecho un buen trabajo educando a sus hijos.

—Ni siquiera puedo cuidar de mí mismo.

—Parece que Lily salió muy bien. Universidad. Iba a ser maestra. —Vera notó el tono animado de asistente social en su voz, y se detestó a sí misma.

—Pero nunca fue feliz —dijo él—. No feliz de verdad. Ni siquiera cuando iba a la escuela.

—¿Cómo era cuando iba a la escuela?

—Excepcional —dijo él—. Ah, sí, siempre era la primera de la clase. Y al final de la secundaria, cuando hizo los exámenes de selectividad, la querían mandar a Oxford.

Vera se sorprendió. Phyllis no lo había mencionado, pero entendió por qué cuando él siguió hablando.

—Pero no hizo los exámenes tan bien como esperaban de ella. Había un chico, no sé, y ella estaba obsesionada con él. Creía que estaba enamorada de él.

No se podía concentrar, por lo visto. Aprobó los exámenes, pero no con la nota

que necesitaba para ir a Oxford.

—Son cosas que pasan —dijo Vera—. Las adolescentes...

—Pero no era normal —dijo él—. No era un enamoramiento normal. Estaba obsesionada. Dejó de dormir. Dejó de comer. Creí que estaba enferma.

Necesitaba ayuda especializada. Phyllis no quería verlo.

Vera no dijo nada.

—Yo sí —dijo él—. Lo reconocí. He entrado y salido de hospitales psiquiátricos toda mi vida. Ahora no tanto, desde que acertaron con la medicación, pero tuve mi primer brote a la edad de Lily. Demasiada casualidad, ¿no? Debió de heredarlo de mí. Tiene el cerebro de su madre. Mi locura.

—¿Recuerda el nombre del chico de quien se enamoró cuando estaba en la escuela?

El hombre frunció el ceño.

—Mi memoria no es muy buena. Le echo la culpa a los electrochoques, pero probablemente sea solo la edad.

Vera esperó, a ver si se acordaba. No quería tener que preguntárselo a Phyllis y causarle aún más dolor.

—Craven —dijo—. Ben Craven. Un chico simpático. No fue culpa suya.

—¿Qué fue de él? ¿Fue a la universidad?

Dennis sacudió la cabeza.

—No creo que lo haya sabido nunca.

—Ha dicho que estuvo ingresado unas cuantas veces, señor Marsh. ¿Adónde fue?

—Al Saint George's. Aquel sitio de Morpeth.

El primer vínculo entre Luke Armstrong y Lily Marsh, razonó Vera. Tenue,

pero al menos era algo por donde empezar.

—¿Y Lily? ¿Cree que ella fue alguna vez a tratarse? Después de marcharse de casa, quizá. No como paciente interna. Se habría enterado. Más bien como paciente externa.

—Le dije que fuera —dijo él—. Le di una tarjeta con el nombre de mi médico. Pero no sé si siguió mi consejo. —Intentó sonreír valerosamente—. Ya sabe cómo es. Dos mujeres en la casa. No iban a hacerme ningún caso.

—A ver, ¿qué es lo que tenemos? —dijo Joe Ashworth—. ¿Un chalado que cree que está bien ir por ahí matando a chalados?

Estaban en el coche camino a Newcastle. Habían quedado para ver el piso de Lily Marsh y hablar con las dos estudiantes con las que lo compartía.

—Tal vez. —Vera pensaba que todo era demasiado elaborado. Un juego. Un cabrón inteligente que creía tener el control—. Pero olvidémonos de la decoración. Las flores en el agua. Si tuviéramos dos asesinatos tan próximos, la misma causa de la muerte, ¿qué pensarías?

—Seguiría pensando que es un chalado.

—¿Asesino en serie?

—Tal vez. —Se mostró cauto, sorprendido de que ella hubiera usado la palabra aunque fuera con él. «Asesino en serie» significaba que la prensa se volviera loca, los políticos histéricos, y eso era lo último que ella quería. No era algo de lo que se hablara a la ligera.

—Pero ¿si no fue al azar?, ¿Si no fue un psicótico que la ha tomado con los jóvenes atractivos?

Él se lo pensó un momento.

—El segundo asesinato podría ser una tapadera para el primero. Sabemos que Lily Marsh estaba por la zona. Trabajaba en Hepworth. ¿A cuánto está? A diez kilómetros de Seaton, donde vive Julie Armstrong. Si la podemos situar en Seaton al mismo tiempo que el asesinato de Luke, tendríamos una explicación razonable. Vio algo, oyó algo. O conocía al asesino, lo adivinó. Se enfrentó a él.

—¿Estás pensando en un novio?

—Podría ser. Es raro que los padres no sepan nada de él.

—Así pues, ¿qué hacemos ahora? —Vera cerró los ojos mientras Ashworth

tomaba una curva a demasiada velocidad y tenía que frenar bruscamente. Venía un tractor en sentido contrario. No maldijo, no era su estilo. Vera sí, en voz muy baja.

—Buscar el vínculo —dijo él, cuando paró en el arcén para dejar pasar al tractor—. Descubrir dónde estaba ella aquella noche del asesinato de Luke Armstrong. Hablar con todos sus amigos. Sus profesores. Las personas con las que trabajaba.

—Muy fácil, vaya. —Vera se estiró y bostezó—. Coser y cantar. —Antes de que le respondiera, se había dormido.

Se despertó cuando pararon frente a la casa, con la suerte de que encontraron sitio. Era sábado por la mañana; la gente evitaba pagar el aparcamiento del centro dejando el coche en West Jesmond y cogiendo el metro. El piso era una

planta baja en una mansión eduardiana; un poco exagerado, pensó Vera, para ser

un piso de estudiantes. Había una cinta blanca y azul alrededor de la puerta y Billy Wainwright estaba dentro. Vera lo llamó a través de una ventana abierta.

—Puedes entrar —dijo él—. Estamos a punto de acabar. Y me iré a la cama.

Pronto llegará el equipo de registro.

Se quedaron todos un momento en la puerta. Billy parecía cansado, pero demasiado alerta para relajarse, y jugueteaba con el cierre de su maleta.

—¿Qué me puedes decir, Billy?

—No hay señales de que la mataran aquí. No hubo allanamiento. No hay indicios de lucha en su habitación. Por lo visto, las chicas con las que comparte piso habían salido. Están en una casa calle arriba, si quieres hablar con ellas.

—¿Habéis mirado en el baño?

—Por supuesto. Había algunos cabellos en el desagüe, pero me jugaría el sueldo de un año a que son de las inquilinas. No hay nada que relacione este sitio con la escena de Luke Armstrong.

—¿Aceites de baño?

—Muchos. Los analizaremos, pero no he reconocido nada que oliera como el agua de la que sacamos al joven Armstrong. — Bostezó—. Si vas a estar aquí diez minutos, me largo. Como he dicho antes, el equipo de registro está al llegar.

La habitación de la víctima es la última a la izquierda.

Cuando se marchó, Vera y Joe se quedaron un minuto en silencio. La temperatura del vestíbulo era fresca. El suelo era de baldosa, el techo alto.

—No es el habitual piso de estudiantes —dijo Joe. Abrió la puerta del salón.

Miraron el suelo de tablas de madera, la chimenea de hierro forjado. Había un sofá con una funda suelta marrón y un piano vertical. Todo estaba ordenado, imaculadamente limpio—. No podría permitirme un sitio así con mi sueldo.

¿Cómo se las arreglan? Y yo que creía que los estudiantes eran todos unos guarros.

Vera había entrado en la cocina, que parecía salida de una revista de

decoración de las que hojeaba en el dentista. Abrió la nevera. Una caja de huevos, un par de bolsas de ensalada, yogures naturales. En la puerta, dos botellas de vino blanco. Francés.

Había tres dormitorios, dos en la parte frontal con vistas al pequeño jardín y

la calle, y otro, el de Lily, que daba atrás. Vera dejó el de Lily para el final. Los dormitorios delanteros estaban a la altura del resto de la casa. Tan elegantes que

Vera sintió la necesidad de colgar un anuncio de Boots en la pared o poner un jarrón barato y horrible en el alféizar de la ventana. Siempre había pensado en los lugares que veía en las revistas como fantasías, no creía que existieran realmente. No eran la clase de habitaciones que visitaba a menudo por su trabajo.

La habitación de Lily era diferente. Era la más pequeña de la casa, más incluso que el cuarto de baño. El mobiliario era menos elegante; quizá lo habían

dejado los anteriores propietarios cuando se vendió el piso. Había cortinas de red en las ventanas, que daban al patio donde se guardaban los cubos de basura.

Dentro, una cama individual, una mesa y un ordenador, un armario de posguerra como el que tenía Vera para guardar su ropa. Una de las paredes estaba cubierta

de estantes baratos de madera sin pulir, llenos de libros. Vera se puso los guantes de látex, pero se quedó mirando sin tocar nada. La habitación era tan pequeña que Ashworth se quedó en el umbral.

—Un diario estaría bien —dijo Vera—. Una agenda.

—¿No lo tendría en el ordenador?

—Más que probable. Esperaremos a que los expertos lo hagan por nosotros.

—El equipo de registro, entrenado especialmente. No les gustaría que ella manoseara las pruebas antes de tener la oportunidad de hacerlo como era debido.

Abrió los cajones de la mesa. Había carpetas de anillas, sobres, en la mesa vio un carné de biblioteca para la universidad y otro de las Bibliotecas de

Northumberland. Exactamente lo que se esperaba de la habitación de una

estudiante modelo. Pero aquella no era parecida a ninguna habitación de

estudiante de las que había visto Vera. Al menos en las otras dos habitaciones había toques personales. Fotos familiares, felicitaciones de cumpleaños,

invitaciones a fiestas. Lily había vivido en aquella habitación casi tres años, pero

no contenía nada de ella. Ni fotos, ni pósteres. Podría haber sido una habitación en una pensión barata y anónima. Abrió la puerta del armario, y por fin captó algo de la chica fallecida.

La primera impresión fue de color. Una barra tenía collares de ámbar, un pañuelo turquesa de seda con un hilo de plata en medio, guantes largos rojos de

satén. Sacó perchas con una chaqueta ancha de terciopelo de color morado, un vestido con arabescos azules y verdes, faldas de algodón con estampados

alegres. En los estantes había blusas dobladas, ropa interior de encaje. Nada barato.

—Vaya —dijo Vera—. Le gustaba acicalarse. —Miró las etiquetas de los

cuellos de la chaqueta y las blusas—. Algunas de estas prendas son de Robbins

—dijo—. Pero no todas. Estas no las conseguiría con descuento. Debía de gastar todo el dinero que ganaba en ropa.

Y eso, en definitiva, fue todo lo que supieron de ella. No había nada más en

la habitación que diera pistas sobre su vida. Esperaron en la cocina al equipo de registro, sin hablar, y se alegraron cuando oyeron que paraba la furgoneta en la calle y tuvieron una excusa para marcharse.

Las compañeras de piso de Lily estaban con una amiga que vivía en la misma calle. Otra casa grande, esta vez en la esquina, con un jardín detrás. No parecía

estar dividida en pisos. Una residencia de estudiantes, quizá. Vera llamó al timbre, volvió a pulsar en vista de que no había respuesta. Estaba a punto de llamar por tercera vez cuando oyó pasos y la puerta se abrió. La joven en la puerta era menuda, con los cabellos rubios cortos, el cuerpo de una niña de diez

años, los ojos expertamente maquillados para parecer enormes.

—Lo siento —dijo—. Annie ha salido.

—No busco a Annie. —Vera mostró su identificación y entró sin esperar a que la invitaran a hacerlo—. Es a Emma y a Louise a quien busco. Las amigas

de Lily.

La chica se aturulló.

—Por supuesto. Perdone que la haya hecho esperar. Annie ha llevado a su hija a ballet. Lou y yo estábamos desayunando en el jardín. Después de saber lo

de Lily, e instalarnos aquí, ninguna ha dormido muy bien. Pasen. Soy Emma. —

No tenía acento local. Del sur. Fuerte.

Llevaba unas sandalias de piel y pasó delante de ellos, sin parar de hablar.

Así que no era una residencia de estudiantes. No había latas de cerveza ni música alta, cables eléctricos sueltos o papel pintado despegado. Allí vivía una

familia. Había una bicicleta pequeña apoyada en la pared del pasillo, dibujos infantiles en el tablón de la cocina. Pero una casa rica. Si Annie era madre soltera, no tenía problemas económicos.

—¿Annie también es estudiante? —No necesitaba saberlo, pero Vera siempre

había sido curiosa.

—No. Es mayor que yo. Enseña. En el curso que hacía Lily, de hecho. Es una especie de prima mía. Su marido trabaja mucho fuera, y cuando buscábamos

piso pensamos que estaría bien encontrar un sitio cerca.

—Muy conveniente —dijo Vera, preguntándose qué tendría aquella chica que le

desagradaba tanto.

—Sí. —Emma se volvió un momento y los guio a un patio enlosado donde había cuatro sillas de madera alrededor de una mesa. El jardín era pequeño, rodeado de un muro alto. Los mirlos piaban en algún lugar de la hiedra.

Emma siguió hablando.

—Esta es mi compañera de piso, Louise. Lou, es la Policía.

Louise todavía llevaba el pijama. Los pies descalzos, los cabellos despeinados. Los saludó con la cabeza, jugó con los restos del cruasán en su plato.

—Voy a hacer más café —dijo Emma.

Vera se sentó pesadamente.

—Para nosotros no, gracias. No es una visita social. No tenemos mucho tiempo. Solo queríamos hablar de Lily.

—Por supuesto.

—¿Cuánto tiempo hace que vivíais juntas las tres?

—Bueno, nos conocimos en el primer curso. La misma residencia, aunque cada una hacía estudios diferentes. Lily estudiaba literatura. Louise idiomas, y yo medicina. Por eso las tres seguimos aquí cuando la mayoría de nuestros amigos se han marchado. Nuestros cursos duran más que los tres años estándar y

Lily hacía unas prácticas. Entonces compartíamos cocina y nos llevábamos bien, así que decidimos irnos a vivir juntas.

—¿Cómo os podíais permitir vivir en una calle como esta? —Lo dijo enfatizando el acento, jugando a ser la policía tonta. Nunca hacía daño que te subestimaran.

—Bueno, eso fue cosa de mi padre, en realidad. Pensó que podía comprar algo aquí. Creyó que podía ser una buena inversión. Pagaríamos lo suficiente para cubrir la hipoteca. Aun así no es barato, pero cuando ves los sitios donde viven otros estudiantes... Mis padres son estupendos. Me pasan una asignación.

—Pero Lily no tenía esa clase de familia, ¿no? ¿Cómo se las arreglaba para pagar el alquiler?

Emma se encogió de hombros.

—No lo dijo nunca. Creo que a su padre le dieron una indemnización al final de nuestro primer curso y le dio algo para que se instalara. No pagaba tanto como nosotras, porque su habitación es más pequeña. Y trabajaba los sábados y en vacaciones.

—Habladme de ella. Después de vivir tanto tiempo juntas, la conoceríais mejor que nadie.

Por primera vez, Emma se quedó sin palabras. Fue Louise la que contestó.

—Nadie la conocía muy bien.

—Pero... tres chicas juntas. Debíais de contaros cosas.

—De hecho, no. Lily no.

—Seguro que salíais por ahí, a tomar unas copas. ¿No se soltaba un poco?

—No creo que Lily se soltara de esa manera, inspectora. Era muy controlada, muy centrada. Ambiciosa, supongo. Algo que ver con el entorno de donde procedía. Había trabajado más que el resto de nosotras.

—¿Estuvo enferma alguna vez?

—Nada grave. Algún resfriado, unas anginas. Como todas.

—¿Nunca pensasteis que podía estar deprimida? ¿Que por eso estaba tan aislada?

—No. No creo que estuviera tan aislada. Simplemente, no nos incluía en el resto de su vida.

—¿Dónde estuvisteis anoche?

Contestó Louise.

—Era mi cumpleaños. Salimos a cenar. Con un grupo.

—¿Y Lily? —preguntó Vera—. ¿También tenía que venir con vosotras?

—La invité, por supuesto, pero no me sorprendió que rechazara la invitación.

No era lo suyo.

«¿Por qué no? ¿La hacíais sentir incómoda con vuestro tono prepotente y el dinero de vuestros padres?»

—¿Tenía novio?

Hubo un silencio. Las chicas intercambiaron una mirada.

—Creemos que sí —dijo Emma por fin—. Había noches que no venía a dormir. Pero él nunca vino al piso. Al menos cuando nosotras estábamos.

—¿Y nunca habló de él?

—Con nosotras no. —Emma calló un momento—. Mire, inspectora, en cierto modo Lily era la inquilina modelo. Considerada, ordenada. Por eso quise que viniera con nosotras al principio. Pero nunca fuimos amigas. No de verdad.

No se me ocurre ninguna razón por la que alguien quisiera matar a Lily. Pero tampoco podría saberlo. Su vida era un misterio para nosotras.

Era la hora de almorzar y Vera juntó al equipo. Compró sándwiches, café, *donuts*. Todo lo necesario para mantener los niveles de energía. Después de la siesta en el coche se sentía en la cima del mundo, pero sabía que los jóvenes del

equipo no tenían su vigor. Al menos estaban más alerta ahora. Otro cadáver. Una mujer atractiva. De algún modo, aquello hacía más emocionante el caso. No habían podido emocionarse con un chico con dificultades de aprendizaje, pero una estudiante bonita y de repente estaban todos excitados. Vera consideró que era demasiado cínica para su bien.

Les puso al día de las visitas a los padres de Lily y al piso, caminando por la parte delantera de la sala, entrando y saliendo del haz de luz que se filtraba por

las ventanas.

—Las chicas con las que compartía piso están en casa de una vecina mientras el equipo de registro termina. Por supuesto, les preguntamos si Lily estaba en el piso la noche que Luke Armstrong fue asesinado. No estaba. No era raro que no fuera a dormir. Por eso creían que tenía novio.

—¿No le preguntaron por él? Tenían que sentir curiosidad. —Era Holly Lawson. Impaciente, joven, parecía que fuera al instituto—. Porque puedes decir que respetas la intimidad de alguien, pero la verdad es que quieres saberlo. ¿O no? —Miró alrededor.

—Probablemente tienes razón. Vuelve y habla con las compañeras de piso — dijo Vera—. Puede que les saques algo más. Tienes casi su misma edad. —Tomó un sorbo del vaso de papel. El café estaba bueno al principio de la reunión, pero ya estaba frío y notaba los posos en la lengua. Dejó el vaso en la mesa, se acercó a la ventana y bajó las persianas para evitar que el sol le diera en los ojos. La sala quedó de repente en penumbra, y las personas convertidas en sombras borrosas.

—Creo que tendremos que tragarnos el sapo y dar una conferencia de prensa —dijo—. No quiero que trascienda nada de la escena del crimen. Ni las flores.

Ni la causa de la muerte. Lo último que queremos es un imitador. Le dije al grupo que encontró el cadáver que si hablaban con la prensa tendrían que responder por ello. Pero alguien pudo ver cómo transportaban el cuerpo del coche a las rocas. Hay un tramo de hierba en medio, y normalmente hay gente.

Dueños de perros. Padres con niños. Le diremos al enlace de prensa que lo organice. Y ahora, a ver qué tenéis para mí. —Vera se había parado delante de la mesa. Como una maestra. Se preguntó qué clase de maestra habría sido Lily.

—Hemos encontrado a alguien en la universidad para que vea las flores — dijo Holly—. Un tal doctor Calvert. Profesor titular.

—No.

—¿Perdón?

—Peter Calvert. No sirve. Encontró el segundo cadáver. Bueno, su hijo lo encontró. Estaba en la escena inmediatamente después. No podemos utilizarlo.

—Ah, vaya, no me di cuenta. Lo encontré ayer, antes de que mataran a Lily

Marsh. —Se ruborizó, tartamudeó, esperó a que Vera la torturara con su sarcasmo. Pero Vera estaba de buenas. Estaba pensando en Peter Calvert.

Seguramente era una casualidad. No había que ser botánico para esparcir flores

sobre un cadáver. Pero si estaban buscando a alguien a quien le gustaba jugar, podría considerarse una tarjeta de visita, una firma.

—Busca a otro —dijo—. Que no sea de la Universidad de Newcastle. Prueba en Northumbria o Sunderland. Tiene que haber otro botánico en el noroeste. Y comprueba qué estaba haciendo el doctor Calvert la noche que mataron a Luke.

Para que se vea que no dejamos cabos sueltos. —Recordó la escena del porche que se había encontrado la noche anterior. Cuatro hombres sentados a la mesa.

Una mujer. Más o menos de la misma edad que ella, pero elegante, arreglada.

Deseada. Un grupo interesante, pensó de nuevo—. Pensándolo bien, déjame al doctor Calvert a mí. Será una excusa para volver a hablar con él. No me fío de

vosotros para tratar a la nobleza.

Sonrieron, sin molestarse. Un trabajo menos para ellos, y ¿quién había oído

hablar de un profesor de universidad asesino?

Volvió a dirigirse al grupo.

—¿Quién ha estado comprobando la coartada de Geoff Armstrong?

—Yo. —Charlie Robson. Charlie era mayor que ella. Vera creía que le

faltaba poco para la jubilación. No le gustaba trabajar para una mujer, pero se había tenido que aguantar.

—¿Y?

—Primero hablé con el tipo para quien trabaja casi siempre. Barry

Middleton. Un pequeño constructor. Reforma cocinas y baños, ampliaciones.

Hace años que conoce a Geoff, incluso antes de empezar a darle trabajo. Dice que Geoff siempre ha tenido mal carácter. Una de esas personas que se pueden

tomar mal que las mires de un modo raro. Ha tenido un par de peleas en el trabajo. Se cabreó con un capataz cuando trabajaba en Londres. Por eso volvió

aquí sin empleo. Pero por lo visto cambió por completo después de casarse por

segunda vez. Ahora es todo un padre de familia, según Barry. Dedicado a Kath y

a la niña. Incluso había empezado a arreglar las cosas con Julie.

—Eso fue lo que me dijo él a mí. —Pero ¿me lo creo? ¿Me creo que la gente pueda cambiar tan fácilmente?, se preguntó Vera.

—Esta mañana he ido a su casa —siguió Charlie—. Geoff y la familia

estaban saliendo cuando he llegado. Parecía un día de playa. Tenían toallas, pícnic.

—Muy familiar —dijo Vera.

—No me han visto. He hablado con los vecinos. Todos han dicho lo mismo.

Son una familia encantadora. Él es un poco callado. No va al pub ni al club. Está

en casa cuidando a la pequeña mientras la mujer trabaja. Pero nadie ha dicho nada malo de él.

—¿Y el miércoles por la noche? ¿Lo vio alguien saliendo de la casa?

—No, y una pareja está segura de que lo habría visto si hubiese sacado el coche. Estaban celebrando una barbacoa, habían invitado a unos amigos. Incluso

habían invitado a Geoff. Viven a solo dos casas de distancia y pensaron que podía volver de vez en cuando para ver a la niña. Al final no fue, dijo que no le

gustaba dejar sola a Rebecca. Pero estuvieron todo el rato fuera. Está en la esquina, y lo habrían visto si se hubiera marchado. Eso es lo que dicen.

Vera estaba contenta de poder eliminar a Geoff de la investigación. Se los imaginó a los tres en una playa en alguna parte. Tynemouth, quizá. Kath echada

en una toalla, recuperando horas de sueño. Geoff entreteniendo a la niña, agarrándola

de la mano mientras ella saltaba con las olas, construyendo castillos

de arena, comprando helados. Se estaría ablandando con la edad. Pensó que Geoff se merecía una segunda oportunidad.

Se dio cuenta de que el equipo esperaba que siguiera.

—Pues olvidémonos de Geoff. A menos que surja algo. Quiero que alguien

hable con el médico de Luke. Averiguad si a Lily también la trataron en Saint George's. Probablemente no estuvo ingresada. Sus compañeras de piso se

habrían enterado. Tendría que haber ido a una consulta externa. Sabemos que su padre tenía antecedentes de enfermedad mental. Es una posibilidad remota, pero

vale la pena comprobarlo. Y quiero que investiguéis las finanzas de Lily.

Cuentas bancarias, tarjetas de crédito. Todo. Por lo que parece, vivía muy por encima de sus posibilidades. ¿Tenía algún otro ingreso? Un amante rico, quizá.

Y tenemos que localizar al chico del que se enamoró cuando todavía iba a la escuela. Se llama Ben Craven. Podría ser que aún viviera en la zona.

Consideró que ya había habido bastante charla. A todos les gustaba charlar.

La charla y el café y los bollos les ahorraba tener que salir y mezclarse con personas normales.

Se levantó, procurando retener su atención.

—Lo primero es encontrar un vínculo entre las víctimas. Algo que las sitúe en el mismo sitio, una persona que tengan en común.

Se quedaron sentados, mirándola.

—Venga, a trabajar —dijo, levantando la voz, maestra otra vez—. Aquí no lo vais a encontrar, ¿a que no?

Era sábado y el sol todavía brillaba, pero en Fox Mill no había preparativos en marcha para el pícnic que Felicity había planificado como una celebración más para el cumpleaños de Peter. Todos se habían quedado a pasar la noche y desayunaron tarde, melancólicamente, en la cocina. Los cuatro hombres parecían preocupados y agotados. Tal vez sufrían una resaca colectiva. Incluso James estaba más callado de lo normal y se fue a su habitación a ver programas infantiles en la televisión.

Felicity se alegró cuando los invitados se marcharon antes del almuerzo.

Peter intentó convencerlos para que se quedaran, pero debieron darse cuenta de que ella los quería fuera de la casa. Ni siquiera Samuel era un consuelo aquel día. Por la tarde, Peter se encerró en su despacho. Tenía un proyecto importante.

Un libro acerca del efecto del clima sobre el movimiento de las aves marinas.

Uno de los editores más importantes de historia natural había expresado un interés vago y educado, pero no había ninguna oferta en firme. Tendrían que ver

la obra terminada, habían dicho. Las teorías de Peter se habían vuelto más complejas a medida que analizaba el material. Había días que Felicity pensaba que no lo vería nunca terminado.

Felicity salió al jardín y empezó a arrancar malas hierbas de los parterres frente a la casa. Disfrutaba con la actividad metódica y mecánica, el resultado inmediato. Se oyó el ruido de un coche en la calle. Lo ignoró al principio. A veces los excursionistas aparcaban en el arcén para seguir a pie el camino de la

costa. Después se dio cuenta de que se había metido en la entrada y se incorporó,

se quitó los guantes, se metió la camisa dentro de los vaqueros, preparándose para recibir al visitante. Había pensado que podía ser Samuel. Se habría dado cuenta de que estaba disgustada. Sería propio de él pensárselo y dar la vuelta para asegurarse de que estaba bien. Felicity ya estaba ensayando las palabras que

le diría, la disculpa por estar tan irritable, por ser tan poco hospitalaria. La

mentira. «Sabes que no me importa que estés aquí. Son los demás. Es demasiado.»

Pero no era Samuel. Era un coche que no reconoció. Sintió un malestar

repentino, pero entonces vio a la inspectora gorda de la noche anterior bajando del asiento del conductor. Experimentó el momento de silenciosa superioridad que sentía siempre que veía a una mujer de su edad que se había abandonado. El rostro de la inspectora podría haber sido atractivo si se hubiera esforzado más. Su ropa era informe, sus cabellos estaban mal cortados. ¿De verdad no le importaba su aspecto? Felicity no podía comprenderlo. De algún modo, aquello hacía a Vera Stanhope invulnerable. A ella siempre le había gustado que la admiraran. No se podía imaginar que no le importara lo que pensaran los demás.

—Inspectora. —Comprobó que tenía la mano limpia y se la ofreció. La mujer la tomó con un apretón breve y seco, pero su atención estaba puesta en el jardín.

—Qué preciosidad —dijo—. El trabajo que le dará.

—Oh. —Felicity sabía que solo era un cumplido, pero la complació igualmente—. Tenemos ayuda, por supuesto. Un hombre mayor del pueblo.

—Por supuesto —dijo la inspectora.

Felicity advirtió el sarcasmo, no supo cómo reaccionar.

—¿En qué puedo ayudarla?

—Solo unas preguntas más. Ya sabe cómo es. Surgen cosas.

¿Cómo quiere que sepa cómo es? Nunca había encontrado un cadáver, pensó Felicity.

—¿Se han marchado sus amigos?

—Sí, tenían que irse. Creo que Gary trabaja esta noche. —Se sentía incómoda, allí de pie, sucia y mal preparada.

—A qué se dedican? Gary nos lo dijo, pero ¿y los demás? —Vera se había movido hasta la sombra de la casa y Felicity la siguió.

—Samuel es bibliotecario. También es un buen escritor. Sobre todo de

cuentos. Clive trabaja de técnico en el Museo Hancock. En la sección de historia natural.

—¿Ah, sí? Me encantaba ir cuando era pequeña. Mi padre me llevaba a menudo. Tenía un olor particular. Hace años que no voy. —Vera se perdió un momento en sus recuerdos—. ¿Está su marido en casa?

—Está en su despacho —dijo Felicity—. Pase.

—¿También está trabajando?

—Sí, en su investigación.

—Tengo entendido que es botánico. Debe de ser útil para el jardín. —Su tono era alegre, impresionado. Felicity no sabía cómo tomárselo. Decidió no explicar lo del libro de aves marinas. Podía considerarse una afición, no un trabajo, y ella quería que la inspectora se tomara en serio a Peter.

—A menudo tomamos el té a esta hora. ¿Le apetece tomarlo con nosotros?

Iré a llamar a Peter.

A Felicity no le habría sorprendido que la inspectora insistiera en interrumpir a Peter en su despacho, pero parecía haber decidido ser conciliadora.

—¿Por qué no? Me apetece mucho.

—Podemos sentarnos fuera, aprovechar el sol.

—Mejor que no. Tengo una alergia. El sol directo. Hace que me salgan ronchas y bultos.

Así que se sentaron a la mesa de la cocina. Felicity había intentado llevar el servicio de té al salón en una bandeja, pero Vera le había tocado el brazo para detenerla.

—Eh, no se moleste por mí. Soy más como el servicio que una visita.

Felicity sabía que la inspectora estaba jugando con ella y no sabía cómo tenía que tomárselo. Asintió, cortó los bollos que había sacado del congelador la tarde

anterior y llenó un cacito de mermelada casera. Cuando Peter salió del despacho, Vera tenía la boca llena y cubrió la mesa de migajas al intentar hablar. Felicity tenía ganas de decirle a Peter: «No te dejes engañar por esta mujer. Quiere que creamos que es una payasa. Es más lista de lo que parece». Pero vio que Peter ya la había tomado por una imbécil. Mientras ella se ahogaba y tosía y tragaba té, él levantó los ojos al cielo.

Por fin se acabó la comedia y Vera empezó a hablar.

—Anoche me interrumpieron —dijo—. Tengo algunas preguntas. Tienen que entenderlo. Formalidades.

—Por supuesto.

—¿Trabaja en la universidad, doctor Calvert? La señorita Marsh estudiaba allí. En un curso de posgrado. ¿Está seguro de que no la conocía?

—¿En qué se graduó?

—Literatura. También lo hizo en Newcastle.

—Aun así no la conocí, inspectora. Mi disciplina es la botánica. Nuestros caminos no se cruzaron nunca. Me temo que es una casualidad. Que enseñara a nuestro hijo, preguntara por alojamiento y después la encontráramos en la costa de esa manera.

Un suceso aleatorio, pensó Felicity. Como observar el mar. Como que pasen los pájaros cuando estás allí para verlos. Excepto que, naturalmente, no era la casualidad lo que conectaba a los observadores con los pájaros, como Peter había descrito en la torre de vigilancia la tarde anterior. Habían procurado estar allí a la hora correcta. Escuchaban cada tarde la previsión marítima para saber de dónde soplaban el viento. Consultaban las tablas de mareas.

—A la chica la asesinaron —dijo Vera de repente—. Estrangulada. Pero esto ya lo sabían. Se lo dije anoche. Con algo tan elaborado, escenificado, uno pensaría

que sería fácil descubrir al que lo hizo. Dejaría rastros. Un amante despechado, quizá. —Calló—. Despechado. Es una palabra pasada de moda. Y

al principio parecía un crimen pasado de moda. Algo de una época más amable.

Parecía apacible, ¿no?, allí echada. Las flores. Pero no había nada apacible en su muerte. No creo que quisiera morir.

Felicity sintió lágrimas en los ojos. Como si, de algún modo, se la hiciera responsable a ella. Le complació que Peter también pareciera conmovido, que no

dijera nada.

La inspectora continuó.

—Y hay otras complicaciones. Hubo otra víctima. Un chico fue asesinado

dos días antes. Se llamaba Luke Armstrong. —Los miró a los dos—. ¿Están seguros de que no les suena el nombre?

—Usted lo mencionó —dijo Felicity—. Y lo vi en las noticias. Era de

Seaton.

—Lo que no les conté es que lo colocaron en una bañera. Cubierto de flores.

Como dije anoche, podría perjudicar a nuestra investigación si algo de esto fuera

de conocimiento público. Pero ya ven por dónde voy. La cuestión ya no es sencilla. Un amante despechado no va a matar a un chico de dieciséis años como

una especie de prácticas. ¿Para qué arriesgarse? Demasiado elaborado. Estoy buscando vínculos. La madre se llama Julie. Julie Armstrong.

—¿Aquella mujer de la que Gary hablaba no se llamaba Julie? —En cuanto

las palabras salieron de su boca, Felicity se arrepintió de haberlas dicho. Qué cosa más estúpida había dicho. ¿Por qué apuntar a la inspectora en dirección a Gary, que no mataría una mosca? Sintió que Peter la fulminaba con la mirada e

intentó salvar la situación—. Bueno, es un nombre corriente. Seguro que no significa...

—¿Por qué no me lo cuenta de todos modos?

—Conoció a esa mujer, nada más. En una actuación en la que se encargaba del

sonido. Una banda local en un pub de North Shields. Ese sitio con vistas al río. Se la encontró después en el bar. Hablaron y descubrieron que habían ido juntos a la escuela. Ya se lo puede imaginar.

—No estoy segura de hacerlo. ¿Por qué no me lo explica?

—A Gary le gusta fanfarronear. Por la forma como habla, cualquiera diría que tiene mujeres por todo el país. Pero desde que su prometida lo dejó, no creo

que haya tenido ninguna novia en serio. Quería a Emily, realmente la quería.

Cuando ella se fue con otro, se quedó destrozado. Me dio la impresión de que había conectado con esta Julie. Esperaba volver a verla.

—¿Dijo algo más de ella? ¿Como si tenía hijos?

—No, nada de eso.

—¿Y a usted, doctor Calvert? ¿Le habló de esta mujer?

—Lo siento, inspectora. No es la clase de cosa de la que hablan los hombres.

—¿Ah, no? —Como si estuviera sinceramente sorprendida—. Bueno, le puedo preguntar a Gary, ¿no? Ir a la fuente original.

Felicity pensó que el mal rato había pasado. Vera Stanhope se lamió un dedo, rebañó los restos del bollo del plato, apuró la taza de té.

—¿Qué hicieron ustedes el miércoles por la noche? Tarde. Entre las diez y medianoche.

Felicity miró a Peter, esperando que él respondiera primero.

—Estuve aquí —dijo él—. Trabajando. —Miró a su esposa—. Todavía estaba en el despacho, ¿verdad?, cuando llegaste a casa.

—¿Y usted dónde estaba, señora Calvert?

—Estaba en el teatro —dijo—. En The Live, en el muelle. Se representaba la obra de un joven dramaturgo de la región. He visto otras cosas suyas. Es muy evocador. Creo que es importante apoyar a los nuevos dramaturgos. —Se calló,

viendo que hablaba demasiado.

—¿Fue sola?

—No, fui con un amigo. A Peter no le gusta mucho el teatro. Al menos este tipo de funciones. Fui con Samuel Parr. Lo conocí anoche.

—Claro —dijo Vera—. Samuel el bibliotecario. —Felicity esperaba algún comentario intencionado, pero no hubo ninguno—. ¿A qué hora llegó a casa?

—Seguramente era cerca de medianoche. Fuimos a cenar después de la función, y la ciudad queda lejos.

—Muchas gracias por todo. —Esta vez Vera sí que se levantó—. Seguro que comprenden por qué tenía que preguntarlo. Le dejo para que vuelva a su trabajo, doctor Calvert.

Felicity acompañó a la inspectora al coche. El sol estaba tapado por una fina capa de neblina, pero no parecía que fuera a llover. Trabajar en el jardín sería más agradable ahora que hacía más fresco. Pero no le apetecía volver a hacerlo.

Pensó en un baño. Eso la relajaría. Entonces recordó lo que había dicho la inspectora sobre el hallazgo de Luke Armstrong en la bañera, y la imagen de un cuerpo esparcido con flores apareció ante sus ojos.

Vera se quedó junto al vehículo. Felicity empezó a volver hacia la casa.

—Una cosa más, señora Calvert. ¿Le importaría que echara un vistazo a la casita? ¿La que le enseñó a Lily Marsh el día antes de que muriera?

Felicity tuvo un momento de repulsión. No quería estar en el espacio donde había estado tan cerca de Lily Marsh, lo bastante como para ver los puntos del dobladillo de su falda cuando subió la escalera delante de Felicity. Después entendió que era una tontería. Algún día tendría que ir a la casita. ¿Por qué no ahora? Sin duda era mejor complacer a la inspectora que ponerla en contra de ella.

—Claro. Voy a buscar la llave.

Cruzaron el prado hacia la puerta de la casita. Dentro estaba todo como en su última visita, excepto que las rosas del dormitorio estaban mustias. Felicity las sacó del jarrón para llevarlas al compostaje, sujetándolas con cuidado para no pincharse. Vera bajó la escalera detrás de ella, pero entonces se mostró reticente a marcharse.

—Esa fue la última vez que la vieron con vida —dijo—. Al menos que alguien admita haberla visto. El viernes no fue a la escuela. Esta tarde hemos hablado con la directora, por fin la hemos localizado. —Miró intencionadamente a Felicity—. Y esto tampoco es para el consumo público. —Miró por la ventana—. Qué lugar tan bonito. Cualquiera diría que se habría abalanzado sobre la posibilidad de vivir aquí.

—No sé si calculó que no podría pagarlo.

—¿Qué alquiler quería cobrarle?

—No lo sé. No lo había pensado.

—¿No se lo preguntó?

—No —dijo Felicity—. Solo dijo que se lo pensaría. Y se fue a toda prisa.

Julie había vuelto a su casa. Su madre le abrió la puerta a Vera, y la acercó para cuchichear conspirativamente.

—Le hemos pedido que se quede con nosotros una temporada, pero dice que no se atrevería nunca a volver. Así que me he instalado aquí para cuidarla un poco. Por un par de semanas.

Vera asintió, entró en la casa, habló en voz baja.

—¿Y Laura, señora Richardson? ¿Cómo está?

—Pues no sé. No come. Está muy callada. Le he preguntado si quería invitar a alguna amiga, pero dice que no.

—¿Está en casa ahora?

—Sí, está en su habitación.

—Subiré a hablar con ella un momento. Veré a Julie antes de marcharme, si le parece bien. ¿Será tan amable de decirle que estoy aquí?

Laura estaba echada en la cama, acurrucada sobre su costado, con una revista al lado. Estaba abierta, pero no parecía que estuviera leyéndola. La ventana estaba cerrada y hacía calor en la habitación. Daba a la parte de atrás de la casa, con vistas a un prado donde un par de ponis cansados mordisqueaban la hierba

seca y, más allá, un campo cultivable. Vera llamó a la puerta y entró sin esperar respuesta.

La niña levantó la cabeza.

—¿Qué quiere? —Era delgada, angulosa. Catorce años, pero un cuerpo anodino. Tenía el pelo corto, peinado en punta. Ojos que fulminaban. Una nariz pecosa que la hacía parecer más joven de lo que era. Vera intuía que pronto sería una belleza interesante. Ahora era una niña malhumorada, desgraciada y solitaria. Hubo una época en que Vera sentía unos deseos enormes de tener hijos.

El anhelo había aparecido de repente, cuando se acercaba a los cuarenta, y la impactó con su intensidad. Había sido más potente que sus sueños con hombres y sexo. Ahora pensó que era una suerte que no se hubiera hecho realidad. Nunca habría podido tratar con alguien así.

—Solo quiero hablar —dijo—. Ahora que has tenido tiempo de pensar en las cosas.

—No sé nada de lo que pasó aquella noche. Estaba dormida.

—Quería hablar contigo de eso, cariño. ¿Estás segura de que no oíste nada?

Una llamada a la puerta, voces, un roce. Podías haberlo escuchado, pensar que eran Luke y sus amigos que se movían por la casa. No tienes que sentirte culpable por eso.

—No me siento culpable.

—Porque me cuesta creer que siguieras durmiendo todo el tiempo.

—Duermo como un tronco —dijo Laura—. Pregúntele a mi madre.

Miró indignada a Vera, que no supo cómo reaccionar. A otro testigo lo habría presionado, pero se trataba de una niña que acababa de perder a su hermano.

—Aun así —dijo Vera—, podrías ayudarme. Necesito que me hables de los amigos de Luke, en qué estaba metido, con quién andaba. Tendrás más idea de eso que tu madre.

—No, no la tengo. —Agresiva. Como si Vera estuviera loca por planteárselo.

—¿Él no hablaba contigo, entonces?

—No. —Otra vez aquel tono. El que utilizan los adolescentes cuando realmente quieren ponerte furioso. Burlón. La voz que te da ganas de abofetearlos—. Tampoco quería que lo hiciera.

—¿No os llevabais bien?

Laura se incorporó sobre el codo.

—Ya me han echado todos los sermones, ¿vale? Desde mamá a la abuela, y los profesores en la escuela. Sé que no era culpa suya, la dificultad de aprendizaje. Sé que soy una cabrona. Pero no podía soportarlo. Que todos me señalaran, que supieran que era su hermana. Burlándose a mis espaldas cuando

él hacía alguna estupidez. Como si yo pudiera evitarlo. No nos llevábamos mal. Solo lo quería fuera de mi vida.

Se dio cuenta de lo que acababa de decir en cuanto terminó de hacerlo, pero no estaba dispuesta a mostrar ningún arrepentimiento. Se hundió en la cama y le dio la espalda a Vera. Ella entendía parte de lo que estaba viviendo. Cuando era pequeña, la gente también se había reído de ella. Vivía sola con un padre loco.

Sin madre. Nadie que le planchara el uniforme de la escuela o le hiciera pasteles para el día del deporte. Nadie que la llevara a la peluquería o le hablara del periodo. Solo Hector, que pasaba todo el tiempo libre deambulando por las colinas buscando nidos de aves rapaces, que parecía apreciar más a sus amigos a

los que también le gustaba salir a buscar huevos que a su fea hija. Pero no serviría de nada que le hablara de ello a Laura. Los jóvenes veían a los mayores

como una especie diferente. ¿Cómo podía significar algo la experiencia de Vera para la niña desesperada echada en la cama?

Estiró la mano para tocar el hombro de Laura.

—Vamos, cariño, que no es culpa tuya. Y podrías ayudarme sin darte cuenta.

La niña se puso boca arriba, mirando al techo.

—No conocía a ninguno de sus amigos.

—¿Y a Thomas Sharp?

—Está muerto.

Vera trató de mantener un tono neutro. Sospechó que su equipo de Kimmerston se quedaría estupefacto al ver que podía tener tanta paciencia.

—Pero lo verías cuando venía a vuestra casa.

—A veces.

—¿Qué te parecía?

Hubo un silencio. Vera se preguntó si había ido demasiado lejos.

—Estaba bien —dijo por fin la niña—. Mejor que los otros con quien había ido Luke. Divertido.

Le gustaba, pensó Vera. A lo mejor incluso se había enamorado un poco.

¿Había habido algo entre ellos? ¿Toqueteos furtivos a escondidas de la madre?

¿Qué habría pensado Luke?

—Debió de ser terrible cuando murió.

—Fue espantoso.

—¿Fuiste al funeral?

Negó con la cabeza.

—Mi madre no me dejó faltar a clase en la escuela. Dice que soy la única que tiene cabeza de la familia y que tengo que usarla. —Calló—. Pero fui con ellos al río, cuando llevaron las flores.

—¿Te contó Luke lo que pasó cuando Thomas se ahogó?

—Dijo que debería haberlo salvado. —La respuesta brotó alta y furiosa.

—¿Crees que pudo haberlo salvado?

—No lo sé. Quizá. Si no hubiese sido tan estúpido. Si se hubiese esforzado más. —Se echó a llorar, no por su hermano, sino por su amigo.

—¿Conocías a alguien llamado Lily Marsh?

—No conozco a ancianas.

—¿Por qué crees que es una anciana?

—Es un nombre de anciana, ¿no? ¿Lily?

Es el nombre de una flor, pensó Vera de repente, y se preguntó por qué no se había dado cuenta antes. ¿Significaba algo? ¿Tenía Luke un segundo nombre? ¿Algo floral? ¿Había nombres masculinos relacionados con flores?

Laura se estaba inquietando, curiosa a su pesar.

—¿Quién era, si se puede saber?

—Una anciana no —dijo Vera—. Una estudiante de magisterio. ¿Trabajó alguna vez en tu escuela?

—¡Nooo! —Laura cogió la revista y fingió que leía.

Vera vio que aquel día no le sacaría nada más.

—Tengo que hablar con tu madre —dijo—. Si se te ocurre algo, llámame.

Dejaré mi tarjeta en el alféizar de la ventana.

Julie estaba sentada en la sala, mirando la pantalla del televisor. Sábado por

la tarde. Famosos estúpidos haciendo que las familias hicieran tonterías. A pesar

del calor, llevaba pantalones de chándal y una sudadera. Cuando vio a Vera se levantó de golpe y apagó el televisor, como si le diera vergüenza que la vieran

haciendo algo tan normal. La habitación era del mismo tamaño que la de Sal, la

vecina, pero más atestada. Habría recuerdos de Luke por todas partes; su ropa todavía estaría en el cesto de plástico junto a la tabla de planchar, su vídeo favorito en la pila del suelo.

—Perdone el desorden —dijo Julie—. Es que...

Vera asintió, encantada de aceptar la excusa, aunque supiera que siempre

estaría desordenado. Probablemente más que ahora, porque la señora Richardson estaba allí cuidando de todo. Julie no parecía de las que tienen una casa recogida.

No como Kath en la decorosa casa de Wallsend.

La señora Richardson se asomó a la puerta.

—¿Un té, inspectora?

—Estupendo. —Si bebo más té, me ahogaré, pensó Vera, pero no quería que la madre escuchara. Se acomodó en un sillón cubierto con una colcha de chenilla e instó a Julie a volver a sentarse.

—Se trata de Gary —dijo—. Gary Wright.

Julie movió la cabeza muy lentamente hasta que se quedó mirando a Vera.

—¿Qué pasa?

—¿Lo conoce?

—No mucho.

—Cuénteme.

—Estuve con él la noche que mataron a Luke. Bueno, no con él, en ese sentido. No salimos del club. Pero bailamos, y nos reímos. —Cerró la boca de golpe, como si la idea de reírse fuera obscena.

—¿No era la primera vez que lo veía?

—No, hace unas semanas estuve en el Harbour Bell con mis padres.

Domingo por la tarde. Justo antes de que dieran el alta a Luke en el hospital.

Laura estaba pasando el día con una amiga. A mi padre le gusta la música. Si le dejas, no para de hablar sobre los viejos tiempos. The Animals. Los clubes de la ciudad a los que iba en los sesenta. En el Bell hay música en vivo los domingos

por la tarde, y tocaba un grupo que él quería oír. Había cenado con ellos y me llevaron. Lo pasé bien. Gary se encargaba del sonido. —La voz de Julie se apagó. Miró directamente a Vera—. Es como si hubieran pasado meses. Años.

Como si todo hubiera cambiado. Hablo de mí, pero es como si estuviera describiendo a una persona diferente.

—Lo sé —dijo Vera.

—Gary me hizo reír —siguió Julie—. Al principio se veía que

fanfarroneaba. Contando historias de su trabajo. Los músicos con los que había trabajado. Se notaba que le habría dicho lo mismo a cualquiera. Al menos a cualquier mujer de entre quince y cincuenta años.

¿A mí también?, se preguntó Vera.

—Entonces congeniamos. Descubrimos que habíamos ido a la misma escuela primaria, nos pusimos a hablar de la gente que recordábamos. Al final mi madre tuvo que venir a buscarme. Le preocupaba que no llegáramos a la hora de visita del hospital. Me acompañaba a ver a Luke.

—¿Y quedaron para verse en la ciudad? —preguntó Vera.

—No, no quedamos en firme. La verdad es que no. —Pero Vera veía que para Julie sí había sido algo firme. Especial—. Solo me preguntó si iba a la ciudad alguna vez, y yo le dije que casi nunca. Entonces recordé el cumpleaños de Jan, y que las chicas me habían pedido que saliera con ellas. Y por eso le dije que iría. Aquella noche.

Vera se podía imaginar cómo había sido. La madre escuchando. Julie hablando como si nada, pero asegurándose de que él tomaba nota de la fecha, los locales adonde iban las chicas. «Al Bigg Market no. Estamos un poco mayores para eso.» Debió de buscarlo aquella noche. Y él apareció. Tuvo que sentirse como una chica de dieciséis años, alegre, triunfal. Y al llegar a casa se había encontrado a su hijo estrangulado, cubierto de flores.

La señora Richardson llegó de la cocina, con una taza en cada mano. Vera aceptó la suya, pero vertió la mayor parte en la tierra de una planta cheflera medio mustia cuando la mujer fue a por galletas. Julie, que miraba la pantalla apagada del televisor, no se dio cuenta.

—Un té estupendo —dijo Vera, apurando el resto—. Justo lo que necesitaba.

—Las dos mujeres estaban sentadas, mirándola. Quizá adivinaban que tenía algo más que decir—. Ha habido otro asesinato. Una chica. Una estudiante. Se llamaba Lily Marsh. ¿El nombre les dice algo?

Negaron con la cabeza. No les importaba mucho la muerte de una desconocida. Luke era lo único que les preocupaba. Vera encontró sitio para la taza en la mesa de centro.

—Quería que lo supieran —dijo—. Saldrá en la prensa. Y puede que nos facilite encontrar al asesino de Luke. Nos dará algo más con que trabajar. —Al menos, esa era la teoría. Se levantó—. Me voy, señora Richardson. Si hay novedades, estaré en contacto.

Julie también se levantó del sillón.

—¿Por qué quería hablar de Gary?

—Por nada. Mera rutina.

En la puerta, Vera se paró un momento.

—¿Tenía Luke un segundo nombre?

—Geoffrey —dijo Julie—. Como su padre.

«Nada floral, entonces. Ninguna conexión por aquí.»

Cuando Vera salió a la calle, sintió los ojos detrás de las cortinas; los vecinos esperarían a que se marchara antes de descolgar el teléfono para compartir los últimos rumores.

Tiempo atrás, reflexionó Gary, no habría reconocido que vivía en North Shields. Sin duda no lo habría hecho con una mujer, cuando intentaba impresionarla. La gente tenía una imagen del barrio. Lleno de tiendas de segunda mano y edificios tapiados, Wilkinson's y Poundstretchers eran las únicas tiendas abiertas. Incluso ahora, si esperabas el metro, compartías andén con madres adolescentes y bandas de chicos que salían corriendo de los vagones cuando aparecía un revisor. Pero eso estaba cambiando. Ahora, si decía que vivía en Shields la gente asentía, comprensiva. Era el tipo de barrio donde le gustaba vivir a la gente de su gremio. No muy respetable todavía, pero interesante. Había pisos, bares y restaurantes nuevos en el Fish Quay. Un par de escritores se habían instalado en el barrio. Los precios de la vivienda en Tynemouth eran tan altos que la gente había cruzado el límite, difuminando los bordes. Actualmente no era una vergüenza vivir en Shields. La Noche de Preguntas del domingo en el pub Maggie Bank estaba llena de profesores y asistentes sociales. Gary había sido un asiduo, pero ahora solo iba para ver a los viejos amigos. Aunque puntuara bien en la ronda de música, no tenía ninguna posibilidad de ganar.

Vivía en una urbanización bastante nueva, en una de las calles en pendiente entre el Fish Quay y la ciudad, una finca de cuatro pisos con una capilla metodista gótica de piedra a un lado y un almacén de alfombras al otro. Lo había comprado nada más separarse de Emily; pensando en ello, no recordaba muy bien el traslado. Estaba borracho cuando firmó el contrato, maldijo al agente inmobiliario por algo que lo había irritado. Clive le había ayudado a subir por la escalera los pocos muebles que no cabían en el ascensor, contrató la electricidad con Northern Electric, incluso preparó té. Era esa clase de buen amigo. Nunca llamaba la atención, pero estaba allí cuando se le necesitaba. Gary esperaba actuar del mismo modo si las circunstancias se invertían, pero no estaba seguro.

Ahora su hogar resultaba más acogedor que ninguno de los pisos en los que

había vivido desde que era niño. Sería una pena tener que dejarlo.

Aquella mañana había acompañado a Clive a la ciudad volviendo de Fox

Mill. En el coche habían hablado de la chica muerta en la charca, habían sintonizado la emisora local de la BBC por si salía en las noticias. Gary había monopolizado la conversación. Clive no había hablado mucho, pero nunca lo hacía. Quizá por eso se llevaban tan bien: a Gary le gustaba tener público. En el

instituto, Clive había sido un solitario. Seguía sin tener más amigos. Solo a Gary, Samuel y Peter. El hallazgo del cadáver abrió las noticias, pero no hubo detalles.

Nada de la forma como se había encontrado, o las flores. Ni siquiera el nombre de la víctima.

Gary salió al balcón y contempló la ciudad y el río. Aguas arriba el ferri se alejaba del muelle de South Shields. Tenía el móvil en la mano y se apoyó en la barandilla. Estaba en el último piso y no había mucho ruido de la calle. Estaba a punto de marcar cuando sonó el intercomunicador y entró para ver quién estaba en la portería. No le importó tener que retrasar la llamada. Todavía no había decidido qué iba a decir.

—Soy yo. Vera Stanhope. —La inspectora de la noche anterior. Creía haber respondido a todas las preguntas, y su presencia lo alteró. En otra época se lo habría tomado con calma. Habría tenido la seguridad en sí mismo suficiente para tomar decisiones, para salir de cualquier apuro. Ahora no le resultaba tan fácil. Pero no la podía dejar esperando.

—Suba. —Lo dijo con una voz normal, para demostrar que no tenía nada que ocultar.

Se miró en el espejo grande. Costumbre. Reafirmación. Como pagar una fortuna por un buen corte de pelo, un buen par de zapatos. Después abrió la puerta del piso y esperó allí a que la mujer apareciera. No oía el ascensor, y se estaba preguntando si la habrían reclamado para un asunto más urgente cuando

Vera apareció en el rellano, resoplando, sin aliento.

—No me gustan los ascensores. —Las palabras salieron en rápidos jadeos acusadores, como si lo culpara a él por vivir allí—. Nunca estoy segura de que puedan sostener mi peso.

Y él se dio cuenta de que la inspectora era sensible a su aspecto. La habrían acosado en la escuela, y la única forma de afrontarlo habría sido bromear antes sobre ello. Sorprendido de haberse sentido intimidado por ella la noche anterior, se apoyó en la puerta y la dejó entrar delante de él en el piso.

Dentro, observó cómo lo inspeccionaba todo, vio el piso a través de sus ojos.

Estaría más ordenado de lo que ella esperaba. Tenía mucho equipo electrónico, pero estaba todo en cajas y guardado en estantes en una pared. No le molestaba

un cierto desorden, pero no le gustaba el caos. En la misma pared había una mesa larga con un ordenador y una impresora, unos auriculares, una pila de revistas de audio. En medio de la sala, un sofá y una mesita. En un rincón, un televisor y reproductor de DVD. Un par de fotos ampliadas en blanco y negro en

la pared. Una del río pasando por el centro de la ciudad. Al atardecer. Mirando a través de todos los puentes hacia el Blinking Eye. Pero no había nada realmente personal, meditó. Nada que lo delatara. Se había permitido conservar una foto de Emily, pero estaba en su mesa, pequeña, sin llamar la atención. La inspectora no se fijaría.

—Siéntese —dijo—. ¿Un té? ¿Un café?

Vera tenía la cara roja por el esfuerzo de subir las escaleras. Él tampoco utilizaba el ascensor a menos que fuera cargado, pero ni siquiera estaba sin aliento cuando llegaba arriba. Pensó que no debía ser tan engreído. Vera estaba

gorda y era mayor que él. No era competencia.

—¿No tendrá una cerveza, por casualidad? —dijo Vera—. No soy maniática.

Lo que tenga en la nevera.

A Gary se le escapó una sonrisa. A pesar de todo, no podía evitar que le cayera bien. Cogió dos latas, con un vaso para ella. Vera se sentó

cuidadosamente en el sofá. Él se sentó en el suelo, con las piernas estiradas, sintiendo que lo observaba desde arriba.

—En su expediente dice que tiene treinta y cinco años —dijo Vera—. No se le nota. Le habría echado cinco años menos.

—Gracias. —Le molestó sentirse halagado. Era raro que la inspectora dijera eso, era una sensación extraña que lo observara. Se le ocurrió fugazmente que las mujeres debían de sentirse así todo el tiempo.

—Este piso debió de costarle una fortuna. —Vera miró por la ventana—.

Con esta vista.

—No tanto. Lo compré nuevo hace seis años. Todos pensaron que estaba loco por mudarme a Shields. Sacaría un buen beneficio si lo vendiera ahora.

—¿Vive solo?

—Sí.

No soy tan triste, quería decir. No soy como Clive. Estuve prometido. Con Emily. El amor de mi vida. Íbamos a vivir en un piso precioso en Jesmond. Y

desde entonces ha habido otras mujeres. No en casa, quizá. No auténticas novias.

Pero no he estado mucho tiempo sin ninguna. Y ahora está Julie.

Vera tiró de la anilla de la lata. Gary echó un vistazo al reloj. Todavía tenía la llamada pendiente.

—¿Espera a alguien? —preguntó Vera.

—No —dijo Gary enseguida—. No es eso. ¿Se trata de la estudiante que murió? Creía que había terminado conmigo anoche.

Lo hizo esperar hasta que hubo bebido un buen trago de cerveza,

directamente de la lata, sin molestarse en servirla en el vaso que él había dejado

en la mesa frente a ella.

—Le voy a hacer una pregunta —dijo—. Ya la ha oído. Esta vez quiero que se lo piense bien.

Estaba a punto de interrumpirla, de decirle que perdía el tiempo, que no sabía nada de la muerte de la estudiante. Pero ella blandió la cerveza para impedirle hablar y él obedeció. Vera sabía cómo conseguir lo que quería. De nuevo esperó hasta estar segura de que tenía toda su atención.

—¿El nombre de Luke Armstrong no le dice nada?

—No. Ya se lo dije anoche.

—Le he dicho que se lo pensara.

Se miraron en silencio. Gary sacudió la cabeza.

—Tiene una madre que se llama Julie. Una hermana que se llama Laura. A lo mejor eso le ayuda a recordar.

Él se quedó estupefacto, con la cerveza casi en la boca.

—El hijo de Julie —dijo por fin.

—Sí, el hijo de Julie. El chico que estaba enfermo.

—No pretendía engañarla, inspectora.

—Pero lo ha hecho.

—No lo conozco. Julie me habló de él. Sé que ha pasado una mala época.

Pero no retuve el nombre. Todavía pienso en ella como Julie Richardson. —Miró a la inspectora—. ¿Está muerto?

—Asesinado —dijo Vera—. ¿No lo vio en la prensa?

—No leo mucho los periódicos. Esta mañana he escuchado la radio volviendo de casa de Peter. Han mencionado a Lily Marsh, pero no al chico.

—No hemos facilitado que los medios los relacionaran.

—¿Y lo mataron del mismo modo que a Lily Marsh?

—No exactamente. Pero hay similitudes.

—Por Dios —dijo Gary—. Julie tiene que estar destrozada. Me dijo que no era un chico fácil, pero estaba claro que lo quería con locura. Bueno, me dijo que

quería a sus dos hijos, pero Luke era especial. La necesitaba más. No sé qué hacer. Estaba a punto de llamarla cuando ha llegado usted. Esperaba que me llamara ella. Dijo que lo haría. Creía que había cambiado de opinión y no quería

volver a verme. Ahora lo entiendo. —Hizo una pausa—. Dudo que ahora tenga ganas de verme.

—Típico de los hombres —dijo Vera, hablando para sí misma—. Una mujer ha perdido a su hijo y en todo lo que piensan ellos es en el sexo.

—No —dijo él—. No me refería a eso. Quería decir que necesitará a un amigo. Pero quizá no a mí. Que estará mejor con alguien que la conozca desde hace más tiempo, ¿o no? Yo no haría más que estorbar. ¿Usted qué cree?

—Ay, soy inspectora, no consejera de relaciones.

Él la miró a los ojos.

—¿Cómo está Julie?

—Acaban de asesinar a su hijo. ¿Cómo cree que está?

Gary se levantó y fue hacia el balcón. La puerta seguía abierta. Fuera, un par de gaviotas chillaban y se peleaban. Gary sabía que era patético, pero se compadecía de sí mismo. No pensaba en Julie en absoluto.

Vera se levantó y lo siguió.

—¿Sabe que el chico murió la noche que usted estuvo con ella? —dijo.

Gary se volvió, con una expresión de horror.

—¿El miércoles?

—Sí, volvió de la salida en la ciudad y lo encontró. —Calló y entornó los ojos—. A

más de uno le parecería una extraña casualidad. Estuvo charlando con

la madre de la primera víctima justo antes de que lo mataran, y encontró a la segunda poco después.

—No conocía a ninguno de los dos —dijo Gary—. Créame.

—Explíqueme cómo entró en contacto con Julie —dijo Vera—. ¿Lo arregló

alguien? Un amigo que la vio, quizá, y supuso que era su tipo. ¿Alguien moviendo los hilos?

—No, ni mucho menos. ¿Por qué?

—Probablemente por nada —dijo ella—. Solo estaba buscando una relación.

Se me pasó por la cabeza que sería una forma de tenerla vigilada. Alguien que

los hubiera juntado tendría información de primera mano. Pero nunca he sido muy proclive a las teorías de la conspiración.

Gary se puso a contarle a la inspectora cómo se habían conocido, de todas maneras. Quería hacerlo. Era como una de esas historias que se convierten en leyendas familiares, que se explican a los nietos. Estaban juntos, de pie, apoyados en la barandilla del balcón y mirando a la calle.

—Nos encontramos por casualidad. Pura casualidad. La vi en el otro bar. O

más bien la oí al principio, la oí reír. Tiene una de esas risas... contagiosas, ya

sabe. Luego algo de ella me resultó familiar. No la había visto desde que acabamos la escuela primaria, pero la reconocí. Increíble, la verdad, después de

tanto tiempo. Y de repente lo vi claro. Era lo que quería. Salir con una mujer así.

Una mujer que se podía reír así. Siempre he ido detrás de mujeres más jóvenes.

Guapas, ya sabe. Pero nunca me han durado. Supongo que pensar en sentar la cabeza forma parte de hacerse mayor. Como aceptar el trabajo en el Sage después de jurar que nunca dejaría de ser autónomo.

Vera lo escuchaba impasible.

—Sí —dijo—. Eso fue lo que me dijo Julie. Pero ella se ciñó a los hechos.

No se puso sentimental.

—¿Le ha hablado de mí?

Vera dejó la pregunta sin respuesta.

—¿Le dijo a alguien que iba a verla aquella noche?

Gary no pudo evitar sonreír.

—A todos mis amigos. No sé guardar secretos.

—¿Todas las personas con quienes estaba usted cuando encontraron a Lily

Marsh sabían de antemano que pensaba ver a la madre de Luke el miércoles por la noche?

—Probablemente. Le conté lo de Julie a Felicity. Después hubo una reunión del Club de Aves el lunes por la tarde. Estaban todos los colegas. Fuimos a tomar una cerveza. Quería que me aconsejaran, sobre cómo enfocarlo. Seguramente los aburrí una barbaridad.

—Creía que los hombres no hablaban de esas cosas.

—Pues, bueno, yo nunca he sido de los que se callan las cosas.

—¿Y los demás? ¿También se ponen sentimentales?

—Somos amigos. —Gary se puso serio de repente—. No hay nada malo en ello.

—Tengo que irme —dijo Vera, pero no se movió.

Gary veía que estaba cautivada por la vista desde el balcón.

—¿Le contó Julie lo que había desencadenado la enfermedad de Luke? —preguntó.

—Un amigo suyo que se ahogó...

—Allí —dijo Vera—. Cerca del muelle del Fish Quay. ¿No sabía nada de ello?

Él negó con la cabeza.

Vera entró en la sala, se paró junto a la mesa, señaló la foto de Emily con la cabeza.

—¿Quién es?

Gary se ruborizó, no pudo evitarlo; pensó que Vera tenía que ser una especie de bruja para ir directamente a la foto.

—Una vieja amiga.

Vera se quedó mirando la imagen.

—Una chica rara —dijo casi para sí misma—. Bonita, si te gustan anoréxicas.

Estaba saliendo por la puerta cuando él habló.

—¿Qué cree que debería hacer con Julie? ¿Estaría bien que la llamara?

Vera se detuvo apenas un segundo.

—No es cosa mía.

El lunes por la mañana Gary se despertó con el sonido de su busca. Lo había configurado para que solo hiciera ruido cuando hubiera una megalerta, cuando

se hubiera avistado un pájaro excepcional en algún lugar del país. Eran las seis,

pero en aquella época del año y tan al norte hacía más de una hora que era de día. Dormía con el busca en el suelo, al lado de la cama, y tanteó para alcanzarlo, apretó los botones, entornó los ojos para leer lo que decía. Ya no viajaba por todo el país para ver aves raras, pero el subidón de adrenalina seguía ahí.

Tardó un momento en asimilar la información: «Curruca sarda. Reserva

Natural de Deepden. Northumberland». Su zona. El lugar donde él y Clive

habían empezado a anillar con Peter y Samuel. El único lugar que le había proporcionado un poco de consuelo de los pensamientos sobre Emily. Después vino la intensa punzada de la envidia. «Debería haber sido yo. Debería haber sido yo la persona que lo encontrara. Y si no yo, uno de los demás. En realidad,

debería haber sido Clive.» Le importaba más que a ninguno de los demás. Clive

no hablaba nunca de su madre, pero se veía que los fines de semana en Deepden

eran lo único que lo mantenía cuerdo. Siguió colaborando con el lugar mucho después de que el resto hubiera pasado a hacer otras cosas.

Tenía aquellos pensamientos en el fondo de la cabeza, pero ya estaba fuera de la cama con el móvil en la mano. Era el único que tenía busca. Los demás fingían que despreciaban la mera idea. Se dedicaban a la historia natural, no a perseguir aves raras. Primero marcó el número de Peter. Si eran una especie de

banda, Peter Calvert era el cabecilla y, aunque fingiera que estaba por encima de

llevar una lista, no querría perderse esto. Había formado parte del grupo que había fundado Deepden en los sesenta.

Peter escuchó la palabrería de Gary, y maldijo en voz baja.

—A las diez tengo clase. Pero si es fácil de ver y no tardo mucho... —Y

Gary supo que iría, con clase o sin ella—. Llamaré a Sam —siguió—. Seguro

que tiene tiempo de ir a verla, antes de ir a trabajar. —Gary pensaba que Peter era el único que podía llamar a Sam el escritor.

Colgó y volvió a marcar, esta vez el número de Clive. No había ninguna duda de que Clive iría. Llamaría al trabajo para decir que estaba enfermo si era

necesario, pasaría la noche en el observatorio y volvería a observar por la mañana. Pero necesitaría que lo llevaran en coche. Cuando Clive contestó, cuchicheando, porque su terrorífica madre dormía en la habitación contigua, Gary tenía los prismáticos colgando del cuello y el telescopio al hombro, y ya estaba bajando el primer tramo de escalones.

Gary había oído contar los inicios del Observatorio de Aves de Deepden

centenares de veces. Cuando era más joven e iban allí cada fin de semana, los miembros más antiguos del observatorio hablaban de ello. Sentados frente al fuego tras un día entero anillando, bebiendo whisky o cerveza, revivían el triunfo

de haber recaudado el dinero suficiente para comprar la casita de la anciana enferma que era la dueña, la plantación del jardín, la excavación del estanque, el

montaje de redes de malla en el sotobosque. La gran inauguración del

observatorio que atrajo a todos los que eran alguien en el campo de la historia natural. Quizá una vez terminado el trabajo la emoción había desaparecido, porque incluso entonces pasaban más tiempo tomando té en la casita que

saliendo al campo. Ahora una nueva generación de observadores de pájaros

acampaba en el dormitorio, volvían de noche después de cerrar el bar del Fox and Hounds en el pueblo de Deepden y localizaban las aves raras.

Los cuatro habían dejado de ir con regularidad hacía algunos años. Había sido una declaración de principios. Una toma de posición. Gary ya se había aficionado más a la observación marina y era un visitante esporádico por aquel

entonces. No recordaba con claridad cuál había sido el desacuerdo. Alguna cuestión de política dentro de la Fundación del Observatorio. O que Peter consideró que no se le trataba con el respeto que se merecía. Peter dimitió como

presidente y los otros tres lo apoyaron. El ritual de pasar el fin de semana en la

casita se acabó bruscamente. Fue más duro para Clive que para los demás. Él no

tenía ninguna clase de vida. A menos que tuviera una existencia alternativa que

mantuviera en secreto, y Gary no habría puesto la mano en el fuego de tener que

afirmar que no era así. Seguían yendo de vez en cuando, naturalmente, pero se

les hacía raro sentirse como forasteros.

Clive ya lo esperaba en la calle frente al bungalow de su madre.

—Deberíamos haber ido ayer, cuando nos fuimos de Fox Mill. —Sus

primeras palabras incluso antes de decir hola, antes de entrar en la furgoneta. Y

todo el trayecto al norte estuvo tenso, encorvado en el asiento del acompañante, los hombros rígidos. Gary le habló de Julie, de que su hijo había sido asesinado.

Todos hablaban con Clive porque sabían que podía guardar secretos.

—Debe de ser una pesadilla —dijo—. ¿Te imaginas lo que ha de ser perder

así a un hijo? Y para su hija. Estaba dormida en la habitación de al lado cuando

pasó.

Clive no dijo nada. Solo se movió cuando el busca de Gary parpadeó con la

luz roja, y entonces leyó la actualización sobre la curruca sarda.

El observatorio estaba a medio kilómetro tierra adentro, el primer terreno de

refugio para las aves migratorias cuando llegaban a la costa. La casa era un bungalow bajo, construido antes de la guerra como casa de vacaciones, con media

hectárea de jardín que ahora formaba la reserva. Era la situación lo que lo había

hecho tan especial. El bungalow en sí no habría estado fuera de lugar en cualquier

pueblo costero: un edificio chato de ladrillo y molduras blancas bastante feo, que

ahora era un poco más atractivo gracias a las clemátides que crecían alrededor del porche y que estaban a punto de florecer.

Habían girado al este desde la A1 por una carretera estrecha, con el sol en los

ojos, cruzando un pueblo feo y después por una pista. El observatorio estaba al

final de esa pista, y cuando llegaron ya había media docena de coches parados en

el arcén. Gary reconoció el Volvo de Peter y el pequeño Volkswagen deportivo

que acababa de comprar Samuel. Clive había bajado de la furgoneta antes de que

Gary parara el motor y se dirigía al jardín cruzando la verja de madera, dejándola

abierta para él. El jardín era un oasis en la tierra plana y yerma que rodeaba la casa. Tierra adentro había una vasta extensión de minas abiertas, un

paisaje lunar de crestas rocosas y pozos; camiones enormes con gruesos

neumáticos ya reptaban por encima. Entre la casa y una línea de dunas que perfilaban la costa, el ganado pastaba en un campo estrecho y largo.

El jardín estaba diseñado para atraer a los pájaros y los insectos. Habían excavado el césped y lo habían sustituido por un estanque. Ahora la vegetación

había crecido alrededor y por encima de él, de modo que el agua apenas se veía.

Había nenúfares de hojas planas y relucientes, una porción de juncos. Donde antes había bordes herbáceos, ahora crecían enormes budleias espinosas para las

mariposas y arbustos que en otoño darían bayas para atraer a los tordos.

Las redes de malla estaban desplegadas, lo que significaba que había un

grupo de anilladores en la casa. Habrían encontrado la curruca sarda en su primera ronda de las redes. Detrás de la casa había un pequeño huerto que se había plantado cuando se construyó el bungalow, y era allí donde estaba el grupo

de observadores de pájaros.

La curruca sarda había sido vista en lo alto de un seto de espino blanco que

señalaba el límite de la reserva. Los observadores de aves estaban bajo la sombra moteada que daban los manzanos, con los prismáticos levantados, mirando.

Desde lejos era imposible decir si el pájaro estaba allí o lo estaban buscando.

Cuando Gary llegó, Clive ya tenía el trípode montado y miraba por el telescopio.

—Ha desaparecido en los matorrales hace diez minutos —dijo—. Nadie sabe decirme con exactitud dónde ha ido. —Parecía dispuesto a matar a alguien.

Gary supuso que seguro que todos estaban hablando y habían provocado que

la curruca sarda alzara el vuelo. Al otro lado del grupo veía a Peter y Samuel, sonriendo y conversando. Una vez avistado un pájaro se producía una bajada de

tensión y se relajaba la concentración. Miró hacia el seto, sintió las entrañas como un nudo duro de ansiedad. No disfrutaba con aquella forma de observar aves. Era

demasiado estresante esperar, sabiendo que el pájaro había estado allí.

Sin saber si todavía estaba. Desde lo de Emily, ya no era capaz de gestionar el estrés. Prefería la observación marina. Era la experiencia más relajante que conocía, sentarse en la torre de vigilancia al lado del faro. No podías hacer nada para obligar a los pájaros a pasar por delante, y no merecía la pena ponerse nervioso. Ahora, sintiendo que el corazón le latía más deprisa, intentó controlar la respiración y se preguntó si había hecho bien yendo.

—Ahí está. —Clive, todavía inclinado sobre el telescopio, habló tan bajo que solo Gary lo oyó—. A unos cuatro metros de la valla, en la rama pelada justo por debajo de la parte de arriba. —Y entonces Gary lo localizó y le llenó el telescopio. Pudo ver el interior del pico cuando empezó a cantar y el color de su ojo. Espectacular. Solo el sexto registrado en Gran Bretaña y estaba allí, en Deepden. Había merecido la pena haberse levantado a las seis de la mañana y la tensión del trayecto en coche.

Alrededor de él otros habían captado su emoción y también estaban mirando.

Entonces el pájaro desapareció de nuevo detrás del seto y todos se quedaron quietos, sonriendo. Algunos se marcharon, hablando de bocadillos de tocino y de trabajar. Clive, en cambio, se quedó concentrado y cuando el pájaro reapareció, más lejos sobre el árbol muerto del camino, fue él quien lo localizó.

Peter Calvert se pavoneaba como si él hubiera encontrado el pájaro.

—Cada año tenemos al menos un ave rara en *British Birds*. En una reserva tan pequeña. Y cuando empezamos todos nos decían que era una pérdida de tiempo.

Gary pensó divertido que todavía se atribuía el mérito de algo que había pasado cuarenta años atrás. No le molestaba, pero entendía por qué podía ser tan irritante para algunos.

—Debo irme —dijo Peter—. Tengo clase esta mañana. No puedo fallar a mis alumnos. ¿Vienes, Clive? Te puedo dejar en la ciudad.

Y aunque era evidente que le habría gustado quedarse más rato con el pájaro,

Clive dobló las patas del trípode y siguió a Peter al coche. Peter seguía siendo su héroe. Gary sabía que habría entrado en una casa en llamas si Peter le hubiese dado la orden. Fuera, en el camino, todavía llegaban coches. Alguien de la comisión del observatorio estaba junto a la verja con un cubo pidiendo dinero a

los visitantes antes de dejarlos pasar.

Samuel y Gary entraron en la casa. Seguían siendo miembros de pago del observatorio, de modo que nadie podía impedirles entrar. Una vez dentro, Gary regresó a la época en que eran visitantes habituales. Todavía olía a humo de leña, aunque debía de hacer meses que no se encendía la chimenea. A humo y a la sustancia impermeable con que se frotaban las chaquetas Barbour y las botas de piel. Prepararon té, se llevaron un par de galletas cada uno de la lata del armario y se sentaron fuera, en las sillas oxidadas de hierro forjado, junto al estanque.

—¿Qué piensas de aquel asunto de la noche del viernes? —preguntó Samuel.

Gary tardó un momento en darse cuenta de que hablaba de la chica del faro.

«Aquel asunto» era una forma rara de describir el descubrimiento de un cadáver.

—No lo sé. Aquella inspectora se presentó en mi piso el sábado. La mujer gruesa que estuvo en Fox Mill. El chico que murió en Seaton era hijo de Julie.

Ella estuvo conmigo en la ciudad el miércoles por la noche, luego se fue a casa y lo encontré. Tiene que parecer una rara casualidad, pero me dio la sensación de que me creyó cuando le dije que no sabía nada de la chica.

Samuel tardó un momento en hablar. Gary había leído un par de sus cuentos.

Siempre le sorprendía que Samuel, tan plácido, tan normal, pudiera escribir cosas como aquellas. Cosas que te obsesionaban, que te despertaban en plena noche con imágenes en tu cabeza. Era impresionante, pero daba un poco de miedo.

—No conocías a Lily Marsh, ¿verdad? —dijo Samuel por fin.

—¡No! No la había visto nunca.

Samuel pareció satisfecho con la respuesta.

—Quizá tendríamos que volver otra vez por aquí —dijo—. Para que vean cómo se hace.

Pero Gary pensaba que Deepden tenía demasiados recuerdos para él, de los días en que casi se había vuelto loco cuando Emily lo había dejado. Entonces necesitó el sitio y a los tres amigos que lo mantenían cuerdo. Pero ahora debía

seguir adelante. Aunque no tuviera que estar en el Sage hasta la tarde, le dijo a

Samuel que tenía que ir a trabajar. Volvió a la casa para dejar la taza, y se dirigió a la furgoneta. El camino estaba tan lleno de coches que tardó casi media hora en

dar la vuelta.

Era lunes por la mañana. Vera se despertó, como siempre últimamente, con una ligera resaca, una sensación de no haber dormido como es debido. La ventana estaba abierta y el gallo de los vecinos ahogaba cualquier otro sonido; parecía que viviera justo detrás de sus ojos. Se daba cuenta de que era objeto de curiosidad de la pareja que había comprado el terreno. Venían de la ciudad y habían hecho un esfuerzo para llevarse bien con ella, tenían aquella idea absurda

de que las personas de campo eran sabias respecto a la naturaleza, la veían como algo místico. Entonces se enteraron de que Vera era policía y ella vio que pensaban que tenían que ponerse en su contra. Habían ido a manifestaciones, consideraban a la Policía como al enemigo. A Vera le daba exactamente igual.

Aunque de vez en cuando soñaba con estrangular al gallo.

Cerró la ventana y fue a la cocina a preparar el té, ignorando la pila de platos del fregadero. El primer sorbo de té y ya estaba totalmente absorta en el caso, con la mente hirviendo, la culpa por la bebida olvidada. El gallo descartado. Era para lo que servía.

Aquel día tenía pensado ir a Newcastle, la gran ciudad. Era así como la veía cuando era pequeña, y todavía pensaba en la visita a la ciudad como una aventura. Por el camino, recogió a Joe Ashworth. Sabía que no estaba preparada para andar suelta y sola por el mundo académico. Era demasiado ruidosa y directa y acabaría ofendiendo a alguien. Joe vivía en una casa pequeña al borde de Kimmerston. Él también había crecido en la ciudad, y eso era lo que siempre había soñado: una casa nueva, profesionales liberales como vecinos, una familia.

Su esposa estaba embarazada por segunda vez, de nueve meses e incómoda.

Cuando Vera llegó acababa de levantarse, con la barriga enorme y los pechos hinchados, vestida con una camisa de dormir de algodón y con los ojos

soñolientos. Joe estaba dando el desayuno a su hija con el ruido de fondo de Radio 2. La niña estaba sentada en la trona, sonriendo, mientras Joe le daba

cucharadas de Ready Brek con una cuchara de plástico. Más familias felices, pensó Vera. No paraban de hablar de la descomposición de la familia, pero fuera

donde fuera Vera veía a gente que lo intentaba. Y que la hacían sentir inadaptada y deprimida.

El sábado por la noche había telefoneado a Peter Calvert a casa y había quedado con él en la universidad. Quería verlo lejos de su casa ideal y su esposa

ideal. Utilizó las flores como excusa: «Nos será útil saber dónde las podrían haber cogido. El equipo forense tardará en entregarlas. Usted las vio, en la segunda escena del crimen al menos. Nos daría un poco de ventaja...».

Y él se había mostrado encantado de que se lo pidieran. Vera lo notó.

—Tengo entendido que es un experto —dijo, y casi fue como si lo oyera ronronear.

Llegaron a la universidad un poco antes, y él estaba terminando una clase. Se

quedaron al fondo del aula, escuchando. Vera no atendía a lo que decía, solo observaba la interpretación. Una vez la habían mandado a hacer un curso. De lenguaje corporal. Intentó recordar lo que había dicho el psicólogo, pero no le vino nada a la mente. Lo que podía intuir era que a Peter Calvert le gustaban las

mujeres jóvenes. Había un par de chicas monas sentadas a un par de filas de la

tarima. Llevaban faldas de muselina con volantes y blusas de encaje casi transparentes, y él parecía dirigir sus palabras a ellas. Cuando una hizo una pregunta la alabó por plantear una cuestión interesante y frunció un poco el ceño,

para mostrar que la tomaba en serio. Pero Vera pensó que tal vez todos los hombres de sesenta años eran iguales. Qué mal había en mirar, aunque quedaras

como un idiota. A ella le gustaba mirar a los hombres jóvenes, aunque intentara ser discreta.

Calvert todavía parecía estar de buen humor cuando los llevó a su despacho.

Se puso a hacer café con una cafetera de filtro que estaba en el alféizar de la ventana.

—Únicamente les puedo ofrecer café solo, me temo. No tomo leche. Aunque supongo que podría pedir un poco a algún colega. Querían preguntarme por las flores.

—Informalmente —dijo Vera enseguida—. No como testigo experto. Ya solucionaremos eso más tarde si hace falta. Pero la rapidez es importante en este momento de la investigación.

—Naturalmente.

—¿Vio las flores cuando su hijo encontró el cuerpo?

—Sí. Bueno, mi prioridad fue apartar a James. Ya estaba bastante trastornado. Como para enterarse de algo así. Y para colmo nos enteramos de que la conocía. De modo que no tuve tiempo de estudiar las flores con detalle;

pero sí, me fijé.

—¿Qué le parecieron?

—Eran una mezcla —dijo—. Algunas flores silvestres, de las que se encuentran en un prado de heno. Amapolas, margaritas, ranúnculos. El resto eran flores de jardín. Perennes. No vi nada exótico o insólito.

—Entonces, no eran de las que se compran en una floristería.

—Oh, no. Nada de eso. Silvestres. Y recogidas hacía poco. O conservadas en agua. No se habían marchitado. Al menos no me parecieron mustias o lacias.

—¿Había alguna de las que podría tener en su jardín? Estaba pensando que nos las podría enseñar. Podemos buscarlas en un libro, pero no sería lo mismo. Y podría despertar su memoria.

—No estoy seguro —dijo él tranquilamente—. Se supone que debería saberlo, pero Felicity es la jardinera. Será bien recibida si quiere echar un vistazo. Cualquiera tarde que le vaya bien. Solemos estar los dos.

—¿Y está absolutamente seguro de que no puede decirnos nada de Lily Marsh?

—Del todo, inspectora. Como puede ver, son muchos estudiantes. Nuestros caminos no se cruzaron nunca.

Llamaron a la puerta. Un joven asomó la cabeza.

—Dijo que quería hablar conmigo hoy en algún momento, doctor Calvert.

¿Ahora es buen momento?

—Ah, sí, Tim. Espera un minuto. Si ha terminado, inspectora... Estamos cerca del final del trimestre y vamos de cabeza. Tengo que ver a algunos alumnos.

Vera sospechó que era demasiado oportuno. No le habría extrañado que Peter Calvert hubiera quedado para ver al estudiante con la finalidad de que la visita

de la Policía no se alargara. Esto no significaba que tuviera algo que esconder, por supuesto. Podía ser simplemente un cabrón arrogante que creía que su tiempo era demasiado valioso para perderlo atrapando a un asesino. Le sonrió amablemente y se llevó a Ashworth de la habitación.

Bajando por el pasillo había una oficina con tres mujeres de mediana edad sentadas frente a sendos ordenadores. Había plantas en los estantes, fotos de nietos. Parecían estar manteniendo una conversación intensa que poco tenía que

ver con la universidad. Vera supuso que perfectamente podían ser del tipo que les gustaba el cotilleo tanto como a ella. Llamó a la puerta abierta y entró, dejando a Ashworth fuera, a la espera. Se callaron, pero Vera pensó que solo estaban intrigadas, no eran hostiles.

—No sé si podrán ayudarme. Me llamo Vera Stanhope. Estoy dirigiendo la investigación del asesinato de una de sus estudiantes. —Eso las cautivó por completo, como ella esperaba. Les daría tema de conversación hasta la hora del

almuerzo—. El doctor Calvert acaba de darnos unos consejos de experto. Está con un estudiante y no quiero interrumpirlo. Me preguntaba si alguna de ustedes

se encargaba de su agenda. Necesito comprobar un par de fechas, ver cuándo estará libre.

Una mujer gordita y maternal con los cabellos grises levantó la mano, como una niña excitada al fondo de la clase con la respuesta a una pregunta difícil.

—Soy yo, para servirla. Marjorie. Marjorie Beckwith.

Vera sonrió.

—La actualiza en el ordenador, imagino.

—Tendría que hacerlo —dijo Marjorie, bondadosamente—, para que el resto del departamento sepa lo que hace, pero no es de los que cumplen las reglas, me temo.

Y buscó en un estante detrás de ella y le dio un cuaderno negro de tapa dura a Vera. Así de fácil. Vera se lo llevó a una mesa vacía, se sentó de modo que daba la espalda a la sala y pasó las páginas. El día de la muerte de Luke, Peter

Calvert había asistido a una reunión del departamento por la mañana. A las cinco había planificado una tutoría con dos estudiantes. No había nombres, solo iniciales. La entrada estaba tachada con dos rayas y alguien había escrito claramente «anulada» en medio. El viernes siguiente —el día del asesinato de Lily— tenía una cita para almorzar. Sin nombre. Solo «12.30 – 14.00 almuerzo

fuera, no disponible». El resto del viernes estaba vacío. Vera volvió atrás. La cita para almorzar parecía algo regular.

—Estaba pensando en quedar con él el viernes por la tarde — dijo Vera, avanzando la agenda una semana y viendo que la página estaba vacía—. No tiene nada. ¿No tiene ningún compromiso habitual? ¿Alguna clase?

—Oh, no —dijo Marjorie—. El doctor Calvert nunca da clases los viernes.

—Levantó la cabeza, deseosa de ayudar—. ¿Quiere que la apunte provisionalmente?

—No, gracias, muy amable. Le llamaré más adelante si necesitamos su ayuda. —Vera dejó el cuaderno en el estante, saludó con la mano a las tres mujeres y volvió a donde Joe seguía montando guardia en el pasillo.

—¿Y bien?

—Estuvo libre las dos tardes. El miércoles antes de la muerte de Luke y el viernes antes de la de Lily. Anuló una tutoría a las cinco el miércoles.

—O sea que tuvo la oportunidad —dijo Ashworth—. Junto con el cincuenta por ciento de la población del noreste. Pero no había motivo. Ni siquiera conexión.

Por ahora, que sepamos, ni siquiera conocía a las víctimas.

Vera iba a decir que no le importaba. No le gustaba el hombre. Pero no tenía ganas de aguantar un sermón de Ashworth sobre distanciamiento y objetividad, de modo que lo dejó pasar.

Fuera, todavía hacía calor. Había estudiantes echados sobre la hierba o volviendo tranquilamente a la ciudad a la sombra de los edificios góticos. Tenían más de una hora libre antes de la siguiente cita y Vera tuvo una sensación de paso del tiempo, de pérdida de tiempo. Llamó por teléfono a Kimmerston, pero no había noticias. Holly había quedado más tarde con las compañeras de piso de Lily aquel mismo día, y Charlie estaba intentando sonsacar información a su banco. Darían una rueda de prensa al día siguiente, y los agentes locales estarían en el faro por la tarde para preguntar a los paseantes habituales si habían visto algo. El agente de prensa se encargaría de la conferencia. Vera estaba contenta.

Esas ocasiones siempre la hacían sentir como un oso de circo. Apagó el móvil.

—Café —dijo Ashworth—. Y un bollo. No he tenido tiempo de desayunar.

—Notaba la frustración de Vera, sabía que la comida la aplacaría un rato. Vera pensó que la trataba como a su hija; la distraía antes de que tuviera una pataleta.

La sentó al abrigo de una sombrilla, en una terraza, mientras él entraba en el café. Estaba cerca de la universidad y lleno de estudiantes ociosos. Un par de mujeres jóvenes se acercaron a su mesa y ella las miró mal, con la intención de asustarlas. Entonces las reconoció. Eran las chicas del aula, para las que Peter Calvert había actuado.

—Lo siento —dijo—. Adelante. Podéis sentaros. Dejad que quite mi bolso.

La miraron inseguras. Como si fuera un perro peligroso, según le pareció a Vera. ¿Ya no enseñaban modales a los jóvenes hoy en día? ¿No sabían que tenían que ser educados con sus mayores? Entonces apareció Ashworth, todo palabras

melosas y sonrisas, y Vera supo por qué había acabado dependiendo tanto de él.

—Dejad que os invite a un café —dijo—. Sois estudiantes, ¿no? Me acuerdo de lo que era eso. Sobre todo al final del trimestre, cuando te has gastado todo el préstamo.

Una de ellas se rio.

—Mi préstamo se acabó una semana después de empezar.

—Ya voy yo —dijo Vera y entró a pedir las bebidas, dejándolo a él para que contara alguna historia que las encantara.

Cuando volvió, con una bandeja, los tres estaban riendo, cómodos. Joe

podría haber sido un estudiante más, aunque ella sabía perfectamente que no había pisado la universidad en su vida.

Se presentaron. Nombres de moda en el sur que no recordaba cinco minutos después de que se los dijeran. ¿Camilla? ¿Amelia? ¿Jemima? No importaba.

Ashworth habría tomado nota de ellos.

—Ella es Vera —dijo Ashworth—. Mi tía.

Bebieron el café espumoso y lo miraron con compasión. Un día de

obligaciones familiares, pensaron. Un detalle por su cumpleaños. O quizá la llevaba a una visita con el médico en el hospital. Vera apretó los dientes y dejó

que Joe siguiera con su cuento.

—Así que estudiáis botánica —dijo—. Un amigo mío terminó la carrera hace poco. ¿Cómo se llamaba el profesor? ¿El famoso? ¿Calvin?

—Peter Calvert. Le gusta creer que es famoso, pero hace años que no publica nada.

—¿No os gusta?

—Es un asqueroso. Es superviejo, pero se te insinúa igualmente.

—Sí, y todo el mundo sabe que tiene esposa y cuatro hijos. Vaya, que alguien en su situación debería tener un poco más de dignidad. Todo el departamento sabe cómo es. Pero algunas le siguen la corriente. Flirtean con él para que les suba la nota.

—¿Solo flirtean? —preguntó Ashworth, en un tono ligero. Como si fuera una broma.

—Bueno, tendrías que estar muy desesperada para llegar más lejos. ¿Te imaginas que te tocara? Es para vomitar.

—Hubo un rumor —dijo la otra—. ¿Te acuerdas al principio del trimestre? Alguien lo vio en la ciudad con una mujer mucho más joven. Se corrió la voz de que tenía una aventura con una estudiante.

—¿Ah, sí? —dijo Ashworth. Como si no le interesara. Solo siendo educado. Qué bien te he enseñado, pensó Vera.

—Probablemente se lo inventaron —dijo la estudiante—. Nadie tenía ningún detalle. Y mira que intentamos averiguar qué pasaba. Porque podría haber sido cualquiera. Incluso su hija. Una de nosotras seguro que no. Una botánica no era. Y se fueron, al ritmo de los brazaletes que tintineaban en sus brazos morenos al aire, con sus voces como trinos.

Joe estaba a gusto sentado al sol, con su café especial, esperando a que llegara la hora en que habían quedado con Clive Stringer, pero Vera estaba impaciente e inquieta.

—Voy a ver si encuentro a Annie Slater, la mujer que acogió a las

compañeras de piso de Lily la noche que murió. Era una de las profesoras de Lily. Y vivían en la misma calle. Nos vemos en el museo.

Y antes de que pudiera discutírselo u ofrecerse a acompañarla, se marchó.

Estaba cansada de tener a Joe Ashworth de cuidador. Se sentía como una niña mala saltándose la escuela, y se preguntó si sus colegas masculinos siempre reaccionaban de la misma manera. Localizó a Annie en una sala de profesores,

junto a los casilleros, leyendo un montón de correo. Las compañeras de piso de

Lily habían hablado de niños; Vera supuso que la mujer había dejado la

maternidad para el último momento. Tendría cuarenta y tantos años y se

conservaba bien. Sus cabellos eran muy negros, cortados en una melenita severa,

y su pintalabios era muy rojo. Llevó a Vera a un pequeño despacho y la miró frunciendo el ceño.

—No tengo mucho tiempo. Tengo una reunión dentro de diez minutos.

—No tardaremos mucho. Solo algunas preguntas sobre Lily Marsh.

—Sí —dijo ella—. Pobre Lily. Qué disgusto. Sabes que estas cosas pasan,

pero casi nunca es alguien que tú conoces. —Vera pensó que el disgusto estaba

bien disimulado. Su atención seguía pendiente de uno de los papeles que tenía en

la mano.

—¿Habría sido una buena maestra?

Annie dudó un momento, concentrándose por primera vez en la

conversación.

—Probablemente la describiría como competente pero poco inspirada. Y es

más de lo que puedo decir de la mayoría de estudiantes de su grupo. Trabajaba mucho, preparaba las clases, se relacionaba bien con los críos, pero no creo que pusiera el alma en ello. No la veía siendo maestra dentro de veinte años.

—¿Alguna vez le pareció deprimida o angustiada?

—No noté nada, pero imagino que tampoco me habría dado cuenta. Es un curso breve y no hay mucho tiempo de contacto. Sería mejor que hablara con sus amigos para eso.

«Ya me gustaría, cariño. Pero no creo que tuviera.»

—¿Cómo acabó haciendo las prácticas de magisterio en Hepworth?

—Lo solicitó ella. Dijo que había leído el informe Ofsted de la escuela y creía que aprendería mucho si la destinaban allí. Me gustó que mostrara cierta pasión por la enseñanza e intenté que lo obtuviera.

—¿Cómo le iba?

—Bien. Hablé con la directora hace un par de semanas. Dijo que Lily estaba haciendo un auténtico esfuerzo por construir relaciones con los niños. Antes de eso, me daba la sensación de que su forma de enseñar era un tanto mecánica. Me complació.

—¿Sabía algo de su vida privada?

Annie Slater levantó la cabeza, como si la idea la dejara atónita.

—Por supuesto que no. Nunca fuimos amigas en ningún sentido.

—Vivían en la misma calle, usted tenía relación con sus compañeras de piso.

—Eso es muy diferente. Tengo relación familiar con Emma.

«Os movíais en círculos diferentes . » Vera había estado en el lado equivocado del esnobismo y lo olía a la legua. Tal vez fuera eso lo que la impulsó a insistir.

—Entonces, ¿no oiría ningún rumor acerca de que Lily mantuviera una relación con alguien del profesorado de aquí?

—No presto atención a los cotilleos de la universidad, inspectora. —Lo que no era ni una respuesta ni nada. Volvió a mirar la carta y dejó que Vera saliera sola.

Vera se reunió con Joe delante del Museo Hancock. Tuvieron que esperar a que profesores y padres hicieran entrar a un grupito de pequeños colegiales. Había una exposición de dinosaurios: esqueletos reconstruidos, maquetas que se movían. Los anuncios se habían visto por toda la ciudad; cabezas de tiranosaurios miraban malévolamente desde carteles en los autobuses, el metro y los escaparates de las tiendas. Los niños estaban extrañamente silenciosos, sobrecogidos por el edificio, la idea de bestias enormes, *Jurassic Park* en Newcastle.

Vera y Ashworth los siguieron y se quedaron en el vestíbulo, disfrutando de la fresca temperatura del museo, cuando llegó Clive Stringer a buscarlos.

—Estupendo, ¿verdad? —dijo Ashworth, mirando a los niños que entraban en la galería—. Atrapar a los niños desde que son tan pequeños.

Un par de años y él traerá a su niña, pensó Vera.

—No lo sé. —Clive parpadeó con inseguridad detrás de las gruesas gafas redondas—. No trato con el público.

Su reino estaba detrás de una puerta de madera que abrió con una tarjeta.

Había una serie de salas de techo alto, con hileras de armarios polvorientos. No parecía haber mucho más personal. Los acompañó a un taller. A Vera le recordó la sala del Wansbeck General donde John Keating había realizado la autopsia de Lily Marsh. Había una mesa larga en medio, fregaderos hondos en un extremo, el olor de sustancias químicas y muerte. Aunque allí todo era más antiguo, de madera y esmalte en lugar de acero inoxidable, y no desprendía aquella

sensación de higiene estéril. Las ventanas estaban tan sucias que la luz parecía filtrada a través de ellas.

En un mostrador estaba el cadáver de un pájaro blanco y negro. Al lado un bisturí, bolas de algodón, pequeños boles de metal. Algún tipo de disección.

—¿No es un alca pequeña?

—Sí. Primer invierno. Se vio empujado tierra adentro por aquellas tormentas de noviembre y lo hallaron muerto en un jardín en Cramlington. El dueño lo trajo. Desde entonces lo he guardado en el congelador, pero quiero hacer una piel de conservación. —Miró a Ashworth y vio que no entendía el concepto—.

Conservamos la piel para investigación, no para exposición. Se guarda en el museo, como un recurso para estudiantes y científicos.

El padre de Vera, Hector, había sido un taxidermista aficionado. Trabajaba en la mesa de la cocina en la antigua casa del jefe de estación. Sin embargo, no tenía ningún interés en la investigación. Decía que le interesaba la ciencia, pero

Vera sabía que incluso entonces se engañaba a sí mismo. Había preparado aves disecadas, siempre especies de los páramos. Normalmente el objeto de su

atención era un pájaro de presa, un trofeo para el agente forestal que lo hubiera

matado. También era arte a su modo, meditó Vera. Al final de la carrera de su padre la actividad era ilegal, pero eso nunca había preocupado a Hector. Al contrario, había aumentado su placer y excitación. También coleccionaba

huevos. Cuando murió, Vera prendió fuego a toda la colección. Una hoguera

enorme en el jardín. Se bebió el whisky de malta preferido de su padre y se dio cuenta de que no sentía ninguna pena. Se sentía aliviada de que ya no estuviera.

—¿Cuánto tiempo hace que trabaja aquí? —estaba preguntando Ashworth a Stringer.

—Desde que terminé los estudios.

—¿Para hacer esto no se necesita un título?

—Empecé como aprendiz. —Calló un momento—. Tuve la suerte de que

Peter conocía al conservador y me recomendó.

—¿Se refiere al doctor Calvert?

—Sí.

—¿Lo conoce desde hace mucho?

—Sí, fue mi preparador cuando empecé a anillar. Tenía quince años entonces.

—¿A anillar?

—A estudiar la migración. Se atrapa a los pájaros en redes o trampas y se les ponen anillitas de metal en las patas. Si los vuelven a atrapar o los encuentran muertos, sabemos dónde y cuándo los anillaron.

—¿Y el señor Parr y el señor Wright también eran anilladores? ¿Se conocieron así?

—Ahora ya no anillamos tanto. Soy el único que va con regularidad al observatorio en la costa, en Deepden, y tampoco voy a menudo. Los demás tienen su vida. Vidas más interesantes. Pero seguimos siendo amigos. Seguimos yendo juntos a observar pájaros.

—¿Observación marina? —preguntó Vera, participando en la conversación por primera vez.

Clive esbozó algo parecido a una sonrisa.

—Gary es el apasionado de la observación marina. Cuando es la época buena del año se pasa horas en la torre de vigilancia. Creo que es porque es muy ocioso. No le importa la espera. Dice que es una forma de meditación.

—Debió de ser terrible encontrar el cadáver el viernes por la noche.

—Por supuesto.

—Pero tal vez no tanto para usted como para los demás —añadió Vera—.

Trabaja con cadáveres cada día.

—Cadáveres de pájaros y animales. No chicas.

—No. No chicas atractivas. —Calló un instante—. ¿Tiene novia, señor Stringer?

La primera vez que lo vio en la casa le había parecido un colegial demasiado crecido, prematuramente calvo. Ahora se ruborizó, de forma exagerada, y a Vera le volvió la imagen. Casi se compadeció de él.

—No —dijo él—. No tengo novia.

—¿Es gay?

—No.

Vera lo miró, esperando a que dijera algo más.

—Me resulta difícil abordar a las mujeres —dijo por fin—. Supongo que soy tímido. Y no me relaciono mucho. Vivo con mi madre. Se quedó viuda cuando yo era un bebé, y ahora no está bien de salud. No tiene a nadie más.

Vera tuvo ganas de decirle que saliera e hiciera su vida mientras todavía estuviera a tiempo. Pero no era de su incumbencia.

—¿El doctor Calvert tiene una novia?

Clive la miró horrorizado.

—¿A qué se refiere?

—Una amante. Una aventura.

—Por supuesto que no. Está casado con Felicity.

—Siento decepcionarle, pero algunos hombres casados cometen adulterio.

—Pero Peter no. Ya los ha visto juntos. Son felices.

De cara a la galería, sí. Que no es lo mismo, pensó Vera.

Pero le sonrió.

—Sí —dijo—. Puede que tenga razón. —Hizo un gesto con la cabeza a

Ashworth para que siguiera con las preguntas.

—¿Trabajó usted el pasado miércoles?

—Sí, hasta las cuatro y media. Empiezo a las ocho y debería salir a las cuatro, pero casi siempre son y media cuando me voy.

—¿Y luego qué hizo?

—Me fui a casa. Paré en el supermercado de camino. Comimos juntos. Mi madre normalmente se va a la cama temprano. Sobre las nueve. Después me puse a ver la tele. Me había grabado un documental sobre la selva tropical. Mi madre tiende a hablar cuando un programa no le interesa.

—¿No salió?

—No.

—Parece que tiene un recuerdo muy claro de lo que hizo aquella noche — dijo Vera.

—Tengo buena memoria. Se lo dije el viernes por la noche. Soy bueno con los detalles.

—¿Conduce?

—Sé conducir. Hice el examen y tengo el permiso. Pero no me gusta. Siempre soy consciente del peligro en potencia. Y me preocupa el medio ambiente. Los gases de efecto invernadero. Hace un par de años decidí vivir sin coche. El transporte público al centro no está mal. Y tengo una bicicleta.

Vera veía que Clive estaba incómodo. A pesar de que el museo estaba poco iluminado y fresco, había empezado a sudar. Jugeteaba con el bisturí en el mostrador delante de él. Consideró que no debía interpretar lo que no era.

Probablemente era la conversación más larga que había tenido con nadie aparte de su madre desde hacía años. Cuando estaba con sus amigos debía de escuchar,

no hablar. Vera siguió en un tono ligero, de cotilleo. Seguramente a su madre le gustaba cotillear.

—¿Le ha hablado Gary de su nueva mujer?

El cambio de tono de la pregunta lo sorprendió, y tardó un momento en responder.

—Nos lo contó todo. —Calló un momento—. No es raro. Siempre hay una mujer nueva en su vida. Está loco por todas. Durante una semana. Ninguna le dura.

—Dijo que esta era diferente —dijo Vera.

Clive volvió a sonreír. Como si sonreír fuera algo que hiciera una vez cada seis meses.

—Es lo que dice siempre. Desde que Emily lo dejó ha estado buscando a alguien para sustituirla.

—¿Emily?

—Estaban prometidos. Lo dejó plantado.

—¿Ha conocido a Julie, su última novia?

—No, no me lleva a sus citas.

—Su hijo era el chico que fue asesinado —dijo Vera—. Estrangulado. Como Lily Marsh.

—Lo siento.

—Me imagino que no conoce a una familia que se llama Sharp —dijo, sin esperar realmente una respuesta.

—Davy Sharp vive en nuestra calle. Cuando no está en la cárcel.

—¿Conocía al hijo, Thomas?

—Lo había visto. Mi madre lo había cuidado en alguna ocasión cuando era

un bebé. Le tenía cariño. A veces estaba en casa cuando yo volvía de trabajar. No últimamente, claro. Desde que fue lo bastante mayor para cuidarse solo.

—Debió de disgustarse cuando murió.

—Sí, fuimos al río. Mi madre había visto las flores en el agua en el periódico y lo quería ver. Para presentar sus respetos. —Hizo una pausa—. No había mucho que ver cuando llegamos. La marea estaba subiendo. Había arrastrado las flores al mar.

Se quedaron en silencio. A través de la ventana llegó el sonido de una sirena, algunos gritos.

—Hábleme de sus amigos —dijo Vera por fin—. Gary, Peter y Samuel. ¿Son sus amigos? Es que no parecen tener mucho en común. Excepto la observación de aves.

—Estamos muy unidos. Como una familia.

—¿Y usted y Gary son hermanos y Samuel y Peter son mamá y papá?

—¡No diga tonterías!

Vera sabía que se estaba extralimitando, quería comprobar si perdía el control alguna vez. Estaba muy sofocado.

—Bueno, vale —dijo—. Entonces no son realmente una familia. Dígame por qué se llevan tan bien, qué es lo que los ha mantenido unidos a lo largo de los años. —Le interesaba de verdad, y se notaba. No entendía del todo la amistad. Tenía colegas, personas con las que había crecido, que vivían cerca de ella en el valle. Pero ninguna con la que se sintiera obligada, ninguna por la que estuviera dispuesta a desvivirse. Entendía que la amistad podía ser un arma de doble filo. Podías acabar dando más de lo que recibías.

—En parte son los pájaros —dijo él—. La gente de fuera no lo entiende.

Creen que eres raro, un chalado. Pero es más que eso. Aunque seamos muy diferentes, confiamos los unos en los otros. Siento que me apoyan.

Vera soltó una risita.

—Oiga, ahora se ha quedado conmigo. Eso suena a algo sacado de una revista femenina.

Él se encogió de hombros.

—No esperaba que lo entendiera.

—¿Qué me dice del viernes? —preguntó Ashworth. Daba la impresión de que también estaba irritado con los comentarios y preguntas de Vera, que no quería estar allí todo el día—. ¿Qué hizo antes de ir a cenar a Fox Mill?

—Quedé con Peter para almorzar.

—¿Otra celebración de cumpleaños?

—No, nada de eso. Quedamos casi todos los viernes. Para tomar una jarra y un bocadillo. Cuando éramos anilladores más activos, así era como empezaba el fin de semana. Mi horario es flexible, así que podía tomarme el tiempo libre, almorzábamos y Peter me llevaba en coche costa arriba, al observatorio. Los demás llegaban más tarde. Ahora no salimos tanto, pero todavía almorzamos siempre que podemos.

Vera concibió con tristeza que probablemente ese era el momento luminoso de su semana. Almorzar con un hombre mayor obsesionado consigo mismo que solo deseaba tener un admirador.

—¿Cómo estaba el doctor Calvert?

—Bien. Como siempre. Con ganas de disfrutar del fin de semana.

—¿De qué hablaron?

—No estoy seguro...

—Tiene que acordarse. Tiene una memoria prodigiosa. Detalles. Es lo suyo.

—Está escribiendo un libro. Hablamos de eso.

—¿Y después de almorzar?

—Volví a casa a pasar un par de horas con mi madre.

—¿Y el doctor Calvert? —dijo Ashworth—. ¿Adónde fue?

—Volvió a la universidad. Al menos, eso creo. No me lo dijo, pero se fue caminando en aquella dirección.

—¿Cómo fue usted a Fox Mill?

—Me llevó Gary.

—¿Le recogió en su casa?

—No, iba con retraso y venía directamente del trabajo en el Sage, así que quedamos en el centro. Fui en metro.

Volvió a coger el bisturí, le dio la vuelta al pájaro muerto en el mostrador, pasó un dedo por el cráneo.

—Ahora tendría que ponerme a trabajar. No entiendo a qué vienen todas

estas preguntas. Estaba allí cuando encontraron un cadáver. Nada más. Nunca había conocido a ninguna de las víctimas.

Vera miró a Ashworth para saber si tenía algo más que decir. Él sacudió la cabeza.

—Pues lo dejaremos aquí —dijo—. Por ahora.

—Les acompaño. —Clive desvió la atención de la pequeña alca, caminó

delante de ellos por los pasillos, atravesando el polvo atrapado en los haces de sol que entraban por las largas ventanas. Abrió la puerta que separaba el territorio del personal del dominio público, dudó como si fuera reticente a ir más

allá. Vera también se paró y lo miró.

—¿Nos lo diría si sospechara que uno de sus amigos había cometido esos asesinatos?

Clive respondió inmediatamente.

—Por supuesto que no. Confío en ellos. Sé que si hubieran hecho algo tan terrible

como cometer un asesinato, lo habrían hecho por un buen motivo.

Dio media vuelta y se fue, mientras Vera y Joe lo veían alejarse.

Felicity volvía del jardín. Tenía un colador en la mano lleno de habichuelas para la cena, demasiadas en realidad. Aquella noche solo estarían ellos dos. James se encontraba en casa de un amigo. En la cocina tuvo un momento de angustia imaginándose a ella y a Peter sentados frente a frente a la mesa, cenando. No estaba segura de lo que se dirían. Se imaginó a Lily Marsh con ellos. Una bonita invitada que surgía entre los dos.

Era absurdo el efecto que la muerte de una desconocida estaba teniendo sobre ella. Trató de no ponerse histérica. Pero aquella vida que le había costado años construir —la casa, el jardín, la familia satisfecha— de repente parecía muy frágil. Tuvo una imagen de Vera Stanhope haciéndola añicos con su voz fuerte e invasiva, sus pies grandes, las manos gruesas golpeando sobre la mesa. Con sus preguntas, Vera lo destruiría todo.

Miró el reloj de la pared de la cocina. Había dibujos de pájaros en lugar de números, y sus cantos marcaban las horas. Era un regalo de broma, de Clive a Peter por uno de sus cumpleaños. Ella lo detestaba, pero Peter había insistido en que lo colgaran. Pronto serían las dos. Faltaban al menos cuatro horas para que Peter estuviera en casa. Felicity subió al piso, se cambió los pantalones por una falda, se pintó los labios y se echó perfume. Cuando el chochín dejó de cantar, cogió las llaves del coche de la mesa del recibidor y salió casi corriendo.

Nunca había visitado a Sam en el trabajo. Ni siquiera estaba segura de dónde estaría. Creyó que con seguridad le disgustaría aquel encuentro no planeado. Él mantenía su vida en cajas separadas. Pero ella no podía quedarse en casa angustiándose. Nunca había exigido nada. Él entendería que la presión era intolerable.

Condujo por las carreteras estrechas y rectas, impacientándose al tener que reducir la velocidad cuando se encontraba con algún tractor. Era un coche viejo,

sin aire acondicionado, e iba con las ventanillas abiertas. El sol le calentaba mucho el brazo y el hombro. En la ciudad aparcó en la calle contigua a la biblioteca. Se quedó un momento sentada, pensando que aquel viaje había sido

un terrible error. Samuel era un hombre inteligente. De haber pensado que era sensato que se vieran, que discutieran estrategias, lo habría propuesto.

Consideraría aquello un gesto precipitado y absurdo. Al final, su deseo de verlo le hizo olvidar la razón. Cerró las ventanillas y bajó del coche. Tenía el carné de la biblioteca, al fin y al cabo. Tenía todo el derecho a estar allí.

Dentro del edificio se estaba más fresco. Un par de estudiantes y un anciano estaban encorvados sobre los ordenadores de acceso público. Detrás del mostrador había una mujer joven delgada, y bastante desaseada, con unos pantalones de lino arrugados y una blusa blanca de algodón. Miró a Felicity y le sonrió. Algo de ella le sonaba. Felicity pensó vagamente que podía ser la hija de una de sus amigas del grupo de lectura.

El grupo de lectura los había juntado, a ella y a Samuel. A Felicity le encantaba la compañía del grupo, la excitación de empezar un libro nuevo, y cuando hacía un año que formaba parte de él convenció a Sam para que les diera

una charla. Un autor publicado. El grupo había leído su antología más reciente y no sabían qué pensar. Los cuentos eran tan deprimentes, decían. Bien

construidos, pero perversos y bastante horribles. Una mujer dijo que le habían provocado pesadillas. En general preferían los finales felices. Pero cuando las visitó fueron más positivas. Lo sentaron en el gran sillón frente a la chimenea.

Para aquella sesión se habían reunido en la casa de una mujer grande y capaz que trabajaba de fisioterapeuta. Su marido era cirujano, y la estancia era magnífica. Paredes verdes cubiertas de cuadros, muebles grandes y antiguos. Era

febrero, hacía frío y las cortinas estaban corridas para protegerse del tiempo desapacible de fuera. El público era por entero femenino. Bebieron vino blanco

en copas altas. Samuel las había cautivado, hablando como si las opiniones de ellas le importaran. Habló de la estructura de los cuentos. «Hoy en día la gente

está obsesionada con los personajes», dijo. Los personajes son importantes, eso estaba claro, pero cualquiera podía escribir fielmente sobre personas como ellos mismos, o personas que conocía. A él le interesaban más las ideas. Sus temas estaban reflejados en la construcción de sus tramas. No estaba tan interesado en retratar la realidad como en crear un mundo donde fueran posibles los acontecimientos más inverosímiles.

—Es de la única forma que se puede jugar a ser Dios —dijo.

Una mujer preguntó si eso lo convertía más en un poeta que en un novelista.

Él sonrió, encantado, y dijo que quizá sí. Felicity había pensado que no estaba a la altura. Le preocupaba no saber qué decirle cuando estuvieran solos.

—Pero ¿no ganaría más dinero escribiendo libros largos, de verdad? —Esto

vino de una granjera, que leía ávidamente pero no entendía nada de esnobismo

literario. Nunca se molestaba en leer críticas o listas de premiados. Hubo un momento de silencio. A las demás mujeres les preocupaba que se hubiera

ofendido. Pero por lo visto aquella pregunta también le encantó.

—Si escribiera una novela, me descubrirían —dijo—. No soy tan buen autor.

No puedo escribir más de cinco mil palabras. —Miró a Felicity con cara de complicidad. La luz del fuego le iluminó la cara. Las mujeres de la sala rieron.

Felicity vio que todas lo admiraban.

Felicity lo había acompañado en coche al grupo de lectura y habían quedado

en que lo dejaría en casa después. En el coche él propuso que fueran a tomar algo y ella aceptó. Era lo menos que podía hacer. Su posición en el grupo de lectura había cambiado gracias a habérselo presentado. El pub estaba atestado y

lleno de ruido, no era la clase de local que ninguno de los dos habría elegido normalmente. Quizá fueron a parar allí porque era muy anónimo. Consiguieron

una mesita para ellos solos en un rincón.

La declaración surgió sin más. Él tomó sus manos entre las suyas y dijo que

creía que la quería. Al principio ella no podía creer que hablara en serio. Era una broma. A Samuel le encantaban los juegos. No podían hacer nada al respecto, dijo. Era amigo de Peter. Entonces ella comprendió que hablaba muy en serio y

se sintió muy halagada, conmovida. ¡Qué noble y honorable era! En el

aparcamiento del pub, que daba a una ladera abierta y yerma, ella lo besó.

Gotitas de humedad se le pegaban al pelo y a la chaqueta.

Más tarde fueron a casa de él.

—¿No me vas a invitar a un café? —preguntó ella.

Sabía perfectamente lo que hacía, incluso había considerado qué ropa

interior llevaba y había recordado que aquella mañana se había depilado las piernas. Él había dudado más de lo que Felicity esperaba. Quizá su amistad con

Peter era tan fuerte que la rechazaría. Pero al final asintió, le abrió la puerta del coche, le cogió la mano una vez dentro. De eso hacía cinco años. Desde entonces

eran amantes. Muy discretos. Nada de llamadas de teléfono que alguien pudiera

oír, ni correos electrónicos que alguien pudiera leer. Se veían cada pocas semanas, normalmente en su pulcra casita de Morpeth. Esto era muy diferente de

la amistad pública, las obras de teatro o el ballet. En aquellas salidas no sucedía nada íntimo.

Incluso después de tanto tiempo, Felicity seguía sin considerar que la relación fuera una aventura. No tenía nada de romántico, ni flores ni regalos ni

cenar a la luz de las velas. Sabía que Samuel se sentía constantemente culpable.

Nunca hablaron de amor después de aquel primer encuentro. Y ella no se había

planteado ni una sola vez dejar a Peter. Él la necesitaba. Veía la ilusión y la emoción que Sam le proporcionaba como una paga, su compensación por vivir

una vida conyugal tan aburrida e insulsa, por mantener vivo el *show* de Calvert.

Sabía que no era la forma como las mujeres enfocaban las cosas, pero no podía

ver por qué no podían mantener toda una amistad civilizada. Al menos lo había

pensado hasta que Vera llegó arrasando con sus preguntas.

Felicity se paseó entre los estantes de la biblioteca como si tuviera dificultades para elegir un buen libro. No veía a Samuel, pero eso no quería decir que no trabajara allí. Era director, tendría un despacho en algún lugar detrás de una puerta que diría SOLO PERSONAL AUTORIZADO. Estaría allí o en una reunión con sus empleados, o fuera de la región, en un viaje para visitar a alguno de los suministradores de libros a las bibliotecas. En la casita de Morpeth, cuando tomaban té juntos antes de separarse, le pedía que le hablara de su trabajo. Siempre la fascinaban las vidas laborales ajenas, y cuando tomaba sus baños de tarde se lo imaginaba sentado en su gran escritorio, o presidiendo una reunión a su manera precisa y autoritaria. La excitaba que ninguno de sus empleados se pudiera imaginar lo que hacía en sus días libres.

Estaba a punto de preguntar en el mostrador si Sam estaba en el edificio cuando apareció por la puerta de SOLO PERSONAL AUTORIZADO. Llevaba

un maletín y parecía que se dirigía la salida. Llevaba una camisa con el cuello abierto y una chaqueta clara de lino, una concesión, se imaginó Felicity, al tiempo. Normalmente, cuando se veían, si venía directamente del trabajo llevaba

corbata. Vestía muy bien y cuidaba su aspecto. Al principio no la vio. Estaba sonriendo a la joven del mostrador. Felicity sintió una punzada de malestar físico

que, según se dio cuenta, se debía a los celos. Se preguntó si llevaba a otras mujeres a la casa en sus tardes libres.

Entonces se volvió y la vio. No hizo nada que diera a entender que se conocían.

—Estaré en Berwick el resto de la tarde —le dijo a la joven—. Pero si llama

alguien, dile que lo haga de nuevo mañana. Es una reunión importante. No quiero interrupciones.

Felicity lo alcanzó fuera. Caminaba por la acera hacia su coche. Si no se hubiera apresurado a seguirlo, quizá se habría marchado con el coche sin darle la

oportunidad de hablar con él.

—Lo siento, Samuel. Tenía que hablar contigo.

Seguro que había oído sus pisadas detrás, pero fingió que se sorprendía.

—Es verdad que tengo una reunión en Berwick. —Frunció el ceño, más

nervioso que disgustado.

—Solo diez minutos. —Ahora que estaba allí, no estaba segura de lo que

quería de él. Que la tranquilizara, probablemente, que todo siguiera como de costumbre.

Quedó con ella en el Little Chef, en la A1, y ya estaba allí, fingiendo que le

interesaba la carta, cuando llegó Felicity. Caminando hacia él ya vio que estaba

asustado, que necesitaba más que lo tranquilizaran que ella. El local estaba casi

vacío. Las ventanas estaban todas abiertas y el ruido del tráfico llegaba desde fuera. Pidieron té a un joven sudoroso, se miraron.

—Sabes algo —dijo ella de repente—. Algo de la chica. Lily. ¿La conocías?

—No. Nada de eso. —Pero hablaba a trompicones, nada que ver con el

control habitual. Aquello no era como uno de sus cuentos. No podía hacer que la trama funcionara.

—Entonces el chico, Armstrong. ¿Has oído hablar de él?

—Creo que Gary salía con su madre. Aquella mujer de la que hablaba. Se llamaba Armstrong. Estoy seguro de que tenía un hijo. Hay un vínculo.

—Yo le dije a la inspectora que Gary salía con una mujer llamada Julie.

¡Gary no mataría a nadie!

—Claro que no. Pero la Policía no cree en las casualidades.

A ella le parecía una conexión tenue. Una mujer llamada Armstrong tenía un hijo. ¿Cuántos Armstrong figuraban en la guía? Samuel tenía que saber más de lo que decía.

El camarero volvió con el té. Al dejarlo sobre la mesa, se vertió líquido en la bandeja. Se quedó parado, esperando alguna reacción de ellos, ira, protestas, pero se quedaron en silencio hasta que se marchó.

—Me preocupaba que la inspectora descubriera lo nuestro —dijo Felicity.

—¿Cómo quieres que lo descubra? —Pero ella vio que la idea también se le había ocurrido a él. Quizá por eso parecía tan nervioso, tan diferente a su yo urbano y seguro de sí mismo habitual.

—No sé si deberíamos decírselo, en confianza —dijo Felicity—. Así sabría que no tiene nada que ver con el asesinato de la chica.

—¡Pues claro que no tiene nada que ver! —Su voz era impaciente. Se imaginó que hablaría con el mismo tono a una ayudante de biblioteca tonta. Sintió que se le saltaban las lágrimas.

—Nosotros lo sabemos. —Felicity intentó sonar razonable—. Pero Lily

Marsh vino a Fox Mill el día antes de ser asesinada. Te puedes imaginar a la Policía sacando conclusiones, construyendo un escenario. ¿Y si aquella tarde estuvimos

juntos y ella nos vio? Eso podría darnos un motivo para matarla.

Esperó, dispuesta a recibir otra respuesta airada, pero él sonrió.

—Deberías escribir ficción —dijo—. Con una imaginación creativa como la tuya. No estábamos juntos, ¿no? Aquella tarde no lo estábamos. El miércoles estuve todo el día en el trabajo. Selección de libros, y después Equipo de Gestión de Bibliotecas. Puedo demostrarlo. Solo nos vimos por la noche para ir al teatro. Además, James estaba contigo cuando la chica fue a tu casa.

—Sí —dijo ella—. Lo estaba.

Samuel echó un vistazo al local. No había ningún otro cliente. Los empleados estaban en la barra, conversando. Alargó la mano para coger la de ella.

—¿Cómo puede saberlo nadie? —dijo—. Hemos sido muy cuidadosos. No me gustaría nada que se supiera. Sería tan sórdido... ¿Cómo iba a entenderlo la gente? —Se apartó de ella y se echó hacia atrás en la silla. Su voz seguía siendo muy baja, y Felicity tuvo que esforzarse para entender lo que decía—. No podría soportar que Peter se enterara. Me moriría.

Cuando terminaron de hablar con Clive Stringer, Vera acompañó a Joe a casa. Se veía que estaba deseando ver a su esposa embarazada y a su hija. En cambio ella no podía parar. Fue a la comisaría de Kimmerston y se paseó gritando a todo el mundo, exigiendo acción y soluciones. Holly no estaba, pero Charlie sí, encorvado sobre la mesa, mirando la pantalla del ordenador. Tenía la papelera a rebosar: latas vacías de coca-cola, cartones de hamburguesa, papel grasiento de patatas fritas. Vera recordaba haber oído decir que su esposa lo había dejado hacía poco por un hombre más joven. Como ella, probablemente no tenía motivos para regresar a casa.

—No hay nada raro en la cuenta bancaria de Lily Marsh — dijo—. Este año tenía un poco más de dinero porque dan una gratificación por hacer el curso de posgrado de magisterio, pero seguía gastando casi hasta el límite de su préstamo de estudiante. No hay pagos misteriosos que sugieran un novio rico. La tienda le pagaba directamente en su cuenta, pero no era una fortuna. Mejor que el salario mínimo, pero no mucho más. —Calló un momento—. Aunque hay algo raro. No entiendo cómo pagaba el alquiler. Ni cheque ni domiciliación. Ni retiradas de efectivo regulares.

—Quizá tenía otra cuenta —dijo Vera—. Una caja de ahorros, una cuenta en Internet. Quizá hay algún estado de cuentas en aquel material que recuperamos de su piso. Ponte con ello, Charlie. Vivía por encima de sus posibilidades. Debería haber estado enterrada en deudas. Pero no lo estaba. ¡Hay algo que no cuadra! —Y se fue como una tromba, sin dejarle la posibilidad de quejarse. Decidió irse a casa, aunque sabía que se pondría a beber en cuanto llegara. Estaba de ese tipo de humor. Un whisky grande antes de terminar de preparar la

cena, y a partir de ahí cuesta abajo. Al pasar por el desvío de Morpeth decidió llamar a Samuel Parr. Así los habría visto a todos. A todo el grupo. A los cuatro observadores de aves que afirmaban no tener nada que ver con los asesinatos aparte de estar presentes cuando se encontró el cadáver, pero que parecían enredados en el caso de todos modos. Gary, que se había enamorado de la madre de Luke Armstrong. Clive, que había conocido al mejor amigo de Luke Armstrong cuando era niño. Y Peter Calvert, que trabajaba en la universidad donde Lily Marsh había sido estudiante. En el noreste había muchas comunidades pequeñas, todas entrelazadas. Siempre habría conexiones. Tal vez no tenía ninguna importancia, pero no podía ignorarlo. ¿Y qué papel tenía Samuel Parr?

Por su aspecto parecía que hiciera poco que había llegado a casa. Cuando Vera llamó al timbre de la casita de piedra, le abrió de inmediato. Estaba en el recibidor. Quizá acababa de cerrar la puerta. Había un maletín al pie de la escalera. Llevaba una americana de lino, ligeramente arrugada.

—¿Es un buen momento? —preguntó. Samuel Parr era una pequeña celebridad local. Lo había buscado. Sus cuentos se habían leído en Radio 4. Había ganado una medalla de la Orden del Imperio Británico por sus servicios a las bibliotecas. Sería mejor tratarlo con un poco de respeto. Al menos al principio.

—Sí, claro, inspectora. Pase. Querrá hablar de aquel asunto del viernes por la noche. Terrible. —Se quitó la americana y la colgó de la barandilla—. Llego tarde a casa. Una reunión en Berwick. Un tráfico horrible en la A1. —Era alto, huesudo y llevaba el pelo muy corto.

Vera recordaba haber escuchado uno de sus cuentos. La televisión no le interesaba mucho, pero la radio siempre estaba encendida en su casa. Se trataba de un cuento doméstico. Un hombre y una mujer en un matrimonio sin amor. Una desconocida de la ciudad que se convertía en amante. El final era horrible e

inesperado. La pareja colaboraba para matar a la amante. Necesitaban la estabilidad y la rutina de su matrimonio más que la emoción del amor o de la pérdida. Vera intentó recordar qué hacían con el cuerpo. Sabía que era algo angustioso. No explícito en la descripción de la violencia, pero tan escalofriante que la había obsesionado durante días. Tan escalofriante quizá que se había esforzado por quitárselo de la cabeza y no podía recordar los detalles. Mirando a aquel hombre tranquilo de mediana edad, le costaba creer que él hubiera ideado ese cuento. Vera se dijo que tendría que sacar la antología de la biblioteca. Para ver cómo acababa el cuento.

—Siempre tomo una copa de vino a esta hora de la noche. ¿Le apetece?

Vera pensó que se amoldaba bastante al estereotipo de bibliotecario. Seguro que no hablaba así cuando estaba en la torre de vigilancia y los págalos pasaban por delante con el viento del norte. Allí gritaría y diría palabrotas como todos los demás.

—Gracias —dijo ella.

—Solo tengo tinto, me temo. Vivo solo y únicamente compro lo que me gusta.

—¿Nunca ha estado casado, señor Parr?

—Soy viudo. —Hubo una pausa—. Claire, mi esposa, se suicidó.

—Lo siento. —Vera siempre había considerado el suicidio el acto más egoísta.

—Sufría depresiones desde antes de que la conociera. No entendí lo desesperada que estaba. Siempre me culparé por ello, por supuesto.

La había acompañado a una habitación larga y estrecha que ocupaba toda la longitud de la casa. Abrió la ventana y dejó entrar el canto de un mirlo, el olor a hierba cortada. Dio la espalda a Vera para ponerse frente a un aparador victoriano y abrir el vino. Ella no tenía claro si estaba tan tranquilo como aparentaba. Sintió ganas

de preguntarle cómo se había suicidado su esposa. ¿Se

había ahogado? No era algo para preguntar con una copa de syrah australiano, y

en todo caso lo podía averiguar. Habría un informe del forense. ¿Y dónde la habían tratado por depresión? En la pared había una fotografía de una mujer, con

la cabeza echada hacia atrás, riendo. ¿Claire? Parecía el único recuerdo de la mujer en la habitación.

Sam se volvió y le dio una gran copa de vino. Ella señaló la foto con la cabeza.

—Era muy guapa.

Él no respondió.

Vera cogió el vino y se sentó en un sillón Chesterfield a rayas. Esperó a que

él hablara. Contaba historias para ganarse la vida. Que hablara primero.

—Fue espantoso cuando encontramos el cuerpo de la chica — dijo—. Al oír

los gritos de James, mi primera reacción fue de irritación. Nunca tuve ningún deseo de tener hijos, ni cuando Claire estaba viva. Sé que deberíamos animar a

los niños a venir a la biblioteca, pero mis esfuerzos son poco convincentes. Son

tan ruidosos. Una molestia. Luego, cuando vimos a la joven, con los cabellos flotando en la superficie, su vestido..., me recordó a una pintura prerrafaelita.

Los colores apagados en la sombra. Quizá fue porque la veíamos desde arriba, desde la distancia.

—Parecía escenificado —dijo Vera—. Un posado, como una modelo para un artista.

—Sí. —Levantó la cabeza, sorprendido de que lo hubiera entendido tan

fácilmente—. No era solo que alguien la quisiera muerta, era que quería dejar algo claro.

—¿No la reconoció?

—No.

—Y ahora, después de tener tiempo de pensarlo, ¿está seguro de que no la había

visto?

—No parecía una mujer de verdad —dijo—. No puedo estar seguro de no conocerla. Pero el nombre no me dice nada.

—Encontramos un comprobante de las Bibliotecas de Northumberland entre sus cosas en el piso.

—No conozco a todos nuestros usuarios, inspectora.

—¿Por qué se haría usuaria si vivía en Newcastle?

—Si trabajaba en Hepworth, quizá nuestra biblioteca le resultaba más cómoda que la de la ciudad. Solo abre unas horas a la semana, pero está muy cerca de la facultad. Quizá solo quería consultar su correo electrónico.

—¿Nos podría decir qué pidió prestado recientemente?

—¿Es importante?

—Tal vez no —dijo Vera—. Pero me interesaría saberlo. Curiosidad... —Le sonrió—. Seguramente algo que los escritores y los detectives tienen en común.

—Ahora no se lo podría decir, aunque fuera al trabajo. Nuestro sistema estará apagado hasta mañana. Puedo mirarlo mañana y decirle si algún libro destaca en su historial. No puedo hacer más.

—¿Cree que puede saber cómo es la gente por los libros que lee?

Sam se rio.

—De ninguna manera. Muchos de nuestros lectores son amables viejecitas que adoran los *thrillers* norteamericanos más horripilantes.

Vera descubrió que lo estaba pasando bien. Era el vino, pero Sam era un buen conversador. Natural. Se esperaba a alguien reprimido y aburrido, pero él también parecía más relajado.

—¿Qué le decantó por la observación de aves?

—Un buen maestro —dijo Samuel—. Nos llevaba de excursión al campo.

Crecí en un barrio de la ciudad, y para mí fue una revelación visitar las colinas.

Supongo que tengo una reacción romántica a la historia natural, más que científica. Disfruto con la belleza de las cosas.

—¿El doctor Calvert tiende más al enfoque científico?

—Sí. Fuimos a la misma escuela. Es unos años mayor que yo, pero nos conocimos en la Sociedad de Historia Natural. Separados por la universidad, pero somos amigos desde entonces. A él le gustaba la ciencia; a mí leer.

—¿Por qué hizo botánica? ¿Por qué no zoología?

—Dice que prefiere tomarse la observación de pájaros como un placer, no como una obligación.

—¿Sabía usted que Gary tenía una novia nueva?

El brusco cambio de conversación no lo alteró aparentemente.

—Sabía que se había enamorado de alguien. —Hizo una pausa—. No podría haber sido la chica asesinada, ¿sabe? Era el tipo de chica que normalmente habría perseguido. Pero su última conquista era diferente, creo. Una mujer más mayor, alguien con quien había ido a la escuela. Nos reímos de él, le preguntamos si por fin había madurado. Tiene más de treinta, pero siempre ha asumido el papel de adolescente alocado en nuestro grupo.

—La nueva mujer de su vida se llama Julie Armstrong. Es la madre de un chico que fue estrangulado en Seaton el miércoles anterior al día que murió Lily

Marsh. —Levantó la cabeza—. ¿No se había enterado? Son tan buenos amigos que suponía que uno de ellos se lo habría contado. Los demás lo saben.

—Quizá han intentado llamar —dijo él—. He estado en reuniones todo el día y acabo de llegar.

—Si Gary es el adolescente alocado, ¿cuál es el papel de Clive? —Se dio cuenta de que se había terminado el vino y dejó la copa en la mesa. Se preguntó

si le ofrecería otra, y si podía aceptarla sin exceder el límite.

Samuel se lo pensó un momento.

—Clive es un obsesivo —dijo—. Un observador de aves genial. El mejor de todos con diferencia. Lee guías de campo como yo leo ficción, pero se acuerda de todo. No es una gran compañía para ir al pub. No nos hace reír. No como Gary. Tampoco como Peter, cuando está en forma. Pero nos encuentra los pájaros. Nos recuerda lo que nos unió de entrada.

—¿Dónde estuvo usted el viernes antes de ir a Fox Mill para la fiesta de cumpleaños? Samuel la miró por encima de su copa.

—¿Soy sospechoso, inspectora? —No estaba enfadado. Era como si le hiciera gracia la idea.

—Tengo que descartar a todos los que estén relacionados con la víctima, aunque sea periféricamente.

—Yo no lo estuve. Mientras estuvo viva. —Dejó la copa—. Lo siento, inspectora, no debería tomarme esto a la ligera. Tiene derecho a hacer preguntas. El viernes por la tarde trabajé en la biblioteca en Morpeth. Aproveché el tiempo y salí temprano. Sobre las cuatro. Y vine a casa. Estuve reescribiendo un cuento. Lo quería terminar para llevarlo a la fiesta por la noche.

—¿Un regalo para el doctor Calvert? ¿Algo que había escrito especialmente para su cumpleaños?

—Nada de eso. Peter nunca lee ficción. A Felicity le gusta lo que escribo. Y valoro su opinión. Quería que lo leyera antes de mandarlo a mi agente.

Vera quería preguntar de qué iba el cuento, pero veía que probablemente no era relevante. Quizá solo quería alargar la entrevista para no tener que volver a una casa vacía.

—¿Puede confirmar alguien que estuvo usted aquí? ¿Llamadas de teléfono o visitas?

—Me temo que no. Y no contesto nunca al teléfono cuando estoy escribiendo.

—¿A lo mejor algún vecino lo vio marcharse a la fiesta?

—Puede preguntar, inspectora, pero me sorprendería. Este es un barrio en el que los vecinos se ocupan de sus asuntos. —Sonrió—. ¿Un poco más de vino, inspectora? Solo media copa, porque sé que tiene que conducir.

Estuvo tentada, pero sacudió la cabeza y se levantó. Se preguntó por qué era tan amable con ella. Los hombres raramente se esforzaban con ella y Samuel no estaba flirteando exactamente, pero quería caerle bien. ¿Era por costumbre?

Trabajaba con mujeres excéntricas de mediana edad. Quizá lo había desarrollado como un estilo de dirección. ¿O tenía otro motivo para querer tenerla de su lado?

La acompañó a la puerta, le dio la mano y se quedó en el pequeño jardín mientras ella abría la puerta del coche. Mientras se alejaba, Vera sintió que en cierto modo se había dejado seducir por él. Él había controlado la conversación.

Las cosas habían ido como él quería.

Gary había pasado el día pensando que podía ir a ver a Julie. La idea se le había metido en la cabeza y no conseguía librarse de ella. Era un poco como aquellos molestos estribillos musicales que no paran de sonar en bucle en tu cerebro.

Aquella canción de Comic Relief de hacía unos años, por ejemplo. Intentas sustituirla con algo mejor, pero el esfuerzo no hace más que empeorarlo y la estúpida canción se hace más y más presente, hasta que no puedes ni pensar.

Había estado haciendo un ensayo técnico en el Sage, en la sala pequeña.

Estaba trabajando en la mesa de sonido de la sala. La artista era una poeta que

recitaba y, de vez en cuando, cantaba con una banda detrás. Normalmente, cuando trabajaba no tenía en cuenta nada que no fuera obtener el sonido correcto. El Sage era estupendo para las grandes orquestas, pero con algo pequeño e íntimo como aquello era complicado encontrar el equilibrio. La banda

era buena, blues y emocional, y quería hacerles justicia. Aunque la poesía no fuera lo suyo, se encontró escuchando las letras. Quizá fue porque la artista le recordaba a Julie. No se parecía a ella —para empezar, era negra y más joven—,

pero desprendía calidez y era grandota y se reía mucho. Así que se había pasado

el día pensando en Julie y en cómo ponerse en contacto con ella, y si era una buena idea o era de mal gusto.

Tenía algunas horas libres entre el ensayo y la actuación. Sería una función

nocturna, de esas que atraían a un tipo de personas de bares y ambientes artísticos que no tenían que levantarse temprano. Bajó los escalones hacia el río,

golpeado por el calor después del aire acondicionado del teatro. Supuso que nadie creería que hiciera tanto calor en Gateshead, donde debería soplar un viento mordaz del este y granizar. En la parte alta de la orilla, la noria del Ferris giraba lentamente. Mirando atrás, el Sage estaba iluminado, y se podían ver las

dos salas a través de la piel exterior de cristal. Imaginó que parecían dos barcos

enormes. La sala grande era como un transatlántico, con filas de cubiertas, la

otra era como un remolcador chato. Tenía la intención de pasear al pie del puente y acercarse a la ciudad para comer algo, pero de repente cambió de idea.

Subió corriendo los escalones hacia el aparcamiento y se dirigió a su furgoneta, arrancó el motor y puso rumbo al norte. Quería ver la casa de Julie.

No significaba que hubiera tomado una decisión acerca de verla o no. Podía pasar por la calle, dar la vuelta y volver. Pero sería mejor que nada.

Entonces recordó a todos en el pub después de la reunión del Club de Aves, él hablando de Julie y Peter burlándose de él: «Por Dios, qué románticos son los jóvenes hoy día. Todo claros de luna y flores». Y Gary, bajando por las ratoneras de tráfico de Heaton, evitando lo peor de los embotellamientos, supo que aquello era lo que Julie se había encontrado cuando volvió a casa la noche que su hijo había muerto. Claro de luna y flores. Era eso a lo que se refería la inspectora cuando dijo que el asesinato de Luke era parecido al de Lily. Se había escenificado de la misma manera.

Sabía dónde estaba la casa de Julie. Había buscado su dirección en la guía.

Estaba a solo medio kilómetro de donde vivía de niña. Él también había crecido en el pueblo, pero en el otro lado, en la urbanización nueva, que ya no lo era. Se le hizo raro volver. Cuando iba al instituto bajaba en autobús la calle principal de Whitley todos los días. Los recuerdos le inundaron la cabeza y terminaron por apartar su inquietud por lo que pensaría Julie si se presentaba en su casa. Chicos ruidosos gritando en el piso de arriba del autobús. Él rodeando los hombros de Lindsay Waugh con el brazo, mordisqueándole el lóbulo mientras ella se ponía roja como un tomate y todos lo vitoreaban. Y sentado al lado de Clive, para ir a ver la cerceta americana en el río Blyth, fingiendo que no lo conocía, porque era un pringado y un marginado, y qué dirían Lindsay y los demás si se enteraban de que Gary también era un observador de pájaros.

Sin darse cuenta, ya estaba en el pueblo y entrando en la calle de Julie. Eran las seis y los niños estaban fuera jugando. Un par de madres estaban sentadas en

la entrada vigilándolos. Desde la muerte de Luke, Gary se imaginó que las cosas eran así. Era consciente de que lo miraban. Un desconocido en la calle. De no haber estado las mujeres, probablemente Gary habría ido hasta el final de la calle, se habría quedado un rato en la furgoneta, habría perdido el valor y se habría marchado. Pero ellas lo volvieron desafiante. Y cauto. Era amigo de Julie.

¿Qué había de malo en pasar a darle el pésame? Además, una de ellas seguramente habría apuntado su número de matrícula. Si se marchaba, llamarían a la Policía para denunciar a un sujeto sospechoso, asegurando que lo habían ahuyentado.

De modo que aparcó frente a la casa y, sin mirar a las mujeres curiosas, entró en el camino y llamó a la puerta. Mientras esperaba pensó que debería haber llevado algo. Un regalo. Pero ¿qué? Flores no. ¡Eso sí que sería insensible! Vino, quizá; pero entonces eso daría a entender que se estaba colando en una fiesta.

Esperó, con las manos en los bolsillos de los vaqueros, porque no sabía qué hacer con ellas. A veces, después de ingerir mucha cerveza Stella y *vindaloo*, tenía una pesadilla. Estaba en el escenario del City Hall frente a una sala llena, arreglando el micro, y el sonido era horrible. Completamente desnudo. Así era como se sentía ahora.

Se abrió la puerta. Era una niña con uniforme de la escuela. Una especie de uniforme. Blusa blanca, falda negra corta. Sin corbata. Se preguntó si se habría equivocado de casa, pero entonces recordó que Julie tenía una hija. Buscó el nombre en su cerebro. Laura. Pero antes de que la pudiera llamar por su nombre, llegó una mujer de mediana edad a paso rápido desde el fondo de la casa. Llevaba unas manoplas de horno en una mano y tenía el aire de un gorila poco efectivo.

—Laura, cariño, ¿cuántas veces tengo que decirte que me dejes abrir la puerta a mí?

La chica se quedó un momento quieta, mirándolo; después se encogió de hombros y subió la escalera.

La mujer miró a Gary, ahora más agresiva.

—¿Quién es usted? No hablamos con periodistas. La Policía volverá en cualquier momento.

—No soy periodista. Soy amigo de Julie.

La mujer lo miró. Tenía los ojos pequeños y feroces.

—Julie no está para ver a nadie.

Estaba a punto de rendirse, casi aliviado. Podía dejar un mensaje. Así, al menos, Julie sabría que pensaba en ella. Entonces se oyó una voz, casi irreconocible.

—Mamá. Déjalo pasar. Quiero verlo.

La mujer tardó un momento, pero se apartó. Dejó entrar a Gary dentro de la casa y cerró la puerta ruidosamente a los vecinos curiosos.

Gary se dirigió a la sala, se fijó al pasar en lo desordenado que estaba todo, se preguntó si estaría siempre así. Se planteó por un momento si sería capaz de vivir en aquel caos. No se parecía en nada a Fox Mill, que siempre había sido su casa ideal. Las ventanas estaban tapadas con unas persianillas blancas que

impedían que entraran el sol más intenso y los ojos curiosos. Dejaban la sala en penumbra. Era difícil distinguir detalles. Entonces vio a Julie, acurrucada en el sofá. Se sentó a su lado, le tomó la mano. La mujer se quedó en el umbral, ansiosa y protectora.

—Estaba preparando la cena —dijo. Casi gruñía, las palabras le salían del fondo de la garganta.

—No pasa nada, mamá. Es un amigo.

—Estaré en la cocina. —Eso iba dirigido a Gary. Una advertencia y una amenaza. Lo miró furiosa y salió de la sala.

—Perdona a mi madre —dijo Julie.

—No te preocupes. Yo haría lo mismo si estuviera aquí cuidando de ti.

Ella sonrió un poco. Gary le acarició el dorso de la mano.

—Soy tan patética —dijo Julie—. No puedo hacer nada. Me quedo todo el día aquí sentada.

—Tu nunca podrías ser patética. Nunca.

—Tendría que ser fuerte para Laura.

A Gary le pareció oír el eco de las palabras de la madre de Julie en la frase.

No supo qué decir. No sabía qué pensar de Laura, delgaducha y patilarga. Había algo en ella que le recordaba a Emily, y eso lo desconcertaba. Tras las persianas,

la ventana estaba abierta. Los críos en la calle jugaban saltando a la comba, cantando. No oía nada parecido desde hacía tiempo. Hacía años que no veía niñas saltando a la comba. Tal vez una de las madres guardianas les había enseñado cómo hacerlo, extrayendo la rima de sus recuerdos. Lo llevó de vuelta

a la escuela primaria de Seaton, corriendo por el patio con Julie Richardson, jugando a robarse besos en el césped cuando nadie miraba. Quizá ella estaba pensando lo mismo, porque se unió a la canción.

—... Al pasar la barca, me dijo el barquero: las niñas bonitas no pagan dinero.

Se paró de golpe. Fuera, la rima continuó sin ella.

«Yo no soy bonita, ni lo quiero ser...»

—Me siento muy estúpido —dijo Gary—. Sentado sin hacer nada. Sin saber qué decir. Inútil.

Ella le apretó la mano.

—No —dijo—. Me ayudas. En serio.

—No estaba seguro de si debía venir.

Entonces ella hizo algo inesperado. Tiró de él y lo besó. Un beso de verdad,

introduciendo la lengua en su boca, contra sus dientes, en su garganta. Él la abrazó fuerte, sintiendo sus pechos blandos contra su torso, el comienzo del deseo. Sin querer. Sabiendo que no podía pasar nada. Con la hija y la madre en

la casa. Mientras estuviera tan hecha polvo. Pero cantando por dentro, porque al

final sucedería. Todos los sueños que había tenido con ella desde que la había vuelto a encontrar. Luke no se entrometería en eso.

La apartó suavemente, le acarició la mejilla, le besó los cabellos en la raya, donde podía ver las raíces oscuras. Julie lloraba.

—Oh, no —dijo—. Lo siento.

Gary sabía que no debería sentirse así. Debería estar triste porque ella estaba triste.

—No tienes que sentir nada. —Mantuvo la voz seria y grave. Las voces

graves eran *sexy*, ¿no?—. ¿Quieres hablar de Luke? Es cierto que no lo conocía, pero si necesitas a alguien con quien hablar... —Detrás de la espalda de Julie giró la muñeca para ver el reloj. Tenía que estar de vuelta en el Sage a las ocho y media.

—No —dijo ella—. Hace días que no hago más que hablar de Luke. Con la Policía, mi madre, mis amigas. Quería olvidarme de él. Un minuto. Quería ver si podía.

—¿Has podido?

—No mucho. —Sonrió. No precisamente con la sonrisa de la antigua Julie

—. Pero me ha gustado intentarlo.

Hubo un ruido en la puerta. Gary se esperaba a la madre de Julie otra vez, pero era Laura. Se quedó en el umbral, mirándolos. Gary se deslizó en el sofá,

dejando un espacio entre ellos.

—Laura ha ido hoy a la escuela —dijo Julie con una voz animada horrible—.

Ha sido muy valiente, creo. ¿Cómo ha ido, cariño?

—Bien. Los profesores se han portado bien. Han celebrado una asamblea.

Para hablar de Luke y todo eso. Me han dicho que no tenía que asistir.

—¿Y has ido?

—No. Pero he esperado fuera y he oído lo que decían. Tonterías todo. No es que hablaran de Luke ni nada. No habría adivinado que era de él de quien hablaban.

—Pero es bonito que le hayan recordado, que le hayan hecho un pequeño homenaje.

Por la cara que puso, Laura pareció estar a punto de decir algo grosero y despreciativo, pero se calló.

—Te presento a Gary —dijo Julie—. Es un viejo amigo. Fuimos juntos a la escuela primaria.

Fue como si Laura no la hubiera oído.

—La abuela dice que la cena está casi lista.

Gary se levantó.

—Debería irme.

—¿Por qué no te quedas? —dijo Julie—. Come algo con nosotras.

Pero él veía que ella había vuelto al modo comatoso. Actuaba con el piloto automático.

—Esta noche trabajo —dijo—. Una actuación en el Sage.

Fue hacia la puerta. Se preguntó si Julie se levantaría para acompañarlo, pero ella parecía otra vez perdida en sus pensamientos. Fue Laura quien le abrió para dejarlo salir. Los niños pararon de jugar para mirar y las mujeres en los escalones levantaron la cabeza de sus revistas. Gary se esperaba que a Laura la intimidara la atención. A él mismo le costaba afrontarla. Tuvo ganas de gritarles:

«¿Qué os habéis creído, qué estáis mirando?». Supuso que Laura cerraría la puerta enseguida y entraría. Pero no lo hizo. Se quedó allí mientras él subía a la

furgoneta y se marchaba.

El martes por la mañana, Vera había convocado al equipo para una reunión a primera hora. Charlie parecía que hubiera dormido en su mesa; sin duda, no se

había afeitado. Joe tenía cereales pegados a la camisa. Solo Holly parecía despierta y viva. Viéndola tan en forma y tan bonita, Vera sintió una envidia horrible y destructora. Ni cuando era joven había tenido ese aspecto. Cuando llegó estaban todos sentados a la mesa redonda. Joe hablaba de Clive Stringer.

—¿Qué pasa con él? —dijo Vera, que llegó al final de la conversación.

—Si lo que buscamos es un chalado, él es muy raro.

¿Lo es?, pensó Vera. Ella había crecido con varios jóvenes como ese.

Solitarios, obsesivos. Acólitos de su padre.

—Bueno, se pasa el día con la mano en el culo de un pájaro muerto, no tiene amigos aparte del grupo de Fox Mill, no tiene novia.

Vera se preguntó si Joe la describiría a ella como una chalada. Ella tampoco tenía muchos amigos.

—¿Cuál es su motivo? —preguntó.

—No lo sé. Quizá quería ligarse a Lily y ella lo rechazó.

—Necesitaríamos alguna prueba de que se conocieron. Y eso no explica lo de Luke.

—¿Envidia, entonces? Eran atractivos y jóvenes. A lo mejor eso fue suficiente para él.

—No hay pruebas —dijo Vera—. Nada. Y él no tiene transporte.

—Tiene permiso de conducir. Nada le impide tomar prestado un coche.

—¿De quién? —preguntó Vera—. Tú mismo has dicho que no tiene amigos.

—Podría haber robado uno, alquilarlo.

—Sí —concedió Vera—. Podría. Mira en los alquileres de coches. Lo

recordarían.

—También deberíamos hablar con su madre.

—Por supuesto —dijo ella, conteniendo el mal genio por los pelos—. Pero mantengamos una mente abierta.

Entonces Joe se calló, y a Vera le pareció que se había ofendido. Él pensaba que hacía suficiente tiempo que trabajaba con ella como para que no tuviera que decirle eso. A menudo era él quien tenía que mantenerla a raya.

—Veamos —dijo Vera—. ¿Qué más tenemos? —Aunque lo que quería decir era dadme algo útil. Ni especulaciones ni prejuicios. Mantuvo la voz tranquila.

No era el momento de transmitir pánico, a pesar de que a esas alturas ya deberían tener a un sospechoso. Volvió a tener la sensación del paso del tiempo,

la posibilidad de que fueran asesinatos al azar sin un motivo comprensible, de encontrar a otro joven atractivo ahogado y cubierto de flores.

Charlie se movió en la silla, se aclaró la garganta de una forma que a Vera le recordó a los borrachos en los portales a punto de escupir. Le dieron ganas de vomitar.

—He descubierto de dónde salía el alquiler de Lily.

—¿De dónde?

—Una cuenta de una caja de ahorros a su nombre. La North of England.

Había una cartilla entre las cosas que el equipo de registro encontró en su habitación. Extendía un cheque de esa cuenta cada mes.

—¿Qué dinero se ingresaba allí? ¿El sueldo de la tienda de ropa?

—No, ya te lo dije. Se lo pagaban directamente a su cuenta corriente. —Se echó atrás en la silla. Vera sintió ganas de gritarle que acabara de una vez—.

Pagaba quinientas libras cada seis semanas, más o menos. —Calló de nuevo—.

En efectivo.

—¿De dónde sacaría tanto dinero?

Él se encogió de hombros.

—A lo mejor era acompañante de lujo para complementar el sueldo. Algunas estudiantes lo hacen. O eso tengo entendido.

En otra ocasión habría habido risitas. «¿Cómo lo sabes, Charlie?» Pero debieron de darse cuenta de que Vera no estaba de humor para bromas.

Vera recordó la ropa en el armario de Lily, la ropa interior cara, las prendas que transmitían elegancia.

—Supongo que es probable. Llevad una foto a algunos de los hoteles posibles de la ciudad. A ver si alguien la reconoce.

Holly levantó el brazo de la mesa. Una alumna educada que quería intervenir.

—¿Sí? —Vera esperó que no se le notara la impaciencia.

—O podría tener un amante rico...

—¿Alguna prueba de eso?

—Hablé con sus compañeras de piso.

—A mí me dijeron que no había ninguno. —Vera vio que, sin poder evitarlo, había hablado a la defensiva—. Al menos que, si existía, ellas no sabían nada de él.

—Les daba vergüenza reconocer que habían escuchado una de las conversaciones telefónicas de Lily. Hay un supletorio en la cocina. Solo lo hicieron una vez. Estaban desesperadas por saber qué pasaba. Sabía que lo estarían, porque es natural, ¿no? Las presioné un poco. Lily hizo una llamada.

Descolgaron el teléfono de la cocina y escucharon.

—¿Y?

—Ningún detalle —dijo Holly—. Nada útil, como un nombre. Ni siquiera la prueba de que estaba teniendo una aventura con él. Creen que debió de sospechar que estaban escuchando, porque terminó la llamada muy deprisa.

—¿Qué descubrieron?

—Un hombre mayor. Educado, se expresaba bien. Una cita para cenar.

—Puede que no fuera nada. Un familiar. Un colega. El jefe de la tienda.

—No suena a un familiar —dijo Joe—. De haber habido alguien así en la familia, estoy seguro de que Phyllis, la madre, lo habría mencionado. Se habría pavoneado.

—Supongo que no hicieron nada útil —dijo Vera—. Como seguirla para ver cómo era él.

Holly sonrió.

—No. Estuvieron tentadas de reservar una mesa en el mismo restaurante, pero son chicas bien educadas. Pensaron que no estaba bien espiarla.

—Detesto a las chicas bien educadas —dijo Vera.

—Por suerte, las mujeres con quienes trabajaba en la tienda de ropa no fueron tan quisquillosas.

Vera sonrió lentamente. Pensó que al final quizá le gustaría Holly.

—¿Qué sacaste de ellas?

—Nada emocionante —reconoció Holly—. Quiero decir nada realmente útil.

Pero sí la confirmación de que los encuentros con el hombre mayor no eran una

cuestión familiar ni tenían nada que ver con el trabajo. Con las chicas de la tienda hablaba un poco más libremente. Creo que se sentía más cómoda con ellas. Le gustaba la idea de compartir piso con las pijas del sur, pero no tenían

mucho en común.

—Dímelo a mí.

Holly sacó un cuadernito, lleno de notas tomadas con su letra de colegiala.

Una empollona que quería impresionar.

—Hace unos seis meses se presentó en el trabajo con un anillo nuevo. Ópalo y plata. Antiguo. Dijo que era un regalo. Él lo había comprado cuando fueron a pasar el día en York. Fue la primera vez que pasaron la noche juntos...

Vera la interrumpió.

—¿Les dijo el nombre del hotel?

—No. Pero una de ellas se acordaba de lo que Lily había dicho de él: «Esto es lo bueno de salir con alguien más mayor. Saben cómo hacer bien las cosas».

Le preguntaron cuántos años tenía, pero no se lo dijo. «No lo entenderíais.» Una de ellas le preguntó si era lo bastante mayor como para ser su padre. No respondió, pero se rio y se imaginaron que probablemente lo era.

—¿No lo vieron nunca?

—No. Como he dicho, nada realmente útil.

—Ah, créeme. Hay muchas cosas útiles. Buscad el anillo. Charlie, ¿está con las cosas que trajo el equipo de registro?

—No lo creo.

—Compruébalo otra vez. No recuerdo haber visto algo así en el piso, pero puede ser que estuviera. También alguien puede ir a pasarlo bien en York, visitando anticuarios y joyeros. A menos que su misterioso amante pagara en efectivo, tenemos una razonable posibilidad de localizarlo. Y que alguien se ponga a llamar a todos los hoteles decentes.

—¿No es evidente? —dijo Joe.

—¿A qué te refieres? —Vera se volvió hacia él.

—Oímos decir a las alumnas de Peter Calvert que se había liado con una chica joven.

—Oímos que corría un rumor —dijo ella—. Nada definido, y ninguna prueba. Y aunque el rumor fuera cierto, hay un montón de alumnas jóvenes y atractivas en Newcastle para elegir. No significa que fuera Lily Marsh.

Además, pensó, Peter Calvert no es el único hombre mayor que flota por los márgenes del caso. Está Samuel Parr. Lily tenía un carné de las Bibliotecas de Northumberland, podría haberlo conocido. Si tuviera que elegir entre Peter Calvert y Samuel Parr, sé con cuál me quedaría. Y las escenas elaboradas del crimen eran más del estilo de Parr. Pero no dijo nada al equipo. Se guardó la sospecha para sí misma. Un placer privado. Una posibilidad de sorprenderlos al final del caso. Si resultaba tener razón.

Se dio cuenta de que la miraban, esperando a que siguiera.

—¿Bueno? —preguntó—. ¿Algo más?

Joe se inclinó sobre la mesa hacia ella.

—He localizado a Ben Craven.

Vera sabía que el nombre le debería sonar, pero no era así. Él la miró. Vera vio que estaba complacido consigo mismo. «Te estás poniendo demasiado chulito para mi gusto.»

—El chico del que estuvo apasionadamente enamorada cuando cursaba sexto. El que llegó a obsesionarla tanto que falló en los exámenes de selectividad.

—Claro —dijo, como si lo tuviera clarísimo desde el principio. No engañó a nadie—. ¿A qué se dedica ahora?

—Se fue a la universidad. A Liverpool. Hizo un curso de asistente social.

Volvió al noreste el verano pasado. ¿Sabéis qué hace ahora? —Los miró a todos, saboreando el momento, antes de responder su propia pregunta—. Es asistente social psiquiátrico en el Saint George's. El hospital donde trataron a Luke Armstrong.

—¿Trabajó con Luke? —Vera no estaba de humor para juegos.

—No lo sé. No he podido hablar con él.

—No lo hagas. Hasta que haya podido hablar con Julie. No queremos que se asuste.

¿Por qué no se lo había dicho Joe en cuanto lo había localizado? Sintió ganas de exigirle una explicación. Pero aquel no era el lugar. Delante de los demás. Se está volviendo complaciente, pensó. Petulante. Se cree que me tiene en un puño. Quizá él presintió su enfado, porque se deshizo en excusas.

—He hablado con su madre ahora mismo. Antes de la reunión.

Yo también lo subestimo, se dijo Vera. Pienso en él como si fuera de la familia, espero más de él de lo que es normal.

—La esposa de Samuel Parr se suicidó —dijo—. Quiero antecedentes, cómo murió. Charlie, ¿te encargas tú?

Él asintió y apuntó algo en un papel.

—¿Algo del faro? ¿Alguien recuerda haber visto a un asesino con el cuerpo de una chica bajo el brazo? —Sabía que no tenía gracia, pero la estaba sacando de sus casillas. La sangre fría del asesino. La cara dura.

—Por ahora, nada útil. Alguien dijo que unos operarios de Northumbria Water estuvieron trabajando allí durante una hora. Comprobaré si vieron algo.

—Bueno —dijo Vera con intensidad—. Todos tenemos cosas con las que trabajar...

Charlie carraspeó de nuevo. La bola de flema parecía constantemente pegada a su garganta.

—Hay algo más. Probablemente no sea nada.

—¡Escúpelo, Charlie! —En cuanto le salieron las palabras pensó: Pero no

literalmente. Eso no.

—Encontré esto entre los papeles que nos dio el equipo de registro —dijo—.

Y pensé que, con lo de las flores, podía ser importante.

Lo mostró dentro de una bolsa de plástico transparente. Un trozo de tarjeta color crema, tamaño postal, y pegada a ella una flor prensada. Amarilla, delicada. ¿Alguna clase de arveja?, se preguntó Vera. Cuando era pequeña estaba

de moda prensar flores. Uno de los maestros les había enseñado cómo hacerlo.

Ponías la flor entre papel secante y le colocabas encima libros que pesasen —en casa de Vera los había en abundancia—, pero nunca le había visto la gracia.

Vaciando la casa después de la muerte de Hector encontró uno de sus intentos entre las páginas de una de sus guías de campo. Una primula, recogida,

aplastada, y olvidada durante más de treinta años. Había ido a parar a la hoguera con el resto de las porquerías.

—¿Algo escrito detrás?

Charlie le dio la vuelta a la bolsa de plástico. «XXX», en tinta negra. Una hilera de besos. Podría haber sido una tarjeta hecha por un niño a su madre. Pero

aquello era diferente, sospechó Vera. ¿Una prenda de amor?

—¿Había sobre?

—No, estaba así.

—Entonces no hay posibilidad de ADN.

—Apunta a Peter Calvert, ¿no? —dijo Joe Ashworth cautelosamente.

—Tal vez. —Le costaba imaginar al arrogante profesor tomándose el tiempo y la molestia de hacer la tarjeta. ¿No era la clase de cosa de la que se burlaba?—.

A lo mejor la hizo Lily y no llegó a enviarla. O podría ser algo que preparaba para hacer con los niños de su clase. Llévalo a la Científica. Puede que nos

digan algo sobre la cola.

Permaneció sentada a la mesa cuando los demás se hubieron marchado. Se sirvió lo que quedaba de café en la jarra, y se tomó su tiempo para beberlo. No podía librarse de la sensación de que alguien estaba jugando con ella. Era una pieza en un tablero de juego elaborado. Los asesinatos de verdad no eran así. Eran brutales y sucios. Normalmente sin planificación, siempre horribles. Intentó recordar a Julie Armstrong viendo la tele en la sala de Seaton, a Dennis Marsh escondiéndose en el invernadero; intentó convencerse de que no lo estaba disfrutando cada minuto.

El médico le había recetado a Julie pastillas para dormir. Cada noche pensaba que no le funcionaría, y en cambio el sueño llegaba en un instante. Era como si

te golpearan en la cabeza, una inconsciencia repentina. Por primera vez, aquella

mañana recordó haber soñado. Se despertó bruscamente, como siempre con las

pastillas. Era temprano por la mañana. Lo supo por el canto de los pájaros y porque no había tráfico en la calle. Las cortinas eran finas y dejaban pasar la luz: volvía a hacer sol.

Su primer pensamiento fue para Luke, como lo había sido cada mañana

desde que su hijo murió. La imagen de él en la bañera, el olor fuerte, la condensación resbalando por el espejo sobre el lavabo. Pero también fue

consciente inmediatamente de que él no había sido el tema de su sueño. Había sido un sueño sensual, el tipo de sueño que evocaba despierta después de que Geoff se marchara, cuando creía que no volvería a tener sexo con un hombre. En

este sueño, ella y Gary caminaban por una playa de noche. Había una gran luna

en el horizonte, el sonido de las olas. La clase de cosas que lees en una revista

curiosi, de esas que las señoras mayores como su madre se llevaban para viajar en

autobús. Pero entonces el sueño cambiaba y estaban en las dunas, haciendo el amor. Recordaba el peso de él sobre ella, la arena rascándole la espalda y los hombros, su lengua en la boca. Ahora era como el recuerdo de un suceso real, no

un sueño. Echada en la cama, se puso la mano derecha sobre el pecho izquierdo

y le pareció que estaba sensible, como si lo hubiesen tocado y presionado.

Empezó a bajar la mano hacia el vientre y entre las piernas, pero se detuvo.

Sintió un ataque de culpa. ¿Qué estaba haciendo? ¿Cómo podía plantearse el sexo en un momento así? ¿Qué clase de madre era? Debería haber echado a Gary

el día anterior. ¿Qué la había poseído para dejarlo entrar?

Miró el reloj despertador de la mesita. Casi las seis. Apretó el mando y la tele portátil de la cómoda se encendió. Se adormiló mirando las imágenes, sin

escuchar las palabras, hasta que entró su madre con un té y un montón de cartas.

Vio que había más tarjetas. Todos sus amigos le enviaban mensajes de apoyo, diciéndole lo mucho que lo sentían. Sabía cómo serían. Imágenes de cruces e iglesias y lirios. No había pisado una iglesia desde el bautismo de Laura; se preguntó qué tendría la muerte que los volvía a todos tan religiosos. No había sido capaz de abrir el correo, y añadió los nuevos sobres al montón de cartas sin

abrir de la mesita.

Se esforzó toda la mañana por apartar a Gary de sus pensamientos. Su madre debió de presentir que estaba más inquieta de lo normal e intentó distraerla. O

quizá pensó que Julie ya había llorado bastante y era hora de que volviera a la

normalidad. No era sentimental y se irritaba fácilmente. Hizo que Julie se levantara para desayunar y después la obligó a preparar un almuerzo para que Laura se llevara a la escuela. Cuando la niña se marchó y Julie seguía sentada a

la mesa de la cocina, mirando al infinito, trajo el montón de cartas y tarjetas del dormitorio.

—Tienes que contestarlas, Julie. No puedes ignorarlas. Sería una grosería.

Julie había estado soñando despierta, preguntándose dónde estaría Gary hoy.

Tenía su número de teléfono, ¿no? Podía llamarle. Fantaseaba con que él venía y

la recogía, y la llevaba a trabajar con él. Allí había una sala oscura, luces parpadeantes y un grupo de rock. Música realmente alta que apagaría cualquier

otro pensamiento de su cabeza. El retumbar del bajo que sentiría vibrar por todo

su cuerpo. Entonces la culpa la asaltó de nuevo y, como una especie de penitencia, se sentó como le había dicho su madre, con una taza de café con leche al lado, y empezó a abrir las tarjetas.

Cuando sonó el timbre, se le aceleró el pulso. Gary había vuelto. Su madre estaba arriba haciendo las camas, pero gritó de todos modos.

—Tranquila. Ya voy.

Y Julie no se movió y se obligó a respirar lentamente, repitiéndose una y otra

vez que estaba mal pensar en un hombre en un momento como ese. Entonces oyó la voz de Vera Stanhope, lo bastante fuerte como para que la escucharan en

toda la calle, y le entraron ganas de llorar.

Vera entró en la cocina y se sentó a su lado.

—Perdone que vuelva a interrumpirla. Solo unas preguntas más.

Entonces vio lo que estaba haciendo Julie, se fijó en la tarjeta abierta sobre la mesa.

—Qué bonita. ¿Ha llegado hoy?

Y por primera vez Julie miró la imagen de la tarjeta. Esta vez no era una iglesia. Era una de esas cosas hechas a mano con gusto que cuestan una fortuna.

Una flor prensada sobre una tarjeta gruesa color crema. Se dispuso a cogerla para leer el mensaje del dorso, pero Vera la detuvo, la paró físicamente colocando la gran zarpa sobre la mano de Julie.

—Hágame el favor. Podría ser importante. ¿Ha llegado hoy?

—No estoy segura —dijo Julie—. No he sido capaz de abrirlas. Han ido llegando desde el viernes.

—¿Todavía tiene el sobre?

—Sí, está allí, en la mesa.

Miró, aturdida, cómo Vera sacaba un bolígrafo del bolsillo y daba la vuelta al sobre para ver el matasellos y la dirección. No entendía qué podía ser tan importante, tampoco le importaba, miró por la ventana el tractor que daba vueltas en un campo a lo lejos.

—No está dirigido a usted —oyó que decía Vera—. Está dirigido a Luke.

Entonces miró el sobre, que era blanco, no crema, y no parecía hacer juego con la tarjeta.

La dirección estaba escrita en tinta negra y en mayúscula: LUKE

ARMSTRONG, 16 LAUREL WAY, SEATON, NORTHUMBERLAND. Sin distrito postal.

Miró a Vera.

—No puede ser —dijo—. Esto no es Laurel Way, es Laurel Avenue. Laurel Way está al lado de la escuela. —De todos modos, no entendía a qué venía tanto jaleo.

—Se envió el martes —dijo Vera—. Con franqueo urgente. De haber puesto bien la dirección, habría llegado el miércoles.

—Si hubiera llegado el miércoles, Luke la habría abierto. Yo nunca habría abierto una carta dirigida a él. Puede que no lo hubiera hecho hoy de haberme dado cuenta. Di por sentado que era para mí. —Miró a Vera sentada allí, con el

ceño fruncido—. Llegó con las otras el viernes. Por fuerza. ¿Es importante?

—Probablemente no. A ver qué sacamos en claro. ¿No tendrán unas pinzas para prestarme?

Julie subió a buscarlas, contenta de poder hacer algo. Su madre estaba en el

baño. Julie oyó el sonido del agua y el silbido del espray limpiador. Su madre limpiaba la bañera cada día, inclinada encima, fregando tan fuerte que parecía que el color fuera a traspasarse al trapo. Daba igual. Julie todavía no había sido

capaz de usarla. Pero la puerta del baño estaba cerrada, y así no tenía que explicar lo que pasaba. De nuevo en la cocina, Vera levantó la tarjeta

cuidadosamente con las pinzas y le dio la vuelta. El dorso estaba en blanco.

—Una broma quizá —dijo Julie.

—Sí. Quizá. Pero me la llevaré, si no le importa. Haré que la examinen.

Julie tuvo un momento fugaz de curiosidad, pero pasó. En serio, ¿qué importaba lo que se trajera entre manos la inspectora? Encendió el hervidor para preparar café para Vera. Cuando volvió con una taza en la mano, la tarjeta y el sobre habían desaparecido.

—¿Decía que tenía preguntas? —No le interesaba, solo quería acabar cuanto

antes. ¿Por qué? ¿Para poder volver al mundo de fantasía de *heavy metal* sin sentido y a un chico al que había perseguido por el patio cuando tenía seis años?

Abrió la lata de galletas y la empujó por encima de la mesa. Vera tomó una integral de chocolate y la mojó en el café, la mordió rápidamente antes de que se deshiciera.

—¿Tenía Luke una asistente social?

—Había alguien que venía cuando empezó a tener problemas en la escuela.

¡Una metomentodo! —Hacía años que Julie no pensaba en ella. Llevaba chaquetas de punto largas y zapatos planos, medias gruesas de colores raros.

Tenía un lunar a un lado de la nariz. Mentalmente, Julie la llamaba «la bruja»—.

No me acuerdo de cómo se llamaba.

—¿Alguien más recientemente?

—Yo no necesitaba ninguna asistente social. Me las arreglaba perfectamente.

—Miró a Vera con desconfianza—. Y no necesito a nadie que venga a darme su opinión. Ya es bastante malo tener a mi madre en casa.

—Sé que se las arregla —dijo Vera, de una forma que Julie supo que era sincera—. Pero buscamos conexiones entre Luke y la chica que fue asesinada.

Nos podría ayudar a descubrir lo que pasó. ¿Habló con alguno de los asistentes sociales del hospital?

—No lo creo. Pero es posible. Bueno, no es un hospital normal donde las enfermeras llevan uniforme y sabes quién es quién. Todos parecían iguales.

Médicos, enfermeras, psicólogos. Todos tan jóvenes que parecían recién salidos de la escuela. Llevaban identificaciones, pero nunca me molesté en mirarlas.

Tenía tal lío en la cabeza que sabía que no me acordaría. Y cada vez que iba había alguien nuevo.

—Este era joven —dijo Vera—, apenas salido de la universidad. Se llama

Ben Craven. ¿Le suena de algo?

Julie quería ayudar. Quería hacer sonreír a Vera, complacerla, pero cuando pensaba en aquellas visitas al hospital todo se volvía borroso. Lo único que recordaba era el olor —colillas de cigarrillo y comida pasada— y los ojos grandes y angustiados de Luke.

—Lo siento —dijo—. Podría ser que estuviera. No lo sé.

—Pero ¿nunca vino a su casa?

—Oh, no. —Julie estaba bastante segura de eso—. Nunca vino a casa.

Mientras estaba yo, al menos.

—Si hubiera venido alguien mientras usted estaba trabajando, ¿Luke se lo habría mencionado?

Julie se lo pensó.

—No estoy segura —dijo—. Las ideas no le duraban mucho en la cabeza.

No conseguía retenerlas. No pretendía guardar un secreto, pero podría ser que no se le ocurriera.

—¿Lo sabría Laura?

—Es menos probable que Luke hablase con ella que conmigo.

Hubo un silencio. Julie presentía que la inspectora quería marcharse, pero después de haberse molestado por la llegada de Vera ahora no le apetecía que se fuera.

—Si se entera de algo —dijo—, ¿vendrá a decírmelo? ¿Enseguida?

Vera se levantó y llevó la taza al fregadero para enjuagarla.

—Pues claro —respondió—. Enseguida. —Pero lo dijo dándole la espalda a Julie mientras hablaba, y por eso no le quedó claro si podía creerla o no.

Felicity dejó a James en el autobús escolar y volvió caminando lentamente a Fox Mill. Desde el cumpleaños de Peter no había cambiado nada concreto. Seguía limpiando, comprando y cocinando cada noche. Se aseguraba de que James hiciera los deberes, y durante la cena le preguntaba a Peter si había tenido un buen día en el trabajo. Dormía a su lado en la cama.

La noche anterior había intentado hablar con él de la chica fallecida. A través de la ventana abierta llegaba el olor del jardín, pero bajo la hierba cortada y la madreSelva podía intuirse el mar. En su cabeza volvió a la torre de vigilancia, al aire salado y limpio, las algas y las flores flotando en el agua.

—¿Crees que ya sabrán quién la mató? —preguntó.

Estaba echada boca arriba, mirando el techo. Sabía que él estaba despierto, pero tardó tanto en contestar que se preguntó si fingía estar dormido.

—No —dijo por fin—. No creo que tengan ni idea. Hoy han venido a hablar conmigo. Aquella inspectora y un hombre más joven.

—¿Qué te han dicho? —Se volvió de cara a él; solo podía distinguir la forma de su rostro. Hacía tiempo le habría tocado la frente, los párpados, el cuello. Sus labios y el interior de su boca. Le había encantado la intimidad de la piel de él en sus dedos. Ahora ni siquiera sus pies se tocaban.

—Me preguntaron si podía identificar las flores. No estoy seguro... Podría haber sido una excusa.

—No pueden pensar que uno de nosotros tuvo algo que ver.

—No —dijo él con naturalidad—. Por supuesto que no. —Y la abrazó como habría hecho poco después de casarse. Un padre consolando a su hija. Ella se quedó muy quieta, fingiendo que se dejaba consolar.

Caminando hacia la casa, entrando y saliendo de la sombra proyectada por los saúcos, presintió que aunque en la superficie todo pareciera igual, de hecho

nunca volvería a serlo. En cuanto la idea le entró en la cabeza, la desechó por melodramática. El problema era que no tenía a nadie con quien hablar de ello.

Había contado a sus amigas que habían encontrado el cuerpo, claro; de hecho, los últimos dos días había descrito el incidente tan a menudo —por teléfono, en

diferentes cocinas frente a tazas de café y copas de vino— que ya no estaba segura de lo que era cierto. ¿Lo había embellecido ligeramente para darle emoción? Pero lo que no podía compartir con sus amigas era la sospecha, en el

fondo de su mente, de que alguien conocido podía ser el asesino. Como tampoco había confiado a ninguna de ellas la relación que mantenía con Samuel.

En la casa vacía, pensó que lo que necesitaba era compañía. El cumpleaños

de Peter se había echado a perder por el asesinato. Tenía que organizar una fiesta, una barbacoa, hacer volver a los chicos para celebrarlo como Dios manda.

Pero reconoció un punto de desesperación en los planes, y supo que si montaba

la velada sería horrible, peor que la última vez. Un fracaso. Entonces planeó invitar a sus hijas unos días, con sus parejas y familias. Podían tener una gran celebración familiar. Al menos en su papel de madre y abuela se sentía segura.

Aquella noche hablaría con Peter. Sería algo de que hablar. Llenaría el silencio mortal de la cena.

Cuando Joanna, la hija menor, venía de visita con su marido siempre se

quedaba en la casita. Era una tradición que había empezado cuando Joanna se fue a la universidad. Volvió un fin de semana con un grupo de amigos y Felicity

supuso que allí armarían menos escándalo. Podían pasarse la noche levantados bebiendo y escuchando música sin molestar a Peter ni despertar a James. Felicity

decidió que les prepararía la casa para su estancia. Metió trapos, recogedor y cepillo, bayetas y cera en un cubo y cruzó el prado hacia la casita. Su madre, arrodillada en la piedra fría para encerar bancos en los que nunca se sentaba nadie, le había hablado de la terapia de limpiar. Pondría en práctica la teoría.

No había vuelto a entrar desde el fin de semana, cuando Vera Stanhope le pidió verla por dentro, y nadie la había ocupado desde Navidad. A pesar del buen

tiempo, olía a humedad y moho. Antes no lo había notado tanto. Quizá era lo que

había disuadido a Lily Marsh de alquilarla. Quizá por eso se había ido precipitadamente sin dar una respuesta a Felicity. Dejó la puerta ajustada con una piedra y abrió todas las ventanas. Con la puerta abierta, el salto de agua parecía más cercano. Mientras trabajaba oía el agua fuera.

Deshizo la cama y dejó las sábanas y las fundas de almohada en una pila al pie de la escalera, quitó el polvo de la cómoda, la frotó con cera. Después se subió a una silla para limpiar la ventana del dormitorio, bajando la hoja para poder alcanzar la parte de fuera. Su humor ya estaba mejorando. Se puso a canturrear un fragmento de una canción que James había traído a casa de la escuela. Cogió una escoba del armario de la cocina y barrió debajo de la cama, empujando el polvo delante de ella sobre las tablas lisas de madera. Recogió el montón con el recogedor, se dio cuenta de que no había llevado bolsas de basura y lo bajó con cuidado.

Fregó las baldosas del baño, frotó la parte de arriba del horno y dentro de los armarios de la cocina, barrió más polvo en una pila. Entonces decidió que necesitaba un café. Había un bote de instantáneo en la casita y algo de leche en polvo, pero se merecía algo mejor. Dejó la casita abierta para que se ventilara y fue a la casa. La hierba larga le acariciaba las piernas desnudas mientras caminaba por el campo.

Encendió el hervidor y miró el móvil. Un mensaje. Era Samuel. Insípido y distante, como siempre: «Si tienes un momento, me llamas. No es urgente». Pero

incluso ese contacto la emocionó. Presintió que querría quedar, se imaginó entrando en la casa de Morpeth, su recibimiento. Marcó su número directo. No

hubo respuesta. La desilusionó, pero también la complació. Lo intentaría de nuevo más tarde, y así tendría algo en que pensar. Satisfacción aplazada. Sirvió

el café en una taza termo. Pensó que la llevaría a la casita, tomaría el café sentada en el escalón mirando el agua. Reconoció lo infantil que había sido la mañana. Mary Barnes había hecho limpieza general de la casita hacía meses, y

lo volvería a hacer si Felicity le decía que Jo vendría a pasar unos días. Aquella

mañana se había comportado como una niña jugando a las casitas. En el último momento recordó que necesitaba una bolsa de basura y fue a buscarla.

Mientras se tomaba el café recordó a Samuel, su larga columna y su espalda esbelta. Otra vez comportándose como una niña, pensó. Ya era hora de madurar.

Pero sonrió para sí misma. Volvió a la casita y cerró las ventanas. Tiró de la cadena del inodoro para que se tragara la lejía. Recogió el polvo e inclinó el recogedor sobre la bolsa de basura. Y vio que algo brillaba. Dejó el recogedor, se

inclinó y recuperó el objeto. Un anillo. Muy bonito. Piedras azul verdoso en una montura de plata ovalada. Un diseño *art déco*. Vagamente familiar. Debe de ser de una de las chicas, pensó, contenta de haberlo rescatado. De Joanna,

probablemente. Era la clase de cosa que le gustaría. Qué despistada, no darse cuenta siquiera de que lo había perdido.

No fue hasta que no volvió a la casa, en su dormitorio, en la silla de mimbre

junto al teléfono, a punto de volver a llamar a Samuel, cuando se acordó de dónde había visto el anillo. Había sido en el dedo de Lily Marsh. Felicity se

había fijado cuando Lily fue a ayudar a James con su violín después de que bajaran del autobús. Entonces ya lo había codiciado en secreto. Debía de ser demasiado grande para el dedo de la chica y se le resbaló en algún momento durante la visita. Felicity lo dejó sobre la cama. El edredón era de un algodón blanco grueso y el anillo destacaba magníficamente. Tuvo la tentación de

quedárselo. Se lo puso en el dedo medio. Le iba a la medida. ¿Quién lo sabría?

Desde su amistad con Samuel, toda clase de travesuras le parecían posibles.

Disfrutaba con la idea de comportarse como no debía, contra las expectativas de su familia y amigos, que la habrían descrito como una muy buena persona. Con el anillo todavía en la mano marcó el número de Samuel. Él respondió inmediatamente.

—Parr.

—Soy Felicity. Me has llamado. —Siempre se identificaba, aunque sabía que

él reconocería su voz. Aunque no hubiera nadie escuchando, mantenían la farsa de que no había entre ellos más que una buena amistad. Hasta que estaban solos en su casa.

—Muy amable de devolverme la llamada. —Calló un momento—. ¿Cómo estás?

—Bueno —dijo ella—. Ya sabes...

—¿Y James?

—Oh, él también está bien.

—No habrás sabido nada más de la Policía...

—Ayer fueron a ver a Peter al trabajo.

—La inspectora también vino a verme. A casa. —Felicity sintió un momento de asco. Era casi sacrílego, aquella mujer grandota y fea sentada entre las preciosas cosas de Samuel—. No estoy seguro del todo de lo que quería.

Felicity no supo qué decir y se encontró hablando de la intrascendente información que todavía tenía fresca en la cabeza.

—Acabo de encontrar una pieza de joyería que perteneció a Lily Marsh. Un anillo. Estaba en la casita. Se le debió de caer mientras le enseñaba el sitio.

—¿Se lo has dicho a la Policía?

Felicity se sorprendió con su tono de urgencia.

—No, todavía no. —Mantuvo su tono ligero y alegre—. Es muy bonito.

—¡No te lo puedes quedar! —Estaba estupefacto—. Tienes que decírselo. Ahora mismo. Si no lo haces, pensarán que tienes algo que ocultar.

—No puede ser tan importante. Saben que estuvo en la casita.

—Da lo mismo —dijo—. Lo considerarán una prueba.

—De acuerdo. Era broma. —Intuía que Sam podía ser muy moralista y

virtuoso.

—Y solo pensaba en ti. —Eso era lo más íntimo que se permitía por teléfono, y a Felicity la conmovió sorprendentemente—. Llama a la inspectora Stanhope, por favor. Ahora.

—De acuerdo.

—¿Me lo prometes?

—Sí —dijo—. Te lo prometo. —Después—: ¿Estás libre esta tarde?

—No. Tengo una reunión.

No supo si le decía la verdad o si todavía le ponía nervioso que pudieran verlos juntos. Quizá se imaginaba a la inspectora llamando a su puerta,

exigiendo que le dejara entrar, mientras hacían el amor. Qué poco le gustaría que

lo pillaran sin tenerlo todo controlado. Pensó que su relación con Samuel era algo que también había cambiado a raíz del descubrimiento del cadáver de Lily

Marsh.

—Tengo que irme —dijo—. Me reclaman en el mostrador. — Colgó sin despedirse.

Felicity se quedó sentada mirando el faro por la ventana. Rielaba en la neblina de calor. Después descolgó de nuevo el teléfono para hablar con la Policía.

Vera había quedado con Ben Craven en un centro de día para pacientes

psiquiátricos. Ben trabajaba allí un día a la semana, atendiendo a los pacientes que habían sido dados de alta del hospital. Estaba en las afueras de un pueblo costero que había sido famoso por sus dársenas. En la actualidad solo podía reivindicar la fama de ser la capital de las drogas del noreste.

De camino paró en la biblioteca del centro del pueblo, un edificio gótico de

ladrillo rojo, con una torre del reloj y una gran pintura en el vestíbulo de un barco con las velas desplegadas. Encontró una antología de cuentos de Samuel Parr en un estante marcado como AUTORES LOCALES. No estaba segura de

qué pensaría él de que lo expusieran así. ¿Era un honor? ¿O significaba que no

era lo bastante bueno para ir a los estantes de los escritores de verdad? Lo hojeó

un momento, pero no pudo encontrar el cuento que había escuchado en la radio.

Al final decidió llevárselo de todos modos. Fue a llevar el libro y su carné de biblioteca a la empleada.

—Es un hombre encantador —dijo la mujer—. El año pasado vino a dar una charla. Trabaja con nosotros, por supuesto.

Esto hizo que Vera pensara en su última conversación con Samuel Parr. Le había dicho que le diría qué había estado leyendo Lily. Todavía intrigada, pero también interesada en cuál sería la reacción de Parr a la petición, decidió insistir.

Sentada en el coche, telefoneó a la biblioteca de Morpeth y preguntó por él.

—Ah, sí, inspectora. Voy a consultarlo en el ordenador. ¿Cómo se llamaba?

¿Lily Marsh?

¿Se puede saber a qué juegas?, se preguntó Vera. Por supuesto que recuerdas el nombre de la chica. Encontrasteis el cadáver.

—No hay nada que llame la atención en su historial, inspectora. Me temo que no puedo ayudarla.

Vera colgó, sintiendo una absurda decepción.

El centro de día psiquiátrico había sido una guardería anteriormente y, al entrar, Vera tuvo la sensación incómoda de que todo —incluso el personal—

había retrocedido a la infancia. En una de las salas había una clase de arte. Los

pacientes llevaban delantales rojos para proteger la ropa, usaban pinceles gruesos y pintura acrílica brillante. En otra había una especie de clase de música

con panderetas, platillos y un par de xilófonos. Pero por todas partes olía a tabaco. Nunca le había preocupado mucho que los demás quisieran matarse, pero

lo sentía en la garganta y los pulmones y supo que tendría que cambiarse de ropa

para librarse de la peste. Tuvo que cruzar la sala común para encontrar al asistente social. Las sillas estaban dispuestas en pequeños grupos, pero nadie parecía hablar con nadie. Todos fumaban. Una mujer delgada hablaba en voz baja. Algo elaborado sobre su alquiler y el ayuntamiento, que la perseguía. Las

demás personas de la sala la ignoraban.

Craven tenía un despacho pequeño al final de un pasillo. Tenía la puerta abierta, y Vera lo vio antes que él a ella. Estaba sentado a una mesa, tecleando a

una velocidad que ella nunca había logrado. La primera impresión fue que era guapo. Era la clase de joven que detectarías en la calle, que seguirías con la mirada solo por el placer de verlo moverse. Alto, rubio, musculoso. La piel bronceada para destacar los ojos. Tenía los ojos entornados mirando la pantalla,

pero Vera sabía que eran azules. Debía de figurar en las fantasías de muchas de

sus pacientes femeninas. No era de extrañar que Lily Marsh se hubiera

enamorado de él. Menuda pareja habrían hecho.

La oyó acercarse y levantó la cabeza.

—¿Sí? —Solo una palabra, pero aquel tono amable y condescendiente que

los profesionales utilizan con los locos. Una sonrisa para hacerlos sentir cómodos. Creía que era una paciente. Vera se preguntó si ella hablaba así a los

testigos. Como si fueran niños.

—Vera Stanhope —dijo—. Inspectora. Teníamos una cita. —Lo bastante

brusca como para hacerlo sentir mal. Un juego de poder tonto que normalmente

despreciaría.

Él apagó el ordenador, se levantó en el mismo movimiento y le ofreció la mano.

—Inspectora. ¿Un té? ¿Café?

—No, gracias —dijo Vera.

—¿Se trata de uno de nuestros pacientes? Quizá mi jefa debería estar presente.

Vera lo ignoró.

—Mire —dijo—. ¿Podemos hablar en otro sitio? ¿Ir a comer algo, quizá?

—¿Los enfermos mentales la incomodan, inspectora?

—No diga tonterías, joven. He trabajado con más chiflados que cenas calientes ha comido usted. Y no me refiero solo a delincuentes.

Él sonrió, y Vera creyó que podía ser humano al fin y al cabo.

—Normalmente a esta hora me tomo un descanso.

Salieron a la calle. Al otro lado había una franja estrecha de dunas, y después el mar. A lo lejos, una central eléctrica en proceso de demolición. La condujo a

una hilera de casas eduardianas simétricas, todavía magníficas a pesar de su entorno, y a un pub. El Mermaid. Sobre la puerta, una talla de la proa de un barco. De noche probablemente traficaban con drogas, como en cualquier otro sitio del pueblo, pero entonces estaba tranquilo y pacífico. Un par de viejos con

la respiración sibilante propia de los mineros jugaban al dominó en un rincón.

Una pareja de mediana edad en una mesa comía pastel de carne y patatas fritas.

Craven pidió zumo de naranja y un bocadillo. Vera se decidió por media

cerveza Workie Ticket y una hamburguesa. De pie en la barra esperando para pagar lo miró, iluminado por el sol polvoriento, hasta que se dio cuenta de que se

había quedado ensimismada y se giró.

—Luke Armstrong —dijo en cuanto se sentó—. ¿El nombre le suena de

algo?

—¿No es el chico que asesinaron en Seaton?

—¿Entonces, lo conocía?

—No, no trabajé nunca con él. Pero oí a otros empleados del hospital hablando. Cotilleos. Así fue como supe que había sido un paciente interno en el Saint George's. No creo que lo derivaran al departamento de asistencia social.

—¿No lo vio en el hospital?

—Puede que nos cruzáramos mientras visitaba a otra persona en la unidad, pero no me acuerdo. Oiga, creo que le sería más útil hablar con mi jefa. Ella sabrá si hubo alguna relación de los asistentes sociales con la familia.

—¿Qué me dice de Lily Marsh? —dijo Vera—. A ella sí la conocía.

Se quedó en absoluto silencio. Como una estatua. Dorado por la luz del sol.

Una pieza de arte que tendría en casa sin pensarlo dos veces, pensó Vera, solo medio en broma.

—No he visto a Lily desde que tenía dieciocho años.

—¿Se enteró de que también había muerto?

—Mi madre me llamó este fin de semana —dijo—. Me contó que había habido un accidente. Que Lily se ahogó. En algún sitio costa arriba.

Vera se preguntó si aquella era la versión que Phyllis había difundido por el pueblo cuando le habían comunicado la muerte de su hija. ¿Pensaba que era vergonzoso ser víctima de asesinato? ¿No era lo bastante bonito? No era una ficción que pudiera sostener durante mucho tiempo.

—Lily fue estrangulada. Como Luke Armstrong.

—¿Está diciendo que las dos muertes están relacionadas?

«También es listo. No solo una cara bonita.»

—No tenemos tantas muertes violentas en esta parte de Northumberland —dijo, sin disimular el sarcasmo—. Al menos no en una misma semana. —

Después, sin dejar de observarlo—: No parece muy afectado. Es un asunto feo.

Estuvieron muy unidos hace tiempo.

—Por supuesto que estoy afectado. —La miró—. Pero no sorprendido. La

verdad es que no. No creo en las víctimas naturales, pero no era una persona fácil de tener al lado. Había momentos en que sentía ganas de matarla. No era culpa suya. Lo veía incluso entonces. Yo quería entender. Puede que eso fuera lo

que me empujó hacia este tipo de trabajo. Pero no impidió que tuviera ganas de estrangularla.

—Cuénteme.

—Estaba enamorado de ella —dijo—. Aquella obsesión loca y apasionada que solo se tiene en la adolescencia. Quería escribirle poemas, pasar cada minuto con ella...

—Acostarse con ella —dijo Vera, servicial.

Él se rio.

—Bueno, eso también, supongo. Pero de una forma muy delicada y romántica. Habíamos leído a Lawrence. Me lo imaginaba en un claro de luna, sobre una pila de heno. Algo así. Los jóvenes son tan pretenciosos, ¿no?

Vera imaginó a Luke Armstrong y a Thomas Sharp, robando en las obras, pasando el rato en el muelle, apoyándose mutuamente cuando empezó el acoso.

No todos los jóvenes, pensó. Una mujer gordita y maternal llegó con su comida.

Vera esperó a que volviera a la barra antes de seguir.

—¿Estuvo a la altura de sus expectativas?

—Al principio.

Quería preguntar si lo habían hecho al aire libre, como en su fantasía, pero consideró que era demasiado lascivo. Era como uno de aquellos tristes detectives

de mediana edad que eran felices cuando les pedían que revisaran un montón de

pornografía requisada.

Estaba a punto de pedirle que siguiera, pero él lo hizo voluntariamente.

—Era otoño, al principio del quinto curso. Fue entonces cuando reuní el

valor para pedirle que saliera conmigo. Había un grupo que tocaba en el City Hall que sabía que le gustaba. Conseguí las entradas y le pregunté si quería ir.

Acababa de obtener el permiso de conducir y había convencido a mi madre para que me dejara el coche aquella noche. No había otra forma de volver a casa tan

tarde. Estaba muy nervioso antes de preguntarle si quería ir conmigo. Recuerdo que temblaba. Estábamos esperando en la parada de autobús para ir a la escuela.

Los dos habíamos llegado temprano y aproveché la oportunidad. Era uno de esos días preciosos que hace a veces en octubre. Soleado, con un indicio de escarcha.

Tartamudeé, me sentía como si tuviera ocho años. Ella sonrió. Entonces supe que

todo iría bien: «Creía que no me lo pedirías nunca». Solo dijo eso. Entonces llegaron otros chicos para coger el autobús.

—¿Cuándo se torcieron las cosas?

—Justo antes de la Navidad del año siguiente. Teníamos que estudiar para los exámenes de selectividad. Para ella era incluso más importante que para mí.

Tenía una plaza en Oxford pendiente de la nota. Pero de repente no parecía interesada en estudiar para los exámenes. Quería verme cada noche, aunque hubiéramos estado juntos todo el día en la escuela. Empecé a sentirme asfixiado.

—¿Y rompió con ella?

—Al principio no. Le propuse que saliéramos solo los fines de semana. Así el tiempo que estuviéramos juntos sería más especial.

—¿Lo aceptó?

Craven sacudió la cabeza.

—Todavía la quería, pero me estaba volviendo loco. Me acusó de ver a otras

chicas a espaldas de ella.

—¿Y lo hacía?

—¡No! Yo quería sacar una nota decente en selectividad para poder ir a la universidad. —Hizo una pausa—. Tuvimos una pelea espantosa. Habíamos

estado en el pub del pueblo donde vivía ella y volví caminando a casa. Ella había

bebido mucho. De golpe se volvió loca, empezó a gritarme e insultarme. Dijo que no la había querido nunca, que me había pasado la noche mirando a la chica

de detrás de la barra, que no lo podría soportar si las cosas iban así. Me harté.

«Bueno. Pues lo dejamos», dije. Ella estaba casi en casa, así que di la vuelta y

me puse a caminar. Me persiguió, suplicándome que cambiara de idea: «Lo siento, Ben, no lo puedo evitar. Es que te quiero mucho». Estaba lloviendo y pensé que parecía una loca sollozando, con el maquillaje corrido. No sabía qué

hacer. Estaba muy angustiada. De modo que la rodeé con un brazo y la

acompañé a su casa, esperé a que metiera la llave en la puerta y salí corriendo.

—Todo un caballero —dijo Vera.

—Era demasiado para mí. Debería haber hablado con sus padres, haberles

explicado por qué estaba tan angustiada, pero no me atreví. Me parecían viejos.

Muy tradicionales. Además, no hablas de estas cosas con tus padres. —Calló y

jugó con el vaso vacío—. Aquello fue un viernes. La semana siguiente ella no vino a la escuela. Sus padres mandaron una nota diciendo que tenía una

infección de garganta. Me sentí aliviado de no tener que verla. Creí que aquello

sería el final. Ella volvería a la escuela y todo volvería a ser como antes de que

saliéramos. La gente se pasaba la vida rompiendo. No era para tanto.

—Pero sí lo fue para Lily.

—Por lo visto, sí. Su madre me llamó y me pidió que fuera a ver a Lily. No

dormía, no comía. Tuve el sentido común suficiente como para negarme. Sabía

que si le daba el más mínimo ánimo todo empezaría de nuevo. Un par de semanas después volvió a la escuela. Estaba horrible, pálida y enferma. Me pregunté si tendría algún problema físico; yo tenía pesadillas en las que ella tenía una enfermedad incurable y yo hacía que empeorara. Pero estaba seguro de que

su madre la habría llevado al médico. De una forma curiosa, me sentía halagado.

¡Tener aquel efecto sobre alguien a quien había adorado! Lily se volvió solitaria y retraída. Nunca había tenido auténticos amigos. Hasta que no salimos no me di cuenta de lo sola que estaba. Pero seguí pensando que todo se arreglaría. Parecía refugiarse en los estudios. Creí que empezaba a superar la separación. No hubo grandes escenas. Al cabo de una semana, más o menos, parecía más animada.

Empezó a arreglarse un poco, me hablaba cuando se encontraba conmigo.

—Pero ¿no funcionó?

—Ojalá lo hubiera hecho. Ahora, por supuesto, me doy cuenta de lo deprimida que debía de estar. No estaba mejorando en absoluto. La ropa nueva, la amabilidad, todo formaba parte de su engaño de que volvería con ella.

Durante las vacaciones de Pascua hubo una crisis. Se presentó en mi casa muy arreglada y sonriente. «¿Adónde me llevas?» Se le había metido en la cabeza que habíamos quedado para salir. Yo no sabía qué hacer. Al final la llevé a casa de su madre. Cuando se dio cuenta de lo que sucedía se echó a llorar. Fue espantoso.

Fue entonces cuando empezaron las llamadas de teléfono. Llamaba docenas de veces al día. Yo sabía que estaba enferma e intentaba ser comprensivo, pero me agotó. Y volvió locos a mis padres. Cambiamos de número y pedimos que no nos incluyeran en la guía. No sé si la trataron o si salió sola de ello. La mayor

parte del siguiente trimestre estuve estudiando para los exámenes. No la vi mucho. La veía a veces de lejos cuando iba a una clase y procuraba mantenerme apartado.

—¿La ha visto desde entonces?

—No. Ni siquiera estaba en la escuela cuando fuimos todos a recoger los resultados de los exámenes. Supongo que era consciente de no haberlo hecho muy bien y no pudo afrontar vernos a todos celebrándolo.

—¿Desde entonces ha sido paciente en el Saint George's? ¿O paciente externa en el centro de día?

—No la he visto.

—Pero debió de sentir curiosidad —dijo Vera—. Ha reconocido que en parte es por ella por lo que hace este tipo de trabajo. ¿No comprobó si estaba en el sistema? Yo lo habría hecho.

No respondió a la pregunta enseguida.

—Todavía pienso en ella —dijo—. Fue mi primera novia. Probablemente la mujer más bella que he conocido. —Entonces miró a Vera—. Tendrá que preguntar al personal médico si fue tratada o no en la zona. Pero tiene razón. Sentí curiosidad. Y no encontré rastro de ella.

La camarera fue a recoger los platos y Ben se levantó para marcharse. Vera no se movió y él esperó, mirándola, consciente de que faltaba alguna pregunta.

—¿El nombre de Claire Parr le dice algo? Tenía casi cuarenta años, depresiva. Se suicidó.

—No —dijo. Se notaba que quería volver al trabajo.

—No importa. —Hablando para sí misma—. Supongo que fue antes de su época.

Vera telefoneó a casa de Clive Stringer desde el coche. Había aparcado detrás de las dunas y estaba mirando hacia la playa. Un anciano caminaba por la costa con la cabeza inclinada. De vez en cuando recogía un pedazo de carbón y lo guardaba en una bolsa de plástico de Aldi. Vera supuso que ahora probablemente vivía en un piso social con calefacción central, pero las viejas costumbres pesaban. Apretó el botón de llamar del móvil. Siguió sonando —no saltó ningún contestador al otro lado de la línea—, y estaba a punto de colgar cuando habló una mujer. Su voz era débil, sin aliento. Recitó su número.

—Señora Stringer.

—¿Sí? —Era la voz desconfiada de alguien acostumbrado a que la gente le vendiera cosas. Quizá su hijo le había dicho que colgara si llamaba algún desconocido.

—Me llamo Vera Stanhope, señora Stringer. Trabajo para la Policía. Quizá Clive le ha dicho que la llamaría. Se trata de la chica que él encontró muerta en el faro.

—No estoy segura...

—¿Está Clive en casa? Podría hablar con él. —Cruzó los dedos de las dos manos, y el móvil casi se le cae. A primera hora de la tarde, tenía que estar por fuerza en el museo.

—Está trabajando. Es mejor que le llame allí.

De nuevo Vera pensó que la mujer estaba a punto de colgar.

—Mire, estaré cerca de su casa en media hora. Pasaré a verla. Podremos hablar.

—En serio, preferiría que esperara a que Clive estuviera aquí. —Vera notó que percibía pánico en su voz. No significaba nada siniestro. Muchas personas

mayores tenían miedo a los desconocidos que llamaban a su puerta. Habían visto todos esos anuncios de prevención del crimen.

—No tiene por qué estar nerviosa. —Vera se oyó hablando con la voz de Ben

Craven de «usted está loco y yo sé lo que le conviene»; se estremeció—. Le mostraré mi identificación. Puede llamar a comisaría para asegurarse. —

Entonces apretó el botón de su móvil para colgar antes de que la señora Stringer empezara a protestar de nuevo.

Los Stringer vivían en un bungalow de preguerra en North Shields.

Antiguamente la calle era una carretera principal con árboles a cada lado, tráfico, una tienda en cada extremo, pero la zona circundante se había urbanizado y un

nuevo sistema de carreteras la había dejado asilada. Ahora Gunner's Lane

terminaba bruscamente en una pared de hormigón. Más allá, un centro deportivo

de vidrio y cemento proyectaba una sombra larga en el centro de la calle. Vera

conocía la zona. Había estado varias veces para visitar a Davy Sharp, y le había

sorprendido que viviera en un sitio tan discreto y respetable. Formaba parte de su

tapadera, de su habilidad para adaptarse.

Mary Stringer debía de estar esperándola. En cuanto Vera llamó, la puerta se

abrió inmediatamente, solo un poco. Era menuda, con unos rasgos pequeños y un cuello tan delgado que parecía imposible que sostuviera su cabeza.

—He llamado a Clive. Dice que no sabía nada de que fuera a venir a casa. —

Incluso a través de la rendija de la puerta, Vera podía ver que temblaba.

Vera no intentó entrar. Buscó la identificación en su bolso.

—Reconocerá que soy yo —dijo—. Mire la foto. No puede haber más de una persona en el noreste con una cara como esta.

—Clive dice que no tengo que hablar con usted.

—Y tiene razón, pero no querrá que toda la calle se entere de sus asuntos,

¿no?

No hubo respuesta. Vera podía ver que se estaba ablandando.

—Venga, cariño, déjeme pasar. He pasado por la pastelería y he comprado un par de milhojas de crema. Pongamos el agua a hervir y tengamos una charla civilizada.

Los milhojas de crema decantaron la balanza. La zarpa en la puerta se aflojó.

Vera la empujó suavemente y entró.

El interior de la casa no debía de haber cambiado mucho desde que Mary Stringer entró a vivir en ella. Estaba limpia y ordenada, pero el mobiliario era viejo, un tanto destartado. Vera se quedó en la puerta, esperando a que la mujer

mayor la guiara. Después de haber tomado la decisión de dejar pasar a Vera, parecía contenta de tener visita. Acompañó a Vera a una salita pequeña y demasiado llena, y se fue a preparar el té. Sobre la repisa de la chimenea había

una foto de su boda. Mary de blanco tradicional, y un hombre tan delgado como ella que parecía avisado y contento consigo mismo en un traje que le sentaba mal.

Mary volvió con una bandeja y vio lo que miraba Vera.

—Murió cuando Clive tenía un mes. Un accidente en el astillero. Se portaron bien. Me dieron una pensión.

—Pero debió de ser duro —dijo Vera—. Tener que lidiar sola con el niño.

¿Tenía familia que la ayudara?

—A nadie cerca. Los vecinos fueron maravillosos. No sé cómo me las habría arreglado sin ellos. En aquella época era una calle muy acogedora. Aún lo es, de hecho.

—Clive me dijo que usted echó una mano con Thomas Sharp cuando era un crío.

—Solo como un favor —dijo Mary rápidamente—. Bueno, me daban

algunas libras para cuidarlo cuando estaban agobiados. Ya sabe cómo era, con Davy entrando y saliendo de la cárcel. Yo no quería que los de la pensión se enteraran. O la seguridad social, porque nunca me saqué una licencia de

cuidadora.

—Estaba usted ayudando a una amiga. —Vera se preguntó si la ansiedad se debía a eso. Mary se había saltado alguna ley hacía diez años y todavía le provocaba pánico—. A nadie le importa eso ahora.

Y Mary se relajó y se puso a hacer de anfitriona. Sirvió el té en tazas que colocó sobre los correspondientes platos. Había platos de té a juego y Vera sacó

los pasteles pegajosos de una bolsa de papel, le pasó uno a Mary y se lamió el dedo.

—¿Llegó a conocer al amigo de Thomas, Luke Armstrong? —Era muy improbable, pero merecía la pena preguntarlo.

—No había visto mucho a Thomas últimamente. No hablábamos. Saludaba cuando pasaba para coger el autobús a la ciudad, pero nada más. No le culpaba.

¿Qué iba a querer de una vieja?

—Entonces Clive debió de conocerlo bien.

—Era muy bueno con Thomas cuando era un bebé. Hasta le cambió el pañal alguna vez. No lo esperarías de un chico joven, ¿no? Lo sacaba a pasear en el cochecito cuando empezó a andar.

Vera pensó que parecía que Mary había hecho algo más que canguros

ocasionales para los Sharp, pero no dijo nada. Mordió el milhojas; el glaseado era tan dulce que se podía imaginar sus dientes desmenuzándose por la raíz. La

crema de vainilla se desbordaba, aplastada por la pasta dura e indigerible. La recogió con el dedo meñique y se la metió en la boca.

Mary la miró afectuosamente.

—A mi Clive le gusta comer, pero no engorda ni un gramo — dijo—. Debe

de quemarlo todo.

—Es un chico nervioso, ¿no es así? —preguntó Vera.

—Quizá sea culpa mía. Estábamos solos él y yo, y nunca me ha gustado estar sola. A lo mejor lo agobié un poco. No habría podido soportarlo si le hubiera ocurrido algo. —Calló, sonrió complacida—. Es un buen chico. Tuve una embolia hace tiempo. Nada grave, pero algunos hijos habrían aprovechado para meter a su madre en una residencia. Él no. Se tomó tiempo libre en el trabajo, me trajo a casa y me cuidó.

—Están unidos, entonces.

—Sí, muy unidos.

—Lo sabría si algo le preocupara...

—Bueno, eso es diferente, ¿no? No es de los que van mostrando sus sentimientos, mi Clive. No estoy segura de saber lo que le pasa por la cabeza.

—¿Ha salido con alguna chica últimamente?

—¡No! —Lo dijo como si la idea le pareciera inconcebible—. Estamos perfectamente los dos solos. —Después, por las formas, añadió—: Tampoco me importaría. Estaría bien que encontrara a una buena mujer con quien sentar la cabeza. Me encantaría tener un nieto.

—¿Alguna vez ha recibido Clive tratamiento por sus nervios?

—¿A qué se refiere? —De repente se volvió desconfiada. Había comido el pastel a pedacitos pequeños y delicados, mordiendo los bordes, como un ratoncito. Miró a Vera con el ceño fruncido por encima del dulce.

—Solo pregunto, cariño. Muchas personas tienen problemas.

—No está deprimido, si se refiere a eso. Estamos bien aquí, él y yo. No necesitamos que nadie se meta en nuestros asuntos.

Vera no insistió, se preguntó si la mujer no estaría protestando demasiado.

—¿No le importa cuando pasa la noche fuera? —preguntó.

—No sucede muy a menudo últimamente. Hace tiempo era cada fin de semana. Se iba costa arriba con esos grandes amigos suyos. Pero yo no me quejaba. Tiene que vivir su vida. Aunque ha sido más cuidadoso desde que tuve la embolia. Le dije: «¿Cómo te sentirías si sufriera una recaída y estuviera aquí sola?».

Vera empezaba a pensar que Mary era una bruja venenosa. Lo habría entendido si Clive se la hubiera cargado a ella.

—¿Sabía usted que estaría fuera el viernes pasado?

—Claro. No habría quedado sin haberlo hablado primero conmigo.

—¿Le preparó una comida?

—Como he dicho, es un buen chico. Normalmente cocina si está aquí. Pero él no comió. —Sorbió por la nariz—. Iba a ir a una cena de celebración.

—¿Y el miércoles?

—Llegó un poco tarde del trabajo porque fue a comprar antes de volver a casa. Lo estaba esperando. Cuando estás sola todo el día, estás deseando tener compañía.

—Me dijo que ahora ya no conducía a menudo.

—No. —Calló un momento—. Me gustaban nuestras salidas en coche, pero nunca le gustó conducir. Cuando el coche no pasó la ITV hace unos años, no se molestó en llevarlo al taller y lo vendió como chatarra. Dice que es mejor para el planeta utilizar el transporte público. Aunque a mí me sería útil. Podría acompañarme a la consulta del hospital. —Echó un vistazo rápido al reloj de la pared—. ¿Necesita algo más? Es que el concurso que me gusta de la tele empieza pronto y me encanta.

Vera decidió marcharse antes de decir algo de lo que pudiera arrepentirse. La mujer había corroborado la coartada de Clive. No se lo imaginaba como el loco

de Joe Ashworth, que mataba a jóvenes solo porque estaba celoso de su belleza.

Podía estar deprimido, pero ¿quién no lo estaría, atrapado con una madre obsesionada consigo misma?

Mary había encendido el gran televisor. Vera había empezado a compadecerse de ella, pero ahora pensaba que en realidad tenía la vida organizada más o menos como la quería. Se levantó.

—No hace falta que me acompañe.

La mujercita asintió.

—Si no le importa. No camino tan ligera desde que estuve enferma.

Vera cerró la puerta de la salita y se quedó en el pasillo. La sintonía del programa en la televisión se acabó. El presentador hizo una broma. Mary rio.

Vera abrió una de las puertas que daban al pasillo. Tenía una moqueta blanca gruesa. Una cama doble con un edredón rosa bordado. Ese olor a señora mayor

de camiones usados y polvos de talco. La siguiente puerta que probó era la del

baño. Era muy pequeño, una ducha sobre una bañera, la cortina de ducha azul con un estampado de un pez sonriente. El olor ligeramente más masculino. ¿Gel

de ducha? ¿Loción para después del afeitado? Miró los frascos del estante.

¿Clive se había esforzado siempre para tener buen aspecto, con la esperanza quizá de que algún día encontraría a una mujer, una excusa para dejar a su madre?

A continuación se encontró frente a la puerta de la habitación de Clive.

Estaba bien cerrada, pero no con llave, y se abrió con un empujoncito. Las cortinas estaban echadas y tuvo que encender la luz. Se esperaba algo

polvoriento, lleno de especímenes como el taller del museo, pero era un espacio

despejado y anónimo. Una cama individual, un armario y una cómoda de pino a

juego. Una librería con guías de campo estándar. En un rincón, una red metida

dentro de una bolsa de lona. De modo que Clive también anillaba pájaros.

Algunas novelas de fantasía, un libro boca abajo sobre la mesita. Una mesa con

el consabido ordenador. Un juego de ajedrez. Ninguna foto en la pared. Era como si supiera que su madre tenía acceso a la habitación y no quisiera revelar

nada. Solo había una fotografía, apoyada en la mesita de noche, donde esperarías

ver la foto de una novia o amante. Esta era del grupo de los cuatro amigos: Clive, tímido y tenso, Gary riendo, y a cada lado de ellos Peter Calvert y Samuel

Parr. La habían tomado en el faro y todos miraban al mar.

Vera volvió al pasillo. Se oyó un estallido de risas procedente del público en

el estudio. Aprovechó el ruido para cerrar la puerta principal y salir a la calle.

Se quedó un momento quieta, y después caminó tres puertas hasta donde

vivían los Sharp. Ya que estaba allí, aprovecharía para hablar con la esposa de Davy.

Vera se dio cuenta de que Diane Sharp supo quién era en cuanto le abrió la puerta: no su nombre o de dónde venía, pero sí que era policía. Tras años de práctica habría desarrollado alguna clase de sexto sentido. Era una mujer rechoncha de cuarenta y pico años, con rasgos agraciados y unos cabellos que parecían pasar por la peluquería cada semana. Llevaba una blusa rosa y una falda

blanca de lino.

—Está perdiendo el tiempo —dijo—. Davy está en el interior. En

Acklington.

—Lo sé. Hablé con él la semana pasada. —Vera intentó recordar si había hablado con la esposa de Davy antes, y decidió que probablemente no.

—Y nuestro Brian ya no vive aquí. Tiene su propio piso en la ciudad.

—Es con usted con quien quería hablar —dijo Vera.

La mujer pareció sorprendida, tanto que se apartó y dejó pasar a Vera.

—No me meto en sus negocios.

Mientras hablaba, acompañó a Vera hasta el fondo del bungalow. Estaba todo

muy pulcro, muy respetable. Abrió una puerta y, de repente, la luz inundó el espacio. Había un invernadero del ancho de la casa que daba a un pequeño trozo

de césped.

—Lo mandó hacer la última vez que estuvo en casa —dijo. Se sentó en un sillón de mimbre e indicó a Vera con la cabeza que hiciera lo mismo.

—No se trata de lo que hacen sus hombres —dijo Vera. Calló un momento

—. Lamenté mucho la muerte de Thomas.

La mujer se quedó muy quieta antes de contestar.

—Fue un accidente —dijo por fin—. No tiene por qué perder el tiempo.

—¿Está segura de eso, señora Sharp?

—Sí, habría sido más fácil tener a alguien a quien culpar, pero solo eran unos chicos haciendo el tonto.

—Habría visto en el periódico que Luke Armstrong fue asesinado.

—Sí —dijo—. Era un chico estupendo. Tom pasaba mucho tiempo en su casa.

—¿Venía él aquí?

—No tanto. Entonces Brian todavía estaba en casa. Pasaban cosas. No quería que Tom se involucrara.

—¿Qué cosas?

Ella dudó, eligió las palabras cuidadosamente.

—Brian está mezclado con una gente conflictiva —dijo. Podría estar hablando de un niño de cinco años que tuviera malas compañías en la escuela.

Vera sabía que uno de los conflictivos había sido condenado por intento de asesinato, un apuñalamiento en un pub del centro, pero no hizo ningún comentario.

—Hábleme del homenaje que le hicieron a Tom. Las flores en el río. ¿De quién fue la idea?

—No estoy segura de quién empezó. —Diane miraba a través del cristal el césped recortado—. Probablemente alguien de la calle. Aquí todo el mundo quería a Tom. No creo que fuera algo organizado. Al principio había un puñado de flores. Y entonces se apuntó todo el mundo.

—¿Alguien culpó a Luke Armstrong de la muerte de Tom?

La mujer levantó la cabeza.

—¿Está pensando en Brian? ¿Buscando venganza?

—Tu hermano menor se ahoga, querrías culpar a alguien. Como ha dicho, es lo que queremos todos.

La mujer sacudió la cabeza.

—No fue Brian. Me habría enterado.

Vera pensó que probablemente era cierto. Además, Brian Sharp habría derribado la puerta de los Armstrong y habría apaleado a Luke con puños y botas. No habría necesitado flores para engatusar a Luke.

—Hábleme de los Stringer —dijo—. Sus vecinos.

Diane se sorprendió con el repentino cambio de tema.

—¿Por qué quiere hablar de ellos?

—Clive es un testigo en otra investigación. Siento curiosidad.

—Mary Stringer fue como una madre para mí cuando nos mudamos aquí —

dijo Diane—. Davy no estaba nunca, y yo estaba embarazada de Tom. Ella estaba sola con Clive. Perdió a su marido en un accidente. Clive no era como ninguno de mis chicos. Era muy tranquilo. Siempre con la nariz metida en un libro. No daba problemas. Nada. Se metían un poco con él cuando era pequeño,

pero Brian puso fin a eso rápidamente. Éramos casi como una familia. Mary me

vigiló a Tom casi cada día hasta que fue a la guardería. Yo estaba muy ocupada

con Brian y ella solo tenía la pensión de viudedad. Necesitaba el dinero, y yo estaba encantada de poder darle unas libras. A Clive le gustaba tener a Tom en

casa. A la mayoría de los chicos no les habría interesado, pero durante unos años

fueron como hermanos.

—¿Conoció Clive a Luke Armstrong?

—Es posible. Tom no me lo dijo.

Vera no sabía qué más preguntar y se levantó para irse. Diane cerró la puerta con firmeza detrás de ella. Fuera, Clive Stringer estaba de pie al lado del coche de Vera. Debía de haber salido del trabajo en cuanto su madre lo había llamado contándole la visita inminente de Vera. Llevaba vaqueros negros, un polo negro,

zapatillas de deporte negras. Tenía la clase de piel que se quema fácilmente, y la cara se le había puesto roja y estaba grasienta de sudor. Vera vio que llevaba un rato allí, indignándose, acalorándose y enfadándose, esperando a que ella volviera a su coche.

—No tenía derecho a molestar a mi madre.

—No me pareció molesta. Hemos tomado el té tranquilamente.

—Si quiere preguntar algo, puede dirigirse a mí.

—Parece como si también le viniera bien un té. ¿Hay algún sitio cerca donde podamos tomar algo? Así no molestamos otra vez a su madre. Si nos quedamos mucho rato más aquí se va a formar un corrillo.

Un grupo de adolescentes volvían de la escuela hacia ellos y habían empezado a observarlos. Clive se encogió de hombros.

—Hay una cafetería en la esquina. —Se puso a caminar por la acera sin esperar a que Vera lo siguiera.

El dueño del café había puesto una mesa y unas sillas en la acera. El intento de crear un ambiente continental contrastaba con el olor a hamburguesa grasienta y tabaco que salía por la puerta abierta, pero la acera estaba en sombra y se sentaron igualmente. Vera tomó un café instantáneo, Clive una botella de naranjada con gas. Vera pensó otra vez que no había madurado.

—No debió de ser fácil —comentó—, crecer sin padre. —En cuanto lo dijo supo que había sonado muy condescendiente, pero durante el breve trayecto Clive parecía haberse calmado.

—Mi madre no ha sido nunca fácil —dijo. Levantó la cabeza con una sonrisa repentina, como si hubiera hecho una broma.

—¿Depende de usted? —Vera lo estaba tanteando. Una palabra fuera de

lugar y sabía que se cerraría en banda otra vez.

—No hay nadie más. No tenemos familia. No trata bien a los amigos. Les exige mucho, pero no hace ningún esfuerzo a cambio.

—Hizo un esfuerzo con Diane Sharp.

—Diane le pagaba. Además, a mi madre le gustaba Tom cuando era un bebé.

Se podía imaginar que era suyo. No le gustaba tanto cuando fue lo bastante mayor como para responderle.

—¿Usted no respondía?

—No —dijo él—. Nunca supe cómo.

Vera esperaba que volviera a sonreír, pero estaba totalmente serio.

—¿Cómo se llevaba con los Sharp?

—En una época éramos como una familia —dijo, y Vera recordó que Diane

había dicho casi lo mismo—. Habría sido fácil quedar atrapado en todo aquello.

Las cosas en las que estaban metidos. Pero apareció la observación de aves, y fue una salida para mí.

—Y otro tipo de familia.

—Sí —dijo, agradecido de que lo entendiera.

—¿Tiene alguna idea de qué hay detrás de estos asesinatos? Las flores. El agua. —De todas las personas, pensó que él podría saberlo. Tenía la clase de mente que podía ver pautas en las cosas. La pregunta salió antes de que pudiera

considerar si era prudente formularla.

Él se quedó quieto un momento, parpadeando locamente detrás de los

gruesos cristales de las gafas.

—No —dijo—. Claro que no.

Felicity había dado por sentado que Vera Stanhope recogería el anillo de Lily Marsh y se quedó un poco desconcertada al encontrar a un joven en la puerta. Se

presentó como Joe Ashworth y, viéndola poco convencida, se identificó con una tarjeta.

—La inspectora Stanhope es mi jefa —explicó.

Podría haber sido un socio júnior en una pequeña empresa. Era educado y atractivo, y enseguida le cayó bien. Entonces se dio cuenta de que era absurdo esperar que se presentara una inspectora para un asunto tan trivial.

Casi inmediatamente después llegó James del autobús escolar. Todavía

estaban en la puerta y él entró corriendo a la casa y a la cocina, con la camisa por fuera, los cordones desatados, hambriento como siempre al volver de la escuela.

Ni siquiera cuando fueron detrás de él prestó atención al desconocido y siguió sacando galletas de la lata, hablando del día del deporte con la boca llena.

Felicity deseó que hubiera dado una mejor impresión, que hubiera sido más educado. Pero Ashworth parecía entender a los niños y le sonrió por encima de

la cabeza del muchacho. Se sentó y conversó como si tuviera todo el tiempo del mundo.

—Su marido dice que es usted la jardinera de la familia.

—Supongo que sí. Él está muy ocupado. Y aunque sea botánico de profesión, su pasión auténtica son los pájaros. Preferiría estar en la costa.

—Nosotros vivimos en una urbanización nueva —dijo Ashworth—. No tenemos apenas jardín. Pero mi esposa lo tiene bien cuidado. Ve los programas de reformas de la tele.

Mientras él charlaba de su esposa y su hija y del bebé en camino, Felicity pensaba en lo simpático que era aquel joven y en cómo le habría gustado que Joanna se casara con alguien así en lugar de con Oliver, que trabajaba en la televisión y apenas parecía notar que tenía un hijo.

—Últimamente nuestra niña se ha aficionado a hacer tarjetas caseras —decía Ashworth—. Alguien fue a hablar en el Instituto de la Mujer sobre prensar flores. Sarah ha empezado a cultivar plantas para poder cortarlas y prensarlas.

Las vende en el pueblo. Hace tarjetas únicas para una celebración especial. No gana mucho, pero cubre costes y le encanta.

—¡Caramba! Ojalá pudiéramos atraer a mujeres jóvenes al instituto de aquí.

La media de edad es de setenta y cinco años, y yo soy la más joven con diferencia.

—¿Quizá fue la misma persona al suyo?

—No lo creo. Pero todas esas charlas sobre artesanía acaban siendo un jaleo.

No me interesan mucho. Soy patosa. Si tengo tiempo libre, prefiero dedicarlo al jardín. Se lo puedo enseñar luego, si quiere.

James salió a jugar con las niñas de la granja, pero Felicity y Ashworth se quedaron en la cocina hablando. Felicity dejó el anillo sobre la mesa entre ellos.

—Es tan bonito. —Sonrió y confesó—: Estuve tentada de quedármelo.

—¿Está segura de que perteneció a Lily Marsh?

—Oh, sí —dijo—. En cuanto lo vi supe que me sonaba. Pero hasta que no volví a la casa no recordé dónde lo había visto.

—¿No notó que se le cayera a Lily?

—Si hubiera sido así —dijo ella con retintín—, se lo habría devuelto.

—Claro. —Joe guardó silencio unos segundos. Felicity pensó que era más reflexivo que Vera Stanhope, más lento en su forma de pensar y hablar—. No tengo claro cómo pudo haberlo perdido. ¿Utilizó el baño? ¿Quizá se lo quitó para lavarse las manos?

Felicity rememoró la visita de la joven a Fox Mill.

—No —dijo—. No, entró al baño aquí, en la casa, antes de ir a la casita. A lo mejor le quedaba suelto. Si había perdido peso desde que lo compró...

—Sí. —Le sonrió, dudoso—. ¿No lo habría oído caer? A menos que la casita

esté enmoquetada.

Felicity empezaba a perder la paciencia. Se preguntó si no se habría

equivocado con aquel joven. ¿Le había tomado el pelo con sus historias de su mujer y su hija? ¿Intentaba engañarla?

—No está enmoquetada —dijo, más bruscamente—. Baldosas abajo y suelo de madera en el dormitorio. ¿Es importante? Se le debió de caer. Yo lo devuelvo.

—Podría ser importante. Si todavía llevaba el anillo cuando se fue, significaría que volvió. Todavía no sabemos dónde mataron a la señorita Marsh. ¿Entiende lo importantes que son estos detalles?

Felicity se sintió mal de repente. No sabía cómo tomarse lo que estaba diciendo el detective.

—¿Quiere decir que la mataron en nuestra casa de invitados? Eso es absurdo.

Imposible.

—No creo que sea imposible —dijo él con calma. Como si aún hablara de flores prensadas y del Instituto de la Mujer—. No está tan lejos de donde encontraron su cadáver. Sabemos que era su anillo. Sabemos que era importante para ella. Era un regalo de alguien muy cercano a Lilly. Si encontráramos pruebas de que todavía lo tenía cuando se despidió de usted, sería importante.

Significaría que volvió. Probablemente el día que la mataron.

Hubo un silencio. Felicity se dio cuenta de que lo estaba mirando fijamente y él esperaba que dijera algo.

—No recuerdo si llevaba el anillo cuando se marchó. Pero era una desconocida. ¿Por qué habría de volver? ¿Cree que cambió de idea acerca de alquilar la casita?

Ashworth ignoró la última pregunta.

—¿Está segura de que su marido no la conoció nunca?

—Claro. Se lo dijo. —Pero mientras lo decía se preguntó si sería verdad.

Peter no sabía nada de su aventura con Samuel. Era perfectamente razonable que tuviera una vida que estuviera oculta para ella. La idea era horripilante. Qué hipocresía, se dijo. ¿Qué derecho tengo a ponerme celosa u ofenderme? Pero Lily había llegado tan joven y bonita... Por supuesto, era impensable imaginarla con Peter, que a ella le debía de parecer un viejo. Aquella preocupación era absurda. Entonces se dio cuenta de que el detective volvía a hablar e intentó concentrarse en sus palabras.

—Me gustaría que nuestra Policía Científica registrara la casita —dijo—.

Por si acaso. Ha dicho que había encontrado el anillo esta mañana. ¿Alguien más ha estado allí desde que se la enseñó a Lily?

—El fin de semana se la enseñé a la inspectora Stanhope.

Joe sonrió espontáneamente.

—Sus pisadas se distinguirán perfectamente —dijo—. Esas sandalias que lleva. Del número de una pata de elefante. La Policía Científica no se confundirá.

—¡No encontrarán ninguna pisada! —No quería ser desafiante, pero se dio cuenta de que había sonado así y no pudo evitarlo—. Era lo que estaba haciendo cuando encontré el anillo. Estaba limpiando. He barrido y fregado todo el suelo, he frotado las superficies de trabajo. No merece la pena traer a sus expertos.

Joe se quedó muy tranquilo y siguió mirándola.

—¿Y la ropa de cama? —dijo.

—La he lavado esta mañana. Está tendida. Se lo he dicho, pierde el tiempo.

No encontrarán nada.

—Oh, se sorprendería de las cosas que se pueden encontrar. —dijo—. ¿Nos da permiso, imagino, para echar un vistazo?

—Claro. —Sabía que era demasiado tarde para salvar la situación. Ahora estaría convencido de que ella había limpiado la casita para destruir pruebas de que habían matado a Lily allí—. Les ayudaremos en todo lo que podamos. No tenemos nada que ocultar.

Desde la ventana de la cocina vio cómo se desplegaba la escena. El detective salió fuera a hacer la llamada. Le daba la espalda y ella no podía saber qué le respondían. Del coche sacó un rollo de cinta azul y blanca. ¿Se esperaba él aquel resultado? ¿La había traído con intención? Cruzó el prado y extendió la cinta sobre la puerta de la casita. Felicity deseaba recuperar la relación que habían tenido cuando él había llegado. ¿Tenía que salir, ofrecerle más té? Pero se imaginaba que lo consideraría una intrusión. La casita podía ser de ellos, pero ahora era el territorio del detective.

Él volvió a la entrada, se sentó en el banco donde en primavera crecían los azafranes y las campanillas y esperó. Se sacudió el polen y la hierba que se le había pegado a los pantalones en el prado. Sonó su móvil. No lo podía oír desde la casa, pero vio que respondía. Una sonrisa repentina. Triunfal. Más aterradora que cuando había sido tan encantador conversando con ella. Consideró que tenía que llamar a Peter al trabajo, avisarlo de lo que pasaba, pero cuando marcó su número directo en la universidad no hubo respuesta. El reloj de la cocina soltó el canto ronco del cuco. Eran las seis. Ya habría salido. Intentó recordar qué había pensado hacer de cena, pero la idea se le fue de la cabeza y volvió a mirar por la ventana.

James volvió caminando a la casa. Las niñas de la granja habrían entrado a cenar. Iba en pantalón corto y tenía las rodillas sucias. El detective lo saludó con la mano y James se sentó a su lado en la hierba. Estaba intrigado con lo que hacía allí el desconocido. Hablaron unos minutos. Felicity pensó que parecían llevarse bien. Como si se estuvieran contando un chiste. «Por fuerza se ha de dar cuenta de que no cometeríamos un asesinato. Tenemos un hijo encantador.

Demasiado que perder. Somos personas buenas y respetables. Personas como él.»

James se puso de pie y entró en la casa. Desapareció de la vista de su madre un minuto y reapareció en la cocina. Consciente de que la imagen era una exageración tonta, pensó: Es como un espía de la guerra fría que viene del otro lado. Podría tener información valiosa. Pero abrió la nevera y miró dentro, como si fuera cualquier día normal.

—Me muero de hambre. ¿Cuándo cenamos?

—Pronto. —Intentó hablar con normalidad—. ¿De qué hablabais el señor Ashworth y tú?

—¿Se llama así? —Estaba bebiendo zumo de naranja directamente del cartón. Felicity se contuvo para no decirle que se lo sirviera en un vaso—. Me dijo que lo llamara Joe. Me preguntaba por la señorita Marsh. Cómo era como maestra. Si se llevaba bien con los niños de nuestra clase. —Su voz se volvió más excitada—. Van a traer policías de la Científica para registrar la casita.

Como en la tele. Podría haber algún rastro que los ayude a descubrir quién mató a la señorita Marsh. Ya verás cuando se lo diga a Lee Fenwick. —Lee era su mejor amigo y su más enconado rival. En invierno jugaban al ajedrez todas las tardes.

Felicity oyó el ruido lejano de un vehículo entrando desde la calle. Esperaba que fuera Peter. «Contén el genio, por favor. Sé educado, por favor. Solo hace su trabajo.» Pero era una furgoneta blanca. Un hombre y una mujer bajaron de ella, saludaron a Joe Ashworth como si fuera un viejo amigo. Se pusieron los monos de papel que Felicity había visto en películas y empezaron a bajar el equipo de la parte trasera de la furgoneta.

James se había olvidado de la cena.

—¿Puedo salir a mirar?

—No —dijo Felicity bruscamente, y enseguida se arrepintió del tono. Era

normal que estuviera fascinado. Como ella, de una manera horrible y aterradora —. ¿No lo verás mejor desde tu habitación?

James salió corriendo, y Felicity se sintió aliviada de golpe de no tener que fingir que todo era normal. Cuando su hijo había abierto la nevera, ella se había fijado en una botella de vino blanco, empezada la noche anterior, y había sentido unas ganas inmensas de beber. La sacó de la nevera, le quitó el tapón de vacío y se sirvió una buena copa. Le temblaba la mano.

De nuevo frente a la ventana, vio que el coche de Peter entraba en el paseo de la casa. Su lugar habitual de aparcamiento estaba ocupado por la furgoneta. Vio que bajaba y se disponía a exigir que la movieran. Entonces se dio cuenta de lo que ocurría. Vio las dos figuras vestidas de blanco caminando por el prado. Se inclinaban la una hacia la otra por la pesada caja de metal que cargaban entre las dos. Como James, había visto bastante televisión para entender lo que hacían. Felicity vio que Joe Ashworth se acercaba a él con la mano tendida, pero Peter no se dio cuenta. Estaba concentrado en la casita, en las figuras andróginas que habían llegado a la puerta. Tenía la cara muy pálida y quieta. Por Dios, pensó Felicity. Parece culpable. Muy culpable. Si yo fuera Joe Ashworth, pensaría que mató a la chica.

No se atrevió a preguntarse si ella pensaba lo mismo. La idea se quedó en un rincón de su mente y la apartó, concentrada en el pescado que cocinaría para cenar y en si prepararía bocadillos para Ashworth y sus amigos de la casita.

Ahora Peter y Ashworth hablaban. Caminaron juntos hacia la casa. Felicity se preparó para ser normal y acogedora, respiró hondo cuando se abrió la puerta.

Peter la miró con la expresión que ponía cuando había recibido malas noticias, un artículo rechazado, un récord ignorado. Agraviado. Sabía que quería que lo tranquilizaran, pero ella no estaba de humor para hacerlo. Al final, fue

Ashworth quien habló.

—El doctor Calvert ha aceptado venir a la comisaría de Kimmerston para hablar con la inspectora Stanhope. Algunos puntos que necesitamos aclarar. No tardaremos mucho.

Felicity se obligó a sonreír.

—Por supuesto —dijo—. Ya le he dicho que lo que podamos hacer para ayudar...

Vera pensaba que Ashworth se había equivocado llevando a Calvert a la comisaría. No era probable que el botánico abandonara el país. Creía que estaban enseñando sus cartas demasiado pronto. O tal vez había sido ella la que se había equivocado al llamar a Ashworth para decirle que Charlie había localizado la tienda de antigüedades en York donde se había comprado el anillo de Lily.

Todavía no tenían ninguna prueba de que Calvert fuera el amante. Un hombre mayor con una mujer joven y atractiva, había dicho el dueño. Alto, en forma para su edad. Eso podía describir a mucha gente, incluido Samuel Parr. Habían encontrado una foto de Calvert en la solapa de un libro de texto que había escrito, pero se había publicado hacía veinte años y sus cabellos eran entonces más largos y oscuros. No era raro que no lo hubiera reconocido. Si es que Calvert era el hombre de la tienda.

El anillo se había comprado en enero y se había pagado en efectivo. El dueño había sacado sus propias conclusiones.

—No es raro. No querría que su esposa lo encontrara en el extracto de la tarjeta de crédito.

Y quizá eso apuntaba a Calvert. Samuel Parr ya no tenía esposa que lo controlara.

—¿Recuerda algo del caballero? —había preguntado Charlie.

Vera se lo imaginaba en la elegante tienda, desaliñado y fuera de lugar. York no sería el lugar preferido de Charlie. Excepto por las carreras. Ahí sí estaría como en casa.

Y entonces el dueño aportó la única información útil que le habían sacado.

—Estaba en la ciudad para alguna clase de conferencia. Era la hora del almuerzo y dijo que tenía que volver para una sesión de tarde. A la joven no le hizo ninguna gracia. Estaba intentando convencerlo para que se la saltara. No se pelearon, no llegaron a eso. Pero discutieron. Por eso me acuerdo. Y porque ella

era una belleza.

A Vera le habría gustado tener alguna confirmación de que Calvert estuvo en

una conferencia en York antes de sentarse frente a él en una sala de

interrogatorios. Había llamado a todos los que se le había ocurrido, pero a aquella hora de la tarde no quedaba nadie a quien preguntar. Había puesto a Holly a buscar por Internet en páginas web de universidades, sociedades

botánicas, pero la mayoría estaban actualizadas. No había constancia de un acto

que había tenido lugar hacía seis meses.

Se aseguró de que lo trataban con respeto. No quería perder el tiempo con quejas, y pretendía que los subestimara. Se delataría más si se sentía superior. En el último momento le pidió a Holly que la acompañara a la sala de

interrogatorios en lugar de Ashworth. Quizá Calvert se sentiría obligado a pavonearse frente a una chica guapa. Entre el resto del equipo había un cierto burbujeo de excitación. Creían que estaban cerca del final.

Preparó café para Calvert —del suyo propio, no de la porquería de la

máquina— y lo llevó a la sala de interrogatorios.

—Me disculpo por hacerle venir antes de que tuviera tiempo de cenar —dijo.

Se tomó su tiempo para instalarse, dejó que se le cayeran unos papeles del bolso

cuando lo puso en el suelo, lo recogió de nuevo para sacar un bolígrafo—. Pero

no tardaremos. Solo algunas cosas que debemos aclarar. ¿No le importa si grabamos la conversación? Procedimiento estándar. —Lo miró por primera vez.

Parecía sereno. Ashworth había dicho que casi se había caído al ver a los policías de la Científica caminando hacia la casita, y esa era una de las razones

por las que lo había llevado a comisaría. Le presentó a Holly, y Calvert asintió y

le dedicó una sonrisa insinuante que era suficiente para ponerte la piel de gallina.

—¿Asistió a una conferencia científica en York en enero?

No se esperaba la pregunta y se quedó descolocado. Vera vio que pensaba a

toda velocidad. Había sido tan cuidadoso, lo había pagado todo en efectivo.

¿Cómo podían saberlo? Ashworth tenía razón. Había sido el amante de Lily.

—¿Doctor Calvert? —Vera mantuvo una voz baja, plácida. En vista de que no contestaba, añadió—: ¿Se da cuenta de que podemos comprobarlo?

Se recompuso.

—Lo siento, inspectora. Sí, estuve allí. Pero no veo la relevancia en su investigación de mi presentación de una ponencia en una conferencia.

—Tenía compañía —dijo Vera—. No en la conferencia: en York.

Esta vez su respuesta llegó más rápidamente.

—Ah —dijo—. O sea que mis pecados me han atrapado. —Sonrió de una forma supuestamente encantadora—. Entenderá por qué mentí sobre esto,

inspectora. Tengo una esposa y una familia estupendas. Mucho que perder.

Esperaba salirme con la mía, y que no se enteraran.

—¿Tenía una aventura con Lily Marsh?

—Sí. Al menos había tenido una aventura. Se había acabado antes de su

muerte. Pero se puede imaginar el *shock* cuando vi su cuerpo en el agua. Y al darme cuenta de que mi hijo la conocía.

—No puede esperar comprensión por nuestra parte, doctor Calvert.

—No —dijo rápidamente—. No. Pero intento explicar por qué manejé tan mal la situación, por qué no fui del todo sincero.

—No fue sincero en absoluto. Esto tiene que acabar. No puedo tener en cuenta su sensibilidad cuando investigo un asesinato. Dos asesinatos. —Se dio cuenta de que sonaba como una maestra de escuela dominical, pero parecía funcionar.

—De verdad que no sé nada del primer asesinato —dijo—. Luke Armstrong.

No lo conocí.

—Pero había oído hablar de él. Gary Wright se había enamorado de su madre. Estuvo hablando de ello en el pub después de la última reunión del Club

de Aves.

—¿Ah, sí? —Calvert parecía genuinamente perplejo—. Lo siento. No estaría escuchando. En esa reunión se dijeron cosas que me afectaron. Una crítica a un artículo que escribí en el *Birding World* del mes pasado. Supongo que ahora parece trivial, pero estaba preocupado.

—Hábleme de la aventura con Lily. ¿Cómo la conoció?

—Por casualidad, el verano pasado. Entré en la tienda donde trabajaba para comprarle un regalo de cumpleaños a Felicity. Es una situación incómoda para un hombre. ¿Qué sabemos de ropa de mujer? Fue muy amable. Hablamos brevemente y me explicó que era estudiante. Después la vi en la universidad, la invité a un café para darle las gracias. En aquel punto no había nada más entre nosotros. No me podía creer que estuviera interesada en alguien como yo.

Supongo que me halagó, como a un viejo tonto.

—¿Le dio dinero?

—Sí, algo para pagar el alquiler. Sus padres no podían ayudarla. Mis hijas han terminado la universidad. Supongo que quería tener el gesto. Hacer algo generoso. Imagino que piensa que soy un ingenuo, que ella solo salía conmigo por el dinero.

Vera no contestó. No era su trabajo tranquilizarlo. Pero no creía que fuera así. Lily era obsesiva. El dinero no era el objeto de sus deseos.

—De modo que empezaron a verse. ¿Dónde quedaban?

Hubo una ligera vacilación.

—Suena muy sórdido. Tardes en hoteles baratos. De vez en cuando en su piso, cuando sabía que sus amigas no estarían. Al principio ese secretismo formaba parte de la excitación. Después se volvió todo muy insatisfactorio.

—¿Fue alguna vez a su casa?

—No, a la casa no. Eso habría estado mal.

Encontró las palabras precisas, la ligera vacilación.

—A la casa no. Pero a la casita sí.

Calvert vaciló otra vez.

—Sí, quedamos en la casita. Unas pocas veces. Cuando Felicity estaba en un concierto o en el teatro y James se había quedado con algún amigo. A Lily le encantaba. Para mí era demasiado cerca de casa. Nunca me podía relajar.

Estaba perdido en sus pensamientos, y por primera vez Vera tuvo un pequeño momento de comprensión. ¿Estaba recordando una noche específica? Quizá en invierno, con escarcha en la hierba del prado y un fuego encendido en la chimenea. Pero sin disfrutarlo de verdad, alerta por si se acercaba un coche a la casa, el peligro de la interrupción.

—¿Tenía llave de la casita?

—Sí —dijo—. Le hice una copia. No me la devolvió.

—¿Quién terminó la relación? —La pregunta sonó perentoria. Ahí no se podía permitir simpatías.

—Ninguno de los dos. En serio. Estuvimos de acuerdo en que teníamos que terminar. Antes de que fuera de dominio público.

—A Lily no tenía por qué importarle, ¿no? Ella no estaba casada. ¿Qué podía perder?

—Debió de ver que la relación no iba a ninguna parte. Supongo que quería todas las cosas que tenían sus amigas: un hogar, un compañero de verdad, una familia algún día. Le gustaban mucho los niños. Yo nunca le podría haber dado eso.

Sonaba muy plausible. Pero Lily Marsh no había sido como sus amigas.

—¿Por qué cree que se presentó a ver la casita? Si su relación había terminado amistosamente, no es muy normal.

—Quizá la afectó la coincidencia de tener a James en la clase y vino a ver la casita por los viejos tiempos. Quizá también fue una especie de broma de mal gusto. Esperaría que Felicity me dijera que había estado allí.

—¿Fue una casualidad que tuviera a James en clase?

—Por supuesto. ¿Qué podría haber sido si no?

Lo organizó ella, pensó Vera. Estaba obsesionada con él, de la misma manera en que lo estuvo con Ben Craven. Averiguó a qué escuela iba James y le pidió a Annie Slater que la mandara a Hepworth. Conoció al chico, montó la visita para ver la casita. ¿Por qué? ¿Para presionarlo? ¿Una forma de chantaje?

Permanecieron un momento en silencio. Calvert parecía preocupado, pero no angustiado. ¿Era tan arrogante que creía que podía librarse de un asesinato? Al final él rompió el silencio.

—¿Buscan a una misma persona para ambos asesinatos?

—Es la teoría con la que estamos trabajando ahora. —No pensaba

comprometerse más allá. Habían mantenido los detalles de la escena del crimen

Armstrong alejados de la prensa, pero se había corrido la voz. Amigos y familiares hablaban. Los policías y la Científica eran humanos. Una buena historia era para contarla. No podía descartar la posibilidad de que la muerte de

Lily hubiera sido obra de un imitador. Alguien la quería muerta y había utilizado

los detalles del asesinato de Luke para enturbiar las aguas. La frase se le metió

en la cabeza. Enturbiar las aguas. No había duda de que era apropiada.

—Yo no podría haber matado al chico. Estuve mirando las notas de mi libro.

La noche del miércoles hice una llamada. A las diez y media. Un detalle que necesitaba comprobar con un amigo. Habrá un registro, imagino, en mi factura

de teléfono. Fue una llamada a larga distancia a un móvil.

Vera no respondió inmediatamente y Holly habló por primera vez.

—Es muy conveniente, doctor Calvert. Lástima que no lo mencionara antes.

Tendremos que hablar con su amigo, por supuesto. De otro modo, cualquiera podría haber hecho la llamada desde su casa.

La respuesta lo irritó. Se esforzó por mantener la calma. Volvió a sonreír a Holly. Probablemente creía que sabía cómo tratar a las chicas.

—Entiendo que cometí un grave error no hablándoles de Lily. Debería haber supuesto que lo comprobarían. Pero por favor, créanme, no les estoy ocultando nada más.

—¿Qué le dirá a su esposa sobre la aventura? —Holly de nuevo. Incluso le sonrió. Con frescura, casi con complicidad. «¿En qué más líos está metido? ¿De qué más se ha librado?»

—La verdad. Se lo merece. Me conoce lo bastante bien como para saber que no mataría a nadie.»

—Encontramos una tarjeta entre las pertenencias de Lily —dijo Vera—.

Hecha con flores prensadas. ¿Se la mandó usted a Lily?

Él esperó un momento.

—No —dijo—. No soy de gestos sentimentales, inspectora.

—¿Está seguro?

—Pues claro que estoy seguro. No es algo que olvidaría.

«¿Quién la mandó entonces? ¿Y por qué la tarjeta de Lily estaba llena de besos y la de Luke estaba vacía?»

—¿Tenía una relación estrecha con Lily? Sé que tenían una relación física, pero ¿hablaban? ¿Creía conocerla bien?

La pregunta lo incomodó por primera vez. Se esforzó por hallar las palabras adecuadas. Al fin contestó de forma muy simple.

—Estaba enamorado. Creía que la amaba. Al menos durante un tiempo. No,

no solo era sexo.

—¿Le dijo algo que pudiera darnos una pista sobre su asesino? ¿Estaba angustiada, asustada, nerviosa?

—No hablaba mucho de sí misma.

No le daría la oportunidad, pensó Vera.

—Justo antes de separarnos, dijo que se había encontrado con una antigua amistad. Alguien que conocía del pueblo donde había nacido. Parecía algo

importante para ella. Era una solitaria. No tenía muchos amigos de verdad.

—¿Hombre o mujer? —«¿Ben Craven?»

—Una mujer. —Guardó silencio unos segundos—. Si me deja pensar un momento me acordaré del nombre. Su nombre de pila, al menos. Trabajaba de enfermera en el hospital Royal Victory. Kath.

Vera tardó un segundo en relacionarlo. Kath Armstrong. Esposa de Geoff.

Madrastra de Luke.

Vera encontró a Kath Armstrong en el hospital. Su turno acababa de empezar y estaba en una reunión con el personal de día. Vera esperó junto a la sala de enfermeras y oyó voces apagadas que salían del despacho, alguna risa contenida

de vez en cuando. La hora de visitas había terminado y la unidad estaba tranquila. Las mujeres en las habitaciones veían la televisión o leían. Había alguna charla ocasional. Al fondo del pasillo empujaban el carrito de la cena. En

el alféizar de la ventana, ramos de flores funerarias se doblaban por efecto del calor. Vera no había estado nunca ingresada en un hospital y sabía que lo odiaría.

No la enfermedad, o el dolor. Más bien verse obligada a ceder el control. Estar a merced de personas que sabían más de su cuerpo que ella misma.

Se acabó la reunión y Kath salió. Todavía conversaba con una colega y no vio a Vera sentada en las sillas naranjas donde los pacientes esperaban a que les

dieran el alta.

—Tendríamos que hablar —dijo Vera—. Lamento molestarla aquí, pero ha surgido algo.

—Nada malo, espero. —Un momento de pánico. Vera supo que pensaba en su hija.

—No, nada de eso. ¿Hay algún sitio donde podamos hablar?

Kath se volvió para cuchichear con una mujer de mediana edad de aspecto maternal con uniforme de enfermera.

—Maggie dice que podemos usar su despacho.

Se sentaron donde se habían reunido las enfermeras. En la mesa había una foto de dos niños apoyados en una verja de granja junto a un hombre barbudo con gafas. El marido de la enfermera jefe y sus hijos. Un dibujo infantil pegado a

la pared. Más familias felices.

—¿De qué se trata? ¿Han descubierto quién mató a Luke?

Vera ignoró la pregunta.

—No nos dijo que conocía a Lily Marsh.

—No me lo preguntó.

—No estaba muerta cuando hablé con usted. Se dará cuenta de que es importante. Dos asesinatos en una semana, y usted conocía a ambas víctimas.

—No la conocía bien. La verdad es que pensé: Qué casualidad más rara. No podía aportar nada a su investigación.

Parecía sinceramente perpleja. Vera se preguntó si pasaba demasiado tiempo de su vida investigando crímenes, encontrando conexiones que eran significativas, viendo motivos que no existían. Una especie de paranoia rara, que no daba cabida a la casualidad.

—¿De qué la conocía?

—Crecimos juntas. Bueno, yo soy bastante mayor que ella, pero vivíamos en el mismo pueblo. Mi madre era buena amiga de Phyllis Marsh. Ya sabe cómo es en un sitio como ese. Habían ido juntas a la escuela, se veían en la iglesia, el Instituto de la Mujer. Lily y yo éramos hijas únicas las dos. Acabé cuidándola cuando éramos pequeñas. En cierto modo, estábamos unidas. Le encantaba venir de visita. Ya sabe cómo son los niños con los niños más mayores. Sobre todo las niñas. Y puede ser que yo siempre haya tenido esta vena maternal. Perdimos el contacto cuando vine a vivir a la ciudad y empecé a trabajar aquí.

—Pero se encontraron de nuevo hace poco.

—Sí.

—¿Cómo se encontraron?

—Vino al hospital como paciente externa. Creía estar embarazada. Había tenido un par de faltas, pero la prueba de embarazo le salió negativa. Quería estar segura. Nos encontramos en el ascensor, cuando ella se iba.

—¿No es el tipo de consulta que se hace al médico de familia?

—Para eso tendría que haber pedido hora. Por algún motivo estaba impaciente por saberlo.

—No estaba embarazada —dijo Vera. Fue una afirmación, no una pregunta.

La autopsia había sido clara en ese punto. Recordaba la tristeza del forense por

el hecho de que Lily ya no sería nunca madre, no tendría nunca un hijo.

—No. Y advertí que estaba angustiada. Había terminado mi turno y la invité a un café. La vena maternal de nuevo. Debería aprender a no hacerle caso.

—¿Quería un hijo?

—Con locura. Le dije las cosas habituales. Era joven. Algún día sucedería.

Sería mucho mejor cuando hubiera terminado los estudios. Me di cuenta de que nada le consolaba.

—¿Le dijo quién podría haber sido el padre?

—No con detalle. Dijo que era un hombre más mayor. Solo eso.

—¿Fue la única vez que la vio?

—No. Estaba preocupada por ella. Sabía que había sufrido una depresión

cuando estaba en sexto. Por el estrés de los exámenes. Phyllis esperaba mucho de ella. Oxford, una carrera rutilante. Ella no tenía un gran matrimonio y vivía a

través de Lily. Nadie habría podido soportar la tensión. Le pregunté a Lily si iba

al médico. Se puso furiosa, respondió que no estaba enferma, que estaba bien. Le

di mi número de móvil, le dije que me llamara si tenía ganas de hablar.

—Y lo hizo.

—Oh, sí. —Kath respiró hondo—. La verdad es que se convirtió en una

molestia. A menudo me esperaba en el aparcamiento cuando salía de trabajar.

Después de un turno de noche, lo único que quieres es irte a casa, darte un baño

y dormir algunas horas. Y tampoco creía que pudiera ayudarla. Necesitaba

tratamiento psiquiátrico. Entonces un día, un sábado por la tarde, se presentó en

casa. No habíamos salido, era uno de esos sábados por la tarde que solo quieres

relajarte. Rebecca estaba en el jardín jugando y Geoff veía deportes en la televisión. Luke estaba con nosotros, también pegado al televisor. Yo estaba en

la cocina, vigilando a Rebecca a través de la ventana. Y de repente Lily estaba allí, en el jardín. Se puso a charlar con Rebecca, después la levantó y la sentó en el columpio y la empujó. Cuando salí fuera, tenía a Rebecca en brazos. —Calló un momento—. No sé qué habría pasado si no hubiera estado allí.

—¿Cree que se la podría haber llevado?

—No lo sé. Probablemente estoy exagerando. Se preparaba para ser maestra, por el amor de Dios. ¿Por qué habría de hacer algo así? Pero le dejé claro que no la quería en casa. Le dije que a Geoff no le gustaría. Luke salió al jardín y se puso nervioso cuando me vio enfadada. Lily se fue sin armar escándalo, dijo que sentía haberse presentado cuando estaba claro que era un mal momento. La siguiente vez que me esperó después del trabajo le di una excusa para no pasar el rato con ella. Me sentí mezquina, pero ella no era mi responsabilidad. No podía hacer nada. Le dije otra vez que necesitaba ayuda médica, le dije que podía arreglarlo. Una amenaza velada, supongo. No volví a verla. Cuando me enteré de que estaba muerta, supongo que mi primera reacción fue de alivio: Bueno, al menos no vendrá más a molestarnos. Es horrible, ¿no?

—¿Se disgustó cuando la amenazó con buscarle un psiquiatra?

Kath esperó un momento.

—Más que disgustarse se enfadó —dijo—. No dijo nada, pero me miró furiosa y se fue sin decir palabra. Fue horrible. Sentí que me odiaba. Estuve tentada de ir detrás de ella para arreglar las cosas entre nosotras, pero no lo hice.

No soportaba la idea de que volviera a presentarse en casa.

—¿Después de eso no volvió a saber de ella?

—No —Kath miró su reloj—. Oiga, tengo que irme. Entra una paciente de urgencias. Necesito ingresarla.

—¿No dijo nada que hiciera que se preocupara por su seguridad? ¿No parecía asustada? ¿Del hombre al que veía?

—Nada de eso. Dijo que él la amaba, pero quién sabe si era verdad. Quizá la rechazó y por eso estaba tan disgustada. Si algo me preocupaba, era que se hiciera daño a sí misma.

—¿Suicidio?

—Quizá. —Kath se levantó y fue hacia la puerta—. Mire, seguramente podría haber sido más amable, haberme esforzado más en asegurarme de que estaba bien. Pero mi familia era lo primero para mí.

Vera se fue a casa, contenta de dejar la ciudad y la investigación atrás. Al girar al oeste, hacia las montañas, casi la cegó el sol poniente. Cuando llegó a la casa del antiguo jefe de estación, se quedó un momento en el coche, demasiado

cansada para entrar. Después se levantó, bajó del vehículo y abrió la puerta. Pisó

la pila de correo del suelo, cogió una lata de cerveza de la nevera y la llevó fuera. Incluso al atardecer seguía haciendo calor. Se sentó en el banquito blanco,

donde los pasajeros habían esperado al pequeño tren local, y miró hacia el valle.

Todo estaba en sombras y desprovisto de color. Pensó que allí sería posible descansar.

Pero su mente no podía dejar la investigación a un lado. Se sentía frenética y

obsesiva como Lily, dando vueltas a los detalles, persiguiendo conexiones. Si pudiera escribirlo, caviló, quizá podría dejarlo estar. Pero estaba demasiado agotada como para levantarse a buscar papel y bolígrafo. Y había algo creativo

en aquella concentración, en verse obligada a retener todos los detalles claros en

la cabeza a la vez. Se le ocurrió de repente que aquello debía de parecerse a lo

que experimentaba un escritor de ficción. Todos los personajes y argumentos e ideas dando vueltas en su cabeza. ¿Cómo ponías orden en todo eso? Cómo les dabas sentido, forma.

Si escribiera una novela Lily sería la asesina, pensó. Sería uno de esos *thrillers* psicológicos donde parte de la acción se ve desde el punto de vista del asesino, escrito en una fuente diferente o en presente. A veces Vera tomaba prestados libros de esa clase de la biblioteca, disfrutaba lanzándolos por la habitación cuando describían mal los detalles del procedimiento policial.

«Entonces, Lily es el personaje principal. La han fastidiado desde pequeña. Una

madre reprimida y un padre deprimido. Una enfermedad que su madre ha tapado, ocultado, nunca diagnosticado. Se ha convertido en una solitaria. Una solitaria preciosa y obsesiva. El lector verá cómo se enamora de un hombre mayor que ella. Lily lo ve como su salvación, incluso es feliz un tiempo.

Entonces él la rechaza, porque se está volviendo demasiado exigente, una molestia, y ella enferma de nuevo. Se imagina un embarazo. Y vaya donde vaya todo son familias felices. Kath, Geoff y Rebecca. Y Luke. En la ficción podría matar al chico por rabia. Una venganza retorcida. Sin darse cuenta de que también él tenía que aguantar mucho.»

Sin ser muy consciente de ello, Vera había salido de la casa, había lanzado la lata de cerveza vacía al contenedor de reciclaje y había abierto la ventana de la cocina para dejar entrar el aire. Puso las dos rebanadas de pan que quedaban sobre la parrilla, cortó queso para poner encima, miró la botella de vino blanco intacta en la nevera y resistió la tentación. Sacó otra lata de cerveza.

Todo el rato pensando, jugando con los diferentes hilos de la trama. Lily no había sido una asesina, había sido una víctima. ¿Cómo funcionaba eso? ¿Cómo tenía sentido?

Había sido una molestia para Peter Calvert. Le había encantado tener una novia preciosa, sexo a voluntad, sin compromiso. Eso no habría hecho ningún daño a su ego masculino de edad madura. Entonces ella empezó a exigir, se metió en su vida respetable de pez gordo universitario y padre de familia feliz.

Imposible que hubiera habido separación de mutuo acuerdo. La conversación de Lily con Kath lo había dejado claro. No podía haber otro hombre mayor en la vida de Lily.

¿La había matado Calvert? Vera no lo veía. Era demasiado cobarde, tenía demasiado que perder. Su esposa le había permitido todo lo demás en la vida, ¿por qué no esto también? Vera se imaginaba la conversación en la elegante sala de Fox Mill, las ventanas abiertas para dejar entrar la brisa marina, la vista del

faro. «Lo siento mucho, querida. No sé qué me pasó. Me perdonarás.» Y ella, naturalmente, lo perdonaría, porque tenía tanto que perder como él. En todo caso, ¿dónde encajaba Luke Armstrong en aquel escenario?

De haber sido Lily asesinada en primer lugar, tendría sentido. Había un motivo para la muerte de Lily. Luke podía haber sido un testigo involuntario.

Pero al revés no tenía ni pies ni cabeza.

Vera se sentó a la mesa de la cocina y comió sus tostadas con queso.

Encendió la luz, para que el desorden de las superficies, las manchas del suelo cerca de la basura, estuvieran iluminadas. Sus pensamientos volvieron a los cuatro hombres que estaban allí cuando localizaron el cadáver de Lily. Todos diferentes. Pero todos fastidiados cuando se trataba de mujeres. Clive, tan dominado por su madre que a Vera le daban ganas de llorar. Le tocaba

demasiado de cerca. Vera había pasado la vida a la sombra de Hector, se podía

poner sensiblera, si se lo permitía, por las oportunidades perdidas cuando se trataba de hombres. Gary, que se había convencido de que Julie era la respuesta a

todas sus plegarias, pero seguía añorando a una chica esbelta con ojos grandes y

sin pechos. Samuel, cuya esposa se había suicidado. Y Peter, que fingía tener un

matrimonio perfecto, pero se había dejado hechizar por Lily Marsh. De repente

se le ocurrió que había un sospechoso lógico. Pero hasta que no supiera por qué

habían matado a Lily y a Luke, esa idea no era más que una conjetura. No podía

influir en la forma como enfocaba la investigación.

Bebió más cerveza, a sabiendas de que era un error y que tendría que

levantarse por la noche para ir al baño. Se tumbó en la cama con paso vacilante,

todavía sin acercarse a alguna clase de conclusión. Cogió la antología de cuentos

de Samuel Parr del bolso y se puso a leer.

Gary estaba teniendo un momento de calma en el trabajo. El grupo había terminado de ensayar y él había conseguido el mejor sonido posible. Tampoco iba a notar nadie la diferencia. Los músicos eran suecos. Tocaban jazz experimental, ruidos raros y discordantes que lo hacían estremecer. Ahora estaban en el bar, esperando el momento de empezar la actuación. Hubo una época en que Gary habría estado con ellos, bebiendo mano a mano. Después de que Emily lo dejara se habría puesto ciego. Había sido un *shock*. Todavía recordaba con detalle cómo le había dicho que no habría boda. Podía recrear la escena en su cabeza: los vaqueros que llevaba ella, la forma en que se había recogido el pelo, el perfume que se había puesto.

Lo tenían todo planeado. Emily había comprado el vestido, había mandado las invitaciones. Habían encontrado un piso en Jesmond. Emily trabajaba para el Northern Rock y le concedieron una hipoteca barata. A Gary le había asustado mucho la perspectiva de tomar una esposa y una casa al mismo tiempo, pero lo había aceptado porque era lo que Emily quería. Habría hecho cualquier cosa por complacerla. A su madre nunca le cayó bien, pero le gustaba la idea de una boda por todo lo alto. Lo tenía todo organizado: la iglesia, la tarta, los trajes de pingüino. Nada era demasiado bueno para su Emily.

Entonces, sin más, apareció un tipo con quien Emily había salido en la universidad, jurándole amor eterno. Era un chico delgado y larguirucho, atractivo si te gustaban los muertos de hambre y poéticos. Y por lo visto a Emily le gustaban, porque dejó a Gary dos semanas antes del gran día. Y seguía con el tipo, que era profesor en alguna escuela de Ponteland. Gary lo había visto una vez en un bar de la ciudad y le había pegado una paliza. El chico no lo había denunciado, pero Gary había sido arrestado por desorden público. Cuando aquello pasó estaba bebiendo mucho. Ahora no reaccionaría de la misma manera.

Había idealizado a Emily y la había asustado. ¿Quién podía vivir a la altura de tantas expectativas? No era culpa del delgado.

Ahora Gary no bebía nunca cuando trabajaba. «Si trabajara en una oficina, no tendría una botella de vino sobre la mesa», era lo que decía a los demás chicos que se sentaban en el atestado pasillo que denominaban oficina. Detrás de

bastidores, en el Sage, era más como trabajar en un submarino que en un local de música nuevo y rutilante. Todo tuberías y cables y pintura gris brillante.

Se tomaba su trabajo en serio. Siempre había sido algo en lo que era bueno,

lo que lo mantenía cuerdo. Cuando sus padres habían comprado un piso en España, le pidieron que fuera a vivir con ellos. «Habrás mucho trabajo», decían.

«Con tantos bares. Muchos tendrán música en vivo y necesitarán a alguien para el sonido.» Pero decidió quedarse en Shields. Tenía su piso y sus contactos. Sus amigos de los pájaros. La posibilidad de elegir la clase de actuaciones que quería hacer. Ahora que había decidido aceptar el trabajo del Sage había renunciado a aquella flexibilidad, pero creía que no se arrepentiría. No realmente.

Subió las escaleras de la sala pequeña y enseñó el pase en la puerta para entrar al escenario, después bajó a la oficina de los técnicos. Neil, que estaba al mando, estaba echado hacia atrás en la silla, tecleando en el ordenador.

—Esa oferta de un trabajo fijo —dijo Gary.

—Sí. —Neil ni siquiera levantó la cabeza de la pantalla. Se lo había pedido montones de veces a Gary, y la respuesta siempre había sido «no».

—He decidido aceptarla.

Eso le llamó la atención. Puso la silla en posición recta y sus manos dejaron

de moverse. Cuando se giró a mirar a Gary, su cara era un poema. Se puso de pie, cogió la mano de Gary, le dio palmadas en la espalda. Gary sonrió. Pero cuando se marchó estaba temblando. No estaba muy seguro de lo que había hecho.

Ahora tenía una idea de cómo serían las cosas. Él y Julie viviendo juntos en aquella casa en Seaton. Sería un buen lugar donde vivir. No demasiado lejos de

la costa cuando el viento rolaba al oeste y llegaban las aves migratorias. No demasiado lejos de la torre para observar pájaros. No podía meterle prisa, naturalmente. Ahora que estaba tan triste por lo de Luke. Era una mujer fuerte.

Aquello no la haría cambiar. Y él estaría allí para apoyarla y esperarla.

No estaba seguro de cómo habría afrontado tener un hijastro. ¿Habría esperado Julie que fuera como un padre? No quería reconocerlo, pero la verdad era que no lamentaba que Luke estuviera muerto. Habría sido una complicación.

Julie siempre habría puesto al chico en primer lugar. Era una forma horrible de ver las cosas, pero no podía evitarlo. Eso lo llevó a pensar en Laura. Se la imaginó como la había visto la última vez, de pie en la acera delante de la casa

de Seaton, mirando cómo se alejaba. Evaluándolo. O eso era lo que le había parecido. La vio con la falda negra corta, la blusa blanca. Intentó no pensar en

ella de una forma *sexy*. Sería como una hija para él, si se juntaba con Julie, y eso sería perverso. Pero había algo en ella —la juventud o la energía y el desafío—

que lo había alterado. A veces pensaba que estaba tan obsesionado con Laura como lo estaba con Julie. Tal vez era más seguro no pensar en ir a vivir a la casa

de Seaton hasta que Laura fuera un poco mayor.

Todavía quedaba media hora antes de que tuviera que empezar a trabajar y salió a tomar el aire, caminó hasta la fachada del edificio grande y curvo y contempló el Tyne. Sus padres se habían ido a España porque no podían soportar

el clima, pero él no se imaginaba viviendo en otro sitio. Se enorgullecía de la ciudad. Le gustaba decirle a la gente que trabajaba en el Sage. A su derecha y abajo, junto al río, estaba la gran masa de la Baltic Gallery. La recordaba como

un almacén en decadencia, con nidos de gaviota en la piedra agrietada, la fachada cubierta de excrementos de pájaro. Cuando la inauguraron, fue con Samuel Parr a ver la exposición de Gormley. No le habría gustado ir solo.

Únicamente estaba cómodo detrás del escenario. Pero le encantó la escultura, todas esas figuras de metal retorcido, finas como azúcar hilado. A Gary se le había hecho raro estar allí con Samuel, que fue reconocido por algunos

empleados. Formaba parte de la mafia artística de Tyneside, un grupo que Gary despreciaba como una raza alienígena cuando iban al Sage.

El río estaba con la marea alta, moviéndose perezosamente, a punto de cambiar. En la orilla norte la gente salía de los bares. Oyó una melodía que se esfumó antes de que pudiera identificarla, el estallido del claxon de un coche. El sol bajo se reflejaba en todo el cristal y volvía roja el agua. A Samuel, Clive o Peter Calvert les parecería raro ver a Gary en su trabajo, sentado detrás de una mesa de mezclas, controlando los sonidos que salían del público, cambiando la experiencia, cambiando completamente la experiencia que tenían en aquel espacio espectacular. Solo lo conocían como un incansable observador de aves marinas. Hacía años que eran amigos, pero en realidad sabían muy poco de las vidas de los demás. Sabían que se había enamorado de Julie, su amor de la infancia, con su sonrisa y su cuerpo fácil y cómodo. No se imaginarían nunca que soñaba con la adolescente Laura, con su falda negra corta de uniforme. Creían que eran amigos íntimos, pero todos tenían secretos que jamás contarían. Su móvil pitó con una notificación de mensaje de texto. Era de Julie, y Gary sintió una punzada de culpa. Sentía la cara caliente, como si se estuviera ruborizando. «Qué haces esta noche.» Apartó sus pensamientos sobre Laura y contestó inmediatamente: «Trabajar. No terminaré hasta medianoche». Tuvo que esperar tanto a que contestara que casi se había rendido. A lo mejor se había ofendido, viéndolo como un rechazo y no como mera información. Tendría que haberse esmerado más en escribir algo mejor. Se agitó, redactando un nuevo mensaje en su cabeza. Era hora de entrar y hacer la última revisión. Siempre apagaba el móvil mientras trabajaba. La respuesta llegó cuando subía los escalones, dando la espalda al río. «Pasaré a verte. Hasta luego.»

Julie tenía la sensación de que si no salía de la casa se pondría a gritar. Se plantaría en el rellano y se llenaría los pulmones y abriría la boca, y el ruido sería tan fuerte que se oiría al final de la calle. Su madre seguía allí, limpiando.

Todo el día se oía el zumbido de la aspiradora, la peste de fondo de lejía y cera, de modo que ya no parecía la casa de Julie. Y cuando no limpiaba, la señora Richardson hablaba, intentando forzar a Julie a volver a la vida con palabras fuertes y culpa. Como si no hubiera suficiente culpa en el ambiente. Julie siempre se había llevado mejor con su padre. Si él hubiera estado allí en lugar de

su madre, se habrían emborrachado juntos. Él se habría sentado a su lado en el sofá, viendo canales de música en la televisión, contando sus viejas anécdotas de músicos que había conocido, abrazándola cuando Julie tuviera ganas de llorar.

No podía decirle a su madre que se fuera. Creía que estaba siendo útil y se ofendería. Entonces Julie se sentiría culpable otra vez. Por eso se pasó el día intentando encontrar una excusa para salir. Se inventó una historia sobre que Lisa la había invitado a su casa. Lisa cocinaría y Julie se quedaría en la habitación de invitados. A la madre de Julie le gustaba Lisa, que trabajaba de secretaria para una gran firma de abogados de la ciudad. Después Julie salió al

jardín y llamó a Lisa al móvil. En el otro lado del campo de los caballos estaban segando la hierba. Miró cómo el tractor se movía adelante y atrás, regular y cautivador. Podría quedarse mirándolo todo el día, pero su madre no se lo habría permitido. Lo consideraría ocioso y egoísta, y le buscaría algo útil que hacer.

—Si llama mi madre, estoy en tu casa, pero me he dormido y no quieres despertarme.

Lisa era una buena amiga y no hizo preguntas. Habría cocinado para Julie y habría bebido vino con ella y la habría dejado llorar. Pero Lisa vivía en un piso nuevo y elegante frente al Tynemouth, y no era la clase de sitio donde Julie podía descalzarse y relajarse. Contar todas esas mentiras hizo que Julie se sintiera de nuevo como una adolescente. A última hora de la tarde estaba agotada de tanto pensar. Pero también estaba un poco excitada. Sabía desde el principio que lo que quería en realidad era ver a Gary.

Se duchó antes de salir, en la bañera donde había estado Luke. Antes tenían una cortina vieja, con manchas rosadas de humedad en el bajo, pero la Policía se la había llevado. Su madre había ido a comprar otra. Julie corrió la cortina y cerró los ojos para lavarse el pelo. Era la primera vez desde que Luke había muerto. Hasta entonces había ido a casa de Sal cuando quería darse un baño. Se tomó su tiempo para arreglarse, maquillaje, un poco de perfume. Eso no haría desconfiar a su madre. Era de una generación para la que las mujeres no iban de visita sin esforzarse por estar guapas.

Laura estaba en su habitación. Parecía vivir allí aquellos días, solo salía para comer e ir al baño. Julie se dio cuenta de que ya era así antes de que Luke muriera. Llamó a la puerta, metió la cabeza. Laura estaba echada en la cama. No leía ni veía la televisión, solo miraba el techo.

—¿Estás bien, cariño? —Julie se sentó en la cama.

Laura se volvió, intentó sonreír. Julie supuso que debería quedarse. Se acordó de Luke cuando empezó a deprimirse. Pero no podía tomar aquella decisión. Si no salía de la casa se volvería loca ella.

—Estaba pensando en salir un rato. Lisa me ha invitado a su casa. ¿Te parece bien?

Laura la miró fijamente un momento antes de encogerse de hombros.

—Claro.

Julie se dijo que nunca sabía qué estaba pensando Laura; nunca lo había sabido.

—Puede ser que me quede a pasar la noche. La abuela estará aquí.

—No pasa nada. Está bien.

Julie se sentó en el viejo Fiat que tenía desde que Geoff se había ido, que ahora aguantaba por los pelos con pintura y relleno. Cada año, cuando le tocaba la revisión, había una crisis y el hijo mecánico de su amiga Jan obraba su magia

y lo sacaba adelante. Otra cosa que hacía por primera vez. No había conducido desde la muerte de Luke. Se imaginó a los vecinos mirando a través de los visillos, esperando a que se marchara. ¿Qué pensarían? Que era una madre sin corazón, o que era muy valiente por afrontar la vida de nuevo. Ni ella misma estaba segura.

Eran solo las ocho, pero fue directamente a la ciudad. Tuvo el momento habitual de pánico cuando llegó a la autopista por la antigua rotonda. Nunca sabía qué carril debía tomar para el puente. Entonces en Gateshead se saltó el desvío del Sage y acabó en el aparcamiento de la Baltic. No se veía con ánimos

de volver atrás y se quedó donde estaba. Estuvo veinte minutos sentada, con la mente en blanco, antes de sacar el tique de la máquina. Las nueve. La luz empezaba a desaparecer. Se dio cuenta de que disfrutaba de la sensación de estar sola.

Bajó del coche y dio la vuelta a la parte frontal de la Baltic Gallery. Había una especie de recepción en el bar de abajo. A través de los grandes ventanales

vio a mujeres con vestidos largos, hombres con trajes de gala. Bebían champán en copas altas. Una mujer gorda con los cabellos muy cortos estaba dando un discurso. Julie se sintió como si hubiera viajado a un país nuevo, donde había seres exóticos muy diferentes a ella. En un impulso caminó por el puente del nuevo milenio de Gateshead a Newcastle. Tampoco lo había hecho nunca. Se quedó en el centro y miró hacia arriba, a los arcos y las torres de los otros puentes, el Tyne, el High Level, el Redheugh, monumentos conocidos vistos bajo una luz completamente diferente. En el Newcastle Quayside se abrió

camino entre el gentío de un bar, solo para ir al lavabo. No sintió la tentación de quedarse a tomar algo. Quería tener la cabeza despejada cuando se encontrara con Gary. Ya se sentía medio loca tal como estaba.

Cuando volvió a la orilla sur del Tyne estaba bastante oscuro. El río se retiraba hacia el mar. La gente elegante seguía en el bar de la Baltic, pero los discursos se habían acabado. Se sentó en un banco en el exterior, observándolos.

Era como si el gran ventanal fuera una pantalla gigante de cine, y aunque no pudiera oír lo que decían se quedó fascinada. Había una mujer joven y bonita que no se podía estar quieta. Iba de un grupo a otro, hablando y riendo, cada vez

más inestable. Cuando se alejaba, los grupos se ponían a hablar de ella. Parecía

tan sola que a Julie le daban ganas de llorar.

Le sonó el móvil. Miró la hora mientras contestaba: las 23.38. Había estado más de una hora sentada mirando. Y había disfrutado de cada minuto de soledad. Era Gary.

—Hola. He terminado antes de lo que creía. ¿Dónde estás?

—Ya estoy aquí. Frente a la Baltic, junto al río. —Iba a añadir que acababa de llegar. No quería que él pensara que se había pasado horas sentada esperándolo. Pero él hablaba de la actuación y de lo bien que había ido, un gusto.

A pesar de la mala música y el público escaso. Que algunas noches eran así.

Agradables y fáciles. Y entonces lo vio caminando hacia ella, todavía hablando

por el móvil. Había bajado los escalones de la entrada del Sage. Julie se levantó para que la viera. El móvil se apagó y se lo guardó en el bolso, para tener las manos libres. Se quedaron un minuto mirándose, después casi tropezaron el uno

con el otro, patosos como críos. Ella esperaba que la besara, pero él no lo hizo.

La abrazó un momento, frotándole la espalda.

—¿Adónde quieres ir?

—¿Podemos ir a tu casa? —dijo—. No me apetece tener compañía.

—Claro.

—Será mejor que te siga —dijo Julie—. No conozco el camino. —Esperaba que él propusiera algo distinto. «¿Por qué no dejas el coche aquí? Por la mañana te acompañaré a buscarlo.» Pero no lo hizo, así que estuvieron juntos solo unos minutos antes de separarse de nuevo. Él le estaba dando instrucciones para que lo esperara en su coche y sobre qué hacer si lo perdía. Se sintió como la chica que se movía entre el gentío del bar de la Baltic. Perdida y desconectada.

Pero no quería quedar como una idiota e hizo lo que le decía. Esperó en la

entrada del aparcamiento hasta que la furgoneta blanca pasó por delante y la siguió de vuelta a Shields. Si lo perdía en un semáforo, él pararía para que pudiera volver a encontrarlo. Lo siguió cuando él aparcó en una calle estrecha.

Allí había otra vista del río. De repente, Julie se puso muy nerviosa y deseó estar en casa, en camisón frente a la tele, con su madre parloteando al lado.

En el piso fue más fácil. Gary abrió una botella de vino y Julie tomó una copa grande muy deprisa. A la mierda, pensó. No tenía ninguna intención de volver a casa en coche aquella noche. Gary puso una música que ella no conocía.

Se sentaron los dos en el sofá, apoyados en los cojines, casi echados. Él le pasaba un brazo por los hombros y hablaba de la música, lo que le gustaba de ella, pero en voz muy baja, de modo que Julie sentía su aliento en la mejilla. Le

puso una mano en el cuello, lo acarició por debajo de la oreja.

Y de repente Julie se acordó de Luke. De cómo alguien le había puesto la mano en el cuello, lo había rodeado con una cuerda y había tirado hasta matarlo.

No gritó. Lo último que quería era montar un número. Pero Gary debió de percibir su tensión, porque se apartó suavemente.

—Perdona —dijo ella.

—No hay nada que perdonar.

Le contó lo que había estado pensando. Luke en el baño y alguien estrangulándolo.

—Perdona —dijo de nuevo—. Soy una impresentable. —Pero se había bebido el vino demasiado deprisa y pronunció mal la palabra. Se rio, y él también.

—Podemos hacer lo que quieras —dijo él—. ¿Quieres que te lleve a casa?

Julie pensó en lo sola que se sentiría en la cama de matrimonio. Su madre la habría hecho y las sábanas estarían tensas, metidas debajo del colchón. Ella no se tomaba la molestia de hacerla, prefería las sábanas sueltas, un poco arrugadas.

—No —dijo—. ¿Puedo tomar un poco más de vino?

Él le sirvió otra copa.

Se despertó con resaca, tumbada en el sofá, completamente vestida excepto los zapatos. Había una luz rara que venía de una dirección diferente, así que enseguida supo que no estaba en su cama. El olor a café de verdad venía de la cocina. No se le había ocurrido que él hiciera café de verdad. Debía de estar esperando a que se despertara, porque llegó con una bandeja con una taza y un plato de tostadas.

—Podrías haber dormido en la cama —dijo—. Pero no pude moverte.

—Vaya, qué mal me encuentro. ¿Qué hora es?

Se encontraba mal, pero solo de la manera en que se encontraba siempre que tenía resaca, enferma e intoxicada, y eso era tranquilizador, una señal de que las cosas volvían a la normalidad. Y había dormido, sin pastillas.

—Las diez.

—Oh, Dios mío. Laura ya se habrá ido a la escuela. Mamá me matará. —

Bajó las piernas del sofá a fin de dejar sitio para que él se sentara—. Oye —dijo—. Respecto a anoche...

—No te preocupes, lo pasé muy bien.

—¿En serio? No lo creo.

—Eres buena compañía. Incluso cuando has bebido. Y tenemos mucho tiempo.

—Sí —dijo Julie, en voz baja—. Espero que sí.

Tomó la ruta panorámica para regresar a casa por el litoral de Whitley Bay y pasando por Saint Mary's Island, cantando con una de las cintas recopilatorias que su padre le había preparado. Motown. Intentaba retrasar el momento de volver a la casa. Conduciendo el Fiat tan despacio que el tipo del Astra de detrás

le tocó el claxon, gritando como una loca, casi podía creer que el resto, toda la pesadilla, le había sucedido a otro.

En cuanto abrió la puerta, su madre salió de la cocina. Era como una figura de uno de esos relojes mecánicos. No un cuco, por supuesto. Una mujer de campo en delantal, sacudiendo la cabeza y frotándose las manos.

—Gracias a Dios. ¿Dónde te habías metido? Estaba muy preocupada.

—Te dije que me quedaría en casa de Lisa. —Y eso no era mentira, ¿no?

—Esperaba que volvieras antes de que Laura se fuera a la escuela. —La culpa de nuevo.

—Ya, sí, pero bebí demasiado. ¿Ha ido todo bien?

—No ha tenido tiempo de desayunar.

—Nunca tiene tiempo de desayunar.

—Seguro que tú tampoco has comido nada. —E inmediatamente se metió en la cocina a poner el hervidor y a freír tocino—. Lo he comprado en aquel carnicero decente de Monkseaton. No es todo agua y grasa. —Y a pesar de que el olor casi hizo vomitar a Julie, se sentó a la mesa y esperó a que apareciera su sándwich, después se obligó a comerlo. Para compensar el haber mentido a su madre. Para compensar el haber pasado unas horas sin pensar en Luke.

Hasta que no se terminó su plato su madre no le trajo el correo para que lo revisara. Una pila no tan grande. Encima, un sobre grande blanco.

—Mira —dijo Julie, intentando restablecer relaciones amistosas—. Está dirigido a Laura.

Su madre, que ya estaba con los guantes de goma frente al fregadero, se volvió.

—Qué bien. Algún amigo de la escuela, quizá.

—Quizá. —Pero Julie ya había reconocido las letras mayúsculas cuadradas, y había recordado la reacción de Vera a la última tarjeta—. De todos modos, creo que voy a llamar a la inspectora Stanhope.

Cuando entró la llamada de Julie, Vera estaba en su despacho, leyendo. La noche anterior había empezado un cuento de Samuel Parr, uno del que no había oído hablar y no había leído. Estaba en el libro que se había llevado de la biblioteca antes de encontrarse con Ben Craven, una antología publicada por una pequeña editorial de Hexham. El título, *Bromistas y amantes*, le sonaba de algo, pero no conseguía recordar de qué. En la solapa decía que la antología había ganado un premio que Vera no conocía. El cuento que buscaba, el que había escuchado en la radio, no estaba en el libro, pero empezó a leer el volumen de todos modos.

Vera se había dormido al cabo de dos párrafos pero, quizá por la cerveza que corría por sus venas, la imagen inicial se había quedado con ella toda la noche.

Describía el secuestro de un adolescente. El rapto estaba descrito amorosamente.

Una mañana de verano. Luz del sol. Las flores del seto identificadas. Se convertía en una seducción, más que en un acto de violencia. El género del adolescente se dejaba deliberadamente ambiguo, pero Vera se imaginó a Luke.

Se hablaba mucho de la belleza adolescente. Era del tipo que llamaba la atención. Y Luke podría haber sido una chica con sus pestañas largas y su cuerpo

esbelto. Medio niño, medio hombre, también había sido una figura ambigua.

En la comisaría, Vera tuvo la reunión matinal de puesta al día. Joe Ashworth había comprobado todas las casas de alquiler de coches de North Tyneside.

—Nadie con el nombre o la descripción de Clive Stringer alquiló un coche el miércoles por la noche o el viernes. Supongo que esto lo descarta. —Parecía decepcionado.

Vera casi lo compadeció. Le describió el interrogatorio de Peter Calvert.

—Sabemos que fue amante de Lily. Sabemos que es un cabrón mentiroso, con un interés poco saludable por las chicas guapas. Sabemos que ella dejó su anillo de plata y ópalo en la casita de Calvert. Pero no podemos demostrar que no lo perdiera cuando fue a echar un vistazo el día anterior. Y no podemos

demostrar ninguna relación entre él y Luke Armstrong. —Después le puso al tanto de la relación entre Lily y Kath—. ¿Es significativo que la nueva señora Armstrong no nos dijera que conocía a la joven Marsh? Quién sabe. Para

nosotros sí, por supuesto. Pero nosotros vivimos y respiramos la investigación.

Puede que ella solo quisiera olvidarse y seguir con su vida.

Después Vera se encerró en su despacho. Sabía que había cosas más

importantes que resolver, pero sabía que su equipo ya las estaba haciendo. Se sentía atraída por el cuento, por el extraño personaje central. Entonces sonó el teléfono.

—Julie Armstrong al teléfono, jefa. No quiere hablar con nadie más que con usted.

Vera escuchó en silencio mientras Julie le describía el sobre, la letra.

—No quería molestarla. Pero la última vez le pareció importante. No lo hemos tocado. Bueno, mi madre sí, cuando lo ha recogido en la puerta.

—¿Laura tiene móvil?

—Oh, sí, hoy en día todos tienen.

—Llámela y dígame que no se mueva de la escuela. Que no salga con nadie, aunque sea alguien conocido, hasta que usted vaya. Mandaré a alguien en un coche y puede ir usted a buscarla. Hablaré con la escuela. Deje la tarjeta donde está. No la abra.

—No tendrá el móvil conectado —dijo Julie. Vera presentía su confusión, el inicio del pánico—. Es obligatorio apagarlo. No están permitidos.

—No se preocupe. Mándele un mensaje de texto y déjele otro de voz. Yo me ocuparé del resto.

Colgó y se tomó un momento para serenarse. Se le había pegado algo del pánico de Julie; sentía que su cerebro empezaba a pensar caóticamente, el eczema le empezaba a escocer. Entonces telefoneó al instituto en Whitley Bay, se impuso a una secretaria pesada para que la pusiera con el director. Él entendió

enseguida lo que necesitaba, motivado, analizó Vera, tanto por la posibilidad de titulares en los periódicos — *¿Cómo ha podido suceder algo así? Niña secuestrada a las puertas de la escuela*— como por la preocupación por la seguridad de Laura. Entonces creyó que era una vieja cínica. El director dijo que buscaría a Laura y la tendría en su despacho hasta que llegaran Julie y el coche patrulla. Llamaría a Vera y la avisaría cuando esto pasara. Vera se quedó esperando. Sus ojos volaron hacia el libro sobre la mesa, la sugerente solapa en azules y verdes apagados. Sonó el teléfono.

—¿Sí?

El director no se identificó. Vera notó el temblor en su voz cuando habló, sospechó que él también se estaba empezando a dejar llevar por el pánico.

—No ha llegado a la escuela. Consta como ausente en el registro.

—¿Nadie ha llamado a su casa?

—No lo hacemos. Por un solo día. Y con lo que le sucedió a su hermano, entenderíamos que necesitara un tiempo. —Justificándose con ella, y con la prensa implacable que querría culpar a alguien. Poniendo excusas.

—Por supuesto —dijo Vera—. No es culpa suya.

«¿Es mía? ¿Debería haberlo visto venir?»

—¿Hace novillos a menudo?

—No. Es buena estudiante. Aplicada. Una de las mejores.

—¿Puede preguntar a amigos, personas con las que venga en el autobús?

Mandaré a alguien a tomar declaraciones. —Pensó en enviar a Ashworth. Sabría tratar a las alumnas.

—¿Puede ser discreta? —dijo él—. Me refiero a no venir con luces

parpadeantes y uniformes. No quiero que empiece una histeria en masa, que vengan los padres a llevarse a sus hijos. Luke también era alumno nuestro.

Vera estaba distraída.

—¿Lo conocía? Me refiero a si era más que una cara, un nombre.

—Sí, me gustan los chicos como Luke. Los que se esfuerzan. Por eso me hice profesor. Es importante no olvidarlo nunca. Me interesé por él.

—¿Se le ocurre por qué alguien lo querría muerto?

—¡No! —La respuesta fue inmediata y vehemente—. Era un poco lento, pero era buen chico. A la gente le gustaba estar con él. —Se esforzaba por explicarse—. Era completamente inofensivo. —Él no estaría satisfecho con aquella descripción, pero Vera entendía lo que quería decir.

Cuando Vera llegó a casa de Julie, la puerta estaba abierta y ella estaba esperando para salir. Su madre estaba detrás. Julie se volvió para decir adiós a la mujer mayor, pero para entonces Vera había bajado del coche y obstruía la puerta.

—Cambio de planes —dijo amablemente—. No hay prisa. Entremos. ¿Una taza de té, señora Richardson?

Acompañó a Julie a la sala y la sentó en el sofá.

—Laura no está en la escuela, cariño. ¿Seguro que subió al autobús?

—No lo sé. No estaba. Pasé la noche con una amiga. —Miró a Vera—.

Estuve en casa de Gary. No se lo diga a mi madre. Pero necesitaba airearme, tomar unas copas.

—¿A qué hora se ha despertado? Con resaca, ¿verdad?

—Sí, algo así. He dormido hasta las diez.

—¿Y Gary estuvo con usted todo el tiempo?

—No dormimos juntos. Me quedé en el sofá.

—De modo que podría haber salido sin que usted se enterara. —Vera hablaba casi consigo misma. No esperaba una respuesta.

—¿Dónde está Laura? —Salió como un grito, que hizo venir corriendo a su madre de la cocina.

—No lo sabemos. La estamos buscando. La escuela. Mi equipo, y no hay nadie mejor que ellos.

—¿A qué hora se ha ido Laura de casa? —Julie se dirigió a su madre—. ¿Ha subido al autobús?

—Se ha ido a la hora habitual. Con prisas. Sin tiempo para desayunar, como siempre. Le había preparado el almuerzo, pero no se lo ha llevado.

—¿La has reñido antes de que se fuera? —Julie estaba roja y enfadada—. Siempre tienes que chingar.

La mujer mayor estaba a punto de llorar.

—No la he reñido. Le he dicho que era muy valiente por ir a la escuela y que esperaba que tuviera un buen día.

—Oh, mamá, lo siento. Es culpa mía. Debería haber estado aquí. Estaba tan obsesionada conmigo misma..., y ella me necesitaba. Es lo mismo que con Luke.

—No tenemos tiempo para esto —dijo Vera—. Guarden los reproches para más tarde, cuando hayamos recuperado a Laura. Necesito información. La hora del autobús. Los nombres de los amigos con quienes hacía el trayecto.

Profesores preferidos. Profesores que odiaba. Novios pasados y presentes.

Empiecen a hacer una lista. Voy a ver la tarjeta. —Arrancó una hoja de papel de un cuaderno y le dio un bolígrafo a la madre de Julie. Cuando las dejó, estaban sentadas una junto a la otra en el sofá, las dos con lágrimas sin secar en las mejillas, pero trabajando para resolver el problema, apuntando nombres.

El sobre estaba en el centro de la mesa de la cocina. Desde el momento en que había recibido la llamada de Julie, Vera había intentado convencerse de que aquello podía ser una pérdida de tiempo. Probablemente la mujer estaba

exagerando. Sería una tarjeta de un amigo o familiar, de un profesor. Nada siniestro. Pero cuando la vio reconoció las letras mayúsculas enseguida. Esta vez

la dirección era correcta. Incluso tenía el código postal. El sobre no estaba cerrado. La pestaña estaba metida dentro del papel por detrás. Sin saliva.

Tampoco en el sello, que era de los que llevaban el pegamento incorporado. Vera

sacó pinzas y guantes de goma del bolso, se los puso y levantó la tarjeta. Una flor prensada. Algo pequeño y azul que no reconoció. El dorso estaba vacío, como el que se había enviado a Luke. Sin besos.

Llamó por teléfono a Holly en Kimmerston.

—Es la misma, sin ninguna duda. Quiero que se envíe al laboratorio y se analice enseguida. Y mételes prisa con las otras.

Llamó a Ashworth, pero se dio cuenta inmediatamente de que estaba rodeado por una pandilla de chicas y no podía hablar.

—Llámame —dijo—. En cuanto tengas algo. —Sabía que no tenía ninguna necesidad de decirlo, pero dar órdenes la hacía sentir mejor.

Compuso una expresión calmada y ligeramente ridícula antes de volver a la sala. Apuntó el teléfono directo de Holly y se lo dio a Beryl Richardson.

—Es una buena chica. Llámela y dele todos los nombres que se les hayan ocurrido. Julie, me gustaría que viniera conmigo. Enséñeme cómo iría Laura a la parada de autobús. Llevo el móvil encima y llamarán en cuanto tengan novedades. A las dos nos sentará bien un poco de aire fresco.

Vera se levantó y salió de la casa seguida de Julie antes de que ninguna de las mujeres pudiera protestar. En la puerta, en lugar de girar a la izquierda, hacia el centro del pueblo y la carretera principal, Julie dobló a la derecha.

—A Laura no le gustaba esperar con la gente en la parada de autobús del pub. Sobre todo desde que murió Luke. Siempre se ha sentido mal en medio de mucha gente, pero desde entonces ha empeorado. Toma este atajo y sube en una parada más cerca del pueblo. —Se detuvo, miró a Vera—. Debería haberla

acompañado. Pero estaba hecha un lío. No podía afrontarlo.

—Esto no es culpa suya —dijo Vera, pronunciando lentamente cada palabra

—. Nada de esto es culpa suya.

Julie la guio por una calle estrecha con parcelas en un lado y partes traseras

de casas en el otro y llegaron a unos peldaños. Vera subió y esperó, en lo más alto, jadeando, contemplando el paisaje más allá. El camino seguía el lado del campo que había sido segado el día anterior, por el borde de una parcela de bosque hacia la carretera principal. Laura habría sido visible desde las ventanas

altas en la calle de Julie durante todo el camino. Vera mandaría un equipo para ir casa por casa. Era una posibilidad remota que hubieran visto a la niña, pero merecía la pena. Si se habían llevado a Laura, seguramente era allí donde había

sucedido. Una vez en el autobús, estaría rodeada de otros niños hasta llegar a la escuela. Saltó al otro lado, se bajó la falda para recomponer su aspecto. Julie la siguió.

—¿Quién más sabía que Laura tomaba este camino para coger el autobús? —

Vera se inclinó para arrancarse una brizna de paja de la sandalia, procurando no dar importancia a la pregunta.

—No lo sé. Los otros niños, supongo.

—¿Geoff? ¿Kath?

—Podría habérselo mencionado. Pero no me la imagino. No ha estado muy comunicativa últimamente.

Por lo tanto, ha sido planeado, pensó Vera. Ya lo sabían, teniendo en cuenta la tarjeta, pero aquello lo confirmaba. Alguien había esperado y observado, había seguido los movimientos de la familia. No desde la calle. Eso se habría notado.

Quizá desde allí, al borde del bosque, donde se tenía una visión del pueblo. Unos buenos prismáticos y puedes ver dentro de las casas.

Entonces supo que fuera cual fuera la razón del primer asesinato, ahora el asesino estaba disfrutando. O la asesina. Se había convertido en un juego, una obsesión. Una obra de teatro. No solo en la escenificación del cadáver, sino en

los acontecimientos que conducían a él. Vera esperaba que el asesino quisiera prolongar el placer. Esperaba que eso significara que Laura seguía viva.

La mañana que Laura Armstrong desapareció, Felicity Calvert volvía de dejar a James en el autobús de la escuela e intentaba reconciliarse con la noticia de que Peter había sido el amante de Lily. Suponía que debería haberse sentido traicionada. No por Peter: ¿qué derecho tenía a juzgarlo? Sino por Samuel.

Estaba convencida de que Samuel tenía que haber estado enterado de la aventura de Peter con Lily Marsh. Probablemente los cuatro hombres que estaban presentes cuando James encontró el cadáver lo sabían. Peter habría querido jactarse de su conquista. Era del todo imposible que se hubiera guardado algo como eso para sí mismo, y ella sabía que le contaba todo a Samuel. Tal vez por

eso Samuel había estado tan raro últimamente, tan irritable y tenso.

Peter le había explicado lo de su relación con Lily cuando volvió de la comisaría. Había vuelto a la casa en taxi, con aspecto agotado, más bien vulnerable. James ya estaba en la cama para entonces. El chico había aceptado la

versión de que la Policía tenía que hablar con su padre como un testigo experto y

se había ido a su habitación sin protestar. La casa parecía extraordinariamente silenciosa mientras esperaba a que Peter regresara. Casi siempre tenía la radio puesta o escuchaba música, pero aquella noche no podía hacer ninguna de las dos cosas. Había abierto las ventanas y oía el agua del salto, muy lejana.

Felicity vio bajar a Peter del taxi y salió a recibirlo. Él le agarró la mano, como si fueran adolescentes, y la llevó dentro. Sin decir palabra, sacó una botella de vino de la nevera y la abrió. Aquel silencio era tan poco propio de él que Felicity se asustó. Tendría que haber estado lanzando improperios contra la indignidad de su detención, la afrenta de que la Policía se lo hubiera llevado.

Casi llegó a creer que estaba a punto de reconocer el asesinato. Pero estaba libre, ¿no? No podía ser eso.

Sirvió dos copas de vino y se sentó a la mesa de la cocina. La cocina era el espacio de Felicity, y él se sentaba allí pocas veces por la noche. Prefería el confort del salón o la intimidad de su despacho. Sentarse con ella era una disculpa en sí misma.

—¿Tienes hambre? —dijo ella—. ¿Quieres que te prepare algo?

—Quizá más tarde. —Bebió vino, la miró a los ojos. Hubo otro momento de silencio, y por fin dijo—: Tuve una aventura con Lily Marsh.

Felicity no dijo que se lo había imaginado. Había una pregunta más urgente.

—¿La mataste tú?

—¡No! —Horrorizado. Le tomó las manos por encima de la mesa. Eso la

excitó, el contacto la emocionó. En su rutina cotidiana —la familia, la casa, incluso el sexo— se habían ido alejando de un encuentro real. Aquello tuvo la carga del contacto con un desconocido.

—Era muy guapa —dijo—. Entiendo que te sintieras tentado.

—Me sentí halagado. —Hizo una pausa, bebió más vino—. ¿Quieres que te lo cuente?

Felicity se lo pensó. ¿Quería saber los detalles? ¿Cómo se habían conocido?

¿Dónde habían hecho el amor? Le preocupó que eso también le resultara excitante.

—No —dijo—. Solo es asunto tuyo.

—¿Quieres que me vaya de casa?

—No lo sé. No. Ni siquiera lo había pensado.

—La mayoría de las mujeres lo querrían. —Parecía perplejo por el hecho de que se estuviera tomando la noticia con tanta calma. ¿Estaba decepcionado incluso por su falta de reacción?—. Al menos sería su primera reacción.

—A lo mejor es que una aventura no parece algo tan importante con dos personas muertas.

—Yo no la maté.

Ella le acarició la mano con el dedo.

—Te creo.

Ahora, volviendo del autobús a la sombra del seto de saúco, se dio cuenta de que en aquella breve y tensa conversación había habido más comunicación de la que habían tenido en años. Espontáneamente le vino a la cabeza un título posible para una de esas revistas femeninas que solo leía en la consulta del médico y en la peluquería: *Mi marido fue sospechoso de asesinato... ¡Y eso salvó nuestro matrimonio!*

Incluso la noche anterior, sentada frente a él, la conversación le había parecido melodramática y ligeramente ridícula.

—Se había acabado —dijo él—. Hacía tiempo. Ya no la veía.

—¿Quién terminó la relación? —Más charla de revista.

—Yo. Lily estaba desequilibrada. Debería haberme dado cuenta de que ninguna mujer joven y bonita se enamoraría de mí. —Quizá hubo una ínfima pausa mientras esperaba que lo contradijera. Ella no dijo nada. Al menos, gracias a su adulterio ya no tenía que sentirse obligada a jugar con él—. Se volvió obsesiva. Se presentaba en el trabajo. Me telefoneaba.

—Creo que llamaba aquí —dijo Felicity—. Varias veces, cuando fui a contestar el teléfono, me colgaron. —Recordó las rosas en la casita, el sonido de pasos en el vestíbulo—. Podría haber estado aquí.

—Parecía convencida de que te dejaría para casarme con ella. Nunca le prometí eso. Nunca le prometí nada. —Se levantó de la silla para volver a coger el vino de la nevera, llenó la copa de Felicity y después la suya—. Le he dicho a la Policía que nos separamos amistosamente. No quería que pensarán que tenía un motivo para matarla. Pero no es verdad. Fue una pesadilla. Me asediaba.

Nunca sabía dónde aparecería a continuación. Debió de solicitar el puesto en la escuela de Hepworth, para poder llegar a mí a través de James. Y después aquella farsa de presentarse aquí fingiendo que necesitaba alquilar la casita.

—No creo —dijo Felicity— que esperes que sea comprensiva contigo.

Peter se mostró apesadumbrado otra vez.

—No, no, claro que no.

Y de repente ella se sintió avergonzada y eufórica al mismo tiempo, porque su secreto seguía intacto. ¿Debería confesar ella también? ¿Lo de Samuel y ella?

Había algo adictivo en la crudeza de la conversación y deseaba que continuara.

Se sentía como cuando era estudiante, sentada a altas horas de la noche con sus amigos, la habitación iluminada con velas, algo deprimente sonando en el

tocadiscos. Entonces, cualquier conversación tenía la intensidad de una

confesión. Pero la razón se impuso, la cínica convicción de que mientras el equilibrio de poder hubiera cambiado entre ellos merecía la pena aprovecharlo.

Insistir para que James fuera al instituto del pueblo, por ejemplo, en lugar de a

aquella institución de Newcastle que había destrozado a Peter. En su estado de ánimo penitente, aceptaría cualquier cosa. Además, reflexionó, ella no podía tomar aquella decisión. Samuel no lo soportaría si su relación se hacía pública.

Eso lo mataría.

Aquella noche hicieron el amor, con la ventana abierta, de modo que ella oía

el agua fuera. Más tarde se levantaron para contemplar el faro. Terminaré con

Samuel, pensó. No hace falta que se entere nunca nadie. Será como si nunca hubiera pasado.

Por la mañana se levantaron como de costumbre, Peter se fue a trabajar

temprano mientras James todavía estaba desayunando. El niño tenía montones de preguntas sobre la Policía y los forenses. Peter había sido paciente, había mirado por encima de la cabeza de James para sonreír a Felicity con ironía. La

besó en los labios antes de marcharse. Pronto empezarían las vacaciones de verano de James y lo acompañó caminando al autobús, aprovechando el tiempo

que pasaban juntos. Sabía que el curso siguiente James insistiría en ir solo.

Llegó a la casa y entró. No había dormido bien y se sentía cansada y nerviosa. El paseo no había servido de mucho. Si Samuel tuviera que elegir entre Peter y yo, pensó, Peter siempre sería el primero. Por eso no me habló de Lily, por eso no me advirtió.

Se preparó un café y se lo tomó en la puerta de la cocina. Todavía había cinta azul y blanca en la puerta de la casita, y mientras estaba allí apareció un coche en la entrada. Era uno de los investigadores de la Policía Científica del día anterior. La saludó antes de ponerse el mono de papel y caminar a través del prado.

En el ambiente fresco de la casa telefoneó a Samuel. Eran las ocho y cuarto y supuso que todavía estaría en casa. Vivía a solo diez minutos de la biblioteca.

Antes de marcar no tenía ni idea de lo que iba a decirle. Cuando saltó el contestador, sintió alivio. Consideró que habría quedado como una idiota

exigiendo una explicación. «¿No se te ocurrió que merecía saber que mi marido estaba liado con una chica más joven que nuestras hijas?» Pero él podría haber

contraatacado. «Tú estabas liada con el mejor amigo de tu marido.» Además, nunca le había exigido nada a Samuel. Era la base de su relación. Colgó sin hablar.

De repente decidió ir a Morpeth a pasar el día. Quería estar rodeada de gente,

la sensación de la tela entre sus dedos mientras buscaba alguna prenda nueva, un

café, un buen almuerzo con una copa de vino. No se molestó en cambiarse o maquillarse, se limitó a coger las llaves del coche y su bolso y salió corriendo de la casa. Al cerrar la puerta oyó que sonaba el teléfono. Se paró un momento, pero no volvió a entrar. Más tarde llamaría a la biblioteca para ver a Samuel, pero necesitaba tiempo para planificar lo que le diría.

Vera había dejado a un agente de enlace familiar con Julie, con instrucciones de sacarla de la casa y llevarla a casa de una amiga, a la de sus padres, a donde fuera con tal de que no estuviera en el pueblo donde pronto un equipo realizaría una búsqueda de huellas a lo largo del camino que llevaba de las parcelas a la carretera principal. Ahora Vera estaba de vuelta en la comisaría. Había reunido al equipo, sus tres empleados más cercanos, llamándolos a gritos a su despacho a través de la puerta abierta. Charlie estaba todavía al teléfono, hablando con el agente que coordinaba las preguntas puerta a puerta en Seaton. Joe Ashworth acababa de llegar del instituto, serio, un poco aturullado. Vera se dio cuenta de que pensaba en su propia hija. Cuando Katie tuviera catorce años, ¿tendría Joe el valor suficiente para dejarla ir a la escuela, al pueblo, sola?

—Laura no llegó a subir al autobús —dijo—. Los otros niños no le dieron importancia. Simplemente pensaron que no se había visto con ánimos de ir a la escuela después de lo de Luke. —Hizo una pausa—. Me ha dado la sensación de que no tenía muchos amigos íntimos. Les ha asombrado que hubiera desaparecido, excitado incluso. Pero ninguno parecía especialmente disgustado. Los profesores me han comentado que se mantiene a distancia de los demás niños. Uno me ha dicho que Laura era un poco distante.

Pues claro que era distante, pensó Vera. Desde que era pequeña había tenido que aguantar que la gente se burlara de ella por culpa de Luke. Y por un momento Vera se preguntó si no sería todo mucho más simple de lo que lo habían hecho ellos. Quizá Laura había matado a su hermano. Venganza por no haber salvado a Tom Sharp cuando cayó al Tyne. Porque siempre era el centro de atención y le había desgraciado la vida sin intentarlo siquiera. Y ahora había huido. A lo mejor la muerte de Lily no había sido más que una horrible coincidencia. Entonces supuso que era una estupidez. La idea de que no hubiera una conexión entre las dos muertes era absurda. Y en el fondo de su mente seguía con la idea del sospechoso evidente.

Entró Holly con una bandeja de café: cuatro tazas de líquido negro, un montón de dosis individuales de leche en un plato descascarillado. Era la primera vez que Vera la veía preparar bebidas sin que la obligaran a hacerlo.

Charlie terminó de hablar por teléfono y se unió a ellos.

—Nada —dijo—. Todavía no. Algunos residentes de la calle aún están trabajando. He pedido al equipo de campo que consiga sus números de teléfono y les llamen donde sea que trabajen para saber si han visto a Laura esta mañana.

En cualquier otra circunstancia, Vera habría estado contenta de que mostraran iniciativa, trabajaran juntos e hicieran gala de un poco de sentido común.

—He recibido el informe de la autopsia de la muerte de la esposa de Parr —añadió—. No hay duda de que fue un suicidio. Se cortó las venas. Tienes los papeles sobre la mesa.

Vera asintió, dándole las gracias.

—Eso devuelve el centro de atención a la familia Armstrong —dijo—. Quizá todo el asunto de Peter Calvert fue una distracción. Quizá Lily Marsh nunca fue la víctima planeada. Vio algo, se entrometió. ¿Estamos más cerca de saber qué hizo la noche que mataron a Luke Armstrong?

—Las chicas con las que compartía piso habían salido aquella noche. Un viaje a Londres y al ballet. Todo muy fino. Se quedaron con unos amigos en Richmond. No saben si Lily estuvo allí el miércoles por la noche o no. —Holly se había vuelto una experta en las compañeras de piso de Lily.

—¿Qué podría hacer Lily Marsh en Seaton? Un antiguo pueblo minero de la costa. No es precisamente su tipo de sitio, con aquella ropa que llevaba. Habría destacado como un grano de pus. No la vio nadie. Hice el puerta a puerta personalmente. —Charlie había trabajado allí cuando era un agente y todavía tenía amigos que eran policías de barrio—. No ha habido desconocidos.

Se quedaron pensando, intentando imaginar a Lily con sus vestidos de seda y

sus perlas en la calle donde los niños saltaban a la comba y las madres los vigilaban sentadas en las entradas. No lo consiguieron.

—¿Dónde creéis que está el cuerpo de Laura? —preguntó Charlie. La pregunta que todos tenían en el fondo de la mente, pero que ninguno de ellos se atrevía a verbalizar.

—Todavía no sabemos si la niña está muerta. —Vera no gritó, mantuvo una voz tranquila y razonable. No era el momento de hacer aspavientos. Pero lo decía en serio. O quizá solo quería que fuera verdad. Por Julie y por sí misma. No estaba acostumbrada a fracasar, y otra muerte, la muerte de alguien tan joven, que nunca había tenido ocasión de ser feliz, sería el peor de los fracasos.

—No mantuvo con vida a las demás víctimas —dijo Joe—. Que nosotros sepamos. Al chico seguro que no.

—Esto podría ser diferente. —Vera sabía que era irracional, la idea que se había formado caminando por el sendero con Julie, de que el asesino estaba disfrutando, del juego, del espectáculo. Que podría querer prolongar el placer manteniendo con vida a su víctima.

Charlie era lo bastante listo como para no discutir.

—Si hubiera un cadáver, ¿dónde estaría?

—En el agua —dijo Holly.

—¿Dónde debemos buscar, pues? Todas las casas de Tyne y Wear tienen bañera.

—No —dijo Vera—. No volverá a usar una bañera. Laura es una chica atractiva. No una belleza como Lily, pero con unos ojos grandes y unos pómulos altos impresionantes. —Se quedó sin aliento al oírse, pero nadie parecía haberse fijado y continuó—: Es rara, exótica. Querrá convertirla en un cuadro. Será un sitio espectacular.

—Entonces tiene que tenerla retenida —dijo Joe—. Viva o muerta. No se arriesgará a escenificarlo a plena luz del día. Otra vez. Se salió con la suya con Lily, pero no lo intentará de nuevo.

—¿Llegamos a saber algo de Northumbria Water? —preguntó Vera—. ¿No se suponía que tenían obreros trabajando en el desagüe junto al faro la tarde que mataron a Lily? ¿Ha hablado alguien con ellos?

—El desagüe no se usa desde hace cinco años —dijo Joe—. Alguna directriz europea sobre cloacas y playas limpias. El tipo con quien hablé recordaba que un equipo había estado aparcado allí para hacer una pausa.

—Bueno, habla con él otra vez. Consigue los nombres de todos los obreros que estaban en la zona aquel día. Son lo más parecido a un testigo que tenemos. Hubo un momento de silencio, y Vera se levantó y se quedó de pie delante de ellos.

—Quiero ideas —dijo—. Cualquier idea. Tan locas como sea. Lugares donde buscar. Lugares que podamos poner bajo vigilancia.

—El Tyne. Es donde murió Tom Sharp. Donde hubo flores y agua. El inicio de todo. —Charlie de nuevo. Más animado de lo que Vera lo había visto nunca.

—Vamos, hombre, eso sería una locura de vigilancia, todo el Tyne. —Joe miró a su alrededor. No estaba siendo cruel, solo pedía un poco más de concreción. Joe siempre era el más práctico.

—Pero tiene razón —dijo Vera—. Ahí fue donde empezó. —Se preguntó si podría justificar otro viaje a la prisión de Acklington para hablar con Davy, se preguntó si ya tendría algo para ella. Decidió que tendría que esperar. No quería estar demasiado lejos de Julie si sucedía lo peor.

—¿Dónde, entonces? —Charlie estaba sentado en el borde de la mesa de Vera, encorvado hacia delante. Aquello también se había vuelto personal para él.

Vera se preguntó si tendría una hija, se dio cuenta de que nunca le había preguntado si tenía hijos. No le gustaba hablar de los hijos de los demás. Le producía una sensación de vacío y de celos—. ¿El Fish Quay en North Shields,

donde Tom Sharp tuvo el accidente? Está aquel tramo protegido del agua donde se amarran los barcos.

—Está lleno de gente hasta la madrugada. Bares, restaurantes. Personas que viven en aquellos pisos elegantes que han construido.

—Pero sería toda una declaración de principios si él se saliera con la suya — dijo Vera.

—¿Tiene que ser un hombre? —Era Holly. Era la más despegada de todos ellos. Todavía es lo bastante joven para sentirse inmortal, pensó Vera, y para estar obsesionada consigo misma, sin dejarse afectar por la tragedia de otra persona.

—Físicamente, una mujer podría haber hecho los estrangulamientos. Cargar con Lily por las rocas para ponerla en el estanque ya es harina de otro costal.

¿En quién pensabas?

—Kath Armstrong es la única persona que vincula a todas las víctimas — dijo Holly—. Es enfermera. Están entrenadas para cargar personas, ¿no?

«No es la única persona. Hay otra.»

—¿Qué motivo podría tener? —En su cabeza, Vera intentaba encontrar una respuesta a su propia pregunta. Quizá tuviera algo que ver con las familias perfectas. Lily, Luke y Laura se habían entrometido en su pequeña familia en la pulcra casa de Wallsend. ¿Eran los crímenes un intento retorcido de proteger a su hija?

Se estaba imaginando el Tyne en North Shields a altas horas de la noche. Las sombras proyectadas por los edificios, la oficina del director del puerto, la lonja de pescado desierta, las luces de la orilla sur. Dentro del muelle el agua estaba

calmada y oleosa. Se imaginó la silueta oscura de una chica, una silueta recortada en la luz reflejada en el agua. Pero un cuerpo no flotaría. Al principio.

Quizá el asesino encontraría algo sobre lo que depositarla. ¿Un palé? ¿Una bandeja de pescado? ¿Un bote de goma? Y la cubriría de flores. Menuda imagen

sería. Intentó despejarse la cabeza y abrir la mente a otros escenarios, otros lugares.

—¿Otros posibles escenarios?

—¿Qué tal el estanque de Seaton? —dijo Joe—. Está cerca de donde podrían haber secuestrado a la chica y ¿no hay un refugio por allí? Los observadores de aves tienen que conocerlo.

—La Policía Local ya ha buscado allí —dijo Charlie—. Fue uno de los primeros lugares donde miraron porque está muy cerca de su casa, y saben que algunos niños del pueblo pasan el rato en el refugio cuando hacen novillos. Han encontrado un montón de latas de cerveza vacías y algunos grafitis. Aparte de esto, nada.

Pero Vera pensaba que podía ofrecer la clase de localización que el asesino

buscaría. El estanque de Seaton se había formado con el hundimiento de

excavaciones mineras, aunque ahora no hubiera ningún indicio de su pasado industrial. Estaba entre el sendero que Laura habría tomado para ir a coger el autobús y el mar.

Cuando era pequeña, Vera había estado una vez en el refugio del estanque de

Seaton con Hector. Hubo algún motivo para que él hiciera uno de sus raros viajes a las tierras bajas, y la disgustó un momento no recordar cuál era.

Entonces se acordó. Una focha americana. Habían esperado más de una hora a que apareciera saliendo del lecho de juncos. Era un día frío y soleado y el borde

del estanque estaba helado. Vera se había aburrido y Hector había sido, como era

propio de él, ofensivo con los demás observadores. El ave se había asustado finalmente con unas personas que pasaban por el sendero que seguía la orilla occidental del estanque. Era un lugar concurrido por paseantes de perros.

Durante el día sería un lugar arriesgado para colocar el cuerpo, reflexionó Vera.

Pero al asesino no parecía preocuparle el riesgo. No parecía importarle que lo atraparan o no. Y por la noche no habría ninguna clase de peligro.

—¿Todavía están buscando en el sendero?

—Estarán allí todo el día.

—Pero no esta noche. Cuando se vaya la luz.

—No —dijo Charlie—. Entonces suspenderán la búsqueda.

—Quiero que alguien busque durante toda la noche —dijo Vera—. Desde la hora en que el equipo de búsqueda termine y todos los vecinos hayan vuelto a casa. Oculto. Discreto. —Se le ocurrió brevemente el efecto que aquello tendría

en el presupuesto de horas extraordinarias, pero le daba igual.

—¿Hay alguna posibilidad de que vuelva al faro? —preguntó Holly.

—O al riachuelo en Fox Mill —dijo Joe—. Si la casita es significativa. Si Lily volvió, encontró a alguien allí, perdió el anillo que le había regalado Calvert, el lugar podría tener un significado especial para él. Sería arriesgado con gente en la casa...

Pero le da igual, pensó de nuevo Vera. El riesgo forma parte del juego, es parte de la función. Se ha dado cuenta de que le gusta tener público.

Estaban esperando a que ella tomara una decisión. Hubo un momento de

silencio de los que a veces se producen en edificios llenos de gente. Fuera, un bebé lloraba en la calle y una madre intentaba consolarlo.

—Tres equipos —dijo—. Uno en el Fish Quay. Hablad con el director del puerto. Otro en el estanque de Seaton, acampad en el refugio de observadores de aves. Y otro en la casa de Fox Mill. Lo menos que pueden hacer los Calvert es dejaros usar la casa, con el trabajo que nos han dado. No me lo imagino usando otra vez el faro. La marea es una variable demasiado grande.

»Pero esto es para esta noche. Antes de eso quiero que comprobemos todos los detalles. Volved al comienzo. Probablemente esta noche será demasiado

tarde. La chica estará muerta.

Cuando Felicity volvió de la ciudad vio que había un coche en la entrada de la casa. Un coche diferente del que pertenecía al policía de la Científica. Se imaginó que tendría que ver con la investigación del asesinato y se preguntó cuándo terminaría aquella invasión de desconocidos, aquel meter las narices en sus asuntos. Suponía que debía sentirse agradecida de que la prensa no se hubiera enterado de su participación, y se preguntó si el coche no pertenecería a algún periodista. Cuando miró hacia la casita advirtió que habían retirado la cinta de escena del crimen.

Apenas había tenido tiempo de descalzarse y poner el hervidor cuando sonó el timbre. Por la ventana de la cocina vio al joven sargento que se había llevado a Peter la noche antes. Fue a abrir la puerta descalza y vio que él le miraba las uñas de los pies pintadas de rosa pálido. Felicity percibió su desaprobación y sintió ganas de decirle algo. «¿Su esposa modelo, que pertenece al Instituto de la

Mujer, no se pinta las uñas de los pies? ¿O no le gusta en mí porque soy abuela?» Pero no dijo nada. Esperó a que hablara él.

—Hemos intentado hablar con usted por teléfono —dijo. Había un tono acusador en su voz y algo más. Una ansiedad que tendía al pánico.

—Acabo de llegar.

—¿Dónde ha estado?

—En Morpeth.

—¿Estaba con alguien?

Felicity no contestó a eso. No era asunto suyo.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado? —Estaba claro que era algo grave—. ¿Otro asesinato?

Él tampoco contestó a esa pregunta.

—Nos ayudaría mucho que tuviera alguna prueba de su paradero esta mañana. ¿La ha visto alguien?

—No —dijo ella de mala gana—. He estado sola.

—Un tique de caja, pues. ¿Algo que muestre la fecha y la hora?

Entonces a ella también le entró el pánico. Se imaginó que la llevaban a la comisaría de Kimmerston, la metían en una celda, la sometían a un

interrogatorio. Quizá creían que ella y Peter estaban confabulados. ¿Qué sería de James, entonces?

—No he comprado nada. Tenía intención, pero al final solo he mirado escaparates.

Entonces tuvo una idea y salió, todavía descalza, clavándose la grava de la entrada en las plantas, para buscar algo en el coche. Por fin encontró un tique del aparcamiento del Safeway bajo el asiento. La fecha y la hora estaban marcadas

con claridad, y la actitud de Joe Ashworth cambió ligeramente. Se volvió más educado y preguntó si podía entrar.

—Ha desaparecido una chica —dijo. En la cocina el agua ya había hervido y el aparato se había apagado automáticamente. Felicity preparó café para él sin preguntarle si quería—. Existe la posibilidad de que esté relacionado con los dos

asesinatos. He estado en la casita. Espero que no le importe. La Policía Científica ha terminado y usted no estaba para pedirle permiso. En estas circunstancias...

—No —dijo ella—. Por supuesto. Tiene que hacer todo lo que pueda. —Pero estaba atónita por el hecho de que él todavía considerara la casita una posible escena del crimen. ¿Significaba eso que los hombres del mono de papel habían encontrado algo? ¿Significaba que Peter todavía estaba implicado?

—¿Su marido se ha ido a trabajar a la hora de siempre? —preguntó

Ashworth. Su tono era educado y sin urgencias, pero a Felicity no la engañaba.

No pensaba decirle que Peter se había ido antes aquella mañana.

—Sí —dijo—. Más o menos a la hora de siempre. Y podrá comprobar a qué hora ha llegado a la universidad. Fichan. Por la normativa de incendios.

Él sonrió y ella se dio cuenta de que ya lo habían comprobado. Se preguntó si Peter estaba allí cuando lo habían buscado o si habían hablado con su secretaria. Le habría gustado preguntar, pero tenía demasiado orgullo.

El reloj de la cocina graznó. Un canto de pájaro que ella no reconocía. Vio que ya eran las dos.

—No he almorzado —dijo—. Quería comer algo en Morpeth, pero al final no me he visto con fuerzas. Iba a prepararme un bocadillo. ¿Le apetece algo?

Él sonrió.

—Ya me iba —dijo—. Pero si ve algo fuera de lo común, un coche que no conoce, personas merodeando por la casita, ¿nos llamará?

—Sí —dijo ella—. Naturalmente.

Lo estaba acompañando a la puerta cuando sonó un teléfono. Su móvil, todavía en su bolso en la cocina. Sabía que sería Samuel y la idea la disgustó, así que no asumió las consecuencias de lo que dijo el detective a continuación.

—¿Estará en casa esta noche? ¿Por si tenemos más preguntas? —No parecía haberse fijado en el sonido del móvil. O quizá le daba igual que ella se sintiera incómoda.

—Sí —contestó—. Oh, sí. Salimos muy poco. —Solo quería que se marchara.

Él sonrió de nuevo, como si aquella fuera la respuesta que quería, como si fuera por eso por lo que había ido a la casa.

—Excelente. Pues muy bien. No hace falta que me acompañe.

Cuando Felicity volvió a la cocina el móvil había dejado de sonar. No había mensaje. El número del registro de llamadas era el del móvil de Samuel. Le llamó, pero ya estaba apagado. Dejó otro mensaje, pero aunque intentó llamarle a casa otra vez, no consiguió hablar con él. Siguió intentándolo hasta que James

volvió de la escuela, y entonces lo dejó.

Peter llegó de la universidad un poco antes de lo normal. Solo eran las cinco y media. Desde la ventana de la cocina, Felicity lo vio bajar del coche y quedarse un rato mirando la casita.

«Piensa en la chica. La echa de menos.» Un nudo de celos, sólido, como comida atascada en la garganta, le dio ganas de vomitar.

James debió de verlo también desde donde jugaba en el jardín. Dio la vuelta a la casa corriendo para saludarlo. Felicity no oía lo que decía, pero el niño se puso a hablar en cuanto vio a su padre. Algo relacionado con la escuela. Peter sonrió y levantó al niño y lo hizo girar por encima de su cabeza.

Felicity observaba, pensando que, a pesar de su edad, estaba en forma, fuerte. Peter pasó un brazo por los hombros de su hijo y los dos caminaron hacia la casa. Sonó el teléfono fijo. Felicity fue al despacho de Peter a contestar, contenta de tener la oportunidad de serenarse antes de saludarlos.

Era Samuel.

—Hola —dijo ella—. He intentado llamarte. —Lo había hecho varias veces mientras estaba en Morpeth por la mañana. No había obtenido respuesta ni en el teléfono de su casa ni en su móvil. Se había armado de valor para ir a la biblioteca, pero la mujer del mostrador le había dicho que Sam se había tomado el día libre. Después había ido a su casa y había llamado a la puerta. No le había abierto nadie.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado? —Su voz sonaba rara, un poco borrosa. Se preguntó si habría bebido.

—Ahora no puedo hablar. Peter acaba de llegar, si quieres hablar con él. — Mantuvo un tono ligero y normal, como siempre cuando existía la posibilidad de que alguien los oyera.

—No. Es contigo con quien quiero hablar.

—¿Estás bien? —preguntó ella—. ¿Dónde has estado todo el día?

Él no contestó inmediatamente. Felicity oyó que Peter la llamaba desde la cocina, puso la mano sobre el receptor y contestó gritando.

—Estoy al teléfono. No tardaré. Pon el hervidor, ¿quieres?

Todavía no hubo respuesta de Samuel.

—¿Dónde has estado? —preguntó otra vez.

—Creía que lo habrías adivinado. —Era la clase de cosa que le podría haber dicho cuando estaban solos. Insinuante. Sugiriendo un entendimiento mutuo. Pero solo sonó amargo.

—¿Estás bien? —dijo ella—. ¿Te pasa algo?

—Necesito verte.

—No creo que sea posible —dijo ella—. Esta noche. —Había olvidado por completo sus planes de acusarlo de mantener en secreto la aventura de Peter con

Lily Marsh. Había olvidado las burbujas de lascivia que la habían mantenido viva desde que estaban juntos, que la hacían sonreír cuando nadie miraba. Ahora

quería deshacerse de la relación, cuanto antes mejor y con la mayor dignidad posible. Con aquella llamada, empezaba a considerar a Samuel una carga.

—Es el vigésimo aniversario de la muerte de Claire —dijo él.

Claro, también fue en verano, pensó Felicity. Recordaba el funeral. Un día plácido y húmedo. Enjambres de insectos bajo los árboles mientras esperaban delante de la iglesia. El malestar, porque el suicidio es una forma vergonzosa de

aflicción. Felicity se sentía casi como si tuvieran que compadecer a Samuel por haber sido abandonado. Más tarde se llevaron a Samuel a casa y él describió cómo había encontrado a su esposa.

—Estaba más en paz de lo que la había visto en meses. Con los cabellos flotando alrededor de la cara.

Felicity tuvo un *shock* repentino al darse cuenta de que podría estar hablando de las víctimas recientes, pero apartó la imagen de Samuel como un asesino.

Samuel era un hombre bueno. No haría daño a una mosca.

—Cuánto lo siento —dijo—. Debería haberme acordado. —Sabía que él esperaba que ella aceptara quedar con él, y por un momento dudó. Quizá debería ir con él. Como una buena amiga. James había puesto la televisión en el salón.

Oyó la sintonía de una telenovela de tarde. Peter gritó desde la cocina que el té estaba a punto. Aquellas eran las cosas importantes, pensó. Las trivialidades cotidianas de la vida familiar. Valía la pena luchar por eso.

—Mira, de verdad que lo siento pero no puedo —dijo—. La situación es complicada. La Policía se llevó a Peter anoche para interrogarlo. ¿Seguro que no quieres hablar con él?

Samuel guardó silencio unos segundos.

—Es todo un lío tan grande... —dijo por fin.

—¿Dónde estás? —preguntó Felicity.

—Qué más da. —Más amargado de lo que lo había oído nunca. Colgó el teléfono.

Peter le había preparado Earl Grey con una nube de leche, como le gustaba.

—¿Quién era?

Felicity dudó un momento.

—Samuel. Parecía angustiado. Es el aniversario de la muerte de Claire. He intentado que hablara contigo.

—Le llamaré más tarde.

—Aquel detective joven ha estado aquí esta tarde. Ha desaparecido otra chica.

Peter dejó con cuidado su taza, pero ella advirtió que la noticia lo había angustiado. Quizá le había recordado a Lily.

—¿Creen que tiene algo que ver con los asesinatos?

—Es lo que ha insinuado Ashworth. Quería saber dónde había estado esta mañana.

—Se han pasado la mañana intentando localizarme. —Peter se echó atrás en la silla, se estiró, dando a entender que había estado tan ocupado que estaba agotado.

—¿Dónde estabas?

—En una reunión. Extremadamente tediosa y presidida por un inútil, por eso se ha alargado tanto.

—¿En serio?

—No pensarás que tengo algo que ver con este secuestro...

—No —dijo ella rápidamente—. Por supuesto que no. No es eso. Esta mañana he ido a Morpeth. He intentado llamarte. Pero tampoco he podido hablar contigo.

—Sospechabas que estaba con otra mujer.

—Lo siento. Se me ha ocurrido.

—Nunca más —dijo él—. Prometo que no lo haré nunca más. —Movi6 la cabeza para abarcar la casa con la mirada, James en la habitación de al lado, la vista del jardín—. Esto es demasiado importante.

Felicity se dio cuenta de que 6l se hacía eco del pensamiento que había tenido ella antes, cuando hablaba con Samuel.

Despu6s de cenar, ella y Peter vieron la televisi6n con James. M6s tarde fueron juntos a acostar al ni6o, despu6s se llevaron una copa al porche y contemplaron el gran sol anaranjado flotando bajo sobre las colinas al oeste.

Peter parec6a ansioso, angustiado. Volvi6 varias veces sobre el tema de la chica secuestrada. ¿Qu6 m6s hab6a dicho Ashworth de ella?

—Nada —dijo Felicity—. En serio. Pero si la encuentran y detienen a la

persona que se la ha llevado, te exculparán a ti. Se acabará todo.

Pero esta idea no pareció consolarlo. No se podía estar quieto. En un cierto momento entró en la casa para llamar por teléfono. Ella dio por descontado que iba a llamar a Samuel.

—¿Cómo estaba? —preguntó cuando él volvió.

—No lo sé. —Peter fruncía el ceño—. No ha contestado.

Los agentes de policía llegaron cuando estaba oscureciendo. Felicity no los había visto nunca. Había cerrado la puerta principal con llave y ellos dieron la vuelta a la casa para entrar por el lateral, un hombre y una mujer. Le parecieron absurdamente jóvenes, cohibidos, incoherentes, a pesar del esfuerzo que hacían para ser educados.

—El sargento Ashworth dijo que podíamos vigilar el curso de agua desde aquí. Que usted le dijo que estaba de acuerdo.

—¿Sí? —No se acordaba de que había aceptado.

—¿No habrá una habitación en el piso de arriba que dé a la parte delantera? Podríamos vigilar desde allí.

—Por supuesto —dijo ella—. Lo que sea para ayudar.

Todavía estaban en la habitación de invitados cuando Peter y Felicity se fueron a la cama. Los vio sentados en la oscuridad, mirando a través del prado hacia la casita. Ahora había luna. No daba luz suficiente para apreciar los detalles, pero bastaría para distinguir a alguien que se moviera como una sombra. Pero ¿qué harán si se presenta alguien?, se preguntó Felicity. Si apenas son unos niños.

Les preparó una jarra de café y algunos bocadillos. Le dieron las gracias sin dejar de mirar por la ventana.

Debió de dormirse antes que Peter. Era consciente de él echado a su lado, muy quieto,

intentando no molestarla.

Era media tarde cuando el equipo de búsqueda encontró un zapato de Laura.

Estaba en una zanja al lado de la carretera, no muy lejos de la parada de autobús.

Habían empezado cerca de la casa de Julie en Seaton y habían seguido la línea

del sendero, extendiéndose por el campo que ahora era una rastrojera. Los residentes de Laurel Avenue los miraban desde las ventanas superiores, los veían

como figuras negras recortadas al sol y en el oro del campo segado. Los agentes

se movían en secuencia, como bailarines en un ballet lento y elaborado, las sombras cambiantes con el descenso de la luz del día.

A algunos miembros del equipo se les debió de ocurrir, después de tanto rato,

que no encontrarían nada. Vera pensaba que en aquella situación tenía que ser difícil mantener la concentración; ella misma había empezado a pensar en su casa, en una ducha y una cerveza fría. Pero cuando salió al campo el equipo no

paraba. Avanzaron por el seto de espino blanco y siguiendo la acequia, que ahora

estaba casi seca. Todavía estaban concentrados. Solo se incorporaban de vez en

cuando para estirarse o frotarse la espalda dolorida. Trabajaban casi en completo

silencio. Incluso después del descubrimiento del zapato siguieron todo el camino

a lo largo del arcén hasta la gran rotonda en las afueras de Whitley Bay.

Estaba claro que el zapato se había caído por accidente. Era un error. Quien

se había llevado a Laura no se había dado cuenta de que lo había perdido. No había señales de que se hubiera puesto en la acequia para esconderlo, y no estaba

allí para comunicar algo. El agua estaba tan baja que se veía claramente sobresaliendo del barro. Vera estaba segura de que no tenía nada que ver con la

escenificación de los cuerpos. No había flores. Solo era un zapato. Un zapato negro plano, abierto por detrás, sencillo, la moda del verano. Ahora el

secuestrador sabría que se había perdido. ¿Lo estaría eso martirizando?

¿Pensaría que el equipo forense sería capaz de obrar alguna clase de magia con

él; de deducir inmediatamente quién y dónde estaba?

Julie reconoció el zapato enseguida y se echó a llorar. Hasta entonces se había podido convencer a sí misma de que Laura había hecho novillos. Para castigarla por ser tan mala madre. Por no estar en casa esa mañana cuando salió

para ir a la escuela. Miró el zapato en la bolsa de plástico de pruebas y aulló.

Vera no podía soportar verla en aquel estado. Convenció a Julie para que tomara

uno de los calmantes que le había recetado el médico. Más por ella misma que

por Julie. El sonido de la mujer llorando se le metía en la cabeza y no le permitía concentrarse. Incluso cuando salió a hablar con el supervisor del equipo de búsqueda el sonido permaneció con ella.

Por supuesto, el zapato no les dijo nada. Les podría haber hablado de Laura.

De lo alta que era, del modo como cargaba el peso delante cuando se movía, sobre dónde había estado caminando. No les dijo nada del hombre que se la había llevado. Pero cerca del punto donde lo habían encontrado había huellas de

neumático en el arcén. Allí la hierba estaba muy seca. Los neumáticos solo habían aplastado la hierba y no habían dejado una huella clara. Sin embargo, donde la hierba bajaba hacia el asfalto había un pequeño retazo de arena rojiza

de unas obras. Quizá la habían dejado durante las reparaciones de la carretera o

se había caído de un camión. Y allí había quedado una marca de neumático perfectamente formada. Apenas un fragmento, la mitad del ancho del neumático

y de unos diez centímetros de largo, pero suficiente para animar al forense Billy

Wainwright, que se agachó encima de ella como un niño concentrado en hacer un flan de barro perfecto.

—¿Qué? —Vera sabía que no debería estar allí. Debería estar en su

despacho, recibiendo toda la información, manteniéndose al tanto de todo. El problema era que no tenía la sensación de estar capeando el temporal.

—No estoy seguro de que podamos identificar la marca del neumático con

esto. —Billy se levantó. Vera pensó que parecía hecho polvo y un poco

estresado. Era demasiado mayor para jugar con su nueva amante joven.

Demasiado decente para hacerlo a la ligera. De nuevo tuvo deseos de decirle que se contentara con lo que tenía. Una esposa con la que podía hablar al final del día. Que no lo echara todo a perder por una fantasía de mediana edad, por muy joven y guapa que fuera—. Pero si me encuentras un vehículo sospechoso, podré decirte si coincide. Mira, hay marcas muy específicas de desgaste, cortes y arañazos en la goma.

—¿O sea que no buscamos un neumático nuevo?

—No —dijo él—. Las marcas son muy flojas. Esto es apenas legal.

Era un final de tarde de verano perfecto. Menos húmedo que a primera hora del día, cuando todos preveían una tormenta. Vera se quedó un rato observando al equipo de búsqueda que avanzaba lentamente hacia el horizonte y las golondrinas planeando y bajando en picado para atrapar insectos del campo de rastrojos.

—Si consigues identificar ese neumático, ¿me tendrás al tanto?

Él asintió brevemente y, mirándolo, Vera intuyó que sabía lo enfadado que estaba por haberse liado con la bonita ayudante de patología. Se detestaba, pero no podía evitarlo. No quería reconocer que estaba haciendo el ridículo, o que era demasiado mayor, o que la mujer lo estaba utilizando. Se había convencido de que la amaba.

En Kimmerston, la sala de operaciones estaba insólitamente tranquila. Una tranquilidad tensa y expectante, por lo que cualquier teléfono que sonara o una voz inesperadamente alta alteraba los nervios de todos. Vera se acababa de sentar en su despacho cuando sonó su teléfono. No era una llamada interna. Había llegado por su línea directa. Dijo su nombre y hubo una pausa. De fondo, el sonido de ecos en un espacio cerrado, una puerta de metal que se cerraba de golpe y con llave, voces rudas de hombre. Después, una voz diferente, más tranquila.

—Soy David Sharp. —Davy Sharp desde la prisión de Acklington. Debía de ser la hora de la cena. Se lo imaginó en su ala. Habría hecho cola para llegar al

teléfono y tendría una fila de hombres detrás. Todos escuchando.

—Sí, Davy. ¿En qué puedo ayudarle? —En tono desenfadado. La voz muy baja para que solo la oyera él.

—Más bien lo contrario —dijo él—. Más bien qué puedo hacer yo por usted.

—¿Qué puede decirme, Davy?

—Por teléfono nada. Tendrá que venir. Y podría ser que no tuviera importancia.

—¿Te has quedado sin tabaco, Davy? —No podía dejar la investigación y largarse a Acklington solo porque él quisiera fumar. Sin tener noticias de Laura no podía irse—. Hoy es imposible. ¿Puedo mandar a alguien?

—No —dijo él, con la voz todavía serena—. Es usted o nadie. —Hubo un momento de silencio y Vera pensó que se había cortado, pero él continuó—. Es complicado. Un poco raro. No lo entiendo. Pero no hay prisa. Mañana estará bien.

—Ha desaparecido una chica, Davy —dijo Vera—. Necesito lo que sea ahora. —Pero esta vez se cortó la comunicación, y no estaba segura de que él hubiera oído lo que le había dicho. Colgó, enfadada consigo misma. Debería haberlo manejado de otra manera.

A pesar de lo que le había dicho, estuvo tentada de ir. Al menos sería una actividad, el trayecto a Acklington, las bromas con el agente de prisiones de la

entrada. Una forma de huir de la espera. Pero Sharp no parecía tener prisa. Vera no podría justificarlo de ninguna manera.

La antología de cuentos de Parr sobre la mesa le llamó la atención y se distrajo con pensamientos sobre el escritor. Le vino una imagen repentina de él,

sentado con el resto del grupo en el jardín de Fox Mill, la noche que habían encontrado el cuerpo de Lily. Los cuatro hombres y la mujer en el porche. Se le

ocurrió pensar que todos aquellos hombres estaban un poco enamorados de

Felicity Calvert. No era la observación de pájaros lo que los mantenía unidos.

Era la mujer. La ama de casa ideal, con sus faldas de flores y sus pasteles perfectos. Los hombres eran todos solitarios, desubicados, frustrados. Como yo,

pensó. Exactamente como yo. Entonces volvió a dejarse absorber por el cuento

que estaba leyendo cuando Julie había telefoneado, el secuestro de la persona joven en el momento álgido del verano, la amorosa descripción de la captura.

Vera abrió la puerta y llamó a gritos a Ashworth. Él fue inmediatamente y ella vio que las personas de la sala levantaban la cabeza de su mesa para mirar.

Vera se dio cuenta de que pensaban que había habido alguna novedad. Un

cadáver. Podría incluso ser un alivio, para romper la tensión, que encontraran muerta a la chica. Al menos entonces sabrían con qué estaban trabajando.

—No hay novedades —dijo, hablando a la sala en general—. En cuanto haya

alguna, os lo diré.

Ashworth cerró la puerta y se apoyó en ella. A Vera le pareció que estaba cansado entonces recordó a su esposa, al bebé que estaba a punto de nacer. Todo

se volvía muy incómodo las últimas semanas del embarazo. Sobre todo con

aquel calor. O eso le habían dicho. Quizá ninguno de los dos dormía demasiado.

—Lee esto —dijo Vera. Indicó con la cabeza el libro de la mesa—. Es un cuento, escrito por Parr. No es exactamente como el secuestro de la chica, pero

se parece mucho.

Joe la miró como si pensara que estaba loca, pero cogió el libro y se puso a

leer.

—Lo empecé anoche —siguió Vera—. Ahora no me lo puedo quitar de la

cabeza.

Joe levantó la cabeza.

—Cree que es una especie de fantasía. Parr lo ha escrito y ahora lo está poniendo en práctica.

—Es una locura, ¿no? No me hagas caso. —Y realmente no se lo podía creer.

Era demasiado teatral para ser verdad.

—No hay pruebas de que conociera a los Armstrong —dijo Joe lentamente

—. Menos aún un motivo.

—Ya lo he dicho —dijo Vera—. Es una idea estúpida.

—Es una historia muy rara. Y, como ha dicho, muy parecida al secuestro y los asesinatos. No todos los detalles, quizá, pero... —hizo una pausa—... el ambiente. ¿Cómo acaba el cuento?

La complació que se lo tomara en serio. La irritación de antes por su falta de concentración en el caso estaba olvidada. Solo por eso le habría perdonado todo.

—No he llegado tan lejos. No lo sé. Y estoy demasiado ocupada como para sentarme a leer.

Joe devolvió su atención a las páginas.

—¿Qué necesita hacer?

—Quiero saber dónde están todos —dijo Vera—. Las personas que estaban presentes cuando se encontró el cuerpo de Lily. ¿Qué están haciendo hoy?

—Felicity Calvert está en casa. He ido a ver la casita del molino. Por si tenían a la chica retenida allí. Esta mañana Felicity ha ido a Morpeth. De compras, pero no ha comprado nada. Y no la ha visto nadie. La única prueba de

que estuvo allí es un tique del aparcamiento del centro del pueblo. He llamado a

Calvert a la universidad. Está allí, en alguna parte. Al menos, su secretaria ha dicho que había fichado esta mañana y después había ido a una especie de conferencia que duraría casi todo el día. Me prometió que lo localizaría y le diría que me llamara, pero no he sabido nada todavía. Clive Stringer ha estado en el

trabajo. He hablado antes con él en el museo.

—¿Todavía está allí?

—Supongo que sí. No hace mucho que hablé con él. Gary Wright está en

North Shields. No trabaja hasta la noche. Uno de los agentes lo ha visitado antes.

—¿Han buscado dentro?

—No lo sé. No he preguntado.

—Voy a ver el piso de Wright —dijo Vera. Sabía que probablemente era una pérdida de tiempo, pero estaba demasiado nerviosa como para quedarse esperando en el despacho a que sonara el teléfono. Se imaginó a Laura Armstrong encerrada en la habitación donde había estado sentada con Wright, bebiendo cerveza. Aunque la chica saliera al balcón y gritara, ¿la oiría alguien?

—. ¿Y Parr? ¿Dónde está?

—Nadie lo sabe. Se ha tomado el día libre. Lo decidió ayer. No está en su casa de Morpeth.

—Quiero localizarlo.

Ashworth asintió.

—Oiga, ¿quiere que termine yo de leer el cuento? No quiero estar demasiado lejos de casa hoy. Sarah ha tenido un par de punzadas esta noche. Podría ser el bebé.

O sea que se trataba de eso, pensó. No estaba de su lado en absoluto, solo buscaba una excusa para quedarse en la oficina. Iba a hacer un comentario sarcástico, pero se frenó. La política de oficina no importaba tanto con Laura desaparecida.

—Quédate aquí —dijo—. Llámame cuando termines de leer el cuento. O

antes, si se te ocurre algo. —Joe asintió. Ella recogió su bolso y salió del despacho. Él ya estaba absorto en la lectura.

Vera estaba en el aparcamiento cuando se acordó de que no había leído el informe de la autopsia de la muerte de Claire Parr. Volvió sobre sus pasos, ignoró a Ashworth, que estaba cómodamente instalado en su silla, y buscó en un

montón de papeles hasta que encontró lo que buscaba.

—Oh, Dios —dijo—. La esposa de Parr. Se cortó las venas. Pero en la

bañera. Parr la encontró.

Gary Wright le abrió la puerta con un bocado en una mano y Vera pensó que ella misma debería estar muerta de hambre. Pero no lo estaba. La idea de comer le daba ganas de vomitar.

—¿De qué va esto? —Se apartó para dejarla pasar—. Esta mañana ha venido uno de sus agentes, pero no me ha dicho qué pasaba. —Sonaba música. Vera no era aficionada a la música. A veces se le metía alguna canción en la cabeza, la hacía sentir sentimental. Casi siempre una melodía que había oído de pequeña. Básicamente, lo consideraba una distracción.

—¿Le importa apagarlo?

Él giró un botón y la música paró. Todavía estaban los dos de pie.

—¿Un café? —preguntó, y después, como si recordara su última visita—:
¿Cerveza?

—Entonces ¿no ha sabido nada de Julie?

—Hoy no. —Hizo una pausa—. Anoche estuvo aquí.

—Sí, me lo ha dicho. —Vera se sentó—. ¿No ha sabido lo de su hija?

—¿Laura? ¿Qué ha pasado? —Se estaba terminando el bocado, y Vera tuvo que esperar a que vaciara la boca para que le respondiera.

—¿La conoce?

—La vi una vez cuando fui a la casa de Seaton.

—¿Qué le pareció?

—Nada. No lo sé. Solo intercambiamos un par de palabras.

—Una chica con un físico interesante. —Señaló con la cabeza la foto de Emily—. Y a usted le gustan flacuchas.

—¡Por el amor de Dios! ¡Tiene catorce años! —Pero a pesar del estallido a

Vera le pareció detectar algo por debajo. ¿Culpa? De algún modo, la chica le había dejado huella—. Me compadecí de ella. Estar en la casa mientras

estrangulaban a su hermano. El otro día le decía a Clive...

Vera lo interrumpió.

—Ha desaparecido. ¿Le importa que eche un vistazo?

—¿Qué estaría haciendo ella aquí? No sabe dónde vivo.

—Hágame el favor.

Vera se levantó, sabiendo perfectamente que no encontraría a Laura. De

habérsela llevado, Gary era lo bastante listo para no llevarla a su piso, y tampoco creía que lo hubiera hecho. Pero ahora que estaba allí tenía que llegar hasta el final. Abrió la puerta del dormitorio. La cama estaba hecha y la habitación ordenada.

—¿A qué hora ha desaparecido? —preguntó él.

—Sobre las ocho y media. No llegó a coger el autobús escolar.

—Entonces estaba aquí con Julie.

—Según ella, dormía la mona después de beber un montón de vino. Que

usted le dio. —Vera abrió la puerta del cuarto de baño. Había una hilera de geles

de ducha y lociones para después del afeitado en la repisa de la ventana. Más cosas para hacerte oler bien de las que ella había poseído nunca. Ni rastro de Laura.

—Estaba decidida a agarrarse una buena. No la habría podido detener

aunque hubiera querido. ¿Y por qué iba a hacerlo? Solo quería pasar una noche

sin pensar en Luke.

Vera miró en la cocina y a través de la puerta de cristal al balcón. Nada.

—Lo sé. No le culpo. —Se quedó muy quieta en medio de la habitación—.

Se puede imaginar en qué estado está ahora. ¿Está seguro de que no hay nada que pueda decirme? ¿Sobre Luke, o Lily Marsh? ¿Sobre este lío? ¿Ha sabido algo de Clive, Peter o Samuel?

Él dudó solo un momento. ¿Había estado tentado de confesar lo de la aventura de Peter Calvert con Lily? ¿Lo sabía? Pero al final la solidaridad masculina se impuso. Gary sacudió la cabeza.

—Lo siento, inspectora. Fue todo una horrible coincidencia. No la puedo ayudar en nada.

Después de oír eso, Vera perdió la paciencia con él y se marchó. Aún estaba en el rellano cuando oyó la música de nuevo.

En su coche marcó en el móvil el número de su despacho, teniendo que pensar un momento cuál era. Joe Ashworth respondió inmediatamente.

—Despacho de la inspectora Stanhope.

—¿Y bien?

—No hay novedades de la chica. Habría llamado.

—¿Y el cuento qué?

—Solo voy por la mitad. Quería empezar por el principio. Pero es fascinante, ¿verdad? Las similitudes.

—Creía que me estaba volviendo loca —dijo Vera—. La obsesión produce ese efecto. Voy a ver si localizo a Parr. —Colgó antes de que él pudiera contestar, dejó el móvil en el asiento del pasajero. Nunca se había animado a colocar un aparato de manos libres.

Cuando llegó a Morpeth, caía la noche. En la tranquila calle donde vivía Parr, su vecina, una mujer de mediana edad, estaba podando las rosas en el pequeño jardín delantero. Más allá, unos niños jugaban en una piscina, riendo y

gritando de alegría. La mujer intentó no mirar cuando Vera bajó del coche y llamó a la puerta. Le parecería de mala educación cotillear, una especie de intrusión. Vera pensó que Samuel Parr tenía que estar en casa. Era la hora de preparar la cena, tomar la primera copa de vino. Pero no le abrió nadie.

Vera fue hasta el muro que separaba las casas. La mujer puso una cara como si quisiera huir.

—¿Sabe dónde podría estar el señor Parr?

—No, lo siento. —Los labios apretados, como si le doliera el esfuerzo que se necesitaba para articular palabras.

—No se preocupe. No vendo nada. —Vera le mostró su chapa de identificación, sonrió sin alegría—. Necesito localizar al señor Parr. Es urgente. La mujer miró arriba y abajo de la calle.

—Entre, por favor.

Se sentaron mirando a un jardín trasero immaculado. Fuera de la vista del público, la mujer se relajó.

—Lo siento, no sé cómo puedo ayudarla. Hace mucho tiempo que somos vecinos, pero no tenemos una relación que se pueda calificar de amistad.

—¿Conocía a la señora Parr?

—A Claire, sí. Qué triste. Siempre me pareció razonablemente feliz. Un poco excitable, quizá. Todos nos quedamos asombrados cuando sucedió.

—¿No hubo nunca dudas de que fuera un suicidio?

—Oh, no, claro que no. Samuel quedó destrozado. Estoy segura de que se culpó por ello.

—¿Por qué tendría que culparse?

—Bueno, es una reacción natural en esas circunstancias, ¿no? —dijo la mujer—. La culpa.

—¿No cree que él pudiera provocar el suicidio? ¿Que tuviera una aventura, por ejemplo?

—Por supuesto que no. —La mujer parecía horrorizada—. ¡Samuel es bibliotecario! —Como si su profesión hiciera imposible la idea.

Se quedaron un momento en silencio.

—¿A qué vienen estas preguntas? —quiso saber la mujer.

—Estoy trabajando en otra investigación —dijo Vera—. El señor Parr fue uno de los testigos. El suicidio de su esposa probablemente no es relevante. Estoy un poco preocupada por su seguridad.

—¡Claro! —dijo la mujer—. ¡Hoy es el aniversario de la muerte de Claire! Mi marido lo mencionó esta mañana cuando vio la fecha en el *Telegraph*. — Calló—. No creerá que Samuel ha hecho alguna estupidez... Que no se vea con fuerzas para seguir adelante sin ella...

—No —dijo Vera—. No creo que sea nada de eso. Pero si lo ve cuando llegue, dígame que nos llame.

En el coche, Vera vio que se había dejado allí el móvil cuando había ido a hablar con la mujer. Tenía dos llamadas perdidas, las dos de Joe Ashworth. Le telefoneó.

—He terminado el cuento —dijo él.

—¿Y?

—Creo que será mejor que venga.

De vuelta en su despacho, Vera encontró a Joe más emocionado de lo que recordaba haberlo visto.

—Lea las últimas páginas. —Se apartó de la mesa para que ella pudiera sentarse, y se quedó esperando junto a la puerta.

Vera volvió al cuento. Había una descripción de un jardín, donde la joven secuestrada era retenida. Era un edén en decadencia, un lugar de hojas carnosas,

flores enormes y fruta demasiado madura. Vera lo encontraba opresivo, habría preferido un fragmento situado en las montañas, algún lugar con mucho cielo y

un poco de brisa, y pensó que se sentía así desde el comienzo del caso. A medida

que la trama se acercaba a su conclusión, la tensión crecía. Pensó que solo era ficción, deseó poder dejar el libro y volver a la realidad de las pruebas forenses y la razón. Pero Joe estaba mirando y tenía que seguir leyendo. Por fin llegó el inevitable final. La joven era estrangulada. Parr había narrado el asesinato como

si fuera un abrazo, un gesto de ternura. El asesino seguía siendo anónimo, la relación con la víctima desconocida. En el último párrafo, el cuerpo se colocaba

en un estanque, rodeado de nenúfares.

—¿Y bien? —preguntó Ashworth—. ¿Qué piensa? Tiene que haber sido

Parr.

Vera no contestó.

—Sé dónde se sitúa el cuento —dijo—. He estado allí.

El padre de Vera había formado parte de la comisión que había creado el Observatorio de Aves de Deepden. No estaba segura de quién había sido lo bastante tonto como para pedirle que participara. Su breve flirteo con las personas aficionadas a la observación de aves no había durado mucho. Hector era demasiado solitario para llevarse bien con otros miembros de la comisión, y

su capacidad de atención era demasiado limitada para soportar reuniones

tediosas sobre actos de recogida de fondos y la constitución del observatorio.

Además, él encontraba la emoción en las actividades ilegales que rodeaban su pasión: las expediciones a altas horas de la noche por las colinas para robar huevos de aves

rapaces, la taxidermia en la mesa de la cocina. No le interesaba

el estudio inofensivo y científico de la migración de las aves. Al cabo de unos seis meses envió una carta de dimisión cruel y difamatoria.

Sin embargo, le invitaron a una fiesta para celebrar el décimo aniversario de

la inauguración del observatorio. Vera creía que probablemente habían mandado

la invitación por error. Estaba en una lista y nadie con autoridad había repasado

los nombres. La comisión no le habría querido allí. En aquella época, todos en el

mundo de la observación de aves de Northumberland estaban al corriente de sus

actividades ilícitas. Nunca lo habían imputado, pero era un mundo pequeño y hacía años que había rumores de su colección de huevos. Cuando estaba

borracho se jactaba de ella. La mejor colección de un aficionado de huevos de aves rapaces del país, decía. Probablemente, la mejor del mundo.

Hector, por supuesto, se alegró mucho al recibir la invitación y quiso ir a la

fiesta. Vera sabía que no valía la pena intentar disuadirlo. Siempre había sido un

viejo testarudo y le encantaba ser una molestia. En aquel momento de su vida bebía mucho y Vera lo acompañó como una especie de cuidadora, para impedir

que montara una escena y para llevarlo de vuelta a casa. Había sido en la misma

época del año que ahora, otra noche seca y sin brisa de mediados de verano.

Probablemente algunas de las personas involucradas en los recientes asesinatos

habían asistido también.

Lo que se le quedó grabado fue una imagen del lugar. La noche de la fiesta,

el jardín estaba crecido y todo estaba exuberante y verde, un oasis en la tierra plana y seca que lo rodeaba. Hubo una visita guiada para ver la cabaña de anillado, las redes de malla y el huerto. Más tarde, Vera se quedó junto al estanque, vigilando a Hector, preparada para llevárselo rápidamente si empezaba

a ponerse ofensivo. Pero aquella noche estaba en buena forma. Un poco ruidoso,

quizá, pero de buen humor, divertido. A medida que avanzaba la noche, Vera pudo relajarse. Incluso se encontró disfrutando de la ocasión.

No le contó aquella historia a Ashworth.

—No puedo estar segura, por supuesto —dijo—. Pero creo que es Deepden.

Cerca del faro donde se encontró a la chica y no muy lejos carretera arriba de Seaton, donde viven los Armstrong.

—¿A qué esperamos entonces? Y si Parr está allí con la chica, necesitaremos refuerzos, ¿no? ¿Quiere que me ponga a ello? —Ahora la preocupación con su esposa estaba olvidada. No quería perderse la gloria de un arresto.

—De momento seamos discretos. Sin hacer ruido. Cualquier pista de que lo hemos descubierto y la matará. ¿Qué tiene que perder? —Pero era más una cuestión de orgullo para ella que preocupación por la seguridad de la chica. El orgullo era su peor defecto. No quería hacer mucha publicidad de eso, por si acaso se equivocaban de medio a medio. No había pensado en Samuel Parr como

asesino. Tenía en la cabeza a alguien completamente diferente. Y Laura podía estar muerta. Vera se imaginaba el cotilleo que habría si metía la pata públicamente con aquello. «La jefa sacó la idea de un libro. Como si fuera un cuento de hadas.» No podría decir que todo había sido idea de Joe Ashworth. No

estaba lo bastante segura de la teoría de Joe como para apartar a agentes de las localizaciones que su equipo había pensado originalmente: el estanque de Seaton, el Tyne en North Shields, Fox Mill. Esos lugares seguirían con vigilancia.

—Seremos tú y yo solos explorando una posibilidad remota —le dijo a Ashworth.

Vio que él creía que la chica estaba en Deepden, se había dejado seducir por el cuento, las flores, el agua.

Vera cogió un mapa a gran escala del Instituto Cartográfico del estante de su despacho y lo extendió sobre la mesa.

—Aquí es donde tenemos que aparcar —dijo, golpeando con su dedo gordo sobre el papel—. Si está allí, debemos evitar acercarnos mucho a la casa, para que no

oiga el motor.

Antes de salir de la comisaría, fue a la sala de operaciones, se sentó en el borde de la mesa de Charlie, le dio instrucciones.

—Venga, empieza a ser productivo. Te irá bien tomar el aire y quiero que compruebes una cosa.

Mientras conducía hacia Deepden intentó recrear un plano del lugar en su cabeza. El bungalow estaba a un lado de la carretera, con el huerto detrás. El jardín exuberante y el estanque estaban entre la casa y los campos llanos que subían hacia la costa.

Vera no quería que nadie supiera dónde se encontraban, pero Ashworth

insistió en que tuvieran el móvil encendido hasta que llegaran al observatorio.

—Sarah tiene que poder llamarme. —Vera sintió ganas de gritarle. «¿Qué

harás si tu esposa se pone de parto? ¿Dejarme aquí sola e irte a jugar a las familias felices? ¿O te quedarás conmigo? ¿Irás hasta el final y dejarás que tu esposa dé a luz sin ti?» No estaba muy segura de lo que contestaría. Quizá la

misma idea se le había ocurrido a él, porque notó que estaba nervioso, sentado a su lado, leyendo el mapa con su pequeña linterna, manteniendo un dedo sobre la carretera.

—No hay nadie registrado en el observatorio esta noche —dijo—. Lo he

preguntado a la secretaria. —Ya se lo había dicho. No soportaba el silencio. Eso

no era propio de él; normalmente era tranquilo. Tal vez debería haberlo dejado en la sala de operaciones, para que pudiera hablar con su mujer cada diez minutos. Pero Vera estaba acostumbrada a tenerlo al lado en momentos

importantes. Estaba contenta de no hacer aquello sola. Joe se aclaró la garganta

—. Por lo visto, el lunes había mucha gente. Hubo un pájaro raro. En esta época

del año, la gente solo viene los fines de semana.

Vera paró en el arcén, apagó el motor. No había farolas, y estaba tan

silencioso que podían oír el tictac del coche al enfriarse. Fuera estaba casi oscuro, imposible ver colores o detalles, pero Vera distinguió la forma del seto que discurría a su lado.

—Caminaré por el sendero —dijo—. A ver si hay luces en la casa, si hay algún coche.

Ashworth no respondió.

El calor cuando bajó del coche le hizo pensar en España. Habrá cigarras, el olor a romero. Caminando por el sendero, manteniéndose cerca del seto por si oía un coche girando desde la carretera, se acordó de nuevo de su padre. Hasta

que fue lo bastante mayor para protestar, se la había llevado en sus incursiones.

Se había escondido en zanjas y detrás de matorrales y muros de piedra seca, manteniendo la vigilancia por si aparecía la Policía o los guardias forestales.

Había odiado cada minuto. El pánico. El miedo a ser arrestada, encerrada, a hacerlo mal. ¿Qué haría si aparecía alguien? Pero también había sido

emocionante. A lo mejor por eso me hice policía, pensó. Me volví adicta al subidón de adrenalina a muy temprana edad.

Se le acostumbraron los ojos a la oscuridad y, antes de llegar, vio la verja de

cinco barras que llevaba al jardín del observatorio, y más allá la forma negra mate de la casa. No había ningún coche. Al menos en el sendero. Era posible que

lo hubieran metido y estuviera oculto bajo los árboles y detrás de los zarzales.

Desde allí no lo divisaría. Siguió por el sendero con la esperanza de tener una mejor visión del frente de la casa, donde había ventanas. ¿Se arriesgaría a encender las luces? ¿Estaba allí?

Al principio no vio nada, después hubo un destello de luz. Una cerilla al

prenderse o una linterna encendiéndose y apagándose. Tan breve que se lo podría haber imaginado. Si hubiera sido una persona imaginativa. Quizá Joe tenía razón, al fin y al cabo. A lo mejor Parr estaba allí. Se imaginó lo triunfal que se sentiría Joe cuando le dijera que había alguien en el bungalow. Vera se permitió soñar despierta. Estaba en la cocina de Julie, rodeando a Laura con el brazo: «Le

devuelvo a su hija, cariño». Aunque no tuviera pruebas de que Laura siguiera con vida, deseaba tanto ese momento que le dolía.

Se volvió, regresó al coche y subió. Acababa de cerrar la puerta cuando sonó

el móvil de Ashworth, sobresaltándola hasta el punto de que se le aceleró el corazón de golpe.

Joe apretó el botón después del primer timbre.

—¿Sí? —Incluso su susurro sonó muy fuerte después del silencio de fuera.

Enseguida advirtió que se relajaba y comprendió que no era su esposa la que llamaba. Estaría en casa tomando su cacao. Joe no tendría que volver corriendo

para estar presente en el parto.

—Es Charlie —dijo—. Quiere hablar con usted.

Vera le cogió el móvil.

—Dime, Charlie. ¿Qué me cuentas?

—He encontrado a Parr.

—¿Dónde estaba?

—En el primer lugar que sugirió. El cementerio. Junto a la tumba de su esposa. Hoy se cumplen veinte años de su suicidio. Cuando he llegado estaba sentado sobre la hierba. Parecía que hubiera estado llorando.

—¿Has hecho que alguien comparara sus neumáticos con los de la huella en el camino de Seaton?

—Sí, y no se parecen en nada —dijo Charlie—. Conduce un coche nuevo.

Billy Wainwright dijo que el neumático que dejó la huella era casi ilegal.

Además, no creo que tenga ánimo como para secuestrar a nadie. A mí me

pareció que estaba en el cementerio desde primera hora de la mañana. Lo disimula muy bien, pero creo que encontrar a la chica en el faro le hizo volver al

pasado. Cuando he llegado apenas se tenía en pie. Le he preguntado por Laura

Armstrong, si sabía lo que le había pasado, pero él no tenía ni idea de lo que le

estaba contando. En serio, de lo único que podía hablar era de cómo había dejado tirada a su mujer. Lo he acompañado a casa, he echado un vistazo antes

de irme. No había rastro de nadie.

—Gracias, Charlie. —Le devolvió el móvil a Joe—. Han encontrado a

Samuel Parr. No ha tenido nada que ver con el secuestro de Laura.

—Bueno, entonces ya está. Podemos volver a Kimmerston — dijo Joe.

Vera no tenía claro qué le complacía más, que su teoría se hubiera quedado en nada o poder volver con su mujer.

—Hay alguien en la casa. He visto luz.

—¿Está segura?

—Del todo. No soy dada a tener visiones.

—Puede ser alguno de los observadores de pájaros. Los miembros tienen llave. Se supone que tienen que informar a la secretaria de que estarán aquí, pero no siempre lo hacen.

Vera vio cómo miraba el reloj disimuladamente; no le hizo caso, cerró los ojos para concentrarse mejor.

—¿Por qué no vamos a la puerta? —dijo Ashworth—. Averiguamos quién está y qué pasa.

Vera lo ignoró. Era importante pensarlo todo bien. A lo mejor el cuento de Samuel Parr sobre el secuestro de un adolescente era irrelevante. Una extraña coincidencia. Estaba tan desesperada por encontrar a Laura que se había dejado

desviar del camino, arrastrada por el entusiasmo de Joe. Pero los detalles eran muy parecidos, muy consistentes. Pensó en la solapa de la antología, los verdes y

azules arremolinados del diseño, una imagen estilizada de olas. El título en blanco, en contraste con el fondo estampado. El nombre de Parr al pie de la portada. Había cogido prestado un ejemplar en tapa dura en la biblioteca.

Centenares de personas podían haber accedido a él.

Cuando abrió los ojos, sabía lo que había pasado. Había tenido razón desde el principio. No se sorprendió. Casi siempre la tenía.

Vera sintió alivio cuando encontraron la puerta de la casa abierta. Ashworth no lo había vuelto a comentar, pero ella no estaba segura de que se hubiera creído lo de la luz. Ni cuando empujaron la verja de cinco barras, levantándola cuidadosamente de las bisagras, y el lugar estaba a oscuras. Caminaron sobre la hierba para no hacer ruido sobre la entrada de grava. La hierba estaba alta y Vera la sentía fría, ligeramente húmeda, a través de sus sandalias. Entonces apareció una luna fina e incluso ella se cuestionó a sí misma. A lo mejor lo que había visto era alguna clase de reflejo. ¡Deseaba tanto encontrar a Laura allí! Miró por la ventana, pero no distinguió nada dentro.

Pero ¿por qué estaba abierta la casa si el lugar estaba vacío? Tocó la manilla de la puerta discretamente hasta que se abrió un poco, y escuchó. Joe Ashworth estaba dando la vuelta hacia la parte trasera de la casa. Vera no oía nada, ni siquiera a él moviéndose. Estiró el brazo y pasó los dedos por la pared interior, buscando el interruptor de la luz. Papel pintado despegado, después el plástico liso del embellecedor. Se esforzó de nuevo para recordar el plano del bungalow.

Estaba segura de que no había recibidor. Aquello era el salón. Detrás estaba la cocina, y a la derecha dos puertas que llevaban a las habitaciones que se utilizaban como dormitorios. Dejó pasar unos minutos más para que Ashworth se situara, encendió la luz y abrió la puerta del todo.

La luz procedía de una bombilla de pocos vatios y bajo consumo colgada del centro del techo, pero por un momento la cegó.

—¡Policía! Quietos. —Parpadeó al tiempo que gritaba, oyó un ruido en alguna parte, una puerta que se abría.

No había nadie en la sala. Era más o menos como la recordaba. Una mesa bajo la ventana. Algún día debió de ser un mueble decente, pero ahora estaba arañada y llena de círculos de tazas de café y vasos de cerveza. Dos sillas rectas frente a la chimenea vacía. En las paredes, fotografías de pájaros y una serie de

cuadros y dibujos, la mayoría horrorosos. Algunos estantes con libros de historia natural, mapas y guías de campo. En los segundos que Vera tardó en mirar a su alrededor apareció Ashworth. El ruido que había oído lo había hecho él al abrir la puerta de la cocina.

Sin decir nada, Vera abrió las puertas de los dormitorios. Estaban ambos sorprendentemente ordenados. Tres literas en cada uno. Mantas grises dobladas al pie de cada cama. Un ligero olor a moho y calcetines.

Se volvió a mirar a Ashworth, que entraba en la cocina. Era hora de reconocer que se había equivocado. De obligarle a prometer que no contaría a nadie que habían metido la pata y dejar que se fuera a casa con su esposa enorme.

—Alguien ha estado aquí muy recientemente —dijo él—. El hervidor todavía está caliente. La luz que ha visto podría ser de alguien encendiendo el gas. O sea que todavía había una posibilidad de que encontraran a Laura antes de que la mataran. Tuvo ganas de besarlo.

Ashworth no se dio cuenta del efecto de sus palabras.

—No puede haber ido a ninguna parte. Habríamos visto un vehículo en el camino. No hay coche en la entrada. Tiene que haber aparcado más allá del camino.

—Ahora sabe que estamos aquí —dijo Vera—. Encender la luz no ha sido lo más inteligente de mi carrera. Se habrá podido ver a kilómetros de distancia. —

Salió rápidamente de la casa al jardín, tropezando en el último escalón de la puerta principal. El estanque estaba frente a ella. Apenas había reflejos del agua, solo retazos diminutos de plata alrededor de los bordes. En el centro, una sombra negra. Se encontró rezando en silencio a un Dios en el que nunca había creído.

«Que no esté allí, por favor. Que la chica no esté. Que Laura no esté.» Oyó a Ashworth cerrando la puerta detrás de ella, el sonido de su respiración, el frotamiento del vaquero contra el vaquero cuando caminaba. Espero que estés rezando, pensó. Eres creyente. A ti podría escucharte.

Se agachó para acercarse al agua. Empezaba a distinguir la forma del cuerpo

de una joven, los brazos extendidos, y entonces Ashworth encendió la linterna.

Cuando el estrecho haz se paseó por la superficie, la imagen cambió. Vio hojas planas y cerosas, bolas de vegetación enredada absorbiendo la luz, pero nada humano. Nada muerto. Se dio cuenta de que había dejado de respirar y tomó una buena bocanada de aire. Sentía la cabeza abotargada.

Era posible que ya hubiera matado a la chica, pero todavía no lo había escenificado. De momento. No la habían usado para dramatizar, no la habían convertido en una obra de arte que nada tenía que ver con la auténtica Laura. Al

menos Julie se había ahorrado eso.

Vera se incorporó e intentó pensar con claridad, recordar con detalle lo que había ocurrido durante la fiesta de Deepden. Estaba decidida a mantener a Hector en el buen camino y por eso había estado perfectamente sobria. Los recuerdos deberían estar claros. Había habido una visita guiada: un paseo por el

huerto, con el sol filtrándose a través de los árboles, una mirada a la casa, que estaba recién pintada para la ocasión, una exhibición de anillado.

La exhibición de anillado. Se habían puesto en semicírculo mientras un hombre alto con una bata azul les enseñaba un pájaro. Un carpintero dorado que sostenía sin forzarlo, con la cabeza atrapada entre sus dedos segundo y tercero. A través de la puerta, habían visto cómo lo pesaba. Lo había metido de cabeza en un cono de plástico que se sujetaba a una báscula de muelle. Le había medido el ala con una regla de metal. Con la mano libre había cogido unas pinzas de un estante y un anillo plateado de una cuerda colgada de la pared. Había metido la anilla en la pata del pájaro, y después la había apretado cuidadosamente en su sitio. A continuación se había situado en la puerta, con el pájaro sobre la palma de su mano, hasta que había volado.

No era la puerta de la casa. De eso estaba segura. Excavó en su memoria buscando una imagen. Una puerta delgada de madera cerrada con un candado que el anillador había abierto al volver de atrapar los pájaros. Una puerta de una cabaña, de la medida de un cobertizo grande de jardín, hecha con placas de madera

manchadas. Tejado de uralita. Y alrededor de la cabaña, matorrales de zarzales y arraclanes que hacían que quedara oculta desde el jardín y la casa. Se

habían sorprendido cuando el guía los llevó por un camino abierto entre la maleza. Los matorrales estaban cortados cerca de la parte frontal de la cabaña y

allí era donde se había quedado el grupo, un público que esperaba a que comenzara el espectáculo.

Vera intentó ubicarse. De pie al lado de Hector la noche de la fiesta, mientras el anillador hacía su tarea, había notado que su padre empezaba a inquietarse; su capacidad para soportar no ser el centro de atención tenía sus límites. Pensó que se escaparía, mostraría su aburrimiento huyendo a la vista de todos. Habría sido

muy fácil para él hacer algo así. La cabaña estaba en el borde del terreno del observatorio, en el límite con el campo de pastos que llevaba al mar.

Empezó a moverse por el borde de la hierba, buscando un hueco en la

vegetación. Le parecía que la luna brillaba más, o quizá sus ojos se habían adaptado a la oscuridad. Lo encontró, un camino estrecho que cruzaba los matorrales. Se obligó a caminar lentamente. Sabía que si se precipitaba, él los escucharía. Si estaba pendiente de ellos, los oiría igualmente. Había ruidos que

no podía evitar: la respiración dificultosa, los crujidos de las ramas secas que se le enganchaban en la ropa. El sendero era tan estrecho que no lo podía evitar.

Pero a lo mejor él no estaba atento. Quizá, encerrado en la cabaña, no había visto

la luz en la casa. El miedo de Vera era que, si sabía que estaban allí, se sintiera obligado a hacer un gran gesto. Le angustiaría que le negaran el agua y las flores, pero le encantaría tener público en directo.

«Ha olvidado por qué empezó esto. Se ha dejado seducir por el glamur.

Probablemente guarda un álbum de recortes del periódico. ¿Dónde los encontraremos?»

La cabaña estaba justo como la recordaba. Quizá la pintura se había

descolorido, el tejado se había oxidado, pero con aquella luz era imposible saberlo.

Se quedaron en el límite del claro. Vera acercó tanto la boca a la oreja de Ashworth

que sintió su piel brevemente contra sus labios.

—Espera. Hasta que dé la orden.

Avanzó lentamente por la hierba, consciente de su peso, del espacio que ocupaba. Como si, dentro de la cabaña, él pudiera notar la vibración de sus pies sobre el suelo, el desplazamiento del aire.

Frente a la puerta se paró. No había candado. Estaba puesto hacia dentro, pero Vera no creía que estuviera cerrado. Escuchó. Ninguna voz. Entonces oyó

un crujido rítmico de metal, no de madera, y un siseo. Apareció una luz blanca en la rendija entre la puerta y el marco.

Al abrirla, intentó imaginar que visitaba a su vecino. Sin aspavientos,

tranquilamente. Para pedir un favor: «Me he quedado sin alcohol. ¿No tendrá una botella de vino para prestarme?».

Clive Stringer estaba de pie junto a una mesa estrecha de madera, con la cara iluminada por un quinqué. Aquel era el sonido que había oído; el crujido era el bombeo cuando lo había encendido, el siseo el ruido cuando había prendido.

Junto a la lámpara había un puñado de flores, la mayoría margaritas silvestres, con los tallos envueltos en papel de periódico húmedo. Vera intentó no mirarlas,

ni mirar tampoco hacia la sombra para ver a la chica. Enrolladas en bolsas en un

rincón, las redes utilizadas para atrapar aves migratorias. Y, dentro, la cuerda de nailon fino utilizada para los vientos que sujetaban los palos. Había visto una red de malla en la habitación de Clive. Ahora estaba segura de que había utilizado una cuerda de viento para estrangular a sus víctimas. Se alegró de su volumen,

que bloqueaba la puerta. Él parecía muy enclenque.

—Se acabó, chico —dijo. Mantuvo un tono de voz agradable. No esperaba

que se resistiera, quizá se sintiera aliviado al ser detenido—. Es mejor que vengas conmigo.

Él la miró sin decir nada.

Vera siguió hablando, con una voz muy neutra.

—Eras el sospechoso evidente en cuanto supe que Lily había tenido una aventura con Peter Calvert. Eras tú el vínculo entre las dos familias. Pero no entendía por qué. Lo hiciste por ellos, ¿no? Por Tom y por Peter. Tus amigos.

Pensó que él respondería, pero cogió el quinqué por el asa y lo lanzó contra la pared. El cristal se hizo añicos y la madera prendió inmediatamente, la pintura burbujeó y se hinchó y las llamas lamieron la línea de la parafina vertida.

Stringer retrocedió a un rincón, apartándose de Vera. Ella lo ignoró, concentrada en la chica, una figura inmóvil en el suelo, a sus pies. Laura estaba envuelta en una manta. Tenía la cara tapada. Vera la levantó, sintió lo delgada y ligera que era. Ashworth estaba en la puerta, gritándole que saliera. Vera le pasó el fardo y se volvió a mirar a Stringer. Estaba casi rodeado de llamas, aunque su ropa todavía no ardía. La luz roja se reflejaba en las lentes de sus gafas. Vera quería

llegar a él.

—Venga, hombre. Tus amigos no querrían esto.

Él no mostró ninguna señal de haberla oído.

Vera iba a acercarse a él, pero Ashworth la agarró del brazo y tiró de ella hacia fuera.

Había dejado a la chica sobre la hierba. Tenía la cara sucia, la boca tapada con cinta, las manos y los pies atados. Vera le arrancó la cinta de la boca, le buscó el pulso. No vio cómo la cabaña se desmoronaba, cómo el pesado tejado

caía sobre el hombre de dentro, atrapándolo, de modo que aunque hubiera querido huir no habría podido. Si gritó, ella no lo oyó.

Vera había soñado con devolver a Laura a Julie. Desde el momento en que se había dado cuenta de que la chica había desaparecido, aquella imagen en su cabeza la había mantenido activa. Se había visto a sí misma en la cocina, rodeando los hombros de Laura con un brazo: «Mire quién está aquí. Le dije que

se la devolvería sana y salva». Y por supuesto Julie estaba agradecida. En el sueño.

No sucedió así. Lo que sucedió fue que Ashworth se convirtió en el héroe.

Cuando le arrancaron la cinta de la boca, Laura se empezó a ahogar y a respirar

con dificultad. El estrés del día finalmente le había provocado un ataque de asma. O el haber tenido la respiración restringida durante tanto tiempo. Fue Ashworth quien dedujo lo que pasaba, llamó a una ambulancia, fue con la chica

al hospital. Se quedó con ella, cogiéndole la mano mientras las sirenas ululaban

y ellos corrían por Spine Road al Wansbeck General. Cuando llegaron al

hospital, estaba mucho más calmada. Se quedó allí esa noche, pero por la mañana estaba deseando volver a casa. Una niña pequeña de nuevo, reclamando

a su madre.

Era medianoche cuando Holly llevó a Julie a la unidad donde Laura estaba bajo observación. La mujer estaba tensa y mantenía el ceño fruncido. Hasta que

no viera a su hija, no se atrevía a creer que Laura estaba bien. Ashworth seguía

sentado al lado de la cama cuando llegaron. Fue él quien vio llorar a Julie y quien recibió su agradecimiento. Y aunque Vera supiera que era patético, le sentó

mal. Habría querido que fuera a ella a quien Julie diera las gracias con lágrimas

en los ojos. Pero había tenido razón acerca del asesino. Eso era un cierto consuelo.

En lugar de entregar a la chica a su madre, se quedó en el jardín de Deepden

esperando al circo itinerante que siempre seguía a un gran desastre. Los bomberos fueron los primeros en llegar. Se mostraron decepcionados de que

fuera un incendio tan pequeño, tan fácil de apagar. Vera tuvo la sensación de que solo una fatalidad podía hacerles pensar que valía la pena estar allí. Mientras los veía trabajar no podía deshacerse de la imagen de Clive Stringer con las gafas en

llamas, quieto mientras la cabaña se desmoronaba encima de él. Al final había tenido su gran gesto. Más tarde, cuando el equipo de la escena del crimen buscara entre las ruinas, encontrarían un par de tallos de margaritas enteros e intactos.

Vera llegó a Fox Mill justo mientras Peter Calvert subía a su coche. Vio a Felicity observándolos a través de la ventana de la cocina, con la cara arrugada

de preocupación. Del humor que estaba, Vera no podía sentir mucha simpatía.

—Quiero hablar con usted —dijo.

Calvert empezó a protestar.

—¡Me mintió! —dijo Vera—. Podría presentar cargos. —Deseó ser un hombre. Quería pegarle—. Vamos a hablar a la casita, ¿le parece? Volvamos al nido de amor. A ver si le refresca la memoria. No se preocupe. Tengo llave. La he conseguido de la Policía Científica. No hará falta que molestemos a su esposa con esto. Por ahora.

Se puso a cruzar el prado, sabiendo que Calvert la seguiría. Había dejado la puerta abierta y estaba sentada a la mesa cuando él entró.

—Aquí fue donde Clive mató a Lily Marsh —dijo—. Pero esto ya lo sabe.

Al menos lo sospechaba. Si no, ¿por qué mentir acerca de la tarjeta hecha con flores prensadas que dijo que no le había enviado?

Él se sentó delante de ella, con una pequeña sonrisa.

—Una pequeña mentira bajo presión, inspectora. No significa nada.

—Usted empujó a Clive a hacerlo. Era su héroe. Sabía que haría cualquier cosa que le pidiera. Le habló de Lily. De que lo había amenazado con hacer pública su aventura. ¿Cuándo? ¿En uno de sus almuerzos de amigos de los viernes?

—Necesitaba hablar con alguien, inspectora. Fue una época estresante.

—¿Cómo lo convenció? «Si tuviera un accidente...» Le dijo que usted había enviado la tarjeta. ¿Le preocupaba que la utilizara como prueba de su aventura?

«Pero al menos no la firmé. Nadie la relacionará conmigo. Fuimos muy

cuidadosos.» Pero no mencionó los besos.

»Solo que Clive tenía un plan más elaborado del que usted esperaba. Era jugador de ajedrez. Le gustaban los patrones intrincados. Y no tenía una

comprensión muy clara de la realidad; mi sargento se dio cuenta de eso con solo hablar con él una vez. Matar a Lily Marsh no era suficiente. Tenía que distraernos de usted. Tenía sus propios motivos para querer muerto a Luke Armstrong, por eso lo mató primero. Y para reforzar la conexión con Lily, y protegerlo a usted, envió la tarjeta. Usted debía de saberlo. Si no, ¿por qué mentir cuando le pregunté si había enviado una parecida a Lily? —Calló para recuperar el aliento—. ¿Cuándo fue eso, doctor Calvert? ¿Cuándo reconoció

Clive haber matado a Luke y a Lily?

El hombre no contestó.

Vera golpeó con el puño sobre la mesa, tan fuerte que supo que le saldría un moratón al día siguiente.

—No tiene nada que temer. No puedo acusarlo de nada. El fiscal desestimaría el caso en un momento. Es lo bastante inteligente como para saber cómo funcionan estas cosas. Pero dígame. Satisfaga mi curiosidad.

—Hubo una curruca sarda en Deepden hace unos días. Acompañé a Clive a la vuelta. Me lo contó. Como si fuera a estar contento con él. Me quedé horrorizado.

—Pero no lo bastante como para contarnos lo que había pasado. —La voz de Vera era engañosamente calmada—. Podía haber habido otra víctima. Pero usted mantuvo la boca cerrada. ¿Por qué, doctor Calvert? ¿Por un retorcido sentido de la lealtad? ¿O temía que Clive lo involucrara en los asesinatos?

—No tengo por qué escuchar esto, inspectora. Como ha dicho, no puede acusarme de nada.

Se levantó y cruzó la puerta abierta. Vera lo miró atravesando el prado y parándose para mandar un beso tranquilizador a su esposa, que debía de estar todavía mirando por la ventana.

A las diez de la mañana, la mujer de Ashworth se puso de parto. Él llamó a la oficina a la hora del té para decir que habían tenido un niño. Jack Alexander. Pesaba cuatro kilos y medio, un auténtico matón. Vera estaba a punto de salir de la comisaría para irse a la cama, pero aceptó quedar con él para tomar algo. Le costaba celebrar los bebés de los demás, pero prefería tomar unas copas con Joe a volver completamente sobria a una casa vacía. Finalmente, le propuso que pasara por la antigua vivienda del jefe de estación al volver a casa. Sabía que no sería capaz de beber solo dos cervezas, y así se ahorra tener que conducir. De camino a casa paró en el supermercado y compró una botella de champán y un gran ramo de flores para Sarah. Pensó que a Ashworth le gustaría el detalle. En el carro también metió una bandeja de comida india semicocinada y una botella de Grouse. Necesitaría algo para dormir.

Ashworth llegó cinco minutos después que ella. Desde la ventana de la cocina lo vio saltar del coche, con cara de sueño y sonriendo. Vera ya se había tomado un gran escocés. Enjuagó el vaso y lo dejó en la bandeja, para que él no lo supiera.

Se sentaron fuera. La casa estaba más desordenada de lo normal y no quería que él lo viera. No lo soportaría si él empezaba a compadecerla. Estaba agotada por la falta de sueño. Su conversación estuvo amenizada por el sonido de los animales de los vecinos: ovejas, cabras, el inevitable gallo.

—Tenías razón —dijo Vera—. Stringer era un chalado.

—Usted sabía que era él, ¿verdad?

—Creía que era una posibilidad.

—No dijo nada.

—No tenía pruebas. Y cuando era pequeña conocí a algunos tipos como Clive Stringer. Obsesivos. Solitarios. No todos se convirtieron en asesinos en serie.

—¿Por qué él sí?

—Era un romántico —dijo—. Creía en las familias felices.

—No es un motivo.

—Para él sí —dijo—. Tenía una lógica retorcida. —Mirando a lo lejos, pensó que las colinas parecían muy puntiagudas y cercanas aquella noche. No le sorprendería que el tiempo cambiara pronto.

—Tendrá que explicarse. —Joe también creía en las familias felices, creía en ellas incluso antes de tener la suya. Pero al fin y al cabo él había crecido en una familia así. Lo pilló mirándola como si fuera boba.

—Clive era un solitario —dijo Vera—. No tenía hijos. No tenía amigos. Solo aquella madre bruja que intentaba sorberle la vida. Tenía dos familias de alquiler; los Sharp y los observadores de aves de Peter Calvert. Ambos asesinatos se cometieron para protegerlas. Apreciaba mucho a Tom Sharp, lo cuidó cuando era niño, culpaba a Luke de su muerte. Los Calvert eran su idea de una pareja perfecta. Idolatraba a Peter y se imaginaba a sí mismo enamorado de Felicity. No quería que sufriera por la aventura de su marido.

—Nunca sabremos qué le pasaba realmente por la cabeza, ¿no? —Ashworth miró por encima de su copa. Vera veía que tenía la cabeza llena de la emoción de su nuevo hijo, arrugado y rojo y llorón. Había tenido que escuchar todos los detalles del parto antes de que la dejara empezar a hablar de los asesinatos. De lo valiente que había sido Sarah.

—Solo ha tenido que soplar un poco de gas y aire.

Le importaba un rábano por qué Clive Stringer había matado a dos personas y secuestrado a otra. Aquella noche no le importaba. «Chalado» era suficiente para él. Pero a Vera sí le importaba. Y ella lo sabía.

—Peter Calvert era su héroe. Clive hacía lo que Peter quería: salvar su matrimonio, librándose de Lily Marsh para siempre. ¿Recuerdas que le

preguntamos a Clive en el museo si callaría en el caso de saber que uno de sus amigos había cometido un asesinato? Dijo que por supuesto. Deberíamos haberle preguntado si habría cometido un asesinato por sus amigos.

Hablaba casi para sí misma. El sol y el whisky y la falta de sueño la habían puesto en una especie de trance.

—Si no lo hubiera complicado tanto, podría haberse salido con la suya.

Joe levantó la cabeza de la copa, interesado por fin.

—¿A qué se refiere?

—Lily Marsh fue su primer objetivo. Amenazaba con complicarle la vida a

Calvert. Sabemos que empezaba a hacer cosas raras. Por eso se presentó con James para visitar la casita. Daba por hecho que Felicity le contaría a su marido

que Lily había estado allí, y él entendería que era una amenaza. «O vuelves conmigo o se lo digo a tu esposa.» Telefoneaba a Calvert al trabajo. Hasta se había convencido de que estaba embarazada. Calvert se confió a Stringer. Se veían para almorzar cada semana. Sabía que era el héroe de Stringer, tiene el tipo

de ego que le permite creer que un amigo cometerá un asesinato por él. Aunque nunca podremos acusarlo por esto, naturalmente.

Se imaginó a Clive en el bungaló de North Shields, dando vueltas a las palabras de Calvert, planificando los asesinatos mientras su madre veía los concursos de la televisión en la otra habitación. Obsesionándose, como se obsesionaba con los pájaros y la amistad.

—Jugaba al ajedrez —dijo Vera—. Jugaba con el hijo de los Calvert. Preparó los movimientos de este drama con mucha anticipación.

—¿Y por qué Luke Armstrong? ¿Y por qué lo mató a él primero?

—Tenía que ser así. Stringer no quería que Calvert se viera involucrado de ninguna manera con los asesinatos. Al hacer de Luke Armstrong la primera víctima, pensó que nos concentraríamos en el chico para buscar un motivo.

—¿Entonces la primera víctima podría haber sido cualquiera? ¿Stringer lo

eligió al azar para desviar nuestra atención?

—No. No lo eligió al azar. Stringer no habría sido capaz de cometer un asesinato a menos de que se convenciera de que Calvert lo necesitaba, pero creo

que se alegró de tener una excusa para matar a Luke. Lo culpaba de la muerte de

Tom Sharp. Mucha gente lo culpaba. Veía a Tom como un hermano. Como he dicho, los Sharp eran su familia de alquiler. Y estaba allí cuando Gary hablaba de

sus planes de salir con Julie, así que sabía que ella no estaría en casa aquel miércoles por la noche. A lo mejor lo vio como una señal, decidió que había llegado el momento de hacer algo. Pero no sabía nada de Laura, no sabía que estaba allí cuando Luke le abrió la puerta. Gary le contó más tarde que Luke tenía una hermana y que ella estaba en la casa.

—¿Y por eso la secuestró?

—No —dijo Vera—. Había empezado a disfrutar. De tener el control por primera vez en su vida.

—¿Y sacó la idea de las flores del homenaje a Tom Sharp en el Tyne?

—Puede ser. Sabía que la mejor manera de mantener a Calvert al margen era que la Policía considerara los dos asesinatos un solo caso, los asesinatos al azar de un loco. Tenían que estar vinculados. Esa fue la razón de las flores, el agua.

No veo a Stringer como una persona teatral. Los cuerpos escenificados y la decoración de la escena eran parte del plan.

—Quién habría dicho que tuviera tanta imaginación —dijo Joe.

—Bueno, no se lo imaginó todo él solo, ¿no? —Vera se sirvió otra copa, esperando que Joe estuviera demasiado distraído pensando en su bebé para darse

cuenta—. Sacó la idea de aquel maldito cuento. El cuento de Parr. El que casi nos convenció de que él era el asesino. En el que la víctima era estrangulada.

¿Cómo lo describe Parr? ¿«Como un abrazo»? Y el cadáver estaba colocado en

el agua. Clive tenía el libro en su habitación cuando fui a verlo a casa. Pero en la edición de bolsillo. Una edición diferente de la que me llevé de la biblioteca.

Una cubierta distinta. Entonces no le di importancia. Cogió el aceite de baño de

su madre para echarlo en el agua de la casa de los Armstrong. Cuando eché un vistazo al bungalow de los Stringer solo había productos masculinos en el baño. Debería haberlo notado.

Cogió la copa y la vació. ¿La tercera? ¿O la cuarta?

—Como he dicho, fue planeado. Muy cuidadosamente. Sabía que Calvert había mandado a Lily una tarjeta con unas flores prensadas. Así que le mandó otra a Luke.

En la distancia, su vecina llamaba a las gallinas para encerrarlas en el gallinero a pasar la noche, sacudiendo un bol de pienso con una cuchara para atraerlas. La muy estúpida les había puesto nombre a todas, lloraba cuando tenían que retorcerles el pescuezo. Vera se llevaba las carcasas para sus guisos.

—Robó un coche para ir allí. Buscamos en las casas de alquiler, pero no los vehículos robados. Me engañó, nunca pensé que fuera un ladrón, pero había frecuentado a los Sharp lo bastante como para saber cómo se hacía. En una época sabía cómo hacerlo, por lo que he sabido hoy. Suministraba coches a Davy de vez en cuando, cuando todavía iba a la escuela. Lo dejó cuando Calvert le consiguió el trabajo en el museo. Después de matar a Luke, volvió a dejar el vehículo en Shields. Si se hubiera detenido ahí, no lo habríamos descubierto nunca. Pero ese no era el objetivo, claro. El objetivo era matar a Lily Marsh, salvar el matrimonio de Calvert, hacerse indispensable.

—¿La mató en la casita de Fox Mill? —preguntó Ashworth. Por fin lo suficientemente interesado para hacer la pregunta, cautivado por la historia a su pesar.

—Es lo más probable. ¿Cómo si no podría quedarse a solas con una mujer como ella? Quizá le escribió una nota. Imitó la letra de Calvert o lo hizo en el ordenador. No lo sabremos nunca. Pero estoy segura de que estuvo allí. He telefoneado a Felicity Calvert esta tarde. Cuando la he presionado, ha recordado haber visto un Land Rover blanco en la calle cuando volvía con James de la escuela. Con tiempo, la Policía Científica lo localizará.

—El Land Rover blanco —dijo Ashworth—. Robado de Northumbria Water.

Así fue como llevó el cadáver de la chica a la hondonada.

—Se lo llevó del almacén —dijo Vera enfadada—. Nadie lo echó de menos

hasta que les pedí que lo comprobaran. Por eso me llamó Davy Sharp ayer.

Había oído decir que Clive estaba robando otra vez. No lo entendía, teniendo en

cuenta lo mucho que tenía que perder. Había oído decir que habían secuestrado a

la chica. Con el Land Rover pudo ir hasta la hondonada por encima de la hierba

y las rocas. Por eso no lo vio nadie con el cuerpo de Lily.

Ahora empezaba a sentir el cansancio, a relajarse. Una copa más y aquella noche podría dormir.

—Clive debió de volver a Seaton, observó la casa, quizá desde el sendero del

estanque. Vio a Laura. Ella pasaba a menudo por allí. Él observaba pájaros en la

zona desde que era un niño. Si alguien lo veía mirando con sus prismáticos no se extrañaría. Los observadores de aves forman parte del paisaje. El día del secuestro la debió de seguir casi hasta la parada del autobús, esperó a que no hubiera nadie en el camino. Era una chica muy flaca, muy fácil de dominar. Él

no había tenido nunca novia. Imagina las fantasías, cuando se quedaba despierto

por la noche leyendo ese libro. Ella debió de fascinarlo. Sobre todo porque se parecía mucho a la figura del cuento de Parr. Debió de justificárselo a sí mismo

diciéndose que ella lo había visto la noche que estuvo allí con Luke, o que quería

llamar nuestra atención sobre los Armstrong porque nos estábamos acercando demasiado a Calvert. Pero no fue por eso por lo que salió temprano por la mañana para llevársela cuando ella iba a la escuela. La mantuvo con vida porque

le gustaba la idea de tenerla para él. La encerró en el maletero del coche que había robado y se fue a trabajar para tener una coartada. Y todo el tiempo estuvo

planificando el asesinato y cómo lo escenificaría. Lo preciosa que estaría ella cuando estuviera muerta. Salió antes del trabajo, la llevó costa arriba a Deepden

y la encerró en la cabaña de anillado.

—Pero ¿pretendía matarla?

—Sin duda. Tenía las flores a punto.

Ashworth apuró su copa, miró el reloj.

—Me voy otra vez. Hora de visita. Y la madre de Sarah ha tenido a Katie toda la tarde. Será estupendo tenerlos a todos en casa mañana.

Vera lo miró mientras se dirigía al coche, con el champán en una mano, las flores en la otra. Pensó que si estuviera casada con alguien como Joe Ashworth, estaría tan aburrida que también ella cometería un asesinato.

Contenido

- [UNA VERDAD OCULTA](#)
 - [LOS ESCENARIOS DE LA NOVELA](#)
 - [1](#)
 - [2](#)
 - [3](#)
 - [4](#)
 - [5](#)
 - [6](#)
 - [7](#)
 - [8](#)
 - [9](#)
 - [10](#)
 - [11](#)
 - [12](#)
 - [13](#)
 - [14](#)
 - [15](#)
 - [16](#)
 - [17](#)
 - [18](#)
 - [19](#)
 - [20](#)
 - [21](#)
 - [22](#)
 - [23](#)
 - [24](#)
 - [25](#)
 - [26](#)
 - [27](#)
 - [28](#)
 - [29](#)
 - [30](#)
 - [31](#)
 - [32](#)
 - [33](#)
 - [34](#)
 - [35](#)
 - [36](#)
 - [37](#)
 - [38](#)

- [39](#)
- [40](#)
- [41](#)
- [42](#)
- [43](#)
- [44](#)